María Dolores García Pastor

EL PASAJERO 2228

EL PASAJERO
2228

María Dolores García Pastor

PALABRAS DE AGUA
EDITORIAL

Título: El Pasajero 2228
©María Dolores García Pastor 2020

© Ilustración y diseño de cubierta: Carolina Bensler
Editora: Ana Coto Fernández
Corrección y maquetación: Forjadores de Sueños

Primera Edición: Septiembre 2020
Segunda Edición: Abril 2022
Edición digital: Octubre 2022

© Editorial Palabras de Agua 2020
palabrasdeaguaeditorial@gmail.com
www.palabrasdeaguaeditorial.com

Depósito Legal: M-6029-2020

Para Robert y Lluna, siempre.

«Despierta de tu postración y la mirada de tus ojos aniquilará a todo el que ose interrumpir tu sueño eterno».

Inscripción del papiro hallado en las vendas de la momia de AmenRa.

«La muerte golpeará con su bieldo a aquel que turbe el reposo del faraón».

Ostracón encontrado en la tumba de Tutankhamon.

LA MOMIA
(The Mummy, 1937)

De la oscuridad de un día radiante,
desde el esplendor faraónico de las tinieblas de Menfis
y de la noche de eón de las tumbas,
sale a encontrar la línea del camino moderno.
Sobre su ceño, el sello incólume del barro,
mientras los dioses cumplen una sentencia olvidada
en el tiempo, y la desolación y el polvo toman
el templo y lo sumen en la decadencia.

Desde la eternidad sublime del útero
de la muerte ciclópea, inmersa en la tierra
de las tumbas y de las ciudades podridas al sol,
la momia renace para burlarse del paso inexorable del tiempo,
mientras los reyes se protegen contra el olvido
levantando muros y columnas de arena que lleva el viento.

Clark Aston Smith (1893-1961)

«... La quietud de la muerte parecía reinar eternamente en este lugar; no había brisa, ni ningún sonido humano o animal; en la tierra parecía haber un penoso silencio; mientras del cielo colgaba una luna grande y pálida como el fantasma de un mundo muerto, intranquilo y solo».

Estudio del destino (A Study of Destiny, 1898), Conde Louis Hamon.

1

La puerta se abrió sin que nadie hubiera llamado. John Piggleton entró en el laboratorio como un tornado, precedido de cuatro hombres que cargaban un bulto. Belinda Afroudakis, que estaba abstraída limpiando con un pincel unos fragmentos de cerámica fenicia, se sorprendió al verlos. Quería intentar reconstruir aquella pieza policromada y quería hacerlo cuanto antes. Procedía del emplazamiento en el que iban a construir un complejo hotelero de lujo, en primera línea de mar. La habían contratado para hacer una excavación de urgencia y había pensado tener unas cuantas piezas listas para poder mostrarlas, como parte del informe de su estudio sobre el impacto arqueológico que podría tener construir en aquella zona. La visita de aquellos hombres la importunó.

—¡Buenos días, preciosa! Aquí la tienes.

—Podías haberme avisado de que venías, Piggleton. —Y para sí misma—. Maldita sea, otra vez he olvidado echar la llave...

—Te dije que vendría a verte y que tenía algo para ti.

—Podrías haberme avisado de que vendrías a verme «AHORA» —dijo la arqueóloga, haciendo especial énfasis en la última palabra—. Además, no recuerdo haberte dicho que fuera a aceptar el trabajo.

—¿Te va bien que la dejen ahí? —preguntó el hombre, señalando una mesa, como de quirófano, al fondo de la sala y obviando lo que ella le había dicho.

—¿Estás sordo, Piggle?

—Aguarda un momento, preciosa, voy a contarte algo que te gustará. —Y, dirigiéndose a los hombres que le acompañaban, prosiguió—. Está bien, podéis esperarme en la furgoneta.

Belinda dio la vuelta a la mesa en la que trabajaba y se dirigió hacia el enorme objeto que le acababan de traer. Se llevó la mano hacia el colgante que llevaba en el cuello y lo frotó entre sus dedos pulgar e índice. El *udyat* de lapislázuli pareció brillar a la luz de los focos, el ojo de Horus que todo lo ve. Piggleton quitó el embalaje del bulto y ante ellos apareció una caja metálica con las dimensiones y la forma aproximada de un ataúd. Parecía bastante deteriorada y estaba cubierta de óxido.

—Te repito que no te he dicho que vaya a aceptar este trabajo.

—Vamos, preciosa, no te hagas de rogar.

—Nada de preciosa, Piggleton; doctora Afroudakis para ti —dijo Bel, con una sonrisa.

—Venga, niña, no te pongas tan exquisita conmigo.

—Mira, John, no me convence para nada lo que me ofreces. Sé que es algo… ¿cómo decirlo sin que te ofendas? Algo poco habitual, me atrevería a decir que rozando lo ilegal.

—Por todos los dioses, Belinda —dijo, haciéndose el ofendido—, yo soy un hombre honrado, otra cosa es que algunos de mis clientes no lo sean.

Belinda Afroudakis sonrió. En el fondo, y aunque no le daría nunca la espalda, aquel granuja le caía bien, era como de la familia. Se conocían desde hacía muchos años, de cuando la joven ayudaba a su padre durante las vacaciones de verano. Costas Afroudakis era un importante arqueólogo especia-lizado en las culturas mediterráneas. Su única hija, Belinda, había mamado la arqueología, le corría por la sangre. La muerte de su madre, en un accidente de coche siendo muy niña, unida al intenso ritmo de trabajo de su padre la habían llevado a pasar su infancia en un internado británico. A cambio, los veranos los pasaba enteros con su padre. El primer día sin clases, Costas iba a buscarla al colegio, nada conseguía impedírselo, aunque el día anterior estuviera a cientos de kilómetros de distancia, jamás le había fallado a su hija.

Bel, que por aquel entonces era una criatura pecosa de largos y rubios cabellos trenzados, esperaba con verdadera urgencia las vacaciones en compañía de su progenitor que, durante el resto del año, la iba a visitar al colegio con una frecuencia promedio de una vez al mes. En una de aquellas visitas le había regalado el amuleto que seguía llevando colgado al cuello, desde entonces, y que nunca se quitaba. El ojo de Horus de lapislázuli, el *udyat*. Le contó que lo había encontrado en un basurero arqueológico, uno de esos lugares en los que los ladrones de tumbas arrojaban todo lo que para ellos carecía de valor, todo lo que no fueran oro o joyas, telas, ungüentos o perfumes si aún estaban en buen estado. Fue con motivo de su cumpleaños y, mientras se lo ponía, que su padre le había explicado que le proporcionaría salud y fuerza para salir incólume ante cualquier peligro que la acechase, que le daría buena suerte, fuerza física y la protegería mientras él no pudiera estar a su lado.

Durante uno de aquellos veranos con su padre, Belinda había conocido a Piggleton. Siempre iniciaban su convivencia estival con un viaje de placer a algún sitio que habían elegido entre los dos, en las largas conversaciones que mantenían cara a cara, por teléfono o vía mail. Aquel primer estadio de las vacaciones no solía prolongarse más de quince días. París y EuroDisney, Nueva York, un crucero por las islas griegas… Lo siguiente era una misión arqueológica. Belinda se pasaba la mayor parte del verano ayudando a su padre, en la excavación arqueológica en la que estuviera trabajando en ese momento. Había vivido la emoción de los descubrimientos desde que

apenas era una niña. Su padre le había enseñado todo lo que sabía, igual que le había inculcado respeto por todos y cada uno de aquellos objetos que se encontraban, y por todas y cada una de las culturas, que a través de ellos, conocían un poco mejor. Admiración y respeto, casi devoción.

Por aquel entonces, Piggelton era un joven ingeniero que formaba parte del equipo de investigación que capitaneaba Afroudakis. Belinda era incapaz de recordar en qué momento de su vida aquel tipo se había alejado del buen camino para convertirse en un buscavidas. En realidad, su recuerdo de él en los primeros tiempos era poco claro. Apenas le podía recordar trabajando en las excavaciones o en las instalaciones de la «Afroudakis Mediterranean Archaeology», la fundación que había fundado y que capitaneaba su padre. Sus recuerdos de Piggle eran mucho más recientes y poco tenían que ver con la arqueología.

John Piggleton era un hombre pequeño y algo encorvado, delgado, aunque de complexión atlética. Su piel era tan morena y estaba tan cuarteada, por las largas jornadas al sol, que parecía de cartón. Solía vestir siempre con vaqueros y camisas de cuadros y no dejaba, ni a sol ni a sombra, sus gafas oscuras. Masticaba chicle a todas horas, de manera compulsiva, y eso era algo que ponía muy nerviosa a Bel. En los últimos años, siempre había acudido a ella para hacerle encargos poco conven-cionales, algunos de ellos rozaban la ilegalidad, o eso creía ella debido al secretismo del que siempre se acompañaba. Piggleton sabía que, después de su padre, Belinda Afroudakis era la mejor arqueóloga especializada en culturas mediterráneas del mundo. Por eso acudía a ella. Por eso y porque con su padre hacía algunos años que no mantenía ninguna relación.

—No quiero meterme en líos. Tengo una reputación que quiero mantener impoluta e inmaculada —advirtió la joven.

—¿Pero por quién me tomas?

—No tengo que tomarte por nadie, John, tus encargos siempre traen sorpresa.

—Sabes que nunca te he engañado.

—Sé que sueles no decirme nunca toda la verdad.

—Si lo hago es solo para protegerte.

—¿Para protegerme? ¿Protegerme de qué? ¿Ves cómo me estás dando la razón?

—Déjame que te explique y luego tú decides.

—Habla. Pero habla ya, antes de que me arrepienta.

—Esa caja es de un cliente. Se la han vendido, pero no sabe ni de dónde procede ni cuál es su contenido.

—¿Y entonces por qué la ha comprado?

—Algunos no saben en qué gastarse el dinero, ya sabes, gente a la

que le sobra.

—Sí, claro. ¿Y qué se supone que he de hacer con ella?

—Abrirla, estudiarla y darle al cliente toda la información posible sobre su adquisición.

—¿Y después?

—Después, nada. Yo te la entrego ahora y mi cliente mandará a alguien a buscarla cuando hayas acabado. Pronto te informará de la manera en que has de ponerte en contacto con él.

—Ya estamos con tus jueguecitos de siempre. No me gustan estas artimañas y lo sabes. No me dedico a este tipo de cosas.

Sin quitarse los guantes de látex, que llevaba puestos para su labor de restauración cuando Piggleton irrumpió en el laboratorio, Belinda se acercó a la caja y la estuvo observando.

—Parece una caja blindada… De principios del siglo pasado. Y ha estado sumergida en agua durante mucho tiempo. Agua de mar, probablemente.

—Te dejo a solas con ella.

—¡Piggleton! No des un paso más o te ensarto con esto —dijo, mientras le mostraba una lanza con la punta de sílex.

—No serías capaz de hacerlo.

—¿Quieres comprobarlo?

—Vamos, Bel, si estás deseando saber lo que hay dentro de la caja. Además, yo nunca haría nada que te pudiera perju-dicar, lo sabes…

—Esto no me gusta, no me gustan tus tejemanejes, John… Además, es un objeto fuera de contexto. ¿De dónde ha salido? ¿Se hicieron fotos en el lugar en el que la encontraron? ¿Existe documentación del hallazgo?

Era cierto. Belinda, pese a todo, confiaba en aquel tipo. Y también era cierto que había empezado a sentirse muy interesada por saber qué contenía aquella caja y averiguar de dónde procedía. Pasó un rato observándola, haciendo cábalas. Cuando se dio la vuelta, Piggelton había desaparecido.

—¡¡¡Piggleton!!! ¡Maldito hijo de puta! Ya has vuelto a liarme.

2

Piggleton hablaba por teléfono desde el aparcamiento que había en el exterior de las instalaciones provisionales de la Afroudakis Mediterranean Archaeology, en la ciudad de Tarra-gona, la mítica Tarraco romana. Sus hombres le esperaban en una furgoneta a unos cuantos metros de donde se encontraba, impacientes por partir.

—La doctora Afroudakis ha aceptado el encargo.

—…

—Ya le dije que no habría problema. Estaba tan interesada en la caja que rápidamente se ha puesto a estudiarla. Le puede la pasión por su trabajo.

—…

—No tiene de qué preocuparse, es una mujer muy inteligente, la mejor en su campo. Descubrirá todo lo referente a la caja, será profesional, eficaz y meticulosa al hacerlo. Insisto en que no tiene por qué preocuparse de nada.

—…

—Sí, por supuesto, he seguido sus indicaciones. No le he hablado del contenido ni del lugar en el que suponemos que fue hallada la caja. Nada, absolutamente, sobre el pasajero 2228, puede creerme. Yo ya me retiro del juego. Ahora, la pelota está en su tejado, y hay dos equipos en el terreno de juego: el suyo y el de la doctora Afroudakis. Si necesita cualquier otra cosa ya sabe dónde encontrarme.

Piggleton colgó el teléfono y se dirigió hacia la furgoneta. En el laboratorio, la doctora Afroudakis fue a buscar su cámara y su cinta métrica retráctil. No podía resistir la curiosidad por más tiempo. Rodeó la caja observándola en su totalidad. La midió concienzudamente. Un metro sesenta y dos centímetros de longitud por cincuenta centímetros de ancho por treinta y ocho centímetros de profundidad. Bien podrían ser las medidas de un ataúd. Lo anotó todo en su cuaderno de notas. Luego le tomó fotos desde todos los ángulos. Lupa en mano, se dispuso a examinar el objeto. Con un bisturí rascó un poco del óxido y lo metió en una bolsita. Mientras observaba la parte por la que la caja cerraba y comprobaba que el sistema de cierre no parecía hermético, halló un trozo de lo que podría ser algún tipo de animal marino, tal vez el brazo de una estrella de mar. Tomó una fotografía, poniendo el zoom al máximo, y acto seguido lo extrajo con el bisturí y lo metió en otra bolsa. Ya solo le faltaba pesar la caja, pero era consciente de sus limitaciones, ella sola no iba a poder levantar algo que habían acarreado hasta allí cuatro tipos bastante fornidos.

Acabado el protocolo, llegó el momento de abrir la caja. Deseaba averiguar qué secretos guardaba su interior, pero, al mismo tiempo, sentía una especie de pavor que le nacía en la boca del estómago. Le ocurría lo mismo cuando veía un tiburón, como cuando había avistado alguno en sus incursiones en el mundo subacuático. Aquellos animales ejercían un extraño poder de atracción sobre ella, pero al mismo tiempo le causaban verdadero terror.

No tenía ni idea de lo que podía contener la caja. Incluso podía estar vacía. Pesaba mucho porque el acero, con el que la habían fabricado, era un material pesado, pero la sorpresa podía ser que no había sorpresa. En cualquier caso, se sentía tan intimidada ante el hallazgo que la esperaba en su interior, como ante la posibilidad de que no existiera tal hallazgo. Se suponía que estaba acostumbrada a convivir con la decepción. Formaba parte de su trabajo que a veces no se cumplieran las expectativas, aunque no por ello dejaba de disgustarla. También los tiburones nadaban en el mar, pero eso no suponía que le gustara que, por ejemplo, pudieran morderla.

Natasha llegaría en un rato. A lo mejor debía esperarla, pero sentía una comezón en el estómago, una especie de atracción incontrolable, fuera de toda lógica, que la llevaba a desear aquel hallazgo y la empujaba a abrir la caja sin un ápice de prudencia; no quería esperar. Sin quitarse los guantes de látex, Bel recorrió con la yema de los dedos toda la parte del cierre, como acariciándolo. No había ningún tipo de cerradura ni combinación como en las cajas fuertes, aunque suponía que se trataba de una caja de seguridad por su aspecto. No parecía muy normal.

Intentó abrirla, empujando la tapa hacia arriba, pero fue imposible.

—Mierda.

Insistió durante un rato, pero no hubo manera. Entonces probó haciendo palanca con un paletín. No estaba dispuesta a que aquella cosa le ganara el pulso. Durante unos segundos forcejeó con la tapa, la corrosión le estaba complicando la tarea, parecía como sellada. Persistió tercamente hasta que la herramienta se rompió con un crujido, no sin antes cumplir el objetivo deseado. Había conseguido abrirla, aunque tuvo que seguir forcejeando. Al alzar la tapa, lo que halló dentro la dejó perpleja.

Nunca hubiera imaginado encontrar algo así. Ni en el mejor de sus sueños podía haber visualizado aquel magnífico descubrimiento. Y ni siquiera había tenido que salir a buscarlo, se lo habían traído hasta casa. En el interior de aquel recipiente cuadrado había un cuerpo humano. ¡Una momia! Comenzó a sentir los latidos de su corazón en las sienes y en el estómago. Belinda se quedó absorta en la contemplación. Había algo en el interior de aquellas cuencas resecas y

vacías que parecía absorberla. Quería dejarse llevar para ver más allá, para llegar hasta la médula de aquel ser apergaminado del color de la tierra de la que alguien lo había rescatado.

Fueron apenas unos segundos en los que creyó descender hasta el mismísimo infierno. Pero, sin saber cómo, había conseguido volver del abismo. Al regresar de aquellas espesas tinieblas, al recuperar del todo la conciencia, le pareció ver una especie de aura neblinosa que salía de su interior. Era una bruma tenue, apenas perceptible, un hálito a tumba profanada. Sintió frío, y un nauseabundo olor a humedad y carne muerta le golpeó la nariz. Instintivamente se llevó la mano a la boca. Tuvo que sujetarse a la mesa para recuperar el equilibrio. Se sentía mareada pero aquel percance no la había desanimado. Tenía que haber pensado antes en las sustancias tóxicas y nocivas que podía haber dentro de la caja. Fue a buscar una mascarilla de algodón con filtro de carbón activo y de partículas. No estaba dispuesta a que la pestilencia la privara de aquel momento único y grandioso. Ya se preocuparía de los daños colaterales después. Una momia. No lo podía creer. Ahora sí que estaba segura de que Piggleton sabía más de lo que le había dicho y de que aquello era algo turbio.

Mientras tanto, el ingeniero caminaba en dirección a su coche, contento por el resultado de sus pesquisas. Iba silbando un fragmento de *La cabalgata de las Valkirias* de Wagner, se sentía pletórico. Le gustaba que las cosas salieran bien, sobre todo si le reportaban beneficios tan suculentos como la entrega que acababa de hacer. Belinda era un valor seguro, siempre lo había sido. A su experiencia como arqueóloga se unía el cariño que se tenían, Piggleton lo sabía y no dudaba en aprovecharse de aquella circunstancia. Él también la quería. La conocía desde que era una niña y la estimaba como a cualquiera de sus muchos sobrinos. La sentía como a alguien de su familia y creía que la muchacha sentía lo mismo por él.

Se le detuvo, de pronto, el silbido en los labios al notar un olor desagradable. Aquellos subterráneos olían fatal. Debían dar a la cocina de algún restaurante o se les había quedado algún bicho muerto en los conductos de la ventilación. Se tapó la boca y la nariz en medio de una arcada y siguió caminando. Tenía la mano derecha en esa posición cuando oyó un crujido. Apenas le dio tiempo de mirar hacia arriba y ver cómo caía sobre él un panel de yeso del techo. No tuvo tiempo de reaccionar. El peso no era demasiado importante, pero no tuvo tiempo de esquivarlo. Un golpe certero en la sien y cayó desplomado sobre el suelo de cemento del aparcamiento de la primera planta.

Unas plantas por encima de él, Belinda estaba exultante de felicidad. ¡Una momia! Hacía tiempo que no se encontraba con algo así. La verdad es que ya estaba un poco harta de ánforas y cerámicas,

de piedras en general; aunque imaginaba que su padre la mataría si se enterase de ese pensamiento suyo. Parecía una momia egipcia. O era eso o las ganas que tenía de que lo fuera, la hacían ver cosas que no había. Era algo inusual y muy excitante. Pero no debía precipitarse, todavía tenía que hacerle la prueba del carbono 14 para datarla y poder estar segura de su edad. No estaría de más también hacerle una tomografía axial computarizada, pero, poco a poco, todo a su tiempo.

Había algo bastante extraño que sorprendía a simple vista. ¿Cómo se había conservado aquel cuerpo momificado, allí dentro, si la caja había estado, como todo parecía indicar, debajo del agua? Porque estaba casi segura de que había estado hundida en el mar. La caja no era precisamente un prodigio y por muy blindada que estuviera no parecía estanca. Sin embargo, las vendas parecían secas y, en cualquier caso, aunque el agua hubiera penetrado el cuerpo se había conservado bastante bien. En el pecho, a la altura del esternón, vio algo que sobresalía y que no era un trozo de venda ni parecía probable que fuera un hueso. Lo extrajo cuidadosamente con unas pinzas, temiendo en todo momento que se rompiera. Despacio. Cuando por fin lo sacó, comprobó con verdadera excitación que era un papiro, lo cual parecía reforzar su teoría de que se trataba de una momia egipcia.

La puerta de la sala se abrió y apareció una mujer rubia de ojos azules como el mismísimo «Danubio» de Strauss. Era delgada, esbelta y de porte elegante. Natasha Vulovic era una bella croata, especializada en arqueología y biología marinas, que trabajaba para la Afroudakis Mediterranean Archaeology desde hacía unos cuatro años. Costas la había contratado recién salida de la facultad. Era tan bella y joven que en aquel momento Belinda no pudo más que malpensar. Pero Costas sabía apreciar el talento sin dejarse ofuscar por la belleza y Natasha era una verdadera eminencia en lo suyo.

—¿Qué demonios haces revolcándote con esa momia? —soltó, a bocajarro, sin ni siquiera saludar—. Al menos podrías haberme esperado para que hiciéramos un trío —bromeó.

—Llegas justo a tiempo.

—Me alegro, voy desnudándome.

Las dos mujeres rieron.

—Anda, ponte la bata y ven aquí que te necesito.

Natasha desapareció tras la puerta de la habitación que hacía las veces de despacho y vestuario, cuando no de almacén. Desde allí le habló a Belinda.

—Por cierto, Bel, ¿tienes idea de lo que ha pasado en el *parking*?

—¿En nuestro *parking*?

—No, en el del supermercado de enfrente.

Por el tono de voz supo que, efectivamente, se refería al de su edificio.

—Ni idea. Hoy no he salido de aquí en todo el día. Me he liado con los fragmentos de cerámica fenicia y se me ha ido el santo al cielo.

—¿De dónde ha salido esta maravilla? —dijo, mientras se abotonaba la bata blanca.

—La ha traído Piggleton, ¿le recuerdas?

—¿Aquel tipo escuálido y requemado por el sol que siempre anda enredando con sus misterios del tres al cuarto?

—El mismo.

—¿Y de dónde la ha sacado? Dudo que del interior de un Kinder sorpresa.

—Uno de sus misteriosos clientes, ya sabes. Dice que desconoce la procedencia y que quiere que le ayudemos a averiguar todo lo posible sobre ella. Bueno, en realidad me trajo la caja sin abrir…

—¿Pero alguien compra una caja y no la abre? Porque no creo que haya costado poco. Y luego se la entrega a unos desconocidos para que la investiguen… Sí, todo muy normal y muy poco sospechoso.

—Desde luego.

—¿Y por qué no le has dicho que se fuera por donde ha venido?

—¿Y perderme esto?

Belinda depositó el papiro con sumo cuidado sobre la mesa. Estaba en muy buen estado, apenas deteriorado ni reseco pese al paso del tiempo. Fascinante. Le apasionaba descifrar jeroglíficos, de hecho, se había especializado en Egiptología y tenía un master en Papirología, pero últimamente no había tenido demasiadas ocasiones de dar rienda suelta a esa faceta de su profesión. Las dos mujeres contemplaban aquella cápsula del tiempo, fascinadas. Pocas cosas le parecían más excitantes y prometedoras que descifrar un papiro. Estaba a punto de ponerse las gafas para empezar a desdoblarlo, cuando llamaron a la puerta.

—Ya abro yo —le dijo la croata.

Mahmoud Naser traspasó el umbral detrás de su sonrisa de dientes blancos e inmaculados.

—No me ha sonado el despertador —dijo por todo saludo.

—Para variar —apostilló Natasha.

—Menudo jaleo se ha liado en el *parking*. Hay policías por todas partes. ¡Demonios! ¿Qué tienes ahí? ¿Es lo que yo pienso?

—Si me dices en qué estás pensando te diré si es lo que piensas —bromeó Belinda.

—¡Una momia! ¿De verdad es una momia? ¿De dónde la has sacado? ¡Por todos los dioses, Bel, no me mantengas en vilo! ¡Dime algo!

Belinda no pudo evitar soltar una ruidosa carcajada.

—¡Quieres tranquilizarte! Si te callas te puedo contestar.

Y mientras Belinda Afroudakis volvía a explicar la historia de la

momia, lo poco que sabía de ella, Naser permanecía atónito mirándola, perdido en aquel aliento de miles de años que flotaba en la habitación. Mientras se asomaba al insondable abismo que se abría al borde de las cuencas vacías de sus ojos, Mahmoud Naser tuvo una visión. La voz de Belinda resonaba como ruido de fondo, monótona. Entre aquellos jirones de vendas carcomidas, vislumbró el hermoso rostro de una mujer. Los ojos oscuros enmarcados en kohl, los prominentes pómulos, la nariz recta y de perfectas proporciones, los labios carnosos… Sintió el impulso de besarla, el hálito de la momia lo atrajo y ni siquiera el olor a humedad logró persuadirlo de que cejara en lo que estaba haciendo. Justo cuando sus labios iban a posarse sobre aquel montón de trapos sucios, corroídos por el paso del tiempo, el hombre reculó aterrorizado al tiempo que se escuchaba el grito alarmado de Natasha.

—¡Pero qué demonios estás haciendo! ¿Te has vuelto loco?

Belinda, que seguía volcada en el papiro, se volvió hacia ellos. Naser estaba como ido, parecía que no sabía muy bien lo que le estaba pasando. Sacudió la cabeza como si intentara despejarse. No podía hablar. Las dos mujeres acudieron a sujetarlo pocos segundos antes de que se desvaneciera.

—He visto… He visto la puerta del infierno…

3

Cuando Mahmoud Naser recuperó el sentido, se encontraba estirado en el suelo y sus compañeras le daban aire con un archivador de plástico. El joven egipcio no tenía ni idea de lo que le había pasado. Un nudo le oprimía el estómago y una extraña angustia le aplastaba el pecho, pero ni un solo recuerdo.

—Es posible que hayas inhalado alguna sustancia tóxica procedente de la momia. Yo he cometido el mismo error al abrir la caja y también me he mareado. Será mejor que llevemos mascarillas siempre que estemos cerca de ella. Enviaré una muestra de las vendas a analizar para comprobar que no sea nada peligroso.

—¿Crees que podría tratarse del Aspergilus? —preguntó Natasha.

—O tal vez Histoplasma, nunca se sabe.

—Callad ya, par de harpías —dijo Mahmoud con una sonrisa—, me acabo de recuperar, vuelvo del más allá y ya queréis matarme…

—Vamos, vamos, señor Naser, no me sea usted tan dramático. Las concentraciones necesarias, tanto de uno como de otro hongo, deberían ser enormes para poder acabar con la vida de una persona, hasta con la tuya que eres un blandengue… Además, siempre puedes defenderte metiéndole un lápiz en el ojo —se burló Natasha, haciendo referencia a la profesión de su compañero.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Bel.

—Sí, tranquila, no sé qué ha podido pasarme. Se me ha ido la cabeza al inclinarme sobre la momia, he sentido arcadas y me he mareado.

—Sí, eso es lo que me ha pasado a mí también.

—¿Y quién os manda inclinaros sobre un cuerpo momificado? —les reprendió Nastasha—. Y tú no me digas que te has enamorado —dirigiéndose a Naser.

—¿Y por qué no? Te advierto de que mis antepasadas eran muy bellas.

—Sí, claro, la que no era más fea que un dolor, como la gran mayoría de los mortales.

—¿Pero, qué dices? Solo tienes que fijarte en las mujeres que aparecen representadas en las pinturas que hay en las tumbas.

—Claro, los pintores ya eran entonces muy subjetivos. Si no fuera por las pinturas de Goya creeríamos que en la familia de Carlos IV todos eran guapísimos. Pero, bueno, al margen de discusiones artísticas, solo hay que mirarte a ti.

Mahmoud le tiró a Natasha la caja de *ibuprofenos*, que tenía en la

mano. Le dolía la cabeza, se sentía como abotargado y algo parecía caminarle por el estómago. Pensó que se trataba de cansancio. Demasiados días trabajando a destajo y viviendo a tope la noche de aquella ciudad mediterránea le estaban pasando factura.

—Por cierto, Mahmoud, antes de desvanecerte dijiste que habías visto el infierno —le recordó Bel.

—La verdad es que me siento como si hubiera hecho un viaje hasta allí, de ida y vuelta, pero si te soy sincero no me acuerdo de nada. Intento recordar, pero solo consigo verme entrando por la puerta y luego nada más, me despierto en el suelo.

—¿Nada más? Pues vaya, qué lástima, la cosa prometía —bromeó Natasha.

—Voy a empezar con las pruebas. Lo primero, será mandarla a hacer un TAC —dijo Bel, refiriéndose a la momia.

—¿Y cuándo me dejarás dibujarla?

—En cuanto nos la devuelvan. Voy a llamar ahora mismo. Me interesa tener los resultados cuanto antes.

—Yo me pongo ya con esas muestras que has tomado —dijo Natasha.

—Son tuyas, querida. ¡Vamos, vamos, vamos! Todo el mundo a trabajar.

Y mientras el equipo de la Afroudakis Mediterranean Archaeology se ponía en marcha, en el exterior, seguía habiendo movimiento de gente y muchos coches de la policía. El aparcamiento del edificio también bullía de actividad. Belinda miraba por la ventana, que daba al exterior, mientras hablaba por teléfono.

—*Bon dia, Centre de Diagnosi per la Imatge, diguim*? —una voz femenina sonó al otro lado de la línea.

—Hola, buenos días.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla?

—Mi nombre es Belinda Afroudakis, de la Afroudakis Mediterranean Archaeology.

—Buenos días, doctora Afroudakis, es un placer charlar con usted.

—Gracias, muy amable. ¿Podría hablar con el doctor Marín?

—Un momento, que le paso, no cuelgue.

Sonaba una musiquilla de fondo. Belinda permaneció a la escucha con la mirada atenta a lo que pasaba en el exterior. Acababa de llegar una ambulancia. Parecía que había algún herido, pensó en un atropello.

—¿Doctora Afroudakis?

—Buenos días, doctor Marín.

—Buenos días, querida. ¿En qué puedo ayudarla?

—Me gustaría llevarle a un paciente un tanto… especial.

—¿Podría ser más precisa?

—Quisiera hacerle una tomografía computarizada a una momia.

—¿Una momia? ¿Lo dice en serio? Sí, claro. ¡Vaya, qué maravilla! No solemos tener pacientes tan distinguidos.

—No, claro, ya me lo imagino. —Bel sonrió—. ¿Cuándo podría atendernos?

—Veamos… Déjeme que eche un vistazo a la agenda. No tengo espacio hasta dentro de una semana… Pero siendo usted y siendo algo tan interesante… ¿qué le parece si se vienen para aquí usted y su amiga el lunes a las siete de la mañana?

—¡Genial! —exclamó la arqueóloga—. Muchas gracias, doctor. Una cosa más: quisiera estar presente en la prueba, ¿es posible?

—Por supuesto, doctora, ya contaba con ello.

—Estupendo, entonces. Nos vemos el lunes a primera hora. Y muchas gracias, de nuevo, doctor.

—Gracias a usted, faltaría más. No es muy usual tener pacientes tan ilustres… No se imagina las ganas que tengo de que llegue el momento.

—Hasta el lunes, entonces.

Belinda colgó el teléfono asombrada, una vez más, del poder de atracción que ejercían las momias sobre los seres humanos. Venidas de una edad remota permanecen casi intactas después de siglos, el paso del tiempo no se ha cebado en ellas, los gusanos no han devastado su consumida carne. Conservan la forma de lo que fueron, resecas y vacías, su apariencia hace pensar que en algún momento vayan a levantarse y a andar, a volver a la vida. Existen mil leyendas, de pacotilla, que nacieron al hilo de los primeros descubrimientos de tumbas en Egipto y que se han perpetuado hasta el presente, repetidas y deformadas hasta la saciedad. Era tanta su influencia en el imaginario colectivo que hasta conseguían saltarse las listas de espera.

La hora le pareció perfecta. Evitarían muchas miradas indiscretas. La celeridad le iba a permitir ofrecerle resultados al misterioso cliente de Piggleton, mucho antes de lo que pensaba. Siempre que él se dignara a ponerse en contacto con ella, por supuesto. Seguía mirando por la ventana mientras pensaba en la logística del traslado del día siguiente y vio salir a dos sanitarios arrastrando una camilla en dirección a la ambulancia. Esta vez no estaba vacía, llevaba un pasajero y estaba cubierto con una sábana. Mala e inequívoca señal.

Apartó aquella imagen de su pensamiento. Pese a codearse muchas veces con ella, por su trabajo, le asustaba pensar en la muerte; la conocía desde muy pequeña y no había nada que la asustara tanto como que la viniera a visitar. Pero no temía por ella misma ni por su propia muerte, quien se va ya no siente ni padece, a ella lo que le asustaba era quedarse y tener que vivir con otra ausencia más sobre sus espaldas. Conocía bien el dolor de la pérdida de un ser amado, la

ausencia que nada ni nadie puede aliviar, el sentimiento de orfandad…

No quería pensar. Le había costado tanto acostumbrarse a la ausencia de su madre, vivir con el peso de su muerte, que evitaba cualquier hecho, pensamiento o situación que pudiera recordárselo. Aunque su trabajo consistiera en andar revolviendo entre los objetos de personas que hacía mucho que habían muerto, conseguía no implicarse. Para ella no eran más que vestigios de culturas antiguas. Paseaba a diario entre los recuerdos de esos muertos y, en cierto modo, era como si al recuperar sus cosas les devolviera la vida. Pero eso era diferente. Había aprendido a poner distancia, a ver únicamente piedras, aunque también hubiera huesos. Así actúan los meca-nismos de defensa de la mente frente al dolor.

Dejó de pensar en aquel otro cadáver y volvió a centrarse en el traslado de la momia. Iba a necesitar una furgoneta lo suficientemente espaciosa para albergarla y preparar bien la pieza para que no sufriera ningún percance durante el traslado. Parecía estar en muy buenas condiciones, pero cualquier negligencia en la manipulación, por pequeña que fuese, le podría causar un daño irreparable y no podía correr el riesgo. Le quedaba mucho trabajo por delante.

4

Belinda Afroudakis pasó el día preparando todos los detalles del traslado de la momia. Le hubiera gustado disponer de un sarcófago como el que ocupó Ramsés II en su viaje a París en el año setenta y seis, insumergible, incombustible y antichoque; pero no era el caso. Así es que tuvo que conformarse con una caja de madera totalmente acolchada, hecha con mucha urgencia, especialmente, para la ocasión. Tampoco era demasiado probable que la furgoneta se hundiera y esperaba que no sufrieran ningún accidente durante el corto trayecto. Ojalá los dioses les fueran propicios. Luego, llamó a la agencia de alquiler de vehículos para solicitar uno que se adaptara a sus necesidades.

Era sábado. La ciudad latía de bullicio en plenas fiestas de Sant Magí, uno de los patrones de la ciudad. Aunque intentó resistirse todo lo que pudo, aquella noche salió un rato a distraerse con Nash y Mahmoud. Una cerveza, un par de bailoteos en la calle al ritmo de la música de las fiestas y poco más. Le gustaba conocer los sitios en los que vivía y practicar, en la medida de lo posible, sus costumbres. Adoraba el carácter mediterráneo de la gente de aquella tierra, tan parecido al suyo. Pero no era muy amiga de las fiestas, así es que se retiró pronto porque estaba cansada con todo el ajetreo de la momia. Sus dos compañeros siguieron la fiesta hasta bien entrado el nuevo día.

Belinda vivía en un piso que había alquilado justo al final de la Rambla Nova, muy cerca del Balcó del Mediterrani. Allí despertó, al día siguiente, muy tarde y con resaca. Había planeado pasar el domingo descifrando el papiro hallado en la momia, pero no estaba muy segura de tener la cabeza todo lo centrada que debía para acometer una tarea como aquella. Había perdido todo el día anterior haciendo las engorrosas labores logísticas para el traslado, luego la fiesta; pero ardía en deseos de volcarse en aquel documento, en descubrir todos sus significados, en perderse en cada uno de los dibujos de aquel párrafo de jeroglíficos, en dejarse llevar como si no existiera un mañana. Estaba segura de que contenía información valiosa para poder llevar a cabo su encargo, eso sin contar con que cualquier vestigio tenía una enorme importancia histórica por sí mismo. La palabra escrita bañaba de claridad las sombras. No quería postergarlo durante más tiempo, necesitaba saber, cuanto antes, todo lo referente a la momia.

Lo que no estaba tan segura de querer saber era cómo había

llegado la misteriosa caja a manos del cliente anónimo. No hacía falta ser muy avispada para saber que había algo irregular en todo aquello. Descubrir de qué se trataba, probablemente, le mostraría cosas de Piggle que no quería saber. A lo mejor no obraba bien obviándolo, pero el ansia de conocer la identidad de la persona que había sido esa momia, el puro placer del conocimiento por el conocimiento, la volvía muchas veces temeraria.

Buscó el reloj de la cocina con la mirada. Las cuatro de la tarde no era una hora muy prudente para levantarse, ni siquiera en domingo. Se tumbó en el sofá y puso algo de música suave, una selección clásica bajo la batuta de Karajan. Tal vez, con eso, una aspirina y una taza de café bien cargado conseguiría sacarse de encima el dolor de cabeza de la resaca. Cerró los ojos dejándose acunar por la música y, cuando se quiso dar cuenta, había pasado casi cuatro horas sumida en una especie de letargo que, por fortuna, resultó ser bastante reparador.

Se dio una ducha rápida, cenó apenas un trozo de pizza del día anterior que había guardado en la nevera y, sin perder más tiempo, sacó todo lo que había en la mesa del comedor para hacerla servir como escritorio. Dispuso sobre ella algunos libros, las gramáticas de Lefebvre y Gardiner, entre otros, al lado de su libreta de notas y un bolígrafo. Luego, colocó un paño de algodón sobre el que depositaría el valioso documento. A continuación, se puso las gafas y un par de guantes de látex y extrajo el papiro con sumo cuidado y, del mismo modo, con ayuda de unas pinzas, se dispuso a desplegarlo.

Poco a poco, fueron apareciendo ante sus ojos los símbolos jeroglíficos. Belinda Afroudakis pensaba que la escritura era algo mágico, ella siempre había creído en el poder de la palabra escrita, como los antiguos egipcios. Contemplando aquel documento se reafirmó en ese pensamiento. La escritura jeroglífica además de mágica era sumamente hermosa. Asomarse a un documento antiguo siempre produce algo de vértigo, más aún si se trata de un papiro. Saberse frente a una escritura con más de cinco mil años de antigüedad da mucho respeto, y la emoción de lo que pueda ser capaz de desvelarnos, un pedazo de historia, siempre supone una enorme responsabilidad.

—«Es un sistema complejo, una escritura a la vez figurativa, simbólica y fonética en un mismo texto, en una misma frase, casi diría que en la misma palabra» —recitó, de memoria y en voz alta, las palabras de Champollion, como si de un ensalmo se tratara.

Puso en marcha la máquina de café, se preparó una taza y se la tomó en la cocina. No quería tener cerca de aquel tesoro nada que pudiera dañarlo. Una taza de café en el lugar equivocado, en el momento más inoportuno, puede resultar devastadora. Entonces, se sumergió hasta el cuello en aquel fascinante mundo, el de las palabras

del dios, las que habían sido reveladas a los hombres por Toth. Un mundo habitado por buitres, víboras, lechuzas, leones y cobras. Un mundo mágico en el que los ideogramas podían cobrar vida, al menos así lo creían los antiguos egipcios que, al representar la imagen de alguno de estos animales, lo hacían, por ejemplo, con la cabeza separada del cuerpo, para que una vez dentro de las tumbas no pudieran atacar a los difuntos. Invocar el nombre del muerto, preservar su memoria, le otorgaba larga vida en el más allá. Borrar su nombre para siempre equivalía a condenarle a la no existencia, a que se perdiera en la noche de los tiempos por siempre jamás.

No demasiado lejos de allí, desandando la Rambla Nova y alejándose del mar, en el número dos de la calle Cristòfor Colom, también había gente trabajando. La exposición «Momias egipcias. El secreto de la vida eterna» se había clausurado aquella misma tarde y ahora todas las piezas prestadas por el Rijksmuseum van Oudehen de Leiden tenían que regresar a casa. Varios operarios iban sacando uno a uno los objetos de las vitrinas, con sumo cuidado. El proceso era lento y debía ser muy preciso para que ninguno de aquellos tesoros tan delicados sufriera daño alguno. El comisario de la exposición, el doctor Christian Greco, se movía por las diferentes salas supervisando cada acción.

Había hecho el recorrido de la exposición varias veces, de principio a fin, y otra vez al principio. Su cargo de Conservador del Departamento del Antiguo Egipto en el museo holandés le otorgaba tanta autoridad como responsabilidad. Su experiencia en el campo de la Egiptología, sus muchos años estudiando aquellos valiosos vestigios del pasado, lejos de hacerle sentirlos con cierta indiferencia por lo cotidianos, le había hecho amarlos aún más, admirarlos hasta lo indecible.

Belinda se movía entre papeles, a unas cuantas manzanas de allí. Se acercó a la estantería para buscar un diccionario, cuando sus dedos acariciaron el lomo del primer libro sobre el antiguo Egipto que había comprado siendo niña en una librería de Cecil Court Street, la londinense calle peatonal llena de librerías de antiguo y de segunda mano. Letras doradas sobre fondo negro: *Magia egipcia práctica*. Era un libro dirigido al gran público ávido de misterios llegados de la tierra de los míticos faraones. Aunque carecía de todo rigor científico, lo había conservado con cariño entre el resto de documentación «seria» necesaria para ejercer su oficio. En su interior, había una pluma de ibis encontrada en el Delta del Nilo, muchos años después de su viaje a Londres y que había hecho servir desde entonces como punto de libro. Abrió las páginas por la hendidura que marcaba y leyó en voz alta una oración dedicada a la diosa Hathor:

«*Dulce Hathor, reina de la belleza, protectora de los débiles, protégenos*

contra los enemigos de la luz; adórnanos con los rayos de la verdad y mantennos cuando nos fallen las fuerzas. Guíanos en la interpretación de los himnos celestiales y ayúdanos en la rutina diaria de nuestras vidas».

Christian Greco observaba los trabajos de embalaje de la momia de Anjhor. Aquel sacerdote tebano había vivido en Egipto hacia el 650 a.C. y ya llevaba con él algunos años. El estudio de su momia y su ajuar funerario había revelado muchas cosas sobre su vida y su muerte. A los ojos del conservador era un viejo conocido, casi un amigo, si es que aquel rango se le podía dar a un cadáver momificado. Bendita costumbre aquella de momificar los cuerpos para que renacieran a una nueva vida más allá de la muerte, bendita porque había permitido a los estudiosos desentrañar muchos enigmas sobre la fascinante cultura que había nacido y se había desarrollado a orillas de esa arteria de vida que es el río Nilo.

Mientras pensaba estas cosas, oyó ruido de cristales rotos a sus espaldas. Se le encogió el estómago. Deseaba con todas sus fuerzas que hubiera sido una vitrina lo que se había quebrado. Por el sonido dedujo que eso era lo que había ocurrido. Espe-raba no estar equivocado y no tener que lamentar alguna pérdida mucho más terrible. Al girarse lo vio: la vitrina en la que, entre otras cosas, se había exhibido la momia de un gato, animal sagrado para los egipcios, estaba rota. Se acercó junto con otros miembros de su equipo que también habían acudido, como él, al oír el ruido. Las vendas que envolvían la momia del animal estaban rasgadas. Era como si alguien hubiera desenvuelto el cuerpo que guardaba en su interior, más exactamente, como si el animal que había dentro de las vendas hubiera salido de allí. Greco se llevó las manos a la cabeza, ¿qué demonios había ocurrido? Los daños en aquella pieza eran irreparables. Había que llamar a la policía inmediatamente para denunciarlo. Lo malo era que aún no sabía muy bien qué les iba a decir. Tal vez ellos le pudieran aclarar algo.

—¡Bingo! *«Despierta de tu postración y la mirada de tus ojos aniquilará a todo el que ose interrumpir tu sueño eterno»* —Belinda leyó, en voz alta, la trascripción del papiro que había anotado en su libreta. Estaba exultante de felicidad.

Oyó un ruido en la terraza, algo parecido a un maullido. Al mirar hacia el exterior, recortada contra el manto negro de la noche, creyó ver la silueta sibilina de un gato. Una hermosa gata Bastet, Señora de Bubastis, lamiéndose a la luz de la luna. Bastet era uno de los muchos rostros de Hathor. ¿Pero qué hacía allí un gato? A lo mejor, había llegado saltando por las terrazas desde la casa de algún vecino.

Volvió a mirar la frase, que había escrito a partir del texto en jeroglífico que había en el papiro. Era una maldición. Sin duda alguna

se trataba de una condenación dirigida a quienes se atrevieran a perturbar el sueño eterno del difunto. Pero las maldiciones no existen. Los muertos deben reposar en paz, es cierto, y en todas las culturas violentar a los muertos es algo terrible. Los egipcios creían que turbar el descanso de los finados era un acto de maldad que debía acarrear graves consecuencias para quienes osaran perpetrarlo. Saquear una tumba es una terrible falta de respeto, tanto al muerto como a sus familiares a quienes les causa gran dolor que les devuelvan a la memoria aquel otro dolor que habían empezado a superar desde el preciso instante del enterramiento. Tan grande era el valor que daban los egipcios a la palabra escrita que decidieron proteger sus tumbas con ella. Las maldiciones eran un aviso a navegantes sin efecto real alguno, más aún si pensamos que los ladrones del antiguo Egipto no sabían leer.

También estaban las leyendas. Hasta nuestros días ha llegado la de Khaemwaset, el hijo arqueólogo del gran Ramsés II, un relato de época baja que cuenta la historia de la maldición de la momia a la que el hijo del faraón había osado robarle un papiro. Leyendas, no eran más que eso. Aunque habían dado mucho de qué hablar y escribir a lo largo de los siglos. Como la famosa maldición de Osiris, allá por los años veinte, cuando Carter descubrió la tumba de Tutankhamon. *«La muerte golpeará con su bieldo a aquel que turbe el reposo del faraón»*, decía. Leyendas y cuentos para causar miedo. Nada más.

Sopló la brisa del Mediterráneo y se dejó oír un sonido cadencioso, que recordaba el de los tallos de papiro cuando los agita el viento. Belinda creyó reconocer en él la música de un sistro. Decididamente estaba agotada. Cerró las luces y se fue a dormir. En la terraza, un gato maulló a la luna y luego se desvaneció en la oscuridad.

5

El lunes de madrugada, la doctora Afroudakis salió de casa en dirección a la sede temporal de la fundación en la ciudad de Tarragona. Le gustaba madrugar en verano, hacer las cosas temprano antes de que apretara el calor. Pero lo de hoy era excesivo. Las seis de la mañana era demasiado temprano hasta para ella, pero su cita a las siete con el doctor Marín en el «Centre de Diagnosi per la Imatge», le exigía ponerse en marcha a aquella hora intempestiva.

Cuando llegó, Naser ya la estaba esperando. Natasha llegaría más tarde, sobre las ocho o las nueve, dependiendo de lo que hubiera dormido la noche anterior. Cada miembro del equipo solía hacer horarios bastante personalizados dependiendo de las necesidades de la fundación. Funcionaban bien así, lo importante era sacar adelante el trabajo y todos eran responsables y estaban lo suficientemente implicados como para cumplir con sus obligaciones sin necesidad de normas.

—¿La has cargado tú solo? —preguntó Bel, sorprendida.

—¿No me ves capaz?

—A decir verdad, siempre he pensado que mucho músculo pero en el fondo eres un poco blandito. Eso, por no mencionar que pesaba una tonelada —bromeó la arqueóloga.

—Por suerte, tengo muchos amigos —respondió el egipcio, sonriendo.

—¿En marcha?

—Solo un pequeño detalle… Es que se me olvidó decirte que se lo comenté a Paloma… y le interesó tanto que la he invitado a acompañarnos.

—¿A Paloma? ¿Qué Paloma? ¿No estarás hablando de Paloma Aguilar?

Una sombra de ira contenida recorrió el rostro de Belinda.

—Sí, claro, de ella misma. Nos encontramos ayer en la playa, veranea por aquí, y le expliqué lo que tenemos entre manos. Me dijo que está de vacaciones y que si queremos nos puede echar una mano.

—Al menos me podías haber preguntado.

—Sí, perdona. Es que no pude decirle que no, ya sabes lo flojo que soy.

—No puedes invitar a tus ligues a este tipo de cosas, deberías saberlo.

—¿Ni aunque sean eminentes antropólogas forenses?

—No, si están bajo sospecha de no ejercer su trabajo como deben.

Mahmoud no tuvo tiempo de responder. Una cara sonriente se pegó al vidrio del vehículo haciendo una mueca grotesca. Paloma ya había llegado. La doctora Aguilar era una hermosa morena de larga cabellera, ojos grandes y un cuerpo de escándalo. Si a ello se le sumaba que estaba considerada una eminente antropóloga forense, se podía decir que era una mujer diez, de no ser porque se encontraba en horas bajas por ciertas irregularidades en el desempeño de su oficio.

Hacía unos cuantos años que había sido miembro del equipo multidisciplinar que capitaneaba Costas Afroudakis. A Belinda nunca le gustó demasiado. La mexicana apenas había coincidido unos meses con Mahmoud antes de regresar a su país, lo suficiente para que entre ambos hubiera surgido la chispa y algo más. Para él, había sido una relación importante. Para ella, poco más que un revolcón. Mucho tiempo después, Paloma seguía sacando réditos de lo que sabía que Naser sentía por ella, a la vista estaba. Llevaba un tiempo alejada de su profesión por una acusación de mala praxis de la que había salido absuelta pero que había dejado una nefasta huella en su currículum. Se decía que alguien de arriba le había echado una mano, que no era trigo limpio. Así estaban las cosas.

Las dos mujeres se saludaron fríamente. Paloma era una mujer muy hermosa, altiva, con un punto de prepotencia; y Belinda nunca se había llevado demasiado bien con ella. No le apetecía nada que estuviese allí, aunque, de todas maneras, le pareció que a lo mejor podrían beneficiarse de sus conocimientos, al tenerla cerca mientras hacían el escáner. Tampoco había necesidad de nada más.

El trayecto era corto, apenas unos minutos. Aun así, Belinda encendió la radio. No le apetecía nada tener que darle conversación a la mexicana. La noche había sido muy larga, estaba cansada. Además, recién levantada no se aguantaba ni ella misma. Más tarde, de vuelta a la fundación, les contaría a los chicos lo del papiro y la maldición. No quería que aquella advenediza supiera más de lo estrictamente necesario. Les contaría eso y le diría cuatro cosas a Mahmoud.

Cuando llegaron, el doctor Marín les estaba esperando en la entrada, aunque todavía faltaban unos minutos para las siete.

—¡Buenos días, doctora! —saludó con un deje de entu-siasmo en la voz—. Ya le dije que me moría de ganas de visitar a este paciente.

Belinda le saludó con una sonrisa y le presentó a Mahmoud y a Paloma. Los tres se estrecharon las manos y todos juntos se dirigieron hacia la parte de atrás del vehículo.

—Necesitaremos ayuda —dijo Mahmoud.

—¡Por supuesto! Ahora mismo la pido.

El doctor sacó el móvil y habló con alguien. Enseguida, aparecieron varios hombres ataviados con ropa de sanitarios, arrastrando una camilla. Saludaron y obedecieron la orden de Marín,

de sacar la caja del coche y llevarla a la sala en la que se iba a hacer la prueba. No hizo falta recordarles que había que hacerlo con suma delicadeza.

—Imagino que saben en qué consiste la prueba —comentó el doctor.

—Sí, claro, pero no me vendría mal que me refrescara un poco la memoria —pidió Naser.

—Es muy simple —se adelantó la antropóloga—, la Tomografía Axial Computarizada se basa en el estudio de la atenuación de un haz de rayos X mientras atraviesa las diferentes partes del cuerpo humano. Nos proporciona radiografías que muestran cortes transversales de cada una de esas partes. A su paso por el tomógrafo el cuerpo se va «cortando» transversalmente en imágenes sucesivas que abarcan todo el perímetro. Los detectores recogen la información sobre la intensidad de rayo que llega a cada punto tras atravesar el cuerpo, el ordenador procesa los datos y nos ofrece una imagen en 3D.

—Veo que ha hecho los deberes, señorita Aguilar.

—Por supuesto, doctor Marín, en mi país también hacemos este tipo de pruebas. Nos resulta de gran ayuda a los antropólogos forenses como yo —dijo, con cierto tono irónico poniendo especial énfasis en su profesión——. Y a los médicos, en general.

Ahí estaba ella, regodeándose de su profesión y de sus conocimientos, no dejaba pasar la ocasión. El doctor Marín sonrió un poco azorado mientras les indicaba hacia dónde se encontraba la sala. Los miembros de su equipo ya habían colocado a la paciente en la camilla del tomógrafo. Se encontraron con ellos cuando salían de la sala. Los tres invitados acompañaron al doctor a la sala anexa a la que daba cabida al tomógrafo, frente al ordenador. Allí había un joven que les fue presentado como el «Técnico Superior de Imagen para el Diagnóstico» que iba a ocuparse de todo. Estaba sentado frente al ordenador y se giró para saludar. Sin más dilación, dio comienzo la prueba y a través del vidrio que separaba ambas salas pudieron ver la camilla que empezaba a moverse impulsada mecánicamente.

—Vaya —intervino Marín—, olvidé decirle al paciente que no se podía mover ni hablar —y le lanzó un guiño cómplice a Paloma.

Aquella mujer tenía la mala costumbre de convertirse en el centro de atención de cualquier lugar en el que estuviera. La mexicana le devolvió una sonrisa de compromiso al médico nuclear y, sin ningún disimulo, intercambió un gesto de fastidio con Mahmoud. Había que ser muy tonto para no intuir que el doctor no le hacía ninguna gracia. Pese a todo, él seguía dirigiéndose a ella, parecía no ver el desprecio con el que le trataba, sus aires de superioridad.

Belinda se sentía incómoda. Se había convertido en una espectadora cuando, en realidad, era la que tenía el mando en todo.

No podía soportar a aquella mujer. Dicen que el tiempo hace que veamos las cosas con perspectiva, pero en este caso, y aunque hubieran pasado cien años, su aversión por Paloma Aguilar hubiera seguido siendo la misma. Estaba deseando tener los resultados en su mano y estar de vuelta en casa para poder procesarlo todo. Esperaba que Natasha hubiera avanzado con lo suyo y se moría de ganas de recibir el informe de la prueba del carbono 14. Eso, por no hablar del examen mole-cular y las pruebas de las muestras que habían remitido al «Servei d'Histopatologia del Hospital Clínic de Barcelona». Estaba impaciente.

Poco a poco, fueron apareciendo en la pantalla las imágenes del cuerpo que se hallaba oculto bajo las vendas. Los detectores de rayos X recogían la información sobre la intensidad de los rayos que llegaban a cada punto tras atravesar el cuerpo. El ordenador los iba procesando y los integraba mostrando las imágenes.

—Vaya —dijo Mahmoud, sorprendido—, es una pasada.

—Es uno de los métodos más completos y fiables para obtener imágenes del organismo humano —respondió Marín.

—Se diría que no has visto nunca un escáner —le dijo Paloma con cierto tono de fastidio en la voz.

—Mahmoud es dibujante, Paloma, no lo olvides —le replicó, molesta, Belinda—. Y no todo el mundo es tan experto en todo ni tan listo como tú.

—Por la morfología del cráneo podemos afirmar que es una mujer —dijo la doctora Aguilar, ignorándola por completo.

—Pensaba que eso se sabía viendo la pelvis —se extrañó Mahmoud.

—Por supuesto, a través de las características *dimórficas* de los coxales. La pelvis masculina es más gruesa y pesada que la femenina, para que lo entiendas —Belinda resopló al oír, de nuevo, a la mexicana dando otra de sus clases magistrales, no sabía cómo la soportaba—, pues ocurre lo mismo con los cráneos.

—Por supuesto, doctora Aguilar —interrumpió Bel—, la determinación del sexo a partir del esqueleto post-craneal de adultos es fácil y segura, aproximadamente en el ochenta por ciento de los casos. El cráneo masculino muestra la frente más hundida, el hueso frontal es menos ancho y, en consecuencia, el parietal es mayor. De ahí que digamos que el cráneo masculino es de tipo parietal. Por el contrario, en las mujeres, la frente es más vertical, el hueso frontal es más ancho y conse-cuentemente el parietal es menor, por eso decimos que el cráneo femenino es de tipo frontal. ¿Quiere que sigamos jugando a las profesoras o nos centramos en lo que nos tenga que contar el doctor? —Y, sin esperar respuesta, le dio la espalda—. Mantenga la boca cerrada en lo posible, muchas gracias.

6

Aparte de un pequeño apagón en la clínica, el escáner se realizó sin más problemas. Por lo que les había explicado el personal del centro, lo que acababa de suceder era poco menos que imposible. Las instalaciones estaban preparadas para seguir funcionando aun después de un apagón, ya que disponían de dos generadores de corriente autónomos que podían abastecerlos durante más de ocho horas. Aun así, había ocurrido. También ocurrió que el joven que manejaba el ordenador sufrió un desmayo. Según contó cuando recuperó la conciencia, había sentido como una descarga procedente del teclado y había tenido la horrible sensación de que aquella especie de electricidad se le metía dentro. A Belinda le había parecido verlo salir lanzado, como expulsado de su silla por una extraña fuerza que le hubiera atacado.

La prueba se prolongó durante casi dos horas, el doble de tiempo que suelen durar las que se realizan rutina-riamente a personas vivas. En cuanto finalizaron, y puesto que comenzaba el horario habitual de visitas del centro, los tres invitados se fueron de inmediato llevándose a la estática paciente. Al llegar a la puerta de la fundación, y con la ayuda de una carretilla, consiguieron a duras penas acarrear la caja hasta el interior del edificio. Natasha también salió para echarles una mano. Una vez dentro, Belinda se dirigió a Mahmoud:

—Va siendo hora de que nos despidamos de nuestra invitada. Aquí hay mucho trabajo que hacer y ella querrá disfrutar de sus vacaciones. Te ruego que hagas los honores si eres tan amable.

Paloma quiso decir algo, pero la doctora Afroudakis ya le había dado la espalda. Fue el dibujante el que aún se pasó un buen rato intentando disculparse con ella. La antropóloga se marchó de allí con la promesa de una cita para cenar juntos aquella misma noche.

—¿Palomita ha estado con vosotros?

—Como lo oyes.

—Me dejas muerta.

—Pues así me he quedado yo, cuando me he enterado de que se había auto-invitado al TAC.

—Pero qué cara más dura tiene…

—Eso, y que el amigo Naser está encoñado con ella y no sabe decirle que no a nada de lo que le pide. Parece mentira que siga tan ciego. Esa lagarta devora-hombres lo está utilizando como acostumbra a hacer siempre.

—¿Y por qué no le has dicho que se fuera por donde había venido?

—No te creas que no he estado tentada. Pero me pilló por sorpresa y pensé que tal vez nos podía ser de ayuda, aunque, al final, ha sido más un estorbo que otra cosa. ¡Esa mujer me pone los nervios de punta! No la soporto. ¿Tendrá algo que ver con que está buenísima?

—¿Bromeas? Yo estoy buenísima y me adoras.

Las dos mujeres rieron.

—Ahora, relájate que ya se ha ido. Esperemos que tarde mucho en volver.

—Estoy convencida de que no dejará escapar este caramelo. Hará todo lo posible por meter, otra vez, esa nariz suya tan perfecta en este asunto.

—Se la ha operado.

—En fin, no quiero hablar más de ella. ¿Tienes algo para mí?

—¿Lo dudabas?

—No se me ocurriría…

—Vas a flipar.

—Hazme flipar, lo estoy deseando.

—He analizado los dos restos que encontraste en la caja y he estado investigando y, para no errar, además he estado contrastando la información con otros expertos muy expertos. En el óxido había restos de *halomonas titanicae*. Las *halomonas* son unas bacterias heliofilas, es decir, que viven en medios donde las concentraciones de sal son enormes. Esta, en concreto, solo se ha encontrado en el Atlántico Norte a casi cuatro mil metros de profundidad.

—¿Donde se hundió el Titanic?

—¡Bingo! La descubrieron en el 2010. La encontró una científica canadiense, pero la identificaron en la Universidad de Sevilla. Procedía de lo que se conoce como *rusticle* y que, no es otra cosa que, esas formaciones que parecen estalactitas y que se ven en las fotos del trasatlántico hundido.

—Y solo se encuentra allí… ¿Estás segura de que se trata de la *halomona titanicae*?

—Segurísima. Y sí, solo se encuentra allí, aunque no saben si la bacteria llegó con el Titanic o ya estaba allí. Es un organismo extremófilo, acostumbrado a vivir en condiciones extremas de presión, salinidad y ausencia de luz.

—Vaya —fue lo único que consiguió verbalizar Belinda.

—Me lo ha confirmado la doctora Sánchez, de la universidad sevillana.

—¿Y lo otro?

—Se trata de un pequeñísimo fragmento del brazo de una estrella marina, una *echinodermata velatida titanicae*, supongo que ya sabes qué es lo que quiere decir eso.

—Lo sé —hizo una pausa para tomar aire—. Pero no es posible. ¿O

sí?

—Creo que sí. La caja ha estado sumergida a cuatro mil metros de profundidad en el Atlántico Norte, muy cerca de donde se hundió el Titanic. Hazte a la idea porque es un hecho. Otra cosa es que viajara en el barco, pero tiene todos los números.

—¡Oh, dios! Cuando coja a Piggleton lo voy a matar. Pero es imposible que la momia estuviera dentro. La caja no es estanca…

Natasha se encogió de hombros frente a una Belinda incapaz de reaccionar ante el gran número de revelaciones y su naturaleza.

—Por cierto, llegó ese sobre del IPHES, lo trajo un mensajero.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

Belinda tomó el sobre. Efectivamente provenía del «Institut Català de Paleoecologia Humana i Evolució Social». Se trataba de los resultados de la prueba del carbono 14 que le habían practicado a un fragmento de venda de la momia. El fragmento de lino tenía casi tres mil cuatrocientos años de antigüedad, con lo que la mujer debería haber muerto en época de la XVIII dinastía, hacia el final. Dos nombres le vinieron a la cabeza: Akhenaton, el rey hereje, y Tutankhamon, el famoso rey Tut. Una maldición, una caja sumergida en aguas del Atlántico Norte, las *halomonas titanicae* y la *echinodermata velatida titanicae*… ¿La momia del Titanic? Debía de tratarse de una broma.

—Si hago caso a todo esto, tenemos en nuestras manos a la famosa momia del Titanic.

—Todo apunta en esa dirección —dijo Natasha, con los indicios sobre la mesa.

—Pero eso es del todo imposible, no es más que una leyenda.

—A lo mejor hay alguien interesado en hacer que nos creamos que no lo es.

—¿Pero, para qué?

—Buena pregunta… para la que me gustaría tener respuesta.

—¿Quién se iba a molestar en meter una momia dentro de una caja que hubiera estado en el cementerio marino del Titanic? ¿Con qué objetivo? Demasiado trabajo para engañar a una arqueóloga, ¿no crees?

—No sé qué creer. Todo esto es muy retorcido, hasta para Piggleton. Hablando del diablo, ¿cómo quedaste con él?

—Me dijo que su cliente se pondría en contacto con nosotros.

—¿Y?

—Y nada. Nadie ha respirado aún. Supongo que todavía es pronto.

El que respiró, en ese momento, fue Mahmoud Naser, que entró como una exhalación en el piso.

—No tenías derecho a comportarte así con Paloma —le dijo a Belinda—. Ningún derecho.

—¡Quieto parado! Ella tampoco tiene derecho a ir por el mundo con esas ínfulas. Ni tú tenías ningún derecho a llevarla al TAC sin ni siquiera pedirme autorización. A veces se te olvida quién manda aquí.

—Tienes razón, a veces creo que somos compañeros y se me olvida que tú eres la hija del jefe.

—Estás siendo muy injusto —intervino Nash.

—Me voy a dibujar.

Dicho lo cual, ante la mirada sorprendida de las dos mujeres, Mahmoud entró en el cuarto, en el que habían metido a la momia, dando un sonoro portazo.

7

—Pero esa momia, en teoría, está en el British Museum.

—Te equivocas —le replicó, Natasha—, lo que guardan en el British es el sarcófago, no la momia. Es la famosa «Unlucky Mummy, EA 22542», protagonista de mil historias.

—… que nunca ha salido de la institución.

—Correcto, pero, ¿y su contenido? Lo que conservan en el museo es el sarcófago de madera policromada, no el cuerpo amojamado y vendado.

—Vamos, Natasha, no digas tonterías. Somos científicas y no creemos en maldiciones.

—Habla por ti —respondió la otra, sonriendo—, en mi país creemos en los vampiros.

—¿Pero eso no es en Rumanía?

—Para tu información, te diré que los primeros casos documentados de vampiros aparecieron en territorio de las actuales Serbia y Croacia, no en Rumanía.

En ese momento llamaron a la puerta. Belinda abrió. Un hombre, no muy alto de tez pálida y cabello caoba, le sonreía mostrándole una placa.

—Buenos días, señorita. Mi nombre es Pol Serra y soy inspector de la Comisaría General de Investigación Criminal de los *mossos d'esquadra*.

—Buenos días, inspector. ¿Investigación criminal? ¿Quién ha muerto?

—¿Es usted Belinda Afroudakis? —La mujer asintió—. ¿Conoce usted al señor John Piggleton?

—¿John? Sí, claro que le conozco. ¿Está bien? ¿Le ha ocurrido algo?

—Siento tener que decirle que apareció muerto el viernes pasado en el *parking* de este edificio.

Belinda tuvo que apoyarse en la pared. Aquella noticia le removió mil cosas por dentro. Recuerdos de otros dolores vividos, añoranzas y aquel sentimiento de no haber estado a la altura en cuanto a afectos y atenciones con el que se había ido, ese sentimiento de culpabilidad que siempre conlleva la pérdida. Natasha y el policía la sostuvieron.

—¿Se encuentra bien?

—Bel, ¿estás bien?

—No, no estoy bien. Lo siento.

Natasha fue a por un vaso de agua. Bel bebió. Intentó no dejar salir

las lágrimas, pero le fue imposible.

—No puede ser. Si estaba bien. ¿Qué le ha pasado?

—Al parecer, le cayó encima una placa de yeso del techo. Un golpe certero en la sien.

—Pero eso es un accidente —se apresuró a señalar la croata.

—Todo apunta a que lo fue, sí. Pero hemos descubierto que el señor Piggleton tenía negocios algo turbios, y nos han asaltado ciertas dudas razonables. ¿Sabía usted algo de ese tema? ¿Le contó el señor Piggleton qué le había traído a Tarragona?

Belinda se quedó helada. Intentó poner cara de póquer, aunque estaba tan triste y le dolía tanto que no estaba segura de poder conseguirlo. Solo podía pensar en Piggle y su sonrisa de canalla cuando lo vio, hacía apenas un par de días. Se llevó la mano al amuleto que colgaba de su cuello y pensó en su padre. Cómo le gustaría tenerlo cerca en esos momentos para poderlo abrazar.

—Piggleton trabajó durante un tiempo en la Afroudakis Mediterranean Archaeology, la fundación de mi padre. Le conocí cuando era una niña. Desde que dejó de trabajar con nosotros no nos veíamos demasiado. De vez en cuando, el trabajo nos llevaba a encontrarnos, pero poco más.

En la habitación de al lado, Mahmoud Naser buscaba su libreta de papel cuadriculado, los lápices, la goma blanca, el perfilador... Desde que la vio, había pensado en el momento de estar a solas con ella para dibujarla. Nunca antes había tenido tantas ganas de dibujar una pieza arqueológica como ahora. Lo cierto era que no tenía demasiado sentido hacer un dibujo técnico de aquella cosa. Hubiera sido interesante hacer un dibujo de campo, cuando la encontraron, porque los objetos no aparecen aislados, sino que forman parte de conjuntos; se relacionan con los demás en un contexto y ese contexto proporciona valiosa información a los estudiosos. Además, una cosa es dibujar un objeto con sus medidas exactas y todas sus características, un dibujo sintético en el que mostrar un alzado, una planta, dos perfiles, una vista interior… Pero, Naser, nunca antes, había dibujado una momia. Belinda no le había dicho que lo hiciera, podían tomar fotografías, pero deseaba dibujarla.

—¿Sabe usted en qué andaba metido? —preguntó Pol Serra.

Hubo unos segundos de tenso silencio, que con toda seguridad el policía pudo percibir. Belinda dudaba. No estaba segura de qué debía decir. Hablar de la momia y quedarse sin ella o callar y, con toda probabilidad, interferir en la investigación. Optó por callar y negar con la cabeza. Exceso de celo profesional.

—Si se entera de algo o recuerda algo que le parezca que puede ser relevante —dijo, mientras sacaba una tarjeta del bolsillo de su chaqueta—, póngase en contacto conmigo.

—Lo haré, por supuesto, descuide.

El inspector Serra se despidió de las dos mujeres y salió del piso. Con la espalda apoyada contra la puerta, Natasha miraba a Belinda con cara de espanto.

—¿Pero por qué no le has hablado de la momia? ¿Te has vuelto loca? ¡Nos vas a meter en un buen lío!

—No he sabido qué hacer. Por un momento, he pensado que lo mejor era contarle toda la verdad… pero he tenido miedo de que nos requisaran la momia.

—¿Miedo? Esa momia no es tuya, Bel, tiene un dueño.

—Quiero saber más sobre ella, todo lo que se pueda saber.

—Lo tienes todo, tomaste las muestras que necesitabas en los *eppendorf* y ya están en los respectivos laboratorios, ya no la necesitas, puedes dársela a la policía o a su dueño y nos evitaremos muchos problemas.

—No lo entiendes, Nash, no es simplemente un objeto, no es solo el cadáver de una persona, es una página de la historia.

—Claro que lo entiendo, Belinda, pero no quiero tener problemas.

Al otro lado de la puerta, Mahmoud se hallaba totalmente absorto en la contemplación de aquel montón de vendas y carne reseca. Su mano se movía ágil, deslizando el lápiz sobre el papel. La temperatura había empezado a bajar en el interior de la estancia y de la momia emanaba un hedor venido de tiempos remotos, olía a tierra húmeda de cementerio, a polvo y edades. El dibujante fue sumiéndose en una especie de trance, en un sopor inconsciente que, sin embargo, confería sorprendente agilidad a su mano. Los ojos muy abiertos, la boca apretada, todo el cuerpo en tensión.

—Deberías llamar, ahora mismo, a ese inspector Serra y contarle la verdad.

—Lo haré, Nash, te lo prometo. Pero necesito tiempo, ¿vale? Dame un día más para pensar, para aclarar mis ideas. Lo de Piggle me ha dejado muy tocada… Tengo que asimilarlo, necesito pensar.

—Te entiendo, Belinda, de verdad que te entiendo. Pero este asunto no pinta bien. Los encargos de Piggleton siempre han sido muy sospechosos. Se veía venir que acabarías metida en algo ilegal por culpa de sus tejemanejes. Cuanto antes pongas punto final a este asunto, mucho mejor para todos… ¿Qué diablos es eso?

Natasha había creído ver algo que se movía en el suelo, algo que salía de la habitación en la que Mahmoud se había encerrado.

—¿El qué?

—Me ha parecido ver un bicho negro que se movía.

—¿Una cucaracha? ¡No! Dime que no, por favor, dime que no.

—Las cucarachas son nocturnas, así que no lo creo.

Las dos mujeres estuvieron un rato buscando al oscuro visitante,

pero no fueron capaces de dar con él.

—Me pareció que salía de debajo de la puerta.

—A lo mejor, ha vuelto a entrar.

—No sé tú, pero yo no voy a llamar para preguntarle a Mahmoud si lo ha visto —afirmó Nash—, cualquiera le dice nada, tal y como está hoy. Menudo cabreo llevaba.

—Olvídalo. Esperaré a mañana para volver a dirigirle la palabra. Estoy convencida de que quiere matarme por lo que le he hecho a su adorada Paloma. Mejor dejarlo para mañana.

—Sí, mucho mejor. Un poco de tiempo nos vendrá bien a todos.

8

Por la noche, de regreso a casa, Belinda permaneció un rato con la mirada perdida en el mar desde el Balcó del Mediterrani. Recordó a John con tristeza y recitó, en voz baja, lo más parecido a una oración que se le ocurrió. Después, lanzó una pregunta hacia las nubes.

—¿Por qué te has ido, John? Esto no debería haber ocurrido. ¿Qué demonios hay detrás de tu muerte y de esa momia?

A su lado, una anciana con pinta de turista, a la que su acompañante le sacaba una foto, se la quedó mirando con cierta insistencia. Al cruzarse las miradas le sonrió. La vida es efímera, pensó, lástima que nos limitemos a vivirla sin pararnos a pensar en el tiempo que irremediablemente se nos escapa de las manos y en los seres queridos a los que se lleva. También pensó en su padre y en cuánto le echaba de menos, había vivido toda su vida echándole de menos. Sintió unas ganas tremendas de estar con él, de olerle, de tocarle, de escuchar su voz. Costas residía en Atenas, habitualmente, aunque viajaba mucho por todo el mundo a causa de su trabajo, igual que ella. La distancia, como casi siempre, se interponía entre los dos. Sintió el irreprimible deseo de llamarle, necesitaba oír su voz. Enseguida, se fue a casa y lo primero que hizo al cerrar la puerta fue marcar el número de teléfono del piso de su padre en la capital griega. Hubo suerte, y alguien descolgó.

—¿Papá?

—Bel, querida. ¡Qué alegría oírte! ¿Cómo estás?

—Piggle ha muerto.

Al otro lado de la línea telefónica, el gran Costas Afroudakis se quedó mudo unos segundos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Creen que ha sido un accidente. Le cayó un panel de yeso en la cabeza. Aunque no están del todo seguros.

—¿Y eso?

—Al parecer, andaba metido en asuntos turbios.

De nuevo, un silencio prolongado.

—Siempre fue un canalla.

—No hables así de él, papá, por favor. Está muerto.

—Belinda, tú no debes recordarlo porque eras muy niña, pero John me la jugó. Su falta de escrúpulos y su egoísmo podrían haberme costado muy caros.

—Pero era tu amigo… Hubo un tiempo en el que era casi como tu hermano.

—Es cierto, lo fue. Pero eso pertenece a otro tiempo, ahora es pasado y John también.

—Verás, papá, es que hay algo más…

Por el tono dubitativo y, hasta cierto punto, temeroso, de la chica, el viejo arqueólogo acababa de intuir por dónde iban los tiros.

—Dime que no te ha liado en uno de sus chanchullos.

Belinda no podía decirle tal cosa. En vez de eso, le relató a su padre el trabajito que le había encomendado John y todos y cada uno de los detalles de las pruebas que habían llevado a cabo hasta el momento. Después de regañarla, por haber sido tan ingenua e inconsciente, por haber caído en la trampa de aquel delincuente, Costas se dejó llevar por el entusiasmo:

—¿La momia del Titanic? ¿Bromeas? Pero si eso no es más que una leyenda.

—Sí, lo sé. Hasta ahora eso era lo que yo pensaba también. Pero, en este momento, no sé qué creer, papá; es todo muy extraño. Los resultados de todas las pruebas apuntan en esa dirección.

—Podría ser alguien que trata de jugártela.

—También lo he pensado, no te creas, pero, ¿por qué iban a hacer algo así? ¿Por qué tomarse tantas molestias? ¿Quién?

—Nuestra fundación es un referente en el campo de la arqueología, nos hemos adelantado a muchos colegas en muchas ocasiones, a veces uno de nuestros descubrimientos ha tirado por tierra el trabajo de años de alguno de ellos… ¡qué sé yo! Podría ser cualquiera para desprestigiarnos o simplemente para hacerme daño. Tú eres lo que más quiero en el mundo, mi talón de Aquiles. Si te hacen daño a ti…

—¿Pero por qué a través de algo tan complicado? Es muy retorcido, ¿no te parece? No hace falta una puesta en escena tan enmarañada para engañarme. No soy tan lista.

—Lo eres, créeme. Pero, bueno, no te pongas nerviosa. Los dueños de esa reliquia acabarán poniéndose en contacto contigo, nadie deja escapar algo tan suculento. Yo, por lo menos, no lo dejaría. Pero ten mucho cuidado. Mañana mismo cojo el primer vuelo y me voy para Tarragona.

—No quería preocuparte.

—Pues lo has conseguido.

—No hace falta que vengas, papá, en serio. Tengo muchas ganas de verte, pero me podré esperar hasta septiembre, tal y como habíamos acordado.

—¿Estás segura?

—Del todo. Tendré mucho cuidado, te lo prometo. El policía que vino a verme me dio su tarjeta y, a la menor duda o sospecha, me pondré en contacto con él.

—Nada de eso: llámale mañana mismo y dile que tienes esa momia

y que te la trajo Piggleton.

Belinda enmudeció.

—¿Me has oído, Bel?

—Perfectamente, papá.

—Dime que lo harás.

—Lo haré, papá.

—Promételo.

—¿No te fías de mí?

—He dicho que me lo prometas.

—Está bien, te lo prometo.

Belinda colgó el teléfono. Ahora se arrepentía de haberle dicho a su padre que no era necesario que viajara hasta donde ella estaba. Además de echarle de menos, estaba triste y un poco asustada con lo que le había pasado a Piggleton y todo lo que se le podía venir encima con el asunto de la momia. Sabía que un hombre con la experiencia de su padre en el mundo de la arqueología y en la vida podría serle de gran ayuda. Estaba cansada y sentía algo parecido al desamparo. Tal vez, un trago conseguiría animarla. Puso hielo en un vaso y una rodaja de limón, luego echó cuatro dedos de Hendrick's y lo rellenó con tónica. Sabía que aquel preparado con aquella marca de ginebra se servía con pepino, pero odiaba el pepino.

Salió a la terraza. Las luces de la Rambla a sus pies, la ciudad silenciosa mientras se dormía. A su izquierda, la inmensidad del mar y por todos lados la vastedad de la noche. Las pocas plantas, que tenía en las jardineras, se estaban muriendo porque no conseguía acordarse de regarlas. Entró con la regadera de plástico en la mano para llenarla y volvió a salir. Mientras echaba el agua sobre los pobres vegetales, le pareció ver unos bichos negros moviéndose en el rincón oscuro en el que se encontraba el desagüe. Encendió la vela antimosquitos de *citronela,* que tenía sobre la mesa de madera de teca, pero, al dirigirla hacia el rincón, no vio nada.

El calor era insoportable, no corría ni una brizna de aire, sin embargo, la llama de la vela se apagó como si alguien hubiera soplado sobre ella. Dio un sorbo al gin-tonic. Echó la cabeza hacia atrás, dejándose caer sobre el respaldo de la silla, y cerró los ojos. Creyó oír un murmullo, una especie de zumbido que se acercaba, pero, cuando abrió los ojos y miró en derredor, no vio nada.

De pronto, las luces de la ciudad se apagaron, parecía que se había producido un apagón general. La oscuridad se exten-dió a su alrededor. Miró al cielo y pudo ver las estrellas. El murmullo que había oído hacía apenas unos segundos se hizo mucho más audible, más intenso. Y un olor a tierra húmeda y a restos orgánicos en descomposición le hirió la pituitaria. Sintió asco y se incorporó. Notó algo que le subía por la pierna y se dio un manotazo para sacudírselo.

Entonces oyó un mau-llido, notó una presencia bajo la mesa y movimiento entre sus piernas, aunque siguió sin ver nada. Todo sucedió muy rápido.

La luz del exterior volvió. Los neones publicitarios, de nuevo, deslumbraban con sus mensajes y las farolas ilumi-naron las calles como cada noche. Las luces del interior de su vivienda siguieron apagadas. Tal vez era cosa de los plomos. Se asomó para ver si había algún movimiento extraño en la calle, pero no vio nada anormal. A aquellas horas, la Rambla Nova estaba desierta. Entró para ver si podía solucionar el apagón en la casa. Desde el salón volvió la vista a la terraza y, entonces, la vio: era la silueta ondulante y sinuosa de un gato que le maullaba a la luna. Estaba sobre la balaustrada recortándose en un contraluz sobrenatural. Otra vez, aquel gato, ¿de dónde diablos salía?

9

Cuando Belinda llegó por la mañana a su trabajo, notó que el lugar estaba más frío que de costumbre. Eran casi las nueve y media y ninguno de sus compañeros había aparecido por allí, las ventanas seguían cerradas y las persianas abajo. Traía un café del Dunkin Donuts, cercano a su casa, que aún notaba caliente en su mano. Lo dejó sobre una de las mesas y comenzó a levantar persianas y a abrir ventanas para que entrara algo de calor. No había refrescado la noche anterior, al contrario, un calor pegajoso lo había invadido todo, pero allí dentro hacía mucho frío.

Un sorbo del vaso de plástico antes de darle al botón de encendido del ordenador. Sin azúcar, áspero y fuerte para que al entrar por la garganta la despejara sin miramientos, amargo y potente, directo a las papilas gustativas y luego al estómago. La combustión era inmediata. Su cuerpo empezaba a sacudirse el sueño desde el primer sorbo. El café era una especie de poción mágica que la reactivaba. A lo peor era adicta, pero tampoco le preocupaba. Mientras la computadora se iba despertando, con aquel zumbido como de viento embotellado, ojeó las carpetas que había sobre su mesa. Redactaría un informe con todo lo referente a la momia. Y seguiría investigando.

Tomó la carpeta en la que estaban los resultados del TAC que el doctor Marín y su equipo habían llevado a cabo. Estuvo observando las imágenes tridimensionales y apuntando lo que en ellas aparecía. Se trataba, básicamente, de amuletos que se colocaban entre las vendas como parte del ritual de la momificación. Contó hasta treinta y nueve. A la altura de la tráquea pudo ver una reproducción del dios Osiris. Y, en el pecho, una diosa Isis con las alas abiertas en señal de protección, muy similar a las que aparecen representadas sobre la tapa de algunos sarcófagos o en las paredes de las tumbas. Iguales a las que aparecían en la tapa del sarcófago de la «Unlucky Mummy».

Entre los amuletos había algunos *escarabeos*. Solían estar tallados con inscripciones por su parte posterior. Tal vez, si conseguía leer lo que ponía en ellos podría obtener más infor-mación: el nombre del difunto, el faraón que reinaba cuando se produjo la muerte… cualquier cosa podría ser importante. Pero, en aquellas imágenes, no se apreciaba apenas nada; como mucho, la forma. ¿Y si le preguntaba a Marín si podía ampliarlas? Tal vez así… Marcó el número del «Centre de Diagnosi per l'Imatge».

—*Centre de Diagnosi per l'Imatge, bon dia!*

—*Bon dia*. Podría ponerme con el doctor Marín, soy la doctora

Afroudakis.

—El doctor Marín no está, doctora Afroudakis. Si llama dentro de un par de horas seguramente ya le encontrará aquí. O si lo prefiere puedo dejarle recado de que la llame.

—No se preocupe. Muchas gracias. Volveré a llamarle dentro de un rato.

Buscó en Google una imagen de la famosa Unlucky Mummy del British Museum registrada como EA 22542. *Et voilà*, en la pantalla apareció la imagen del sarcófago de madera policromada. En él, teóricamente, se reproducía el rostro de la difunta. La imprimió. Luego, imprimió una de las imágenes que había tomado con su cámara a la momia hacía unos días.

—¿Quién eres? ¿Cómo llegaste al interior de esa caja? ¿De verdad, eres una momia maldita?

Con ambas imágenes en la mano, se dirigió hacia la habitación en la que había quedado la momia el día anterior. Al abrir la puerta, sintió una fuerza extraña que chocaba contra ella, como si algo que hubiese estado empujando desde dentro se hubiera liberado y quisiera escapar. De nuevo, el frío que había sentido al llegar a la oficina hacía un rato; pero mucho más intenso, más devastador, metiéndosele dentro a través de la boca y la nariz. No podía respirar. Se ahogaba. Cayó de rodillas al suelo llevándose la mano al pecho, intentando luchar contra algo desconocido que la estaba poseyendo.

Se desvaneció en el suelo, noqueada, a punto de perder el sentido. Boca arriba, boqueando como un pez, notaba el frío del suelo en la espalda. En medio de las sombras de aquel extraño delirio creyó ver unos bichos negros que surgían de todos los rincones; eran insectos, oía el ruido de sus élitros al moverse. Cada vez estaban más cerca, sentía que le tocaban los brazos, las piernas… que poco a poco iban subiendo por ella… Y, de pronto, un maullido. Había un gato en la oficina. ¿Un gato? Le pareció ver que se movía arriba y abajo, que saltaba persiguiendo algo, que le daba zarpazos, tal vez, para quitarle aquellos bichos de encima. De pronto, silencio y oscuridad, y el frío cesó.

Belinda despertó sobresaltada al oír una voz que la llamaba. Natasha Vulovic corría hacia ella y cuando llegó a su lado empezó a zarandearla.

—¡Belinda! ¡Oh, dios mío! ¿Belinda, estás bien? Dime que estás bien. ¡Dime algo!

—… Nash… sí… digo, no… La verdad es que no lo sé.

Natasha la ayudó a incorporarse, pero perdió la fuerza al lanzar un grito estremecedor. Belinda recuperó del todo el conocimiento, aunque seguía aturdida. La cara de su amiga estaba desencajada. Tenía los ojos muy abiertos, con expresión de espanto, y se tapaba la

boca con la mano con la que no la sujetaba a ella. Al mirar en la dirección hacia donde lo hacían sus ojos, la arqueóloga quedó horrorizada. Allí estaba Mahmoud, tirado en el suelo, con el rostro destrozado. Supieron que era él por sus ropas, las mismas que llevaba el día anterior. Por debajo de sus vaqueros, se distinguían sus característicos calcetines de rayas. Aún tenía el lápiz en la mano y, a su lado, había varios folios con diferentes bocetos.

Belinda se arrastró como pudo para alejarse de él. Natasha se había quedado inmóvil, incapaz de recuperarse del shock. Pasaron unos segundos de pánico durante los que pareció que estaban viviendo un mal sueño.

—Será mejor llamar a la policía… —dijo Belinda, mientras rebuscaba dentro de su bolso la tarjeta que les había dejado el inspector Serra.

10

Mahmoud Naser estaba muerto. Parecía que alguna espantosa criatura le había devorado el rostro, convirtiéndolo en una masa viscosa y supurante. Los fantasmales ojos, sin párpados, surgían debajo de la frente como dos grotescas pelotas de ping-pong. La dentadura lucía impúdica y reluciente sin labios que la cubrieran. La cara del dibujante egipcio parecía una ridícula máscara de Halloween, de esas de baratillo que se venden en los bazares chinos.

El inspector Serra hablaba con dos de sus agentes. El hombre que había estado tomando las fotografías al cadáver se acercó a él. Estuvieron un rato charlando y, tras darse la mano, el otro se marchó. Serra siguió hablando a diestro y siniestro, mientras apuntaba cosas en un cuadernillo que había sacado del bolsillo de su chaqueta tejana. Las doctoras Vulovic y Afroudakis estaban siendo atendidas por los sanitarios de sendos ataques de ansiedad. No presentaban heridas, pero su estado de ánimo era preocupante. Belinda tomó un tranquilizante mientras que a Natasha se la llevaron al hospital después de haber sufrido un desvanecimiento.

—¿Por qué no me habló de la momia? —preguntó Serra a bocajarro.

Silencio culpable. Belinda no se atrevía a mirarle a los ojos.

—¿Qué le puedo decir? No creo que ahora vaya a creerse nada de lo que le diga.

—Doctora Afroudakis, no estoy aquí para juzgarla sino para investigar lo que ha ocurrido en torno a esa momia.

—Pero es que no puedo evitar pensar que si le hubiera hablado antes de la momia, esto, tal vez, no hubiera pasado.

El inspector no dijo nada. Siguió mirando a la mujer con ojos inquisitivos, esperando una respuesta, mientras ella no podía disimular su incomodidad.

—Llámelo celo profesional, inspector; o siga pensando que ha sido inconsciencia. Esa momia es una pieza muy valiosa y supongo que quería protegerla. Deseaba tenerla más tiempo conmigo y pensé que si le hablaba de ella se la llevarían.

—No se preocupe por la momia, la vamos a tratar con mucho cuidado. Preocúpese por usted y sus compañeros, parece que hay alguien que les quiere fuera de la circulación.

—¿Cree que van a por nosotros?

—John Piggelton le trajo la momia y está muerto. Mahmoud Naser la estaba dibujando y está muerto.

—¿Y si fuera una maldición?

Serra puso cara de sorpresa. No esperaba un comentario de aquel tipo, saliendo de boca de aquella mujer. Lo tomó por una broma, tal vez un desvarío a causa de la tensión que acababa de vivir.

—La única maldición que veo aquí es la de la codicia, doctora. Estoy convencido de que alguien quiere esa momia. Seguro que vale muchísimo dinero.

—Es más que una pura cuestión material. Su valor es incalculable, sí, pero detrás de ella hay una extraña historia que desconocemos. Aunque empezamos a intuirla.

—Explíquese.

—Piggleton me la trajo para que averiguáramos todo sobre ella. No me reveló quién era su propietario ni me dijo de dónde procedía. Se marchó diciéndome que el dueño se pondría en contacto conmigo.

—¿Y lo ha hecho? ¿Se ha puesto en contacto con usted?

—Por supuesto que no. Y, mientras tanto, nosotros hemos descubierto cosas. La caja que contiene la momia ha estado sumergida a más de cuatro mil metros de profundidad, en el Atlántico Norte…

—¿Y?

—Donde se hundió el Titanic, inspector.

—¿Y la momia?

—En teoría, la momia estaba dentro de la caja, aunque tengo mis dudas, dado su excelente estado de conservación. Pero sí, parece que también podría haber estado allí.

—¿La momia del Titanic?

—¿Conoce la leyenda?

—Sí, la conozco. No hace falta ser arqueólogo para conocerla, basta con escribirlo en Google y navegar un poco por la red. ¿La caja que la albergaba es hermética?

—No, no lo es.

—Tal vez, alguien compró esa caja, que sí procedía del Titanic, metió en ella una momia cualquiera y la vendió como si fuera la momia que viajaba en el legendario buque.

—Podría ser. Pero, ¿con qué objetivo?

—Un objeto así alcanzaría precios astronómicos en el mercado, ¿no le parece?

—El año pasado durante el mes de abril, se realizó una subasta de más de cinco mil objetos procedentes del Titanic en Nueva York. La colección se vendía conjuntamente, con compromiso de mantenerla unida por razones de preser-vación, y se debía garantizar el acceso al público. El lote alcanzó una cifra superior a los ciento cuarenta millones de euros.

—Bonita suma.

—Desde luego.

—¿Conoce a alguien dispuesto a matar por esa suma de dinero?

La pregunta quedó flotando en el aire, entre el aroma a café recién hecho que sobrevolaba la cafetería a la que el inspector Serra y la doctora Afroudakis habían ido a charlar.

—A nadie en concreto, pero no es una teoría descabe-llada, se lo puedo asegurar. Hay mucho tarado en el mundo de las antigüedades. ¿Entiende que quisiera preservar la momia?

—Puede estar tranquila. La momia se quedará con ustedes —dijo Serra.

—Pensaba que era una prueba o una evidencia, o como sea que lo llamen.

—Lo es. Pero nuestras instalaciones no están preparadas para una pieza de esas características. Se la dejo en depósito, con la pertinente documentación, y con el compromiso de que usted se hará responsable de ella.

—Como hasta ahora.

—Efectivamente. Espero que el propietario se ponga en contacto con usted…

—Después de todo lo que ha pasado, ¿cree que lo hará?

—Sí, lo creo. Es más, estoy convencido. Y espero que, esta vez, me mantenga al corriente de todo lo que ocurra a partir de ese momento.

La doctora Afroudakis se sonrojó y bajó la vista. Sabía que no había obrado bien ocultándole la existencia de la momia al inspector, y sabía también que él no confiaría nunca del todo en ella. Era el precio que tenía que pagar por su exceso de celo profesional. Su padre le había enseñado a amar cada pieza del pasado, a protegerla con la vida si era necesario. La había convencido de que las personas como ellos eran paladines de la historia, piezas indispensables para garantizar la conser-vación del legado histórico del mundo. Sí, sabía que aquel discurso tenía algo de mesiánico, pero sabía también que aquella especie de megalomanía era una pose y que Costas Afroudakis amaba la arqueología con verdadera pasión, pero amaba a su hija por encima de todas las cosas.

—¿Podría ver sus dibujos? —preguntó Belinda, tanto por curiosidad como en un intento de cambiar de tema.

Serra sacó un portafolios de su maletín de piel. Extrajo de su interior varias hojas de papel y las fue dejando una a una sobre la mesa. En la primera había un dibujo de la momia tal cual era. En la segunda aparecía una bella mujer. Era morena. Sus ojos parecían los de una pequeña gacela, grandes, oscuros y enmarcados por una ondulante línea de kohl. Tenía las facciones armónicas, la boca carnosa, la nariz recta y bien proporcionada y los pómulos prominentes; una verdadera belleza clásica egipcia. Su cuerpo parecía transparentarse bajo una delicada túnica de lino.

—Mahmoud era muy bueno… —dijo Belinda—, un verdadero artista.

—Con una desbordante imaginación —añadió Serra.

—En este campo, los dibujantes han de ceñirse a ciertos parámetros y sus dibujos no dejan de ser meros reproductores de datos. Se trata de describir físicamente las características de las piezas: volumen, tamaño, forma… El dibujo de campo es una especie de esquema, que reproduce el emplazamiento en el que se encontró el objeto y la situación exacta en el momento del hallazgo. Eso no deja demasiado espacio para el arte, mucho menos para la imaginación, y Mahmoud era un artista.

—¿Y qué me dice de esto?

El último dibujo quedó sobre la mesa. Belinda no se atrevió a cogerlo como había hecho con los otros dos. Tenía los ojos exageradamente abiertos y se había llevado la mano a la boca para reprimir un grito de horror. Serra lo guardó en el portafolios consciente del efecto que podía causar aquella imagen en cualquiera que la viera. Él había visto cosas terribles por su trabajo, pero la cara que aparecía en aquel dibujo le había hecho sentir como si se hubiera asomado a la antesala del infierno.

—¿Cómo explicaría usted esto? ¿Un desvarío de la mente? ¿El efecto de haber consumido algún tipo de sustancia alucinógena?

—La primera vez que Naser estuvo en contacto con la momia ocurrió algo extraño y él acabó desvaneciéndose. Pensamos que, tal vez, se trataba de la presencia de Aspergillus o Histoplasma.

—¿Perdón?

—Disculpe, inspector. Algún tipo de hongo que prolifera en los excrementos de los murciélagos, en el caso de la *histoplasmosis*, o que aparece durante la descomposición de los tejidos orgánicos, en el caso de la *aspergilosis*.

—¿Y?

—Pensé que sería interesante enviar una muestra de las vendas a analizar, y aconsejé a mis colegas que usaran mascarillas siempre que estuvieran cerca de la momia.

—¿Y?

—Pues que como la cosa se complicó tanto, olvidamos lo uno y lo otro. Aunque es verdad que no volvió a ocurrir ningún incidente en presencia de la momia, con lo cuál supongo que dedujimos que no había en ella ningún agente patógeno, o simplemente lo olvidamos.

—Interesante deducción. En ese caso, no tengo ninguna explicación para esto.

A no ser que se tratara de la maldición. Pero no, eso no era posible. Los científicos y los policías no creen en maldiciones.

11

Belinda rompió el precinto policial que había en la puerta de su oficina. Acababa de entrar en el escenario de un crimen, aunque no estaba muy segura de si estaba permitido hacerlo, desconocía si un juez había dado orden de levantar aquel precinto y ni siquiera estaba segura de que fuera necesario que lo hubiera hecho. Pero, necesitaba volver al trabajo. Quería seguir investigando sobre la momia y acabar otras tareas pendientes. Poco más podía hacer. Siempre había pensado que el luto era algo muy personal que cada uno lleva a su manera, aunque a veces esas maneras sean poco convencionales y difíciles de entender, porque no se adapten a la norma. Desde la muerte de su madre, su padre había vivido entregado a ella y a su trabajo en la fundación, sobre todo a su trabajo. Ella solo estaba poniendo en práctica el ejemplo recibido.

Llamó al doctor Marín al «Centre de Diagnosi per l'Imatge». Quería saber si era posible ampliar las imágenes del TAC, lo suficiente como para poder leer las inscripciones de los amuletos que la momia llevaba entre las vendas. Uno de ellos era un *escarabeo* de corazón. Estaba situado sobre la boca. Los antiguos egipcios creían que el corazón era la fuente de todo pensamiento, que atesoraba la esencia de la vida como poseedor del poder vital del hombre conectado con su *ka*. El *escarabeo* era el símbolo de lo que existe y renace de sí mismo, un ser con poderes sobrenaturales. El *escarabeo* del corazón se convertía en doble protector: del corazón real, y en protector de la vida futura. Los *escarabeos* egipcios suelen tener una inscripción en la parte posterior. Están cubiertos de inscripciones, generalmente de hechizos, fórmulas o conjuros mágicos; o algún pasaje del Libro de los Muertos. También, acostumbra a aparecer en ellos el nombre del propietario, el difunto, y su cargo; así como el nombre del rey bajo cuyo reinado se ha producido la defunción.

—Doctora Afroudakis, qué oportuna. Nos leemos el pensamiento. Ahora mismo iba a llamarla.

—Eso es que estamos mentalmente conectados —bromeó.

—Recibí notificación de su llamada, pero es que están siendo unos días complicados. Discúlpeme.

El tono de Marín parecía apesadumbrado.

—¿Todo bien, doctor? —preguntó Belinda por cortesía más que por interés.

—No, querida. Todo va mal, muy mal. El día que usted me llamó estaba en el cementerio.

—Vaya. Lo siento mucho. La muerte es siempre lo peor.

—Es como para sentirlo, desde luego. Falleció Pablo, nuestro técnico especialista en radiodiagnóstico.

Belinda tuvo un presentimiento.

—¿No sería el que nos acompañó durante el TAC de la momia?

—El mismo. Unos días después de que usted le viera, sufrió un infarto.

Belinda enmudeció. Detestaba siquiera dedicarle un pensa-miento a la supuesta maldición de la momia, era algo que iba en contra de cualquier lógica, de la ciencia; pero se le hacía difícil no pensar en ella, le resultaba inevitable relacionar aquella muerte con las otras dos que habían sucedido a su alrededor. Podía tratarse de una casualidad, pero, ¿por qué él, de entre todos los miembros del equipo? ¿Por qué no el doctor Marín? Era imposible conocer los criterios que podía seguir una maldición, supuso que actuaría de forma aleatoria. No se le podía pedir lógica o coherencia a una momia a la hora de llevar a cabo su venganza, pero, ¿en qué diablos estaba pensando? Lo que le había ocurrido a aquel técnico había sido un accidente, su muerte después de haber estado con la momia no era más que una desafortunada coincidencia. Nada más. Nada de maldiciones. Prohibido pensar en maldiciones.

—No, no es posible —respondió el doctor a la petición de su colega —. Eso que usted necesita tal vez se pudiera ver haciendo una endoscopia, introduciendo una cámara en el interior de la momia.

—Pero esa prueba es agresiva.

—Mínimamente, pero sí. Tendríamos que practicarle un pequeño orificio al paciente para poder introducir el tubo, claro.

—En ese caso, debería consultarlo con mi cliente, es un riesgo que no puedo correr. Debería autorizarme el pro-pietario.

—Por supuesto, lo entiendo.

—De todas maneras, muchas gracias por su tiempo, doctor Marín.

—Faltaría más. Ya le dije que no es muy habitual tener pacientes como el que usted nos ha brindado. Para nosotros es una oportunidad única.

Belinda colgó el teléfono tras despedirse del médico. Se acababan las posibilidades de ahondar en la identidad de la momia. Podía interpretar algunos datos obtenidos con el TAC, que tal vez le ayudarían en la ardua tarea de conocer algunos detalles sobre sus hábitos y costumbres, sobre su vida; pero que difícilmente revelarían su identidad. De momento, no había más. Tendría que esperar a que, como le había dicho el inspector Serra, el propietario se pusiera en contacto con ella.

12

Natasha Vulovic y Belinda estaban en la terraza, con vistas al Mediterráneo, de la arqueóloga, apoyadas en su balaustrada de piedra. La croata estaba destrozada. Mahmoud y ella eran buenos amigos además de compañeros y, en otro tiempo, habían compartido algún que otro escarceo sexual, que no amoroso. Natasha era una mujer libre que no quería ataduras con ningún hombre. Necesitaba ciertas cuotas de sexo y cariño masculino en su vida, pero poco más. En sus planes inmediatos no entraba enamorarse, mucho menos tener una relación seria con nadie.

—Es terrible —dijo—, no puedo creer lo que ha pasado.

Belinda no le respondió.

—¿Quién podría odiarle tanto como para hacerle algo así?

—Me cuesta imaginarlo. No se me ocurre nadie que pueda odiar tanto como para eso.

—¿No sospechas de nadie?

—No, de nadie. Y mira que le he dado vueltas al asunto, no me lo puedo quitar de la cabeza. Tal vez tiene que ver con la momia. El técnico que estaba en el ordenador, el día que hicimos el TAC, también ha muerto.

—¿Bromeas?

—Nunca bromearía con algo así.

—¡Cielos! No me vuelvas a hablar de la maldición, te lo ruego.

—Yo no he abierto la boca.

Natasha hubiese bromeado con el tema si no hubiera estado tan rota por dentro. Miraba al infinito, hacia el mar, y no podía dejar de ver los profundos ojos negros de su antiguo amante, su sonrisa franca y perfecta, sus labios carnosos… Había empezado a pensar que, tal vez, debería haberse dado una nueva oportunidad con él, a lo mejor era el hombre de su vida y no había sabido verlo. Pero, rápidamente, se dijo a sí misma que era parte del shock sufrido por la pérdida. Mahmoud y ella eran muy diferentes. Él quería una mujer que lo esperase en casa cuando regresara del trabajo y ella no podía esperar a nadie porque no solía estar en casa más que para dormir.

—¿Crees que lo nuestro podría haber funcionado?

—Lo vuestro no funcionó.

—Me refiero a si lo hubiéramos vuelto a intentar. En realidad, fui yo la que puso las reglas al principio y aquello no podía ir más allá del sexo y el placer. Supongo que no se atrevió a contradecirme.

—Déjalo, Nash, estás muy afectada por lo que ha pasado. Vete a

casa a descansar.

—Sí, será lo mejor. Aunque dudo que pueda pegar ojo esta noche. No puedo sacarme de la cabeza la imagen de Mahmoud muerto, no consigo dejar de verle cuando cierro los ojos.

—No es para menos, Nash. Date un baño caliente, toma un vaso de leche tibia o una infusión de valeriana. Ya verás cómo te relajas.

—Estoy pensando en coger una buena cogorza. Beber como si no existiera un mañana, a ver si consigo aturdir las neuronas y dejar de pensar.

—¿Y mañana qué? ¿Otra vez a emborracharte?

—Dicen que es lo mejor para la resaca.

—Anda, no hagas tonterías que te necesito entera.

Las dos mujeres se despidieron con un abrazo. No solían ser demasiado efusivas entre ellas, se veían cada día y Natasha no era muy dada a exteriorizar sus afectos. Pero aquel gesto se hacía necesario en un momento tan duro como el que les estaba tocando vivir. Natasha se fue a casa apesadumbrada, no le apetecía quedarse sola aquella noche, pero no dijo nada. Sentía una opresión en el pecho, una especie de ardor que por momentos se hacía más intenso. Lo peor era que, antes, cuando se sentía mal, podía acudir a Mahmoud. A veces charlaban. Otras veces, pasaban la noche emborrachándose o haciendo el amor. Pero hoy no podía llamarle porque ya no estaba y no podía hacerse a la idea.

Necesitaba no pensar. Beber en solitario hasta emborracharse le resultaba un poco patético, era lo que hacían los perdedores. Le haría caso a Bel. Tal vez un baño caliente y una infusión, sumados al cansancio, que arrastraba de un par de noches sin dormir, obrarían el efecto narcótico deseado. De cualquier manera, la noche iba a ser muy larga, de eso estaba segura.

Su piso olía a nuevo. El olor de los muebles de melamina, el de la pintura fresca, aún no se había ido de allí, porque rara vez abría las ventanas para airearlo y nunca había cocinado, así que la casa no podía oler a guisos. Todo era provisional, como de costumbre. Los lugares y la gente. Siempre se había sentido una nómada. La familia quedó en su país natal, desengañados con ella por no haberse comportado como una mujer tradicional, por no haberse casado y por no haberles dado nietos a sus padres; y a sus hermanos, sobrinos. La consideraban una solterona loca, una marimacho, que se comportaba como un hombre, o que no pensaba en lo que piensa una mujer normal; sin embargo, a ella, hacía tiempo que habían dejado de impor-tarle las opiniones ajenas. Vivía por y para su trabajo y, en momentos como aquel, a veces, llegaba a lamentarlo y se preguntaba si no debería haber cuidado, un poco más, su vida privada.

El baño caliente ejerció su efecto relajante en ella, tanto, que

estuvo a punto de quedarse dormida en la bañera. La despertó un principio de cabezada que hizo que su cara chocara contra la superficie del agua. Se puso el pijama y se fue a la cama con una taza de tisana de melisa, romero, canela, manzanilla y no sabía cuántas cosas más. Se tumbó sobre la cama sin retirar siquiera la sábana. Pero el sueño se había ido alejando con cada paso hacia su dormitorio y ahora no conseguía dormir. Dio un sorbo a la bebida, que estaba demasiado caliente. Tomó una revista que tenía en la mesilla y se puso a ojearla. La cerró y la dejó, de nuevo, donde estaba. Se volvió a estirar en la cama y decidió ponerse a contar; era una manera de dejar la mente en blanco, que a veces le daba buenos resul-tados. Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis… el rostro de Mahmoud se le apareció entre el seis y el siete. Encendió la luz de la habitación. Se levantó y se puso a dar vueltas por el cuarto. Abrió la ventana para que entrara el aire, apagó la luz y volvió a intentar dormirse.

De nuevo, contó mentalmente. Esta vez consiguió llegar a diez, pero no pudo seguir. Alargó la mano hacia la mesilla para tomar la taza. Dio un par de sorbos. Volvió a intentarlo. Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis… no consiguió pasar del siete y empezó a dejarse llevar. Pronto se halló en esa antesala de los sueños en la que uno empieza a perder la conciencia. Fue entonces cuando comenzó a oír una especie de vibración, un rumor de élitros moviéndose, como si un enjambre de insectos estuviera revoloteando cerca de ella. Lo atribuyó al sueño.

En medio de aquella niebla onírica, volvió a aparecer Mahmoud. Tenía la cara borrada, pero ella sabía que era él. Se le acercaba. Iba a besarla y entonces, cuando lo tenía muy cerca, vio que de sus labios salía un bicho negro. Era un escarabajo enterrador, un *silphidae*. Era bióloga y los bichos no la asustaban ni le causaban repugnancia, pero verlo salir de la boca de Naser le produjo una arcada. Aquel insecto vivía en los cadáveres y sus larvas también, y ahora Mahmoud estaba muerto. Los sueños son un reflejo de nuestro subconsciente. Eso era.

Mahmoud desapareció entre las formas ondulantes de los sueños y volvió la oscuridad. Abrió los ojos. No había nadie. Estaba sola. A lo lejos, se oía el ruido de los últimos coches que rondaban por la, ya casi desierta, ciudad. Comenzó a notar un cosquilleo en los pies, una especie de hormigueo. Los sacudió y cesó. Se volvió a dormir. Pasados unos instantes, no podría decir cuántos, el cosquilleo que la despertó era mucho más intenso, el hormigueo era ahora incesante y se había extendido por todo el cuerpo, incluido el rostro. Se llevó la mano a la cara y tocó algo duro y frío, cerró la mano y apretó para que no escapara, alargó la otra hacia el interruptor con premura. Lo que vio la hizo gritar de horror. Pero nadie oyó sus gritos y ella se dejó llevar, haciendo lo imposible por seguir dormida con la esperanza de que aquello fuera un sueño.

13

El inspector Pol Serra llamó a la doctora Afroudakis a primera hora de la mañana. Necesitaba verla inmediatamente, le dijo. Belinda se extrañó ante aquella exagerada premura, pero no quiso resistirse a la autoridad, teniendo en cuenta que el policía ya la había pillado en un renuncio con el tema de la momia. ¿Qué debía de querer ahora? Le pareció curioso que hubiese quedado con ella justo delante de la puerta de Natasha. Tal vez su amiga había descubierto algo, o Serra quería contarles algo a las dos. Pero, si se trataba de eso, no acababa de entender por qué no iba a verlas a la oficina. Era todo muy raro.

Cuando Belinda llegó, vio varios coches de policía y dos ambulancias, mucho movimiento de gente. Aquello la alarmó, era evidente que algo había pasado. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¡A Nash le había ocurrido algo malo! Intentó entrar en el edificio, pero un *mosso d'esquadra* la interceptó y le prohibió el paso.

—Identifíquese, por favor.

—Mi nombre es Belinda Afroudakis, doctora Belinda Afroudakis. He quedado aquí con el inspector Serra.

—Espere un momento, por favor, ahora mismo le comu-nico al inspector que está usted aquí.

El hombre se alejó un poco, dándole la espalda, y se puso a hablar por teléfono. Regresó rápidamente para permitirle el paso: la estaban esperando. Belinda comenzó a subir los escalones de dos en dos, ahogándose, hasta que apareció el inspector Serra, que salió a recibirla unos metros antes de llegar a la puerta del piso de su amiga.

—Tengo malas noticias para usted.

Todo se volvió negro. La doctora Afroudakis se desva-neció y tan solo la rapidez de reflejos del policía impidió que cayera rodando por las escaleras. Cuando despertó estaba tumbada en el interior de una ambulancia y no recordaba cómo había llegado hasta allí.

—¿Dónde está Natasha? —gritó, intentando incorporarse.

Entre Serra y los dos sanitarios del vehículo consiguieron impedir que se levantara, aunque luchó con todas sus fuerzas y no les resultó nada fácil.

—¿Qué le ha pasado? —volvió a gritar, dándole un manotazo en el rostro a Serra con la mano izquierda, que había conseguido zafarse del control de los tres hombres.

—Siento mucho decirle que su amiga está muerta.

Silencio. La sensación angustiosa de que el mundo se hundía bajo sus pies. De nuevo el vértigo, empezar a notar la pérdida de la

conciencia, la necesidad de huir, de no querer enfrentarse a la realidad. Pero esta vez se alejó del túnel, se resistió a dejarse engullir por la inconsciencia y regresó porque necesitaba saber qué había ocurrido.

—Los vecinos oyeron gritos en casa de la doctora Vulovic y nos llamaron. La encontramos muerta sobre la cama. Su rostro aparecía dañado, de la misma manera que el de su otro colaborador, el señor Naser.

De nuevo, silencio.

—Tenía esto en la mano —le dijo Serra, mostrándole un escarabajo de fayenza negra con una inscripción en la parte posterior.

La doctora Afroudakis tomó el amuleto. Lo observó durante unos segundos. Se lo devolvió al inspector para buscar en el bolso su cuaderno de notas y algo con lo que escribir. Luego le tendió la mano al hombre, indicándole que se lo volviera a dar. Mirando el dorso, comenzó a garabatear algo en una de las hojas en blanco.

—Es una pieza poco habitual. La fayenza egipcia solía ser de color verde, ocre y azul, raramente negra. Existe una extensa simbología relacionada con el escarabajo, que demuestra que los egipcios eran grandes observadores de la naturaleza y que lo miraron con ojos de entomólogos. Fue uno de los amuletos más valorados en el Antiguo Egipto. El escarabajo pelotero, «Scarabeus sacer», fabrica su bola con excrementos y le da su forma moldeándola como un alfarero, un dios creador. Desa-parece bajo tierra convirtiéndola en un vaso globular en el que realiza la puesta, lo cierra para que el huevo pueda convertirse en larva y luego en ninfa. Según Jean Henri Fabre, al que algunos consideran el padre de la entomología moderna, la ninfa tiene la apariencia de una momia hierática sujeta por sus vendas.

El inspector Serra la miraba en silencio, maravillado ante aquella súbita transformación que la mujer había experimentado, sin entender. No sabía muy bien cómo había podido recuperar la calma tan rápidamente, no sabía adónde quería ir a parar. Le parecía interesante lo que le estaba contando y le gustaba oírla hablar. No quiso interrumpirla. Tal vez era una manera de empezar a enfrentar el duelo.

—Todo esto nos remite, una vez más, a la momia que, según la inscripción en escritura jeroglífica del dorso de este escarabeo, se llamaba AmenRa y era princesa real y sacerdotisa de Atón. Lo cual nos sitúa en el Imperio Nuevo, en la XVIII dinastía, el reinado de Akhenatón.

—Muy interesante.

—Y con todo ello podemos afirmar, suponiendo que este objeto tenga que ver con nuestra momia, que la de la difunta a la que pertenece este escarabeo es la famosa momia del Titanic…

—… pieza de incalculable valor, tanto para fanáticos del trasatlántico hundido, como de la egiptología, como para frikis de las maldiciones; como ya comentamos el otro día. ¿Podría afirmar, sin riesgo de equivocarse, que nuestra momia es la que viajaba en el Titanic?

—No puedo afirmarlo al cien por cien, pero cada vez hay más indicios que apuntan en esa dirección. ¿Sabe de alguna otra momia egipcia que ande por aquí cerca? —Serra negó con la cabeza—. Pues intuyo que este escarabajo es de la nuestra. ¿Tiene alguna hipótesis, inspector?

—Algunas conjeturas me rondan la cabeza, sí. Disculpe una pregunta más, y le ruego no se ofenda ni me malin-terprete.

—Adelante.

—¿Cree que sus amigos podrían tener algo que ver con el tráfico ilegal de antigüedades?

—Hace unos días, lo hubiera negado tajantemente, pero ahora ya no sé qué pensar. Todo esto me ha superado. Aunque no tiene ninguna lógica que me trajeran la momia a mí cuando ellos, por su parte, también podrían haberla investigado.

—Pero no tan bien como usted. O también puede que usted fuera una coartada perfecta para custodiarla sin levantar sospechas.

—Entonces, yo también estaría muerta. Si quienes han matado a Naser y a Nash —Bel respiró hondo para contener las lágrimas, mientras trataba de continuar hablando—, lo han hecho por la momia, yo debería estar muerta también.

—Probablemente. Es cierto, no tiene demasiado sentido. Además, si lo que quieren es la momia, lo más fácil sería robarla. No, no tiene ningún sentido.

—AmenRa —pronunció Belinda en voz alta—, se llama AmenRa y viene acompañada de una maldición.

—Entonces, el otro día hablaba en serio —se sorprendió Serra—. ¿Usted cree en maldiciones, doctora Afroudakis? Nunca deja de sorprenderme.

Belinda rebuscó en su libreta de notas.

—«Despierta de tu postración y la mirada de tus ojos aniquilará a todo el que ose interrumpir tu sueño eterno». Esto es lo que decía el papiro que hallamos en la momia.

—Sí, suena a maldición, no hay duda.

—Los muertos deben descansar en paz. Turbar su descanso es un acto de maldad que debe acarrear nefastas consecuencias para quien lo lleve a cabo. En el Antiguo Egipto, los ladrones actuaban impunemente debido al aislamiento de las necrópolis y eso hacía que se recurriera a la magia, a la justicia de los dioses. Los egipcios otorgaban valor mágico a la palabra escrita y quisieron proteger con

ella sus tumbas, aunque el caso es que los ladrones no sabían leer.

—Muy interesante, pero, ¿no me dirá que una mujer de ciencia como usted cree en maldiciones?

Belinda Afroudakis se quedó en silencio unos segundos. Miró el escarabajo que aún tenía en la mano.

—Para serle del todo sincera, ya no sé en qué creer.

14

Las aguas calmas del Mediterráneo reflejaban la luna. La doctora Afroudakis estaba redactando un informe con toda la información referente a la momia de AmenRa y la caja que la contenía. Tanto continente como contenido eran piezas de coleccionista. Aquella caja con restos de *halomonas titanicae* era una verdadera reliquia, casi igual de apetecible que una momia de la XVIII dinastía egipcia, que además no era una momia cualquiera sino la de una princesa y sacerdotisa de Atón. Ser sacerdotisa de Atón representaba haber vivido durante uno de los periodos más convulsos e interesantes de la historia egipcia, era haber sido súbdita de Akhenatón, el rey hereje. Amenofis IV intentó imponer sobre Egipto su herejía, el culto al dios único Atón, lo que provocó una profunda transformación en todos los aspectos de la vida en el país del Nilo.

Qué maravilloso podría haber sido todo aquel descubrimiento si detrás de él no hubiera habido algo tan turbio y si no le hubiera costado la vida a tanta gente a la que quería. Primero Piggle, luego Mahmoud, ahora Nash, además del hombre del TAC, y todo en menos de una semana. La noche le pareció desapacible, aunque no había ni una sola nube en el cielo, aunque se veían las estrellas titilar en el firmamento y corría una suave brisa que parecía anunciar que el otoño estaba a la vuelta de la esquina, fútil espejismo, ya que el verano de aquel año se dilataría hasta bien entrado el mes de noviembre. Pensó en Natasha, que hacía apenas unos días había estado allí, con ella. Su piel blanca casi traslúcida, su porte de princesa rusa, su sonrisa. Por unos segundos quiso creer que había ido un momento a la cocina a preparar algo y que regresaría, contando alguna de sus historias de inmersiones inverosímiles.

Nacemos heredando el gusano de la muerte que anida en nuestro interior y crece a cada minuto de nuestra existencia. No podemos escapar de ella, esa es la única gran verdad, absoluta e inamovible. Los antiguos egipcios eran un pueblo lleno de vida, tanto que quisieron prolongarla hasta después de la muerte. De ahí sus elaborados rituales funerarios para gozar de la vida incluso en el más allá.

La noche pareció paralizarse. Cesaron los escasos ruidos que la pueblan y una quietud sepulcral se apoderó de la oscuridad. De pronto, frente a ella, una mujer morena que se le acercaba como formando parte de una especie de nebulosa. Era la mujer que había dibujado Mahmoud Naser, AmenRa había regresado de la noche de los

tiempos. Su blanca túnica de lino dejaba ver los muslos bien torneados y los pechos voluptuosos sobre los que colgaba un collar de cuentas de lapislázuli y turquesa. Belinda quedó presa del embrujo de aquella mujer, se sumergió en la noche de su pelo y no se movió ni siquiera cuando la vio acercarse tanto a ella que alargando la mano podía tocarla.

Lo que ocurrió entonces fue tan horrible como inesperado. AmenRa acercó su rostro al de la arqueóloga, tanto que la otra pudo sentir el sonido y la calidez de su respiración. En ese momento, las cuencas de sus ojos aparecieron vacías y Belinda pudo ver un abismo insondable en su interior. El aliento que hasta entonces había percibido como cálido se volvió putrefacto, olía a moho y a materia orgánica que se descompone. Era como si AmenRa se hubiera desprendido de su piel o como si a su momia le hubieran quitado las vendas. Carne reseca aún poblada de gusanos y escarabajos, y el rostro más horrible que jamás nadie hubiera podido imaginar.

AmenRa tenía una fuerza sobrenatural. Así lo sintió Belinda cuando la tomó en sus brazos y la alzó sin esfuerzo por encima de su cabeza. Desde allí, boca arriba, pudo ver el cielo nocturno cuajado de estrellas. Se apoderó de ella una paz indes-criptible, era como si la oscuridad y ella hubieran entrado en comunión. Entonces se dejó llevar. Cerró los ojos y cesó de ofrecer resistencia a aquellos brazos que la sujetaban y que empezaban a abocarla hacia el precipicio del asfalto. Notó el movimiento que la propulsaba más allá de la balaustrada a traspasar la frontera entre el suelo firme y la caída en picado. Y entonces lo oyó.

Un maullido, uno de esos que son como un bufido y que suelen proferir los gatos cuando están erizados ante la inminencia de algún peligro. AmenRa reculó y la dejó caer contra el suelo de la terraza. Desde allí pudo ver un hermoso gato egipcio con el pelaje de color plata y los ojos amarillos. Lo distinguió porque llevaba la marca del escarabajo: el pelo de su frente formaba una letra eme. El gato bufaba desde la baranda de piedra a la siniestra forma que acababa de descender de ella. Curiosamente, ante la visión del animal, aquel engendro de ultratumba pareció horrorizarse y comenzó a recular. El gato saltó al suelo y AmenRa desapareció.

Belinda permaneció en el suelo, en el mismo lugar al que había ido a parar propulsada por la fuerza de la momia. Se había incorporado un poco para poder ver. Estaba aturdida, tanto por el golpe como por lo que acababa de presenciar. El gato saltó de nuevo sobre la balaustrada, se giró un momento hacia Belinda como para mirarla y maulló. Esta vez lo pudo ver en toda su magnificencia. Tenía la musculatura bien formada, la cabeza ligeramente abombada, sus orejas eran más bien grandes, anchas en la base. Era un gato de raza

egipcia, sin duda, una de las formas de Hathor a la que ella había invocado el día en que descifró el pergamino en el que estaba escrita la maldición en jeroglífico. La gata le dio la espalda y ella creyó oír el resonar de un sistro, cadencioso como el susurro de los tallos de papiro cuando los agita el viento.

15

—Papá, necesito que vengas, están pasando cosas muy raras.

Apenas se pudo incorporar, incluso antes de recuperarse del todo del momento de pánico que acababa de vivir, Belinda cogió el teléfono y llamó a su padre.

—Tiene que ser muy grave cuando me pides ayuda. ¿Estás bien?

—Lo es. Pero es mucho mejor que vengas y hablemos. Dicho por teléfono puede que no suene muy bien, tal vez te cueste entenderlo. Y sí, estoy bien, asustada pero bien, al menos sigo de una pieza.

—Me estás preocupando con tanto misterio. Tenía que haber cogido un avión cuando hablamos el otro día.

—En estos últimos días han pasado más cosas… —Hubo un silencio denso—. Mahmoud y Natasha… han muerto.

—¡Por todos los dioses! ¿Por qué no me has llamado antes? ¿Qué ha ocurrido?

—La policía está investigando. Aún no saben nada. Parece que tiene que ver con la momia que nos trajo Piggleton.

—¡Maldito bastardo!

—No sigas, papá; en el fondo, Piggle era un buen hombre.

—Piggleton era un descerebrado y un egoísta. Pero no cambies de tema, ¿por qué no me has informado antes de todo esto?

—No quería preocuparte.

—¿Que no querías preocuparme? Han muerto dos miem-bros de mi fundación y puede que tu vida también corra peligro… ¿y tú no me llamas para no preocuparme? ¡Por todos los dioses del Olimpo! Belinda Atenea Artemisa Afroudakis, eres una inconsciente. Mañana por la mañana, cojo el primer vuelo que salga para ahí. Y tú haz el favor de no meterte en más líos.

Que su padre la llamara por su nombre completo era señal inequívoca de que estaba muy enfadado. Motivos no le faltaban. Inmediatamente después de hablar con él, Belinda llamó al inspector Serra y le pidió que fuera a su casa. El policía tardó apenas unos minutos en llamar a la puerta. Belinda preparó café mientras él subía por el ascensor.

—Buenas noches, doctora Afroudakis, ¿se encuentra bien?

—No, no me encuentro nada bien —se acercó a él mostrándole las marcas de moratones que tenía en las muñecas, de donde debió sujetarla AmenRa; y los que había en las diferentes partes de su anatomía después de haber caído al suelo.

—¿Qué ha pasado?

—Será mejor que se siente —dijo la mujer—. Estoy ha-ciendo café.

Al calor de aquella taza del amargo elixir, Belinda desgranó el relato de lo que acababa de ocurrir. Serra la observaba con cara de póquer, sin hacer gestos, sin mostrar ningún tipo de reacción. Cuando ella acabó de hablar, le dio un sorbo al café, la miró a los ojos y le dijo:

—No está bromeando, ¿verdad?

No, no estaba bromeando. Hasta alguien como Serra era capaz de entender que aquello era lo suficientemente serio como para que una científica como la doctora Afroudakis no hiciera bromas con algo así. Dejó la taza, comenzó a andar por el comedor y se acercó a la ventana que daba a la terraza.

—¿Me permite?

—Por supuesto —dijo Belinda, mientras abría la ventana.

En el suelo había algunas macetas caídas, una estaba rota. Había tierra esparcida y trozos de plantas.

—Aquí debe de ser donde usted cayó.

—Sí, fue exactamente ahí.

—Y dice que el individuo en cuestión se asustó al ver al gato.

—En realidad era una mujer.

—Una mujer. Con una fuerza inusual, por lo que parece. ¿Y me puede decir adónde fue a parar esa mujer? Tuvo que saltar a alguna de las terrazas de sus vecinos o caer a la calle.

—No lo sé, simplemente desapareció.

—Doctora Afroudakis, supongo que es usted consciente de que ha estado sometida a mucha presión durante los últimos días y que eso puede estar pasándole factura.

—Soy consciente, inspector. En menos de una semana han asesinado a tres de mis seres queridos, eso puede desquiciar a cualquiera, pero, ¿cómo explica usted todas estas marcas? Ni siquiera yo estoy tan loca o traumatizada como para autolesionarme de esta manera, ¿no le parece?

—Entiéndame, doctora, no estoy negando que alguien la haya asaltado, pero los detalles no me acaban de cuadrar. Coincidirá conmigo en que son… ¿Cómo decirlo? ¿Extraños?

—Está bien, no se preocupe, le entiendo. No espero que me crea.

—No estoy diciendo que no la crea, tan solo que la cosa es algo rara. Voy a llamar para que me envíen un equipo que peine toda esa zona por si ha quedado algo.

—De acuerdo, haga lo que tenga que hacer.

16

Belinda acudió a su despacho como cada día, a la misma hora de siempre. Había pasado la noche entre policías y malos sueños, pero la sola idea de quedarse en casa, esperando, la ponía enferma. Era consciente de que la momia estaba allí, al otro lado de la puerta de su despacho, pero no tuvo miedo. Ahora sabía que Hathor la protegía. Cualquier encuentro indeseado se saldaría con la huída de su enemigo, como había ocurrido la otra noche, también todas las demás veces en las que había vislumbrado la silueta de aquella misteriosa gata, ahora lo sabía.

La presencia de Natasha y Mahmoud aún flotaba en el ambiente, sus cosas seguían allí, también sus tareas inacabadas. Pero los espíritus de sus amigos no la incomodaban. A esas horas, sus cuerpos estaban siendo repatriados a sus respectivos países y ella no podría darles el último adiós, porque le era imposible viajar, ya que la policía le había aconsejado no abandonar el país. Pasaría esos últimos instantes con su recuerdo, atesorando cada molécula del aroma que desprendieron en su paso por la tierra y que aún seguía presente en sus cosas, en sus batas de trabajo y en el aire que flotaba en el despacho.

Se puso a trabajar. Sobre una de las mesas seguían espe-rándola unos fragmentos de cerámica fenicia que había que recomponer. Eran los mismos con los que la había sorprendido Piggle y que, desde que apareciera la momia, había dejado olvidados. Todo había quedado relegado a un segundo plano cuando apareció AmenRa. Acabar aquel trabajo pendiente la ayudaría a no pensar. Después de limpiarlos había fotografiado cada fragmento cerámico y había introducido todas las imágenes en un programa informático que le revelaría la disposición correcta de aquellos pedazos del pasado. Sonó el timbre. Afroudakis fue a abrir la puerta.

—¡Paloma!

—Pongamos las cartas sobre la mesa —respondió Paloma Aguilar sin ni siquiera saludarla—, quiero la momia.

—La momia se queda aquí. La policía la ha puesto bajo mi custodia.

—Esa momia tiene un dueño al que, casualmente, yo represento. Y quiere recuperarla.

—¿Tú eres la persona que se tenía que poner en contacto conmigo? —Belinda no daba crédito.

—No entiendo por qué te extraña tanto.

—La que no entiende nada soy yo. ¿Pero por qué no te has

encargado tú de la investigación?

—Eso hubiera sido lo deseable, lo lógico y razonable, que se lo encargaran a la mejor, no a una mediocre como tú. Pero me contrataron después de que el idiota de tu amigo les hubiera dicho que tú eras la mejor. Y mi cliente creyó que esa era la manera correcta de hacer toda la investigación sin levantar sospechas. No eres la mejor, desde luego, pero la fundación de tu padre es conocida y respetada, tiene una reputación…

—De la que tú careces.

—No te voy a consentir que me insultes. No he venido aquí para saldar las cuentas que tengo pendientes contigo. Dame la momia.

—No puedo dártela porque no es mía.

—Pues la tomaré yo.

—Adelante, toda tuya. ¿Te la vas a llevar dentro del bolso o te la envuelvo para regalo?

Paloma pasó por delante de Belinda en dirección a la habitación donde estaba la momia, lo suficientemente cerca para golpearla con el hombro.

—Siempre has sido una déspota —murmuró entre dientes.

Paloma se detuvo un instante y se giró para contestar.

—Y tú, una niña mimada. Estás donde estás por ser hija de quien eres, nada más.

Belinda no respondió. Se clavó las uñas en la palma de la mano mientras apretaba los puños. Paloma Aguilar abrió la puerta que la separaba de AmenRa y entró en la sala. Se plantó bajo el quicio con los brazos en jarras, en la cintura, desafiante, saboreando lo que consideraba un triunfo. Sonó un golpe seco a sus espaldas que la sobresaltó. La puerta se había ce-rrado sin ayuda de nadie, ni siquiera había corriente de aire. Sacó su móvil del bolso y llamó al jefe de la cuadrilla que había contratado para transportarla. Se la llevarían por la noche, era mejor no levantar sospechas. Podría habérsela llevado igualmente sin haber tenido que hablar con Afroudakis, sin enfrentarse a ella, sin exigírsela, pero necesitaba verle la cara, presenciar la derrota del rival.

Belinda era la hija del hombre al que había querido seducir para escalar puestos en la Afroudakis Mediterranean Archaeo-logy, del hombre que no se había rendido a sus encantos de mujer con aspiraciones. Porque en la vida de Costas Afroudakis no había sitio más que para dos amores: su hija y la arqueología. Paloma siempre la había culpado de su fracaso con Costas, estaba convencida de que lo suyo con el arqueólogo hubiera funcionado de no ser por su hija. Él sí que era un hombre brillante, inteligente y poderoso, no como los demás.

Belinda marcó un número de teléfono.

—Inspector Serra, *digui'm*?

—Inspector, soy la doctora Afroudakis. Tenía usted razón: el propietario ha dado señales de vida. De hecho, su representante está intentando llevarse la momia. Si viene a mi oficina podrá conocerla en persona.

De la estancia en la que reposaba AmenRa no salió ni entró nadie desde que Paloma Aguilar desapareció tras la puerta. Belinda seguía sumida en su labor de reconstrucción cuando llamaron al timbre. Fue a abrir, y del otro lado encontró al inspector Serra acompañado de un par de agentes de los *mossos d'esquadra*. Después de saludarla, los tres hombres se dirigieron hacia la sala en la que se encontraba la momia. Uno de los agentes llamó con los nudillos y después se identificó. A continuación, y, al no recibir respuesta, abrió echando la puerta abajo y los tres hombres entraron. Les recibió un profundo aroma a tierra húmeda y hojas podridas, o eso les pareció.

Al otro lado de la puerta, encontraron a una mujer muerta. Paloma Aguilar yacía a los pies de la caja que contenía la momia. Tenía una expresión de pavor algo grotesca en el rostro. Los ojos exageradamente abiertos, como si acabara de ver algo terrible. Cuando el inspector se acercó a tomarle el pulso para comprobar que, efectivamente, había muerto, vio salir de su boca un insecto negro.

—*Merda*! —exclamó el policía.

Belinda estaba asomada a la puerta. Hubiera querido que aquello la sorprendiera, pero, en realidad, en su interior, sabía que AmenRa no detendría su plan de venganza. Su rostro no expresó sorpresa, pero tampoco pena o cualquier otro tipo de emoción. Permaneció impertérrita y aquella actitud hizo pensar a Serra, por primera vez que, tal vez, ella tenía algo que ver con aquellas muertes.

—Doctora Afroudakis, va a tener que acompañarme a comisaría. Esta es la cuarta muerte que tiene que ver con la momia… y con usted. Empiezo a pensar que puede que no sea una simple coincidencia.

—¿Me está acusando de algo, inspector?

—No haría tal cosa sin pruebas, pero va a tener que acompañarme por las buenas o por las malas.

—¿No ve que no tiene sentido? ¿Cree que le hubiera llamado de haber sido yo la asesina?

—No puedo saberlo, doctora, pero no me negará que todo esto es muy sospechoso. Y luego está el numerito de ayer por la noche…

—¿Numerito? ¿Está insinuando que me lo inventé?

—No he dicho eso, doctora. Por favor, acompáñeme, no me lo ponga aún más difícil.

—No me voy a mover de aquí, inspector. Estoy esperando a mi padre, viene en avión desde Atenas. Pida una orden o lo que sea, si lo

cree conveniente.

—Por favor, Belinda, no quiero ponerme a malas con usted.

—¿Me acusa de tener que ver algo con cuatro muertes y dice que no quiere ir a malas conmigo?

—Es un trámite, entiéndame, por favor.

—Le entiendo, pero si quiere que vaya a comisaría, porque me considera sospechosa, tendrá que ser por las malas.

—Está bien. Pero aquí no se puede quedar: vamos a precintar el despacho.

En ese momento, cruzó la puerta un hombre alto y corpulento, de pelo blanco y barba y bigote del mismo color.

—¡Papá!

17

Los Afroudakis tomaban una cerveza en la terraza con vistas al Mediterráneo y la Rambla Nova. Habían dejado al inspector Serra con la palabra en la boca después de que Costas tomara las riendas: si no tenía una orden, Belinda no iría a comisaría. Llamó a sus abogados: ellos se encargarían de todo.

—Deberías haberme avisado, mucho antes, de que esto estaba pasando, haberme dejado venir la primera vez que te lo dije.

Belinda no dijo nada, pero bajó la vista en señal de asentimiento.

—Cuatro muertos, Belinda, ¡por todos los dioses! ¿En qué estabas pensando?

—Cinco, si contamos al especialista en radiodiagnóstico que murió de un infarto, según la versión oficial.

—Pues mucho más a mi favor.

Sobre la mesa estaba el papiro, en el que podía leerse la maldición de la momia de AmenRa, dentro de un protector de plástico.

—Sabes que no deberíamos ni plantearnos lo de la maldición, ¿verdad?

Belinda asintió.

—Pero, ¿qué otra cosa puede ser si no, papá?

—Tráfico de antigüedades, un ajuste de cuentas, la codicia…

—Papá, nadie salió ni entró de la habitación después de que la puerta se cerrara al entrar Paloma.

—¿Estás segura?

—Yo estaba allí, ya te lo he dicho, y no me moví. Cuando los policías la encontraron, salió de su boca un escarabajo enterrador.

—Sea lo que sea, tenemos que parar esto cuanto antes.

—Sí, hay que detener esta masacre, la cuestión es cómo hacerlo.

—Devolviendo la momia a su legítimo propietario.

—Pero no sabemos quién es. Como mucho podríamos averiguar quién es su actual propietario, y mucho me temo que no llegó a sus manos de manera legal. Y aunque le encontráramos, no tenemos una garantía de que con ello se anule la maldición, de que cesen las muertes.

—Dime una cosa, Belinda, hay algo que no acabo de entender: ¿por qué tú sigues viva? Has estado cerca de la momia, tal vez más que las otras personas y sigues de una pieza.

—Al principio, pensé que me protegía el *udyat* —dijo, llevándose la mano al cuello para tocarlo.

—Pero no es el amuleto, ¿me equivoco?

—No, no es el amuleto. Te sonará a locura, pero creo que Hathor me protege.

Costas no dijo nada. Guardó silencio mientras miraba a los ojos a su hija, que continuaba hablando. No acababa de creer el profundo cambio que se había operado en ella.

—El día que descifré los jeroglíficos de ese papiro, antes de comenzar, me encomendé a Hathor. ¿Recuerdas aquel libro de magia práctica que compré en aquella librería de viejo en Londres?

—¿El que compraste en Cecil Court? —Belinda afirmó con la cabeza—. Claro que lo recuerdo. Te solté un buen sermón sobre lo mucho que se le iba la cabeza a la gente con todo lo referente al Antiguo Egipto y te intenté explicar que no había magia, que a la gente le gustaba fantasear. ¿No me digas que sigues conservando ese libro?

—Sí, aún lo tengo y va siempre conmigo, ha viajado a cada uno de mis destinos. Leí en voz alta la oración dedicada a Hathor, una especie de ritual personal para enfrentarme al reto más relajada. Una tontería. Pero, desde entonces, me ha rondado una gata. Oía sus maullidos, intuía su silueta en la oscuridad… Pero ayer, cuando AmenRa apareció en esta misma terraza donde estamos, por fin la vi. La momia huyó nada más verla y cuando desapareció el felino pude oír la música de un sistro.

—¿Cuándo dices que descifraste ese papiro?

—Déjame pensar… Creo que fue el sábado pasado.

—El sábado… Hace unos días se clausuró una exposición sobre momias egipcias en esta misma ciudad, pensé en ti cuando oí la noticia. El comisario era mi amigo Christian Greco.

—Sí, en mayo estuvimos en la inauguración. Natasha y Mahmoud vinieron conmigo.

—¿Y no te has enterado de lo que pasó la noche en que estaban recogiendo las piezas para llevarlas de vuelta al museo en el que trabaja Greco?

Costas se levantó y fue hacia el ordenador. Puso un par de ítems en Google y buscó información sobre lo que le estaba contando a su hija.

—Mira, aquí está:

«Desaparece misteriosamente una momia de gato en Tarragona».

«*Oí ruido de cristales y, cuando llegué al sitio del que procedía, encontré una vitrina rota y había desaparecido la momia de un gato. Las vendas que recubrían al animal parecían rotas desde dentro.* Afirmó Christian Greco, comisario de la exposición».

—Eso sucedió el sábado. —Hubo un silencio bastante cargado de significados.

—Papá, ¿estamos pensando lo mismo?

—Belinda, hija mía, yo lo que veo es que alguien se dedica a robar

piezas de arte egipcio en esta ciudad. Probablemente, quiere tu momia y está matando para conseguirla. En este trabajo la codicia es la peor maldición, créeme.

18

—¿De verdad, crees que esto es necesario?

—Tal vez sea una tontería, pero no pierdes nada por hacerlo.

—¿Mi dignidad?

—Si quieres elegir entre tu dignidad y tu vida allá tú, pero yo lo tendría bastante claro.

El hombre aceptó, ante la insistencia de su hija, y se dispuso a hacer lo que le pedía resignado, como un niño que se toma el jarabe de la tos a regañadientes.

—*«Dulce Hathor, reina de la belleza, protectora de los débiles, protégenos contra los enemigos de la luz; adórnanos con los rayos de la verdad y mantennos cuando nos fallen las fuerzas. Guíanos en la interpretación de los himnos celestiales y ayúdanos en la rutina diaria de nuestras vidas».* Me siento un poco ridículo haciendo esto.

A la luz de las velas, Costas Afroudakis leyó la página del libro de magia egipcia en la que se hallaba la oración dirigida a Hathor.

—No estoy loca, papá. He visto cosas que nunca hubiera imaginado que podría ver. Tal vez no sea la maldición de esa momia, pero, sea lo que sea, ya se ha cobrado cinco víctimas. ¿Quieres ser el siguiente?

Costas Afroudakis no quería ser el siguiente. De hecho, ni siquiera quería estar implicado en aquel turbio asunto. Pero veía a su hija tan obcecada, con el tema de la maldición de la momia, que se había dejado llevar. Se fue a la cama después de haber recitado aquella oración para encomendarse a Hathor. Todo aquello era un tremendo despropósito al que había que poner fin. Seguramente, Belinda estaba muy afectada por la muerte de sus amigos, había estado sometida a mucha tensión durante los últimos días. No quería contrariarla aún más, ya había sufrido suficiente. Tenía que encontrar al propietario de la momia, fuera legítimo o ilegítimo, y alejarla de su hija.

Aspiró el aroma a limpio de las sábanas, el del suavizante con esencias florales que usaba Belinda. Tuvo la sensación de estar en casa. Intentó dormir, pero, pese al cansancio del viaje, que finalmente había hecho en el jet privado de uno de sus influyentes amigos, no conseguía dejarse llevar al reino de los sueños. Piggleton era un maldito tramposo. Nunca había confiado en él y, de haber sabido que seguía molestando a Bel, hubiera hecho que le dieran un susto. Nada peligroso, tan solo una advertencia para que la dejara en paz. En ocasiones, cuando se sorprendía a sí mismo pensando de aquella manera, se sentía como un mafioso de película. Pero había llegado a

un punto en la vida en que sus contactos y sus influencias podían mover el mundo, por lo menos aquel reducido universo de las antigüedades en el que tanto él como su hija se encontraban.

Pulsaría unas cuantas teclas aquí y allá y pondría en marcha algún plan para alejar la momia de ellos. Todo aquello era descabellado. Su hija le había pedido que la ayudara a devolverle la paz a AmenRa, a llegar al Bello Occidente y él le había dicho que sí. Pero le había mentido. Tal vez eran los años que lo habían desencantado, estaba cansado y no conseguía verse a sí mismo como salvador del mundo. La magia de Egipto no existía, las maldiciones eran un invento, la existencia de una vida más allá de la muerte era una artimaña para poder vivir y enfrentarse al vacío que queda tras la misma. Miró el despertador que había en la mesilla de la habitación de invitados. Eran las dos de la mañana. Le pareció oír que Belinda estaba despierta. Se incorporó para ponerse las zapatillas, tenía que hablar con ella, se sentía culpable y no quería decepcionarla. Conocía la admiración y el respeto que su hija sentía por él, y también sabía lo duro que podía ser un golpe como aquel, descubrir que su padre no era el hombre que ella creía que era.

Salió de la habitación en su busca, tenía que hablar con ella. Atravesó el pequeño corredor de cuyas paredes colgaban marcos de diferentes formas y medidas con fotografías. Eran imágenes de momentos importantes de la vida de su hija en la mayoría de los cuales había estado presente. El recuerdo de aquellos momentos siempre viajaba con ella y siempre estaba en alguno de los rincones de sus transitorias viviendas. Con aquellas imágenes en la mente llegó al comedor. Cuando pasaba frente a la ventana que daba a la terraza, oyó un murmullo de papiros mecidos por el viento. ¿Se estaría volviendo loco? Oía un sistro. Sintió que se le helaba la sangre, que un escalofrío le subía por la columna, que se le hacía un nudo imposible de desenredar en el estómago. Entonces la vio. La gata de la que Belinda le había hablado estaba sentada sobre la balaustrada. Permaneció unos segundos mirándola, como hipnotizado. Y supo lo que debía hacer.

Corrió a la habitación de Belinda, que seguía dormida. La sacudió suavemente para despertarla. Había tomado un somnífero y, por fin, conseguía dormir después de muchos días de nervios y vigilias. Abrió los ojos y, al ver a Costas, sonrió.

—¿No puedes dormir, papá? ¿Quieres que te preste mi osito de peluche? —bromeó.

—Por alguna razón, el espíritu de AmenRa se ha quedado fijado en el plano material y no puede encontrar el camino hacia el más allá, permanece fuera del Bello Occidente. Sin duda es un espíritu atormentado. Las maldiciones se pronunciaban en contra de los

violadores de tumbas y los visitantes impuros, y su tumba fue saqueada y su momia debe de haber pasado por muchas manos antes de llegar al Titanic. AmenRa no descansará hasta que devolvamos su cuerpo a la tumba, la consagremos de nuevo y la sellemos para toda la eternidad.

Belinda seguía un poco atontada por el efecto de los fármacos y no acababa de entender lo que estaba ocurriendo.

—Papá, tú has bebido… Te veo un poco borroso.

—Perdóname, pero no podía esperar hasta mañana para decírtelo. Hasta ahora no te creía, pero hace un momento… Bueno, mañana lo hablamos. Descansa.

Belinda cerró los ojos, si es que en algún momento los había tenido abiertos, y volvió a quedarse dormida. Aquella noche, por fin, durmió tranquila.

—No se me ocurre otra manera —murmuró Costas de camino a su cuarto—. AmenRa está muerta, no podemos volver a matarla. No hay fórmulas mágicas como las estacas de los vampiros o las balas de plata de los hombres lobo. Lo único que puede resultar es hacer que AmenRa llegue al Bello Occidente cuanto antes.

19

Amaneció un sol espléndido sobre el Mediterráneo. La ciudad se ponía en marcha pese al calor. El mes de agosto avanzaba imparable hacia su fin, aunque la temporada turística se alargaría durante el mes de septiembre y, en pocos días, Tarra-gona volvería a ser un hervidero de gente, música, fuegos artificiales, *castells*, *seguicios* populares y todo lo que traerían consigo las concurridas fiestas de Santa Tecla, como cada año. Belinda acudió a la comisaría de los *mossos d'esquadra* a petición del inspector Serra. Esta vez iba acompañada de Marcel Puig, un abogado catalán socio fundador del bufete Puig-Franch-Pujol junto con Jordi Franch y Mercé Pujol. El mejor que se podía conseguir en aquella ciudad.

Serra le tomó declaración a Belinda. En el fondo, algo le decía que ella no era la culpable de las muertes, pero no podía obviar que siempre había estado cerca de las víctimas y que era el nexo entre todas ellas. También estaba la momia, claro, y el inspector sospechaba que había una trama de tráfico de antigüedades a alto nivel que estaba operando en su ciudad, y que la arqueóloga griega estaba implicada de alguna manera en lo que estaba ocurriendo, aunque aún no sabía cómo. Había barajado la sospecha de que fuera la asesina cuando encontraron muerta a la antropóloga mexicana. La doctora Afroudakis era la única persona que estaba allí cuando murió. Luego supo que existían ciertas rivalidades entre ellas, lo cual daba más base a sus sospechas. Pero, en el fondo, no tenía demasiado sentido que la hubiera matado dentro de sus oficinas y que luego hubiera avisado ella misma a la policía. Le parecía bastante absurdo, pero nunca se sabe.

—Hemos venido voluntariamente a declarar a petición suya, pero si no van a acusar a mi cliente de nada, creo que es mejor que la dejen marchar. No tienen cargos contra ella y, mucho menos, pruebas; ¿no ve que no tiene sentido, inspector? —dijo Puig.

—Señor Puig, estoy convencido de que su cliente está metida hasta las trancas en este caso. Ha habido cuatro crímenes y ella siempre ha estado cerca de las víctimas.

—Suposiciones, meras suposiciones.

—Puede, pero lo que no es una suposición es que, cuando murió la doctora Aguilar, ella estaba en la habitación de al lado y ella misma declaró que nadie había entrado ni salido de allí, ¿cómo explica usted eso?

—No soy yo quien ha de explicarlo, inspector. A mí me toca

proteger los intereses de mi cliente y defenderla en un juicio, llegado el caso. Es a usted a quien le corresponde averiguar qué ocurrió. Es usted quien debe averiguar quién mató a Paloma Aguilar. Preocúpese de hacer su trabajo que yo ya hago el mío.

Serra se mordió la lengua para no soltarle una fresca a aquel engreído. Cobraba un gran sueldo, vestía ropa cara y olía a perfume francés, seguro que le esperaba un coche de gama alta en la puerta y que tenía muchos amigos influyentes; pero eso no le hacía mejor que los demás. Vale, de acuerdo, él también pensaba que Belinda no era la asesina, pero no estaba seguro de que fuera del todo inocente.

Mientras su hija estaba en comisaría con Puig, Costas Afroudakis se dedicó a hacer una serie de llamadas. Contactó con algunos peces gordos a los que había conocido a lo largo de su carrera, a los que podía considerar amigos y que, de alguna manera, le debían favores, o a quienes se los debería él a partir de ahora. Siempre había pensado que conviene tener amigos hasta en el infierno, los hechos le estaban dando la razón.

—Este es el tema: necesito sacar del país un paquete un tanto «especial». He de llevarlo a Egipto. Necesito unos cuantos tipos fuertes para cargar el bulto y todo lo necesario para llegar hasta la orilla del Nilo de la manera más discreta posible.

—¿Hablamos de algo ilegal?

—Hablamos de la vida de mi hija.

—Pues, entonces, no se hable más. Yo me encargo de toda la logística. Solo tienes que decirme dónde hay que recoger el bulto y estar preparado cuando te diga.

—Estupendo. Sabía que podía contar contigo. Te estaré eternamente agradecido, no te imaginas lo mucho que significa esto para mí.

—No hay nada que agradecer, Costas, para eso estamos los amigos. Si la hija de mi amigo está en peligro no hay nada que yo no pueda hacer para ayudarle a salvarla. Dame unas horas para organizarlo todo, solo eso.

Pol Serra dejó marchar a Belinda de la comisaría, no sin antes pedirle que no abandonara el país sin avisarle.

—Mi cliente, debido a su trabajo, se ve obligada a viajar a menudo. No puede usted coartar su movilidad sin pruebas que sustenten una acusación firme.

—No voy a hacerlo. Solo le pido que como buena ciudadana, que me consta que es, me notifique cualquier cambio de dirección.

—Así lo haré, comisario —esta vez contestó Belinda, interrumpiendo al incansable letrado que volvía a la carga. No tema, no tengo nada que ocultar, le repito que soy inocente.

Al llegar a casa, un rato después, Belinda encontró a su padre

sentado frente al ordenador. Al verla entrar, dejó lo que estaba haciendo.

—¿Todo bien, querida?

—No estoy muy segura, papá. Ese abogado tuyo es un tiburón, tan agresivo que me hace parecer culpable.

—Vamos, no digas eso. Es el mejor, y sabe lo que se hace.

—Eso espero. Me ha puesto muy nerviosa. Casi no dejaba hablar al inspector. ¿Y tú qué has hecho toda la mañana?

—Unas cuantas llamadas. He estado haciendo unos preparativos. Ahora mismo acabo de enviar nuestro número de pasaporte y todos nuestros datos para que nos extiendan un visado: nos vamos a Egipto.

—¿A Egipto? Pero yo no me puedo ir sin avisar antes al inspector.

—¿Cómo vas a avisarlo? ¿Estás loca? No puedes decírselo a nadie. Si lo haces se podría ir todo al traste.

—¿Qué es todo?

—AmenRa volverá a Egipto.

—AmenRa tiene un propietario.

—Cierto. Pero no olvides que quien quiera que sea la obtuvo de manera ilícita.

—¿No sientes curiosidad por saber cómo fue rescatada del fondo del océano? ¿No quieres saber por qué permanece intacta pese a haber estado allí tanto tiempo en una caja que no era estanca?

—No. No quiero saber nada sobre esa momia. Quiero desembarazarme de ella, perderla de vista, darle sepultura y olvidarme de todo. Ya ha muerto mucha gente por culpa de lo que sea que se esconde detrás de ella.

—Es verdad, tienes toda la razón del mundo, papá… Pero me gustaría mucho saber cómo AmenRa viajó desde Egipto hasta las costas de Terranova y luego llegó hasta mí. Necesito saberlo.

—Por una vez, vas a tener que dejar a un lado tu curiosidad científica. Tenemos que desactivar esa maldición.

—¿Has dicho maldición?

—Sí, eso he dicho.

—Entonces me crees. Crees en la maldición.

—Ayer por la noche no podía dormir…

—Ya, y por eso viniste hasta mi habitación a despertarme.

—Oí ruidos y creí que estabas despierta. De camino a tu cuarto… vi a esa gata. Era Hathor, estoy convencido. No me digas cómo, pero lo sé. Y también sé que debemos ayudar a AmenRa a viajar hacia el Bello Occidente. Si no lo hacemos, seguirá vengándose de quienes le impiden dormir el sueño eterno.

—¿Y cuándo nos vamos?

—Estoy esperando la confirmación.

—¿De quién? ¿De qué?

—No preguntes, Bel, por una vez y sin que sirva de precedente, me voy a saltar las leyes, tengo amigos importantes que me pueden ayudar.

—Pero, papá…

—No hay nada que discutir. No admito réplicas. Tu vida es lo más importante, tu vida y la de todas esas personas que van a entrar en contacto con la momia, si no lo impedimos, y que van a sufrir las consecuencias de esta maldición.

A Belinda le resultaba extraño oír a su padre hablar de maldiciones. Pero no dijo nada. Ella no había creído en ellas hasta que se vio cara a cara con AmenRa recién llegada del Más Allá. Las cosas habían cambiado mucho en los últimos días. Egipto les estaba esperando.

20

El lugar de encuentro era la Torre de los Escipiones, a unos seis kilómetros de la ciudad de Tarragona en dirección al Nordeste. No tiene pérdida: en el kilómetro 1.169, una vez pasado el Camping Las Palmeras. Belinda y su padre llegaron un poco antes de la hora acordada. La torre romana del siglo I después de Cristo es un monumento funerario de más de nueve metros de altura. Declarado patrimonio de la Huma-nidad por la UNESCO, anunciado en todas las guías y en la señalización de la carretera, era casi imposible no encontrarlo. Se ubica en la nacional 340, que sigue el antiguo trazado de la Vía Augusta, la calzada romana que unía la Península Ibérica desde los Pirineos hasta Gades, la actual Cádiz. Padre e hija habían acudido hasta allí en bicicleta. Las dejaron ocultas entre la vegetación de los alrededores y se dirigieron hacia el lugar acordado.

La torre está rodeada de cipreses y, de día, es un enclave turístico bastante concurrido, aunque también es cierto que miles de conductores pasan, a diario, a su lado y nunca se han parado ni se pararán a visitarlo. Al caer la noche adquiere un halo fantasmal, al fin y al cabo, no deja de ser un monumento funerario. Está formado por tres pisos en forma decreciente y en el del medio hay una cámara destinada a albergar la urna con las cenizas de los difuntos y el ajuar funerario. Está presidido por dos figuras en altorrelieve del dios funerario Atis, procedente de Frigia, en Asia Menor. También hay una inscripción muy deteriorada de la que solo se puede leer un nombre: «*Cornelius*». En el último piso, el tercero, un bajorrelieve de dos figuras humanas podría representar a los difuntos a los que se había destinado originariamente el mausoleo.

—«La Torre dels Escipions» —anunció Belinda, situada a sus pies con la mirada dirigida hacia arriba, intentando ver lo que le permitía la iluminación artificial.

—Aunque, en realidad, no es un monumento dedicado a los hermanos Escipiones…

—… sino a Atis, dios de la muerte y la resurrección.

—Esos eruditos de pacotilla… —bromeó Costas.

—¿Estás seguro de que es esto lo que debemos hacer? Me pregunto si estamos haciendo lo correcto.

—No, no estoy seguro de nada. Solo sé que tengo miedo, Belinda. Desconozco si hay otra manera de parar este despropósito y, aunque esto me parezca una locura, tampoco se me ocurre nada mejor que hacer.

A esas horas de la noche, el tráfico por la carretera era escaso. De vez en cuando, veían aparecer unas luces que se acercaban, pero pasaban de largo. Hasta que vieron un coche que venía desde Tarragona y salía de la carretera para acercarse a donde ellos estaban. Al verlo, se ocultaron detrás de la torre de sillares de piedra. Guardaron silencio. El coche apagó el motor y las luces, y de su interior descendieron varios hombres. Costas distinguió que hablaban en griego. Eran los hombres de su buen amigo Adrastos Livanos, multimillonario griego al que le unía una larga amistad.

Habían venido desde Londres, donde actualmente residía Livanos, que había huido de la crisis de su país. Llegaron al aeropuerto de Reus en un jet privado. Como lo fácil era que interceptaran a Costas y a Belinda si intentaban salir del país por cualquier aeropuerto, el plan pasaba por tomar otro de los jets privados del magnate en el del Prat, en Barcelona. En cuanto se dejaron ver, los hombres de Livanos les recono-cieron. En el interior de su furgoneta viajaba AmenRa. La habían robado de las oficinas de la Afroudakis Mediterranean Archaeology en Tarragona, hacía apenas unas horas. El plan estaba en marcha. Belinda quiso volver a verla, así que subió a la parte trasera del vehículo mientras su padre conversaba con aquellos hombres.

Entonces, todo se llenó con el ruido ensordecedor de las sirenas y las deslumbrantes luces de los faros. Varias unidades de los *Mossos d'esquadra* irrumpieron en el emplazamiento monumental, rodeando el coche en el que tenían que partir los Afroudakis. Belinda permaneció oculta dentro de la furgoneta mientras veía cómo los policías encañonaban a su padre y a aquellos tipos con sus armas reglamentarias. No sabía qué hacer. Estuvo callada intentando no producir ningún ruido. Entonces, vio al inspector Serra saliendo de uno de los coches.

—Doctor Costas, ¿no estará usted haciendo algo que no debe? Me parece que esta vez sus abogados no van a poder hacer nada por usted, salvo intentar defender lo indefendible en un juicio.

—Todo esto tiene una explicación.

—Sí, claro, no es lo que parece, ¿verdad?

Los policías registraron a los hombres de Livanos y les encontraron varias armas encima. Les mantenían en el suelo con las manos a la espalda. Afortunadamente, Costas iba desarmado y no le hicieron estirarse en el suelo.

—Le acabo de sorprender, en plena noche, a las afueras de la ciudad con una banda de hombres armados, presume-blemente delincuentes ¿griegos? Si tiene una explicación para esto debería apresurarse en contármela. Le aseguro que estoy muy cabreado —se dirigía hacia el coche—. Y si encuentro lo que creo que voy a encontrar en el interior de ese coche, créame que voy a ir a por usted

con todo el peso de la ley.

—Insisto en que todo esto tiene una explicación.

—Y yo le repito que estoy deseando oírla.

—Me he visto obligado a hacerlo…

En ese momento, se abrió la puerta trasera de la furgoneta de los matones griegos y de su interior salió Belinda Afroudakis, lanzada en medio de una nube de polvo, como si fuera parte de una extraña explosión. Serra la vio caer y fue hacia ella para ponerle las esposas, se confirmaban sus sospechas de que aquella arqueóloga no era trigo limpio. Estaba muy enfadado por haber dudado de su intuición, por haberse dejado engañar. A unos metros de ella, se quedó petrificado cuando aquel polvo empezó a adoptar forma humana, la de una mujer. Se encontró frente a una silueta de hacía miles de años. La forma femenina volvió a deshacerse para devenir tormenta de arena que arrastró con una furia inusitada a todos los que estaban allí.

Belinda consiguió arrastrarse hasta la torre romana y permaneció parapetada tras ella, mientras al otro lado se removía toda la maldad de los infiernos. Costas llegó unos minutos después. Tenía una herida en la frente, pero estaba bien. Siguieron allí en silencio, sin atreverse casi a respirar, temiendo ser descubiertos. Cogidos de la mano rezaban, cada uno a su manera, para que aquello acabara.

Y cesó la tormenta. Pero ninguno de los dos se atrevió a mirar al otro lado de aquellas piedras que habían visto pasar el devenir de los siglos. Un silencio ensordecedor cubrió de notas lúgubres la noche. Un silencio demasiado denso, antinatural, cargado de malos presagios. Ni siquiera se oía cantar una cigarra o el grito de alguna lechuza, o el viento moviendo las ramas. Nada. Costas hizo a su hija señales para que no se moviera todavía, tenían que ser prudentes. Siguieron quietos con la espalda apoyada contra el muro de sillares, intentando controlar la respiración para que, ni siquiera eso, se oyera.

Entonces, la tierra comenzó a temblar. Una claridad fantasmal iluminó el paraje y algo empezó a colarse por la pared, como si pasara por las separaciones inexistentes que había entre las piezas de aquella construcción. Alertados por el movimiento, se separaron de la piedra como si ardiera. Ante ellos, se proyectó una especie de holograma terrorífico que les miraba y profería una salmodia en voz alta. Era AmenRa, vestida con sus ropajes de sacerdotisa de Atón, una mujer hermosa, muy hermosa. Y estaba enfadada, muy enfadada. Tanto que su rostro se transmutó en una horrible visión, sus facciones adquirieron la textura del miedo, de todos los miedos. Un olor a tierra húmeda, a descomposición y a aliento de muerte flotaba en el aire. Belinda cayó de rodillas al suelo postrada ante AmenRa. Costas permaneció enhiesto mirándola a los ojos, pese a que al asomarse a ellos había sentido ese vértigo que nos desgarra el estómago cuando

pensamos en la inevitabilidad de la muerte, en que la vida en el más allá no es más que un invento para calmar la angustia de la nada que nos sobreviene tras la muerte.

—*«Despierta de tu postración y la mirada de tus ojos aniquilará a todo el que ose interrumpir tu sueño eterno»* —pronunció Costas en voz alta, traduciendo las palabras del espectro—. ¡Está recitando la maldición, Belinda!

Belinda miró a AmenRa a la cara. Y se vio reflejada en sus ojos, de niña, llorando su soledad en aquel internado, vio la llaga imborrable de la ausencia de su madre y el miedo a que su padre también la dejara. Sintió angustia, el pánico se apoderó de ella cuando vio salir los primeros escarabajos enterradores de las cuencas desnudas de los ojos de la sacerdotisa de Atón. Corrieron hacia ella tan rápidamente que pensó que el final estaba próximo y cerró los ojos. Entonces lo oyó. El sonido vibrante de los élitros de aquellos insectos se fue apagando y, como en un fundido, se superpusieron las notas susurrantes de un sistro. Luego, un maullido. Cuando abrió los ojos, AmenRa había desaparecido. Costas estaba tumbado en el suelo. Brotaba sangre de su frente. Belinda se temió lo peor.

21

Belinda se sentó en el asiento de cuero del jet privado de Adrastos Livanos y se abrochó el cinturón de seguridad. El avión del magnate griego les esperaba en la pista dispuesto para despegar tan pronto como estuvieran a bordo. Costas llamó a su amigo desde la cabina del piloto. Le explicó lo que había ocurrido. Ya lo sabía: nada ocurría sin que él se enterara. Tenía ojos y oídos en todas partes, más en los lugares en los que le interesaba saber qué estaba ocurriendo. Y si no, tenía el suficiente dinero para pagarles a todos los que sí habían oído o visto. Los hombres que habían «secuestrado» a AmenRa estaban bien, magullados y con múltiples contusiones pero sanos y salvos; el grupo, al completo, había conseguido escapar. Pero había habido un muerto: uno de los policías se había roto el cuello tras golpearse con la Torre de los Escipiones. El resto estaba curándose las heridas en las urgencias del hospital Joan XXIII.

Después de lo que había visto, el joven comisario no podía impedir que Costas y su hija llevaran a cabo la misión que se traían entre manos. Ya vería cómo explicaba lo que había ocurrido, o si lo explicaba. Serra aún pensaba, con miedo, en el rostro de AmenRa, en sus formas de arena cambiantes, en su aliento a muerte. Nunca olvidaría aquel episodio. Había visto de cerca el rostro de la muerte y ya nunca nada volvería a ser lo mismo. Ahora tendría que aprender a vivir con el recuerdo, tras haber sobrevivido a la maldición de una momia. Nadie iba a creerle.

Serra ya había visto todos los rostros de AmenRa en aquellos retratos que le había hecho Mahmoud Naser antes de morir. La hermosa sacerdotisa, la momia ajada por el paso de las edades, el rostro del horror y la muerte. Pero ningún dibujo, por muy realista que fuera, podía competir con la realidad, una realidad viscosa, amorfa y multiforme, hirviente y heladora; envuelta en vapores con fetidez de ultratumba. No, ya nada volvería a ser lo mismo. Tal vez si volvía a ver a la doctora Afroudakis o a su padre podría hablar de nuevo con ellos de lo ocurrido aquella noche, pero con nadie más. Esperaba coincidir con ellos, de nuevo, por su ciudad. Seguramente, Belinda tendría que volver a recoger sus cosas, a acabar los trabajos pendientes de la Afroudakis Mediterranean Archaeology. Tal vez, solo tal vez.

Los dos motores Honeywell se pusieron en marcha. Costas Afroudakis se sentó al lado de su hija y le dio la mano. Ambos estaban sucios y cansados, magullados, podían haberse quedado en el intento,

pero todo marchaba según lo previsto. Belinda se llevó la mano al cuello y acarició su *udyat* de lapislázuli. Estando con su padre se sentía segura, pero sabía que lo que descansaba en la bodega del Bombardier Challenger 300 era algo que desafiaba a todas las leyes de la lógica, que estaba más allá de lo tangible y lo intangible. La momia había dejado a su paso una estela de muerte. En poco más de una semana habían fallecido cinco personas, entre ellas tres de sus mejores amigos, y Belinda intuía que podía haber muchas más.

Costas, a su lado, pensaba en la reacción de los pilotos si llegaban a enterarse de lo que transportaban. Estaba seguro que, de haberlo sabido, aquel avión nunca hubiera despegado. Adrastos también lo había creído así, por eso había decidido no decirles a sus empleados más de lo necesario. Llevaban una carga muy valiosa a Egipto, nada más, eso era todo lo que necesitaban saber. Al magnate no le gustaba correr riesgos y estaba acostumbrado a hacer realidad todos sus deseos. Y ahora deseaba contentar a su amigo. Costas Afroudakis le había ayudado a conseguir algunas de sus más preciadas pose-siones. Entre ellas se hallaba una valiosa estatua de Artemisa, la diosa de la caza, obra del famosísimo escultor ateniense Fidias, un capricho que databa del 470 antes de Cristo y que ahora lucía espectacular en el salón de su casa de la isla de Aetos, un pedazo de tierra de su entera propiedad cerca de la bella Mikonos. Le debía algunos favores y él siempre pagaba, tanto los favores como las afrentas, nada quedaba exento de pago.

El litoral catalán fue haciéndose cada vez más pequeño hasta que se perdió completamente de vista. Quedaban por delante unas cuatro horas de vuelo hasta llegar al Aeropuerto Internacional de El Cairo, así que lo mejor era relajarse y disfrutar del viaje. En cuanto la asistente de vuelo les avisó de que ya podían desabrocharse los cinturones, los Afroudakis fueron al baño por turnos para asearse. Comieron algo y, cuando Belinda quiso sacar el tema de la momia, Costas la hizo callar.

—No conviene airear el asunto que nos lleva a El Cairo…

—Pensaba que estábamos a salvo, que esta gente era de confianza.

—Y lo estamos, pero mejor no hablar de cosas que no todo el mundo es capaz de entender.

—¿Ni siquiera en griego?

—Ni siquiera. Adrastos selecciona siempre a sus emplea-dos entre los mejores en su especialidad y les pide que, además, sepan hablar griego.

—Vaya.

—O hablamos en egipcio antiguo o nos callamos —bro-meó Costas.

—Mejor nos callamos no vaya a ser que pronunciemos alguna fórmula indebida y surja de las entrañas de este pájaro de metal la furia contenida del mundo.

Costas sonrió y se acomodó en su asiento dispuesto a echar una cabezadita. Belinda tenía las mismas intenciones, pero estaba demasiado nerviosa para dormir. Le pidió a la azafata que le sirviera un güisqui y tomó uno de los libros de arte que tenían a su disposición. Aquel avión tenía de todo. Se trataba de una edición de lujo con las tapas de cuero rojo. El papel era de muy buena calidad y las ilustraciones soberbias. Durante unos minutos, logró distraerse y hasta estuvo a punto de olvidarse de por qué estaba allí. Mientras, procedente de la bodega, comenzó a ascender hacia la cabina de los pasajeros un vapor apenas visible que emanaba de la momia. Belinda empezó a sentirse un poco mareada, pero pensó que era por el alcohol que a esas alturas se subía más a la cabeza. Se recostó en el asiento de cuero de color champán y cerró los ojos.

Al abrirlos, ya no estaba allí sino encerrada en algún sitio. No podía moverse. No podía ver la luz. Entonces, empezó lo que parecía un sueño, y lo vio desde dentro de un cuerpo que no era el suyo. Hubiera querido gritar, pero estaba paralizada. No sabía si había muerto o era a causa del terror que sentía por lo que le estaba ocurriendo.

22

El Cairo, mes de abril de 1879

A la vacilante luz de las antorchas, Ronald Witherspoon creyó estar contemplando a la mismísima AmenRa en carne y hueso. Sus grandes ojos negros enmarcados por el khol, sus facciones suaves, su boca carnosa, su nariz recta y bien proporcionada, sus pómulos prominentes, sus manos abiertas sobre el pecho invitándole a acercarse a él… Por unos segundos llegó a sentir que estaba viva, hasta le pareció ver que la princesa parpadeaba y que su pecho se inflamaba al acompasado ritmo de la tenue respiración. Pero hacía miles de años que la luz se había apagado en los ojos de AmenRa. Aun así, su mirada desafiante y soberbia, su porte regio y su belleza deslumbrante habían conseguido sobrevivir al paso del tiempo y seguían provocando la admiración de quienes contemplaban su rostro.

Ronald Witherspoon no podía dar crédito a lo que estaba viendo. Tales eran su admiración y su sorpresa que, por unos instantes, le pareció estar inmerso en un sueño. El rostro de aquella noble dama egipcia era lo más hermoso que había contemplado jamás. Estaba llena de vida, por no hablar de la magia que emanaba. Sus pequeños ojos azules se quedaron prendados de ella. El mundo se paró, dejó de dar vueltas sobre su eje de rotación durante unos segundos en los que se imaginó perdido entre sus brazos. Solo quería mirarla, acariciarla, poseerla. Todo lo demás dejó de tener sentido, ya nada importaba.

En el interior de la cueva olía a piedra y a excrementos de murciélago, también a transpiración humana, a sudor rancio y añejo. Casi se palpaba la humedad, una humedad pegajosa y acre que lo envolvía todo. Las miradas expec-tantes de los presentes parecían estar liberando una especie de ansiedad malsana, casi enfermiza, cuyo tufillo flotaba en el ambiente. La situación era tensa, inquietante. Pero el joven inglés únicamente tenía ojos para la espectacular imagen pintada sobre la madera: la reproducción del hermoso rostro de AmenRa en la caja que había dado cobijo a su cuerpo tras el proceso de momificación. El sarcófago de madera y revoque bellamente decorado, que estaba apoyado en la pared de la cueva, tenía la misión de preservarlo y protegerlo durante su viaje por el Inframundo hasta llegar al Bello Occidente.

Hacía apenas unos días que lo habían hallado en unas excavaciones que se llevaban a cabo a orillas del Nilo, concretamente en Luxor. Allí había sido enterrada la princesa AmenRa hacía más de

tres mil años, y, desde entonces, había permanecido oculta a las miradas de los hombres. Unos arqueólogos ingleses, bajo la atenta supervisión del Servicio de Antigüedades Egipcio, estaban a punto de traspasar la puerta del hipogeo que los llevaría hasta él. Pero, durante la noche que hubiera precedido al feliz hallazgo, amparados por la oscuridad y sus malas artes, y en connivencia con los vigilantes de la excavación, unos maleantes se les habían adelantado. Postergar el momento decisivo para las horas de más luz les había costado caro: ahora, la hermosa princesa estaba en manos de los traficantes de tesoros arqueológicos, gentes que lo hacían todo por dinero, que no valoraban la importancia de aquellas piezas ni su valor histórico.

Whiterspoon pensó que estaba contemplando una aparición. Se había quedado mudo nada más ver la caja mortuoria, como petrificado. Viendo que no reaccionaba, su amigo y compañero de viaje, William Dickinson, le tocó el brazo. Tuvo que insistir varias veces hasta que consiguió sacarlo de su embeleso:

—¡Ron! ¡Ron! ¿Me oyes?

—¿Qué quieres?

—Te está hablando el señor Jalil, te estaba haciendo una pregunta, ¿no vas a responderle? —Y susurrándole al oído—: Por Dios, Ron, este tipo tiene malas pulgas, no hagas que se enoje, por favor…

—Perdóname, Will, estaba ausente. ¿Decía usted…? —pronunció titubeante, dirigiéndose al egipcio.

El hombre que los había llevado hasta aquella cueva a las afueras de la ciudad de El Cairo era Abbas Jalil, un conocido traficante de antigüedades cairota. Su nariz aguileña y su ceño fruncido le daban un aspecto amenazador, la cicatriz de su mentón hacía pensar en trifulcas y correrías al margen de la ley. No sabía de refinamientos ni de protocolos, lo único que le interesaba era ir al grano, y ya estaba empezando a impacientarse. Los dos jóvenes ingleses no le conocían de nada, era la segunda vez que le veían en el mismo día. Hacía apenas unas horas, aquella misma mañana, les había abordado efusivamente en el mercado local y, después de unas cuantas frases de cortesía algo forzadas, había entrado en materia para ofrecerles «algo especial». Como es natural habían recelado de él, su aspecto y su ofrecimiento les habían parecido sospechosos. Se trataba, sin duda, de algo ilegal. Pero Jalil sabía bien cómo atraer a sus clientes, los cameló hablándoles de cosas maravillosas, de tesoros anti-guos, de un objeto que les convertiría en la envidia de sus familiares y amigos a su regreso a casa. Y sin más contempla-ciones, sin dejarles hablar ni apenas pensar, les había citado algunas horas después en una callejuela poco concurrida de la ciudad, adonde habían ido a recogerles dos hombres para llevarlos hasta el lugar en el que ahora se encontraban.

En la semioscuridad de aquel abrigo en la roca, el egipcio les pareció todavía más siniestro y amenazador. Estaba rodeado de otros hombres, lugareños como él, que tampoco parecían demasiado respetables. Claro que, con su peculiar manera de vestir y sus primitivos hábitos de higiene, aquellas gentes casi nunca tenían el aspecto que el decoro recomienda. Pero no se podía esperar otra cosa de aquellos bárbaros, gente incivilizada y sin cultura que para nada parecía descender de los poderosos faraones.

Jalil quería saber, cuanto antes, si estaban interesados en adquirir aquel objeto, tenía prisa por cerrar el trato y marcharse lo antes posible de allí. El tráfico de antigüedades era un delito perseguido y severamente castigado. Ya se habían arriesgado demasiado quedando con unos desconocidos y llevándolos hasta aquel lugar, uno de los escondrijos en los que acostumbraban a llevar a cabo sus operaciones. En cualquier otro caso, hubieran abordado a los futuros clientes en la calle y les habrían enseñado los objetos en un callejón apartado. Pero transportar aquella mercancía no resultaba nada fácil; su tamaño y su forma hubieran despertado las sospechas de cualquiera que se hubiera cruzado con ellos, así que toda la operación se había realizado al amparo de la oscuridad, con mucho cuidado de no ser vistos.

Abbas Jalil comenzaba a tener la sensación de que perdía el tiempo y arriesgaba demasiado con aquellos desconocidos, se le estaba acabando la paciencia. Los contempló con atención y se dio cuenta de que, pese a las barbas y la ropa cara que les hacía parecer mayores, no eran más que un par de críos. Empezaba a ver con claridad que aquel intento de hacer un buen negocio iba a ser un fracaso. Y mientras todas estas cosas pasaban atrope-lladamente por su cabeza, Jalil sabía que los agentes del Servicio de Antigüedades, comandados por aquel francés altanero e implacable llamado Mariette, le seguían los pasos desde hacía un tiempo. Quería cerrar cuanto antes el trato, era necesario acabar ya o todos correrían mayor peligro del que ya estaban corriendo.

Allí estaban los dos jóvenes británicos que no acababan de decidirse. Ronald Witherspoon y William Dickinson habían pisado suelo egipcio, por primera vez, hacía apenas una semana. El mundo desconocido en el que recién desembarcaban resultaba una mezcla de sorpresa, exotismo, misterio, aventura y libertad a los ojos de dos muchachos como ellos. El secreto placer de sentirse lejos de casa y de los suyos, sumado a los encantos del exótico país extranjero, había hecho que, poco a poco, cayeran presos de la magia de aquella cultura milenaria. No eran los primeros ni iban a ser los últimos. Querían verlo todo, que se les quedara grabado a fuego en la memoria el recuerdo de cada piedra, de cada paisaje; todos y cada uno de los detalles de su periplo.

Habían decidido recorrer todos los yacimientos arqueo-lógicos del país del Nilo, cada ruina y cada monumento. Su visita a Egipto se había convertido en una especie de viaje iniciático y cuanto más conocían la tierra de los faraones más deseaban hacerse con alguna pieza de su cultura ancestral. Conseguir algún tesoro para llevarlo consigo a casa había devenido una verdadera obsesión para ellos, aunque siempre pensaron en algún objeto pequeño y modesto, dadas sus limitadas posibilidades. Y ahora estaban allí, a punto de hacer realidad un sueño. El deseo de poseer un pedazo de la magia que le presuponían a todo lo que tenía que ver con este país era muy superior al miedo, la sensatez o la precaución por lo que pudiera pasarles, incluso a la certeza de estar cometiendo un delito y la posibilidad de acabar en una prisión egipcia.

Ronald seguía mirando a AmenRa que parecía tener vida, ya que el titileo de la escasa luz de las teas le confería movimiento. El intenso olor acre a resina quemada era tan penetrante que embriagaba los sentidos y hacía que aumentara la sensación de irrealidad. Witherspoon permanecía absorto en la contemplación del sarcófago.

—Por favor, joven señor, lo siento mucho pero no puedo perder más tiempo con ustedes —dijo el árabe en tono perentorio, en un más que aceptable inglés—. El precio es muy razonable. Se lleva usted un hermoso sarcófago con su momia por unas pocas libras. La eternidad no tiene precio, tienen ante ustedes más de tres mil años de historia, les estoy ofreciendo una verdadera ganga. Si no les interesa, lo dejamos correr; dentro de un rato me espera un millo-nario francés que seguro que no pondrá ninguna pega.

—¿Ahí dentro está la momia? —preguntó Dickinson, con un gesto en el rostro entre la incredulidad y el horror.

—Sí, señor, por supuesto. Fue hallada en perfecto estado, inviolada. Nadie la ha visto ni la ha tocado en muchos siglos. Estoy seguro de que entre las vendas encontrarán más de un amuleto, muchos de ellos de oro. Esta mujer era una princesa, además de una importante sacerdotisa. Tenía dinero suficiente para pagarse un buen enterra-miento. El sarcófago es de excelente calidad y está en perfecto estado. Así que el precio es más que razonable —volvió a insistir el hombre.

Sin que nadie le dijera nada, tal vez para acabar de convencerlos, Jalil hizo una seña a sus hombres y dos de ellos se acercaron al sarcófago. Con algo de esfuerzo consi-guieron desencajar la tapa. En ese momento, William tuvo la sensación de que una corriente de aire muy frío había entrado en el cubículo, y hasta las velas parecieron notarlo porque sus llamas se encogieron. Un penetrante olor a moho y putrefacción salió del interior de la caja. Todos los presentes se llevaron las manos a la nariz y mudaron el gesto de expectación por

otro de profundo asco… todos menos el joven Whiterspoon que seguía con los ojos clavados en la momia, fascinado.

—No, gracias —dijo Dickinson con una mueca de asco en los labios —, yo prefiero llevarme a casa alguna estatua o un amuleto pero sin momia. Eso de ahí dentro huele a todos los demonios del infierno. Para ser una princesa apesta tanto como si fuera del pueblo llano —dijo, bromeando—. Te la cedo, Ron, es toda tuya.

—Es preciosa —balbuceó el otro— sencillamente preciosa, una verdadera maravilla.

—¿Pero la va a comprar o no? —dijo Jalil, alzando la voz y con un gesto desabrido en la cara.

Witherspoon no respondió. Tendió su mano hacia aquel profanador de tumbas mostrando en la palma una cantidad de dinero muy superior a la que le había solicitado.

—Cielo santo, Ron, ¿vas a comprar una momia? ¿Vas a llevarte a casa un cadáver? —Puesto que no articulaba palabra, su compañero de viaje siguió hablando—. Y una cosa es que no regatees, entiendo que no tenemos la costumbre, pero es que le estás pagando más del doble de lo que te pide —le dijo al oído, mientras intentaba tomarle la mano para impedir que pagara.

Pero Ronald Witherspoon siguió mudo, atrapado por una belleza que solo él era capaz de ver en el aura que emanaba del objeto inanimado. Frente a él, Abbas Jalil sonreía satisfecho: sus peores temores no se habían cum-plido y finalmente había hecho un buen negocio. Tan pronto como el inglés extendió hacia él la mano con el dinero, lo tomó sin contemplaciones. Dio unas órdenes en árabe a dos de sus hombres, dijo adiós y se marchó. Solo dos de ellos se quedaron. Tenían el encargo de devolver a los extranjeros al lugar en el que los habían recogido aquella noche. El trato estaba cerrado.

23

Ronald Witherspoon y William Dickinson se conocieron siendo niños. Ambos eran hijos primogénitos de familias adineradas y frecuentaban los mismos ambientes refinados de la capital londinense. Tras acabar la escuela, los dos habían elegido la carrera de derecho para contentar a sus padres; notario, el de Ronald, y un importante empresario textil, el de William. Al finalizar sus estudios, y antes de incor-porarse definitivamente a la vida adulta, uno en la notaría paterna y el otro en un bufete, ambos como aprendices, decidieron hacer un viaje juntos. Se trataba de algo simbólico para romper con la etapa anterior y dar el pistoletazo de salida a su nueva vida, una especie de ritual de iniciación. Las familias no estaban demasiado por la labor, pero, finalmente se dejaron llevar por el entusiasmo de ambos jóvenes.

Desde que, casi un siglo antes, Napoleón redescubriera el Antiguo Egipto a través de su expedición por la tierra de los faraones, se había extendido por Europa una fiebre de deseo hacia todo lo relacionado con el país del Nilo. Había despertado las ansias de aventura de muchos caballeros y les hacía pensar en magia y misterios. El futuro notario era un gran amante de la egiptología, afición heredada de su padre. Había leído en toda su extensión *La Description de l'Egypte*, el informe exhaustivo de la expedición napoleónica, ilustrado bellamente con dibujos y documentado con infinidad de planos. Durante su infancia, había pasado largas y fructíferas horas en la biblioteca paterna, pasando las páginas de aquella obra y soñando con el momento en que, finalmente, pisaría aquellos lugares.

Sin embargo, fue Edward Witherspoon, su padre, el más reacio a dar su consentimiento a su aventura. Creía que era una frivolidad emprender un viaje de aquel tipo, simplemente, porque estaba de moda. Había cientos de destinos bastante más recomendables en la vieja Europa y mucho menos peligrosos que arriesgarse a Dios sabe qué en aquel país de bárbaros. No, no lo permitiría. Pero para eso están las madres, y la de Ronald era incapaz de negarle nada a su hijo mayor, el único varón. Bebía los vientos por su primogénito, vivía para contentarlo. Hacerle feliz se había convertido en el motor de su existencia. Emma trazó el plan perfecto para convencer a su marido: donde no llegaban las razones, llegaría su influencia, sus dotes persuasivas y sus encantos femeninos.

—Déjale ir, Edward, hazlo por mí, será algo así como una despedida de su vida de niño en la que no existían las

responsabilidades. Piensa en toda la tensión que se le va a venir encima cuando empiece a trabajar contigo en la notaría. No se lo puedes negar. —Y proseguía con una ensayada sonrisa y un seductor parpadeo que hacían más atractivas sus pupilas de un profundo y bellísimo color turquesa—. Por favor, querido, Rony se pondrá muy triste si no le dejas ir y eso me partirá el corazón…

El señor Witherspoon intentó resistirse, presentar batalla desde su mal fingida indiferencia, pero de nada le sirvió. Acabó cediendo a regañadientes y tuvo que dar su consentimiento. Ronald era su heredero, el encargado de continuar la tradición familiar de varias generaciones de notarios. Estaba destinado a perpetuar el buen funcionamiento de la notaría durante una generación más. Eso, por no contar con que daría continuidad al apellido, le seguiría dando prestigio y aumentaría su felicidad y su fortuna dándole hermosos nietos. No le gustaba nada la idea de dejarle ir a un lugar desconocido y lleno de peligros, a una tierra tan poco recomendable y aún menos civilizada, pero cometió el error de bajar la guardia apenas unos segundos, el tiempo necesario para que su esposa moviera los hilos de su voluntad. Emma sabía bien cómo hacerlo, tan bien que en casi treinta años de feliz matrimonio, Ed nunca había podido negarle absolutamente nada, y el caso es que nunca habían discutido. Estaba decidido. Era imposible recular.

Unas semanas antes de la partida, los dos muchachos habían acudido a sus respectivos sastres para que les confeccionaran varios trajes. Se habían estado informando de cuál era el atuendo adecuado para poder lograr sus metas con la mayor comodidad posible, y habían decidido que llevarían ropa de algodón para combatir el calor, pero también algo de abrigo para las frías noches del desierto. Hasta se pertrecharon de sendos sombreros de fieltro para resguardarse de los rigores del sol y compraron unas buenas botas para hacer el largo camino. Emma Witherspoon no podía dejar de mirar con embeleso a su apuesto hijo, ¡qué guapo estaba con la ropa de viaje! Tampoco podía evitar la preocupación por lo que le podía estar esperando en aquel país lejano. Sabiéndose impotente para protegerlo del peligro en la distancia, se dispuso a poner dinero en los bolsillos de su ropa nueva para que le diera buena suerte y, con el mismo fin, le introdujo en la cartera, donde llevaba sus documentos, el trébol de cuatro hojas que Ed encontró para ella aquel verano que pasaron en Sandringham, antes de tener a los chicos.

Ilusionados, y haciendo caso omiso de las reticencias y temores de sus respectivas familias, los dos jóvenes herederos emprendieron su aventura egipcia, no sin antes leer todo lo referente al país. Ron había vuelto a deambular por las páginas de *La Description de l'Égypte*, ahora, de manera compartida con Will. Muchas eran las horas que habían

pasado encerrados en la biblioteca de los Whiterspoon en compañía de aquellos libros, dando orden al servicio de no ser molestados por nada ni nadie.

—¿Ni aunque la casa ardiera, señor? —bromeaba la joven doncella.

—Tampoco en ese caso, Mary —respondía, muy serio, el joven Whiterspoon.

Habían mirado mil veces las bellas ilustraciones y los detallados mapas, y en todas y cada una de esas ocasiones se habían maravillado de todo el saber que contenía el extenso y pormenorizado informe de tan magnífica expedición. La poderosa imaginación de los dos jóvenes ilusionados se había puesto en marcha, y ya no había nada ni nadie capaz de detenerla. Después de largas semanas de trámites, ya estaba todo preparado hasta el último detalle para conseguir hacer realidad su sueño.

Una mañana de primavera, entusiasmados y nerviosos ante la partida, Ronald Witherspoon y William Dickinson tomaron un tren en la estación de Euston que los llevaría hasta Liverpool, a casi doscientas millas de la capital. Allí subirían al barco del que ya no pensaban bajarse, por muchas escalas que hiciera, hasta pisar tierra egipcia. La primera despedida tuvo lugar en el hogar. Ron les dijo adiós a sus hermanas entre abrazos y sollozos de la más pequeña, Evelyn; que a sus diez años había encontrado en su hermano mayor a un valiente paladín, a su valedor frente a los ataques injustificados de Madeleine, la hermana mediana. En el hogar de los Dickinson, Will le estrechaba la mano a Peter, el benjamín de la familia, sin lágrimas de por medio, como hacían los hombres de entonces, pero con mucha emoción. Un coche de caballos, que salió de casa de los Whiterspoon y efectuó una parada en el domicilio de los Dickinson, llevó a los viajeros, acompañados de sus respectivos progenitores, hasta la terminal de la West Coast Main Line, la línea férrea que conecta Londres con el oeste y el noroeste del país.

La estación de Euston era un hervidero de actividad. Multitud de personas se movían arriba y abajo como en un inmenso hormiguero. Ron sentía mariposas en el estómago: por fin había llegado el momento soñado. Will sentía que la sangre no le circulaba por la mano que su madre le tenía asida y le apretaba sin piedad. Pensaba que acabaría gritando de dolor, pero llegó un momento en el que hasta el dolor dejó de importarle, conforme se mezclaron con el bullicio y las nubes de vapor de los trenes que llegaban o partían a un nuevo destino. La despedida en el andén fue breve, habían perdido demasiado tiempo y su tren estaba a punto de partir. Besos y abrazos de última hora, consejos y recomendaciones hasta que el silbato del jefe de estación anunció la inminente salida.

Ron subió el alto estribo y entró en el vagón seguido de su compañero. A sus espaldas, oyeron el ruido seco de la portezuela al cerrarse. Al darse la vuelta, instintivamente, Will vio al revisor corriendo el pestillo. Entraron en su departamento y dejaron el equipaje de mano sobre el diván, cuya deslucida tapicería en algún momento había sido verde. Rápidamente, se acercaron a la ventanilla para ver a sus familiares expectantes. Se oyó el silbido de la locomotora, el chirrido de las cadenas y el sonido que hacían las ruedas al deslizarse sobre la vía. Sus padres fueron haciéndose pequeños, mientras parecían fluir por el andén en sentido contrario a la marcha del tren. Y el bullicio de la estación se convirtió, poco a poco, en el acompasado ritmo del viaje por los raíles.

La noche había sido larga, debido a los nervios de la inminente partida, y el traqueteo del tren no ayudaba demasiado a mantener la compostura. Will acabó dormido con la cabeza apoyada sobre el hombro de Ron, que apuntaba algunas impresiones en su cuaderno de viaje de piel negra, con una cinta que le ayudaba a mantenerlo cerrado. Apenas el revisor se cercioró de que habían pagado su billete y que ocupaban el lugar que les correspondía, el joven guardó el pequeño *ticket* dentro de la libreta que había estrenado hacía apenas unos días. No pudo dormir. Pese a la somnolencia que amenazaba con atraparle estaba demasiado nervioso para ceder a los embates del sueño.

El camino de hierro les llevó hasta la estación de Lime Street en Liverpool, la ciudad portuaria situada al noreste del país, sobre el lado este del estuario del río Mersey. En su concurrido puerto, el tráfico de barcos era incesante. Según les había dicho el señor Whiterspoon, aproximadamente el cuarenta por ciento del comercio mundial pasaba por allí. Nada más bajar del tren, tomaron su equipaje, esquivando a los insistentes mozos que les ofrecían sus servicios, y lo llevaron ellos mismos hasta el coche de caballos que los condujo al puerto. Una vez allí, sin perder ni un segundo, se dispusieron a buscar el Acadia, el barco que habría de llevarlos a su particular tierra prometida.

Ya a bordo, contaban los minutos para que diera comienzo la travesía. Desde la cubierta agitaron las manos despidiéndose de su país, ya que nadie había ido al puerto a decirles adiós. Pero ambos muchachos agitaban las manos con verdadero entusiasmo, y vibraban de emoción cada vez que sonaba la sirena del barco: estaban viviendo un sueño. El viaje discurrió sin percances. Llegaron hasta el Atlántico atravesando el canal de San Jorge desde el mar de Irlanda. El estrecho de Gibraltar les abrió la puerta del Mediterráneo. Egipto estaba cada vez más cerca.

Habían pasado casi todo el tiempo, durante el viaje, sentados en las hamacas que estaban ubicadas en la cubierta. El resto de pasajeros

las ocupaba solo para tomar el sol, pero ellos permanecían allí, incluso por la noche, pese a haber pagado un camarote doble. Los primeros días fueron algo duros e incómodos, hasta que los cuerpos se fueron acostumbrando a los vaivenes de la navegación. Ahora, ya se sentían como auténticos lobos de mar. Habían empezado a usar sus sombreros de fieltro y vestían con algo de descuido. La brisa marina y el sol dibujaron un color de dulce de leche en sus rostros, que ahora se veían algo más curtidos que cuando embarcaron. El color blanco de su piel, el de los días pasados en el interior de las aulas sin poder ver el sol, el de remilgado urbanita burgués, londinense, empezaba a adquirir un tono más tostado. En el caso de Will, su delicada piel se había vuelto tan roja; los primeros días, y le escoció tanto que sus ganas de aventura habían flaqueado. Ahora, sus mejillas empezaban a perder trozos de piel; parecía un lagarto, y estaba cansado y harto de ver agua por todas partes. La idea de haber emprendido el viaje ya no le parecía tan estupenda.

Port Said, mes de marzo de1879

El casco de acero del Acadia cortó, sin piedad, las medite-rráneas aguas de Port Said convirtiéndolas en jirones de espuma. Sus tres mástiles y su chimenea se alzaban desafiantes contra el cielo egipcio. A medida que la nave entraba en el puerto, la sonrisa de Ronald Whiterspoon se iba haciendo más amplia. El olor a salitre y a pescado le hizo sentir que empezaba a paladear aquella tierra, sobre la que en pocos minutos desembarcarían; su tierra prometida, su sueño largamente acariciado. A su lado, William Dickinson arrugó la nariz ante lo que consideró una desagradable agresión a su pituitaria. Ojalá ese no fuera el olor de aquel país, ojalá solo fuera el peculiar aroma del puerto, de todos los puertos. Claro que, tratándose de aquellos bárbaros, uno no podía estar seguro de nada. De lo que sí estaba convencido era de que él no iba a poder acostumbrarse a semejante pestilencia. Así que más le valía que no fuera más que una primera impresión olfativa equivocada.

El puerto de destino se hallaba en un humilde y tranquilo pueblo pesquero que, en poco tiempo, se había convertido en la principal puerta de acceso al país de los turistas que entraban en Oriente. La construcción del canal de Suez, aquel ambicioso proyecto de crear una vía artificial que uniera el Mediterráneo con el mar Rojo para acortar la ruta entre Europa y el sur de Asia evitando rodear África, le había dado vida convirtiéndolo en el lugar cosmopolita que era en esos momentos. Nada más desembarcar, Ron creyó estar tocando el cielo, se sintió a gusto rodeado por la multitud, por un torbellino de gentes de todas partes. Mientras, William asía fuertemente sus bolsas y se

apresuraba a alejarse del gentío temiendo que lo arrollaran o le robaran una maleta. El calor sofocante, el polvo y la suciedad que lo impregnaban todo, habían acabado formando una capa grasienta sobre su piel, que parecía tener la propiedad de protegerle de los rigores del sol abrasador.

Desde aquel primer día, Egipto se había ido metiendo más y más en los corazones de ambos jóvenes, como si les hubieran inoculado un virus extraño. Era un país extenso, situado en el extremo más seco y árido de África, un millón de kilómetros cuadrados para viajarlos y vivirlos. El misterioso desierto, el poderoso Nilo que recorre miles de kilómetros antes de llegar al país de los faraones atravesando lagos y montañas, dejándose caer desde altas cataratas, fluyendo por pantanos y abriéndose camino sinuosamente a través de grandes extensiones de arena y roca. El camino iniciado en Port Said les había llevado a todos aquellos lugares que habían soñado desde la distancia y les había descubierto algunos más. Aquel país estaba lleno de belleza, de cosas maravillosas del pasado, algo que no dejaba de sorprender si se comparaba con el cochambroso aspecto de su presente, pensaba William.

El Cairo era una ciudad sucia, superpoblada y bulliciosa. La sensación de inseguridad que William sentía al recorrer sus calles, sobre todo si lo hacían por la noche, era equiparable a la emoción que invadía a Ronald, en esos mismos momentos. A unos veinte kilómetros de la capital, se encontraba el complejo funerario de Giza, donde se alzaba la Gran Pirámide, la más antigua de las «Siete Maravillas del Mundo», la única que todavía seguía en pie. Pocas emociones eran comparables a la que se experimentaba al estar frente a ella o al ver de cerca la esfinge, aquel animal fantástico de cuerpo de león y cabeza humana que emergía de las arenas del desierto que querían devorarla. También fueron a ver las ruinas de Tanis, en San el-Haggar, solo porque habían leído sobre ellas en el libro de la expedición napoleónica. Y Alejandría, la bella dama griega, el hogar de Cleopatra, donde se fundó la mítica biblioteca. El lugar no tenía ningún tipo de desperdicio, pensaba Ron, el viaje estaba cumpliendo todas sus expectativas. Lástima del calor, la suciedad y lo poco de fiar que era la gente, replicaba Will siempre que tenía ocasión.

24

El Cairo, mes de abril de 1879

Al amparo de la noche cerrada, cuatro siluetas avanzaban sigilosamente entre las sombras de los suburbios de la capital cairota, cuatro hombres que cargaban un enorme bulto con forma humana. La princesa AmenRa era transportada secretamente hasta el hotel en el que se alojaban los dos turistas ingleses. No pocas veces tuvieron que esconderse, recular, buscar una nueva vía por la que avanzar… eso, sin contar con el consabido soborno a los recepcionistas. El transporte de vuelta no entraba en el precio de la transacción y los dos hombres de Abbas Jalil esperaban obtener con su gesto, nada altruista, una buena propina.

Al llegar a la puerta del Semiramis, el hotel en el que se alojaban, camuflados entre las palmeras de la entrada, los ingleses llamaron por señas al botones de turno que abrió los ojos desmesuradamente al oír lo que le pedían. Aquel par de excéntricos extranjeros quería meter un sarcófago robado en el hotel. En un primer momento, el joven se negó mientras se llevaba las manos a la cabeza para dejar constancia de su espanto. Los turistas cada vez estaban más locos, pensó. ¿Es que ya no había respeto por nada? Sabía que se jugaba el puesto si el director se ente-raba y no quería quedarse sin aquel trabajo en el que el sueldo era muy bueno y las propinas aún mejores. Las propinas… De pronto, se le iluminó el rostro pensando en la propina que podía obtener con esto. Tenía que ser lo suficientemente suculenta para que el riesgo mereciera la pena, y el riesgo era mucho. Aquel pensamiento le hizo cambiar de actitud.

Después de una rápida negociación, AmenRa entró en el hotel cairota por la puerta de las cocinas, como si fuera una vulgar sirvienta; se quejó Ronald, que tuvo que ceder pese a sus quejas, ya que no había otra manera de hacerlo. William pidió al empleado que les proporcionara un lugar seguro para dejar aquel trasto, un almacén o algo parecido. Pero su amigo se negó a separarse de ella. Por nada del mundo iba a dejarla en un inmundo almacén, estaban hablando de una princesa.

—Por Dios, Ron, ¿qué princesa ni qué princesa?, de lo que estamos hablando es de un muerto, de un amasijo de vendas, huesos carcomidos por los gusanos y polvo.

—No te consiento que hables así de ella. ¿Acaso no la has contemplado hoy en la cueva? Me parece increíble oírte hablar así.

—Pero, ¿qué demonios estás diciendo? ¿Te has vuelto loco? Lo que hemos visto hace un rato en esa covacha era un cadáver reseco. Pero, ¿ya no te acuerdas de cómo olía? Apestaba a inmundicia. Por muchos amuletos que haya envueltos entre sus vendas, no seré yo el que la desenvuelva. ¿Vas a meterla en tu estancia? Tú has perdido el juicio, Ronald Whiterspoon, definitivamente te has vuelto loco.

William seguía atónito, tanto como se había quedado aquel empleado egipcio al enterarse de que el ataúd contenía el cuerpo momificado de una princesa. Ni que decir tiene que se sintió aliviado de no tener que hacerse cargo de aquella cosa: cuanto más lejos la tuviera, mejor. Conocía, desde niño, las leyendas sobre las maldiciones que protegían las tumbas de los faraones y no estaba muy seguro de querer correr más riesgos por mucho dinero que hubiese en juego, y es que a las momias no se les podía dar muerte de ninguna manera porque ya estaban muertas. Su abuelo le había contado que los antepasados creían que la vida en la tierra no es más que un capítulo de la vida eterna, la muerte es la liberación por medio de la cual el espíritu abandona la materia y penetra en las regiones de la luz. En tiempos de los faraones, existían determinados ritos mágicos; las momias, antes de ser enterradas, eran sometidas a un ritual capaz de devolverles la vida y, gracias a él, los muertos podían ir y venir del más allá. Si alguien osase interrumpir su descanso eterno, profanando y saqueando sus tumbas, su cólera sería infinita y desataría una venganza implacable. El mejor guardián de la tumba era el propio difunto, la magia saturaba su última morada y unas fuerzas desconocidas lo protegían. El muchacho no quería tener nada que ver con aquello. «La muerte llegará aleteando a quien penetre en una tumba», le había escuchado decir a su abuelo siendo niño.

—No hay ningún problema en que la metan en la habi-tación del señor —dijo.

—¿Usted también se ha vuelto loco? —le increpó William.

—Disculpe, señor, pero ustedes dos están jugando con algo muy serio… y yo no quiero poner en peligro mi puesto de trabajo, mucho menos la vida. Si les descubren con eso dentro del hotel, yo no quiero saber nada del asunto; no me implique usted en esto, por favor, o acabaré perdiendo mi empleo.

—Descuide, nadie sabrá nada de esto… ¡Dios no lo permita! Eso, suponiendo, claro está, que encontremos la manera de salir de aquí sin ser vistos. Lo cual se me antoja bastante difícil por no decir imposible. Le aseguro que soy el primer interesado en que nadie se entere de esta aventura necrófila. Como puede imaginarse, tengo una reputación que proteger.

—¿Necro qué? —preguntó el botones, con cara de espanto.

—Olvídelo, son cosas mías, no me haga caso.

—Yo he cumplido con mi parte del trato, solo hablamos de entrar al hotel. ¿Se acuerda? Ahora ya todo depende de ustedes.

—Es nuestra penúltima noche en la ciudad, partimos hacia Inglaterra pasado mañana, al amanecer. ¿Usted nos podría recomendar a alguien que, por un buen precio, por supuesto, nos pudiera ayudar a salir de la manera más discreta posible hacia el puerto?

El egipcio dudó un instante.

—Puede, pero no me pregunte ni se intente poner, de nuevo, en contacto conmigo. Seré yo quien le encuentre a usted.

Dicho lo cual, desapareció camino de la recepción. Afortunadamente, su turno se acababa en menos de una hora. Tenía ganas de salir de allí, de regresar a la seguridad de su casa. Y sí, desde luego que conocía a un par de tipos de muy baja estofa que por un precio razonable harían casi cualquier clase de trabajo sucio. Estaba convencido de que podría obtener una buena comisión a cambio. Si no les descubrían, al final, iba a sacar una buena tajada de todo aquello. Mientras William debatía con el botones, su compañero de viaje ya se había instalado con la princesa egipcia en su habitación y los hombres de Jalil Abbas habían desaparecido como tragados por la oscuridad de la noche.

Cuando entró en la habitación de su amigo, William vio algo que le horrorizó: Ronald había dado orden de colocar el sarcófago de AmenRa sobre la cama y la tapa estaba levantada. Por un momento, creyó que sus ojos habían traspasado las cenicientas vendas y que podía ver el rostro de la momia, y sus vacías cuencas oculares le parecieron las mismísimas puertas del más profundo de los infiernos. Era inútil hacer entrar en razón a Ron. Parecía que aquel ser inanimado le había arrebatado el discernimiento, que había caído preso de una extraña somnolencia que no se podía explicar. Estaba despierto, respiraba y caminaba, se movía y hasta podía hablar, pero no estaba allí. Algo le había ocurrido. Tal vez era a causa de haber inhalado aquel tufo insalubre que salía de la caja de muertos. Seguro que era nocivo. Le dio las buenas noches y se retiró a su estancia.

El día había sido complicado, sobre todo la noche. Llevaban ya, muchos días fuera de casa sufriendo los rigores del clima egipcio y las muchas carencias de aquel país. Afortunadamente, en poco más de veinticuatro horas estarían de regreso a casa. Añoraba el cálido hogar, su baño, su lecho, las sábanas limpias, la comida casera y saludable, el olor de las rosas del jardín de su madre… y hasta echaba de menos las reprimendas de su padre.

El sueño atrapó a William Dickinson mientras rememo-raba tiempos que le parecían muy lejanos y que solo ahora, en la distancia, había sabido apreciar. La monotonía de su vida antes del viaje, en este

instante, se le antojaba de lo más deseable y se estaba planteando lo que le dijo su padre de sentar la cabeza y empezar a pensar en el futuro. Tal vez, incluso, le pediría a Julia Siegfried que fuese su novia. Bueno, primero se lo comentaría a ella y luego pediría permiso a sus padres para poder cortejarla. Sí, esa sería una de las cosas que haría a la vuelta. Eso, si no acababan en prisión por tráfico de antigüedades. Porque una cosa era llevarse una baratija, algo pequeño y discreto, con lo que los funcionarios de aduanas y los del Departamento de Antigüedades seguramente harían la vista gorda. Pero, con el *souvenir* que se había comprado Ronald no había manera de disimular, ni siquiera con un buen soborno de por medio. Acabarían deteniéndolos y el barco que debían tomar partiría hacia Inglaterra sin ellos a bordo.

En la siguiente puerta del corredor en el que se encontraba la habitación del joven Dickinson, que dormía profundamente vencido por el cansancio pese a sus preocupaciones, Ronald Whiterspoon permanecía despierto. Aunque su actual estado tenía más de ensoñación que de conciencia. Sentado en una silla, miraba sin pestañear el contenido del sarcófago que había sobre la cama. La mirada vidriosa, fija en el que se había convertido en el objeto de su devoción, en poco menos que su obsesión. La tapa de la caja estaba apoyada contra la pared.

Se trataba de una pieza exquisita, de madera poli-cromada, aunque él difícilmente iba a reparar en ello. El artesano que la había elaborado había cuidado hasta el más mínimo detalle para reproducir el bello rostro de la princesa en su máximo esplendor. Los profundos y misteriosos ojos negros, la sensual boca, los angulosos pómulos, la nariz perfecta. En la zona del cabello, la madera reproducía el trenzado de una peluca de la época y, sobre el pecho, un hermoso pectoral de cuentas y papiros; término, este último, proveniente del egipcio antiguo «per-peraâ», la planta acuática con la que se elaboraba y que era monopolio del rey de los egipcios. Sobre la tapa, de la cintura de la figura femenina hacia abajo, los dibujos de colores eran una verdadera maravilla. Una Isis alada extendía sus alas en señal de protección a la muerta.

Si hubiera sabido descifrar el jeroglífico, Whiterspoon habría podido leer a lo largo de aquella caja mortuoria varios pasajes del *Libro de los Muertos*, también llamado el *Libro para salir al día.* Incluso, habría podido leer la maldición que estaba escrita en el papiro que se encontraba entre las vendas, a la altura del pecho: «Despierta de tu postración y la mirada de tus ojos aniquilará a todo el que ose interrumpir tu sueño eterno». Había escarabajos sagrados por todo el sarcófago. Había escarabajos en el suelo. No, no había nada, solo se lo había parecido. Entre las sombras de la estancia, había creído ver algo que se movía. Se oía un rumor, como un bisbiseo constante que cada

vez se hacía más audible. Pero nada parecía existir a la débil luz de la lámpara de queroseno. Solo aquel olor casi animal a decrepitud, a estancia mohosa. Si cerraba los ojos para descansar, recostado en la butaca que había en el cuarto, los oía cada vez más cerca, pero cuando los abría ya no estaban.

Finalmente le venció el sueño. Fueron apenas unos minutos de total inconsciencia, de lasitud de los miembros, la sensación en la que el cerebro parecía estar suspendido en una especie de líquido amniótico en el que se limitaba a flotar, en el que no existía ni el pensamiento. Le despertó un roce en la mejilla, como un cosquilleo. Durante unas décimas de segundo, llegó a pensar que debían de ser aquellos bichos negros y sintió repugnancia. Abrió los ojos, espantado, dispuesto a sacudírselos de encima. Y entonces la vio. La voz se le quebró en la garganta. Aquella visión quedó grabada a fuego en su retina. Se le quebró definitivamente la razón. No pudo resistirlo y huyó.

25

El Cairo, mes de abril de 1879

William se despertó de madrugada. Había pasado una noche intranquila sumergido en uno de esos sueños que no acaban de serlo, uno de esos estados entre la vigilia y el propio sueño. Había tenido pesadillas tan reales que se veía incapaz de discernir entre lo que había sido real o solo un desvarío onírico. Ahora, tras unos minutos para reincorporarse a la certeza de que el sol estaba saliendo, creyó recordar que se había despertado al oír unos gritos, jaleo que provenía del exterior. Pero no estaba seguro, tal vez todo formaba parte del mismo sueño. Permaneció despierto en la cama hasta que acabó de salir el astro rey y sus rayos se colaron a través de los porticones de la ventana. Entonces se levantó.

Durante unos minutos, el joven se entregó a su aseo matinal. Tenía las maletas listas en un rincón de la habi-tación, aunque aún les quedaba un día de estancia. Las había hecho con tiempo para no dejarse nada olvidado, ya que estaba seguro de que nunca más volvería a viajar a aquel sitio infecto. Deseaba con todas sus fuerzas marcharse, aún más después del descabellado episodio de la noche anterior. Habían cometido un delito comprando antigüedades robadas y ahora se la iban a jugar intentando sacar aquel cadáver del país. El azote de los funcionarios del Servicio de Antigüedades iba a caer sobre ellos sin piedad. Sí, había sido cosa de Ron, él los había metido en aquel lío, pero, a ver cómo le explicaba ese detalle a las autoridades. Estaban metidos en ese lío los dos y si uno caía arrastraría al otro hacia el abismo.

No pensaba aprovechar la mañana intentando comprar algún objeto antiguo en el mercado negro, pese a que ese había sido el plan que le rondaba la cabeza desde que deci-dieron hacer el viaje. Le hubiera gustado poder comprar algo bonito, aunque no fuera demasiado valioso, algo auténtico; un escarabeo, un vaso canopo, la estatuilla de algún dios, un papiro… En cualquier caso, algo pequeño y manejable. Nunca se le hubiera ocurrido pensar en un sarcófago con su momia dentro. Ron se había vuelto loco. Lo suyo ya iba a traerles suficientes problemas, así que no pensaba jugársela aún más. Dicen que quien evita la ocasión evita el riesgo, pero, transportando un ataúd robado las ocasiones iban a ser muchas y los riesgos todavía más.

Cogió su chaqueta y su sombrero y salió de la habitación dando un

portazo. Pasó frente a la puerta de la 117, la que ocupaba su amigo, pero no se detuvo a llamar. Se tomaría un café, desayunaría algo para coger fuerzas y entonces enfrentaría el problema. No le apetecía nada ver a Ron, mucho menos a su momia.

Llegó a la recepción y le pareció apreciar más movi-miento del que era habitual por las mañanas. Por unos instantes, creyó percibir miradas esquivas, furtivos ojos que se posaban en él y luego se perdían en el trasiego de pasos del vestíbulo. Se dirigió al comedor. Nada más sentarse a la mesa, apareció el director con cara circunspecta y al localizarlo con la mirada se dirigió hacia donde se encontraba. Willian se puso blanco, seguro que se había enterado del numerito de la noche anterior.

—Buenos días, señor Dickinson.

—Buenos días.

—Disculpe que perturbe su desayuno, nada más lejos de mi intención, pero debemos tratar sobre una cuestión que no puede esperar.

—Tome asiento, por favor —respondió, haciendo un gesto con la mano para acompañar su invitación.

—Es sobre el señor Whiterspoon.

—¿Le ha ocurrido algo?

—Pues… verá… Lo cierto es que no estoy muy seguro. Le vieron salir de madrugada de su habitación. Dicen que corría despavorido, que estaba fuera de sí y no pudieron detenerlo.

—¡Dios santo! ¿Pero cómo no me despertaron?

—Lo siento enormemente, señor, pero los empleados de ese turno no sabían que ustedes dos viajan juntos. De todas maneras, inmediatamente se dio parte a las autoridades como correspondía. En estos momentos le están buscando.

—Pero… ¡Oh, Dios! ¿Qué voy a hacer ahora? Mañana hemos de tomar un barco para partir hacia Inglaterra. No podemos permitirnos perderlo.

—No se preocupe, ya verá cómo su amigo aparece y embarcan a tiempo.

—¿Que no me preocupe? Pero, ¿cómo no voy a preocu-parme? Mi amigo ha desaparecido en un país desconocido, ¿y me dice que no me preocupe?

El hombre puso cara de circunstancias, sabía que sus empleados se habían equivocado y ahora le quedaba a él la papeleta. Permaneció pensativo unos segundos, como buscando una salida al atolladero, y rápidamente añadió:

—Me he permitido llamar al jefe de policía para que hable con usted y le informe de todos los pormenores del caso, está a punto de llegar.

Efectivamente, pasados unos minutos, un empleado del hotel vino a informarle de que Mohamed Farouk había llegado.

—Hágale pasar a mi despacho, haga el favor. Dígale que enseguida le recibiré.

William se tomó unos minutos para recomponerse, para pensar. La voz del otro le hizo reaccionar:

—Monsieur Dickinson, monsieur Farouk nos espera en mi despacho. Si es usted tan amable de acompañarme…

Hacia el despacho se encaminaron los dos hombres seguidos, atentamente, por la mirada de los empleados que se iban encontrando a su paso y que se habían enterado del suceso. Al abrir la puerta de la estancia, el jefe de policía saltó de su asiento como si tuviera un muelle en el trasero. Les saludó con un gesto marcial de la cabeza, al tiempo que tendía su mano hacia el turista inglés que le acababan de presentar. Lucía un traje negro bastante viejo, desgastado pero limpio y bien planchado, igual que la camisa blanca y la corbata.

—Lamento mucho lo ocurrido, señor Dickinson. Sepa que estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Según testigos presenciales, su amigo salió del hotel despavorido en mitad de la noche. Algunos empleados que lo vieron han confirmado que tenía la mirada perdida y parecía asustado.

—¿Y hacia dónde se dirigió?

—Le estamos siguiendo la pista, no tardaremos en dar con él. Usted quédese tranquilo. Está todo controlado.

Pero ni William se quedó tranquilo ni la policía fue capaz de dar con Ronald Whiterspoon. Tampoco pudieron tomar el barco que los llevaría a Londres al día siguiente. Las investigaciones de la policía egipcia fueron del todo vanas. El joven turista había desaparecido como tragado por la arena del desierto y nadie volvió a verle jamás. Dos semanas después de los hechos, Will se embarcó hacia Inglaterra. Ya no tenía nada que hacer en aquel país, ya no había nada que pudiera hacer por su amigo; su presencia en El Cairo era del todo innecesaria. Los padres de Ron habían sido avisados al día siguiente de la desaparición y, en breve, el señor Whiterspoon llegaría a El Cairo para hacerse cargo del asunto. La familia del muchacho estaba desolada. Will quería poner tierra de por medio, dejar atrás aquel país infecto y aquellos días de pesadilla.

Afortunadamente, la momia de Ron había desaparecido. No sabía cómo había ocurrido, pero cuando Farouk abrió la habitación que este ocupaba, para buscar indicios de lo que había pasado, no encontró nada. El sarcófago y lo que contenía ya no estaban, se habían volatilizado. Allí solo quedaba el equipaje de su amigo. Al principio, llegó a creer que los hombres de Abbas Jalil habrían vuelto a por ella

tras enterarse de lo ocurrido. Pero, unos días después, saltó a la primera página de los periódicos locales la noticia de la muerte del delincuente. Lo habían encontrado sin vida en un callejón oscuro, uno de aquellos en los que él acostumbraba a hacer sus negocios. La nota macabra la ponía el periodista al relatar cómo al intentar mover el cadáver «habían brotado de su boca dos repugnantes escarabajos negros».

Para William había llegado el tan deseado momento de partir. Su maravillosa aventura, su viaje iniciático hacia la vida adulta había acabado convirtiéndose en un mal sueño del que quería despertar. Una vez más, el olor acre del agua de mar le dio una sonora bofetada a su pituitaria. Port Said había sido la puerta de entrada y sería lo último que vería de Egipto. Bajó del carruaje en el que viajaba, pagó al cochero y se dirigió hacia el puerto para localizar su barco. Lo hizo todo con prisa, con verdadera ansiedad. Fue entonces cuando le pareció que le estaban llamando.

—*¡Pst, pst!*

William miró hacia el lugar de donde salían aquellos sonidos y vio a un hombre que le hacía señas. Su cara le era familiar, pero no conseguía recordar en qué lugar le había visto con anterioridad. Los últimos días habían sido dema-siado intensos, extraños, y todo le había sido tan ajeno que le resultaba imposible recordar. El hombre insistió al ver que no se daba por aludido.

—¡Señor, señor! Sí, usted, el extranjero. Le dije que me pondría en contacto con usted, ¿recuerda?

Aquellas palabras fueron como un puñetazo en la boca del estómago. De pronto se le vino el mundo encima. Acababa de reconocer al tipo que no era otro que el botones que les dejó entrar con la momia en el hotel, la noche en que Ron desapareció.

—¿Pero qué quiere ahora de mí?

El otro le miró con cara de asombro.

—Me pidió que les ayudara a sacar el *souvenir* del hotel. ¿Se acuerda? Pues aquí lo tiene, yo siempre cumplo mi palabra.

—¿Se ha vuelto loco?

—Eh, oiga, ahora no me venga con historias. Solo he hecho lo que usted me pidió.

—Pero… yo pensaba… acaso…

—¿Qué pensaba? ¿Que la momia se había ido? ¿Que la habíamos robado? ¿Pero quién se cree que soy? Di mi palabra y estoy cumpliendo lo acordado. Espero que respete su parte del trato y pague bien el servicio que mis amigos y yo le estamos prestando.

Al mirar hacia su espalda, William pudo ver a dos tipos altos y corpulentos. A uno de ellos le faltaba un ojo, el derecho; y el otro llevaba la mejilla derecha atravesada por una fea cicatriz. Todo

aquello tenía una pinta horrible, la había tenido desde el mismo instante en el que entraron en la cueva a la que los condujeron los esbirros del difunto Abbas Jalil.

—Pero eso no es mío, se equivoca de persona, eso era de mi amigo.

—Pero fue usted quien habló con nosotros, fue a mí a quien le pidió ayuda para transportar el bulto a su barco. ¿Recuerda? Debería estarnos agradecido por haber hecho desaparecer el paquete del hotel antes de que llegara la policía, de lo contrario… —hizo un gesto con el dedo pulgar de lado a lado de su garganta—. Ahora no estaría aquí, sino en una sucia prisión.

William sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. Las manos y las piernas empezaron a temblarle, el cuello de su camisa pareció estrecharse casi hasta ahogarle, la boca se le secó. La cuestión era la siguiente: tenía que elegir entre tener problemas en ese momento con aquellos tres, o tenerlos a partir de ahora con la momia y todo lo que pudiera aca-rrearle. Piensa, piensa, piensa; se dijo.

—Está bien, hay que embarcarla en el Amara. Dejen que primero localice el embarcadero y hable con el capitán. Imagino que bastará con un par de gestiones —quiso convencerse.

—¿El Amara? ¿Es ese su barco? No tiene que buscarlo, ya le llevo yo hasta él. Estoy seguro de que no tendrá ningún problema con su capitán. El viejo es un hombre muy razonable.

—¿Le conoce?

—Todo el mundo aquí le conoce. Ha tenido suerte: Nazim Jalaf es la persona indicada para un viaje como el suyo.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a llevar un polizón como el que lleva usted.

Nazim Jalaf era un viejo marinero que había hecho algo de fortuna gracias a sus viajes «especiales». Era un hombre sin escrúpulos capaz de transportar cualquier cosa, desde tesoros prohibidos hasta mujeres secuestradas, todo por un precio razonable. Gracias a ello había conseguido comprarse un barco de buen tamaño, el Amara, que le permitía hacer viajes más largos y ganar más dinero. No era tan cómodo como los buques de las grandes líneas comerciales ni tan seguro, pero era la mejor opción si uno perdía su barco o si quería salir del país sin llamar la atención y sin pasar por las aduanas. Jalaf aceptó llevar la carga adicional sin hacer más preguntas que el «regalo» que tendría que aceptar del turista interesado.

AmenRa subió a bordo por la pasarela de madera del Amara. Jirones grises de niebla arrancada al mar envolvieron su ascenso a la nave. Su avance hacía enmudecer a quienes se cruzaban en su camino, a quienes en la cercanía sentían su presencia. William creyó notar de nuevo aquel olor a moho, a cosa salida de las entrañas de la tierra que le asaltó el día que los hombres de Jalil levantaron la tapa del

sarcófago. La momia estaba dentro del ataúd, que había sido introducido, además, en una caja de madera cuyo importe, por supuesto, había tenido que abonar al eficiente botones. No era hermética, desde luego, pero no parecía probable que el tufo a podrido pudiera salir de las dos cajas y hacerse presente entre el hedor propio de los muelles. Aunque ya nada importaba, ya todo daba igual. En unos momentos zarparían con destino a Inglaterra y todo aquello no sería más que un mal recuerdo.

26

Las brumas envolvieron al Amara en Port Said y ya no lo abandonaron a lo largo de toda la travesía. Entre la espesa niebla que lo cubría, como si de un guiso fragante se tratara, su chimenea y sus mástiles habían adquirido un aspecto etéreo y difuminado, casi fantasmal. También envolvía al barco y a sus pasajeros aquel intenso olor a moho, a cosa podrida que se descompone. Incluso, en cubierta, la atmósfera era irrespirable y el estado de ánimo de todos los que se hallaban a bordo, tanto los viajeros como la tripulación, era de contenida crispación. Así estaban las cosas cuando al aproximarse al estrecho de Gibraltar empezó a soplar un fuerte viento de Poniente que hizo que todo el mundo tuviera que refugiarse en los camarotes o en el comedor, ya que resultaba imposible permanecer en cubierta.

William Dickinson, que había permanecido prácticamente todo el tiempo en el exterior desde que había embarcado, entró en su escueto compartimento casi a la fuerza. Desde el mismo instante en el que le habían mostrado aquella estancia, y había accedido a ella solo para dejar su equipaje, había sentido que se ahogaba en su interior. El barco de Nazim Jalaf era una embarcación de tamaño medio, nada que ver con los grandes transatlánticos que se dedicaban a llevar y traer turistas entre Oriente y Occidente. Se trataba de un pequeño buque mercante que en ocasiones especiales se usaba para transportar pasaje. Por ese motivo, los camarotes que usaban los viajeros eran los mismos que ocupaban los miembros de la tripulación y no se podía decir que estuvieran demasiado limpios. Mucho menos se podía pensar que habían cambiado las sábanas para el nuevo viajero, cosa que saltaba a la vista viendo la mugre que las cubría y que les confería el aspecto de un sudario. Ante la imposibilidad de salir de allí, William se echó a dormir sobre el jergón completamente vestido.

Se sentía cansado, sucio y deprimido. Ahora ya no se mareaba como cuando partieron de Liverpool en el Acadia, pero la cabeza dejó de estar en su sitio tan pronto como el barco hubo levado anclas. Además, sentía como si tuviera algo atravesado o flotando en su estómago. No podía dejar de pensar en Ron. ¿Adónde habría ido a parar? ¿Seguiría vivo? La policía le había contado que alguien había visto a un hombre, un europeo, aseguraban, adentrándose en el desierto. ¿Sería Ron ese hombre? ¿Por qué nadie había hecho nada por detenerlo? Hablaban de una fuerza inusitada, de un estado de aparente demencia a causa del cual no se habían atrevido a dirigirse a él, mucho menos a contrariarle o detenerle. Pero, un hombre solo, sin

comida ni bebida y aturdido como él estaba, sin duda acabaría tragado por las dunas del desierto, envenenado por la picadura de un escorpión o muriendo de cualquier otra manera terrible. Desde que supo de su desaparición, no podía dejar de ima-ginar para él muertes horribles. Pero ya no había vuelta atrás, él se alejaba de Egipto mientras Ron permanecería allí para siempre. Quiso borrar ese pensamiento de su mente porque le dolía demasiado.

Miró al techo. Dejó la mirada suspendida durante un instante, perdida en el infinito. Por unos segundos, creyó ver algo que se movía allá arriba. Dios Santo, qué asco, menudo cuchitril. Seguro que se trataba de una cucaracha. Desde fuera, el barco tenía buena presencia, se veía bastante nuevo y capaz de afrontar la travesía que tenían por delante. Pero por dentro era un verdadero asco. Pensaba deshacerse de toda su ropa tan pronto como llegara a Londres, porque estaba seguro de que nunca más la iba a utilizar y, también, porque le había cogido asco, siempre le recordaría lo ocurrido en los últimos días y su desagradable viaje de vuelta. La aventura egipcia había sido el mayor error de sus vidas y, desgraciadamente, en el caso de Ron ya no podría enmendarse. De nuevo volvió a ver algo que se movía, esta vez a los pies de la cama. Se levantó y se puso a caminar en círculos por el pequeño espacio. Iba a volverse claustrofóbico si tenía que permanecer mucho más tiempo allí encerrado.

En el exterior había estallado la tormenta. El mar estaba embravecido y se pondría aún más bravo en cuanto llegaran a mar abierto, ya en el océano. Rezaba por que aquello no durara demasiado tiempo, las sacudidas lo estaban matando. Y luego estaba el olor, aquella vaharada del infierno que olía a tierra húmeda y a putrefacción, nada que ver con el olor a salitre del barco que los había traído desde Inglaterra. El capitán había asegurado que procedía del exterior, aunque a él le daba la sensación de que salía de la bodega.

Pensó que lo mejor que podía hacer, en esas circuns-tancias, era intentar dormir un rato. Levantó la cubierta de la lámpara de queroseno y sopló la mecha. En el aire de la habitación, quedó el olor acre de la llama apagada que rápidamente fue absorbido por otro mucho más intenso. A tientas, avanzó por el cubículo y se tumbó sobre la cama porque el movimiento del barco estaba llevándolo al borde del vómito. En la oscuridad oyó un zumbido como de insectos. Se levantó a buscar la lámpara y la encendió para comprobar que no había nada. Pero el sonido, que se había acallado con la claridad, volvió a hacerse persistente tan pronto como esta desapareció. Había algo en la habitación. No sabía lo que era, pero no le gustaba. Después de varios intentos por descubrir de qué se trataba, se quedó sentado en la cama con la luz encendida. Bajó la intensidad de la llama un momento y creyó ver algo correteando por el suelo, pero, al mover la

lámpara en esa dirección, lo que fuera que fuese pareció ocultarse entre las sombras.

La tormenta se prolongó a lo largo de dos días enteros durante los cuales Dickinson apenas salió de su camarote más que para ir al comedor, evacuaba en un orinal que los marineros se encargaban de vaciar por la borda. Los pasillos estaban llenos de agua y vómitos de los viajeros. Había intentado escapar del malestar de su habitación, pero se hacía imposible permanecer en cualquier otro sitio. Cuando, por fin, amainó la tempestad, aunque el sol no se dejó ver en toda la travesía, William volvió a la cubierta. Estaba ojeroso, con la mirada perdida, llevaba dos días enteros de vigilia, luchando por no dormirse. Temía que los bichos negros se le echaran encima. Había dado aviso a la tripulación de la presencia de «indeseables criaturas» en su estancia, pero no le habían hecho caso. Sabía que le acechaban en los rincones y hasta había creído ver uno dentro de su plato, la última noche que cenó en el comedor.

No dejaba de oír sus bisbiseos, el ruido que hacían al moverse, el de sus élitros al aletear. Solo la luz era capaz de alejarlos, pero proliferaban en las sombras y hacían lo indecible por acercarse a él. Al llegar la noche, William se negó a volver a su camarote, permanecería en cubierta hasta que llegaran al puerto de Liverpool. Luchó contra el sueño con todas sus fuerzas, pero estaban demasiado mermadas incluso para poder sostener el peso de los párpados. Finalmente, vencido por el agotamiento, se durmió sentado en el suelo y apoyado contra una baranda. Ese fue el momento en que decenas de pequeños y decididos pasos salieron de la oscuridad como un diminuto ejército y le fueron rodeando. Un roce en la mejilla, un chillido de horror, y las aguas del océano abriéndose para acoger en su seno a un hombre.

—¡Hombre al agua, hombre al agua! —gritó el marinero que hacía la guardia a esa hora.

Se desató el pánico. Todos corrieron en dirección al lugar del que procedían los gritos, tiraron un salvavidas al agua, pararon máquinas, pero todo fue inútil. La oscuridad hacía imposible el rescate, ya nada podía hacerse por aquella pobre alma. El mar, hambriento y voraz, había engullido a otro hombre.

Nazim Jalaf miró desafiante hacia la inmensa oscuridad del océano. Empezaba a amanecer, pero la niebla que envolvía al Amara apenas les permitía ver el sol. El malestar de los pasajeros era evidente. Algunos le instaban a desembarcar en el puerto más cercano para informar de lo sucedido a las autoridades. Durante un buen rato, tuvo que discutir con ellos y a punto estuvo de haber un motín, pero los ánimos acabaron calmándose. El capitán llevaba una carga peligrosa y no podía arriesgarse a que le descubrieran. No, no se trataba de la momia de AmenRa, aquello era lo que menos le preo-

cupaba en esos momentos.

—¡Maldito imbécil!

Dijo, escupiendo al agua. Tras averiguar que el pasajero que faltaba era William Dickinson, se dirigió hacia la bodega con la intención de arrojar su misteriosa caja al océano. No era un hombre supersticioso, los hombres de negocios no pueden codearse con la superstición, los contrabandistas como él solo temen a la policía. No creía en maldiciones, ni temía la venganza divina del espíritu reseco y podrido del cadáver que habían apilado en la bodega del barco junto a otras mercancías. No, no le temía a la maldición, pero sabía que aquella cosa era un problema, que tras la muerte de su propietario las autoridades subirían al barco y la encontrarían. Aunque, probablemente, nadie sabía de la existencia de aquel sarcófago, puesto que era ilegal sacar antigüedades del país y era muy poco probable que el muchacho hubiera informado a alguien de su adquisición. De todas maneras, no se la quería jugar.

Seguido de cerca por dos de sus marineros, bajó al pañol y les ordenó que sacaran de allí la caja que contenía la momia. Había decidido lanzarla al mar para que no diera problemas. En el descenso, justo antes de abrir la puerta de la bodega, creyó ver unos bichos negros siguiéndoles de cerca, camuflados en las sombras que quedaban a su espalda. Ojalá acabaran con ellos las ratas. Mientras pensaba eso, tropezó con un escalón y se precipitó contra el suelo. La lámpara que llevaba en la mano se cayó, y el cristal que protegía la llama se rompió. Su mano fue a caer sobre él con tan mala suerte que acabó seccionada a la altura de la muñeca.

Los gritos de Jalaf retumbaron en las entrañas del barco. El dolor no le dejaba levantarse del suelo. Sus ojos miraban sin poder creer que su mano colgaba del brazo al que aún continuaba unida a través de algunos tendones. Los dos marineros le miraban horrorizados sin saber qué hacer.

—¡Malditos idiotas, echadme una mano!

Uno de ellos, el más joven, dejó escapar una risita nerviosa ante lo irónico que tenía una frase como aquella, justo en ese momento.

—¡Maldita sea! ¡Os arrojaré por la borda a los dos!

Los gritos del capitán alertaron a otros de sus hombres que acudieron en su auxilio. Entre gritos de dolor, insultos y blasfemias le condujeron a la enfermería. El médico nada pudo hacer por él, salvo seccionar los tendones que se resis-tían a dejar escapar el miembro amputado.

—Lo siento mucho, Nazim, ha sido un fatal accidente.

—¿Fatal? —gruñó—. Estúpido, un accidente estúpido es lo que ha sido. ¡Maldita sea! Arrojad esa momia por la borda ahora mismo —ordenó.

Pero nadie obedeció su orden pese a lo mucho que gritó y aunque insistió decenas de veces. Poco después, exhausto, Nazim Jalal caía en brazos de un sueño inducido por la morfina. Siguió dormido debatiéndose entre fiebres y dolores hasta que unos días después llegaron al puerto de Liverpool. Tan pronto como amarraron, Kibuk, su segundo de a bordo que se había hecho cargo de la situación desde que él había perdido la consciencia, ordenó a cuatro de sus hombres que se deshicieran de la momia. De nuevo, al amparo de la penumbra, AmenRa desembarcó en Inglaterra para ir a parar a un almacén abandonado.

—Aquí no podrá hacer daño a nadie más —murmuró uno de los hombres al cerrar la puerta a sus espaldas.

Se equivocaba.

27

Puerto de Liverpool, octubre de 1888

Infinidad de objetos de diferentes procedencias y de muy diversa naturaleza se amontonaban en aquel almacén abandonado. Allí habían ido a parar todas las cosas que nadie sabía muy bien dónde dejar. Desde material de contrabando hasta objetos perdidos, desde tabaco, té o legumbres hasta una momia egipcia. Con el paso del tiempo, como era de prever, todo lo perecedero había perecido y los insectos pululaban por el recinto a sus anchas. El local llevaba casi diez años abandonado, desde que la compañía naviera a la que pertenecía se vio abocada a la quiebra. Durante ese largo periodo de tiempo, habían entrado allí todo tipo de cosas, pero nunca nada había salido. Ahora, las autoridades portuarias habían decidido vaciarlo para ponerlo en venta o alquiler, a ver si de esa manera podían recuperar el tiempo y el dinero perdidos.

Samuel Binder era el encargado de vaciar aquel antro. Él y su hijo Flyn se dedicaban a este tipo de trabajos «sucios». Binder empujó la puerta de madera del almacén y la primera imagen que captó su retina le dejó sin palabras. Aquel trabajo le iba a llevar muchas horas. No solo era la cantidad de cosas acumuladas y amontonadas sin ningún orden, también estaba el hecho de que durante más de diez años había entrado cualquiera que pasara por allí, vagabundos y borrachos incluidos. A la podredumbre de los productos comestibles que habían traspasado la puerta ni se sabía cuándo, se unían las inmundicias que las personas habían dejado. El olor a basura del cuerpo humano era insoportable.

—Debería haber contratado un par de hombres más, padre —dijo el muchacho.

—Ni hablar de eso, nosotros nos bastamos y nos sobramos —respondió, secamente.

—Pero, es que nos va a costar mucho mover esas cajas —dijo el joven, señalando hacia uno de los lados.

—Pues las vaciamos antes de intentar moverlas y, si es necesario, nos dejamos el espinazo moviéndolas. Más hombres significa más sueldos, entérate; y no me da la gana compartir lo que gano porque entonces mejor me quedo en casa. Además, estoy seguro de que aquí vamos a poder encontrar algún que otro «tesoro» —dijo Binder, con una pícara sonrisa.

Binder&Son, la pequeña empresa familiar que regentaba Samuel,

había recibido el encargo de vaciar y adecentar el almacén. El contenido podían lanzarlo al mar, les había dicho el encargado de gestionar la limpieza en el puerto. Lo que había allí dentro no tenía ningún tipo de interés para nadie, no pertenecía a nadie porque nadie lo había recla-mado. Por esa regla de tres, si no era de nadie, y él se lo encontraba, era suyo. Y Binder estaba convencido de que revolviendo entre toda aquella porquería encontraría algún que otro objeto de valor.

El panorama era desolador, desanimaba ver las montañas de basura, pero no se dejó vencer por el desánimo. Sin más contemplaciones, Binder se remangó la camisa y empezó a mover cosas. Se había cubierto la boca y la nariz con un pañuelo de algodón para no respirar las toneladas de polvo que allí había, ni los tufos varios. Su mujer siempre guardaba la ropa entre ramas de lavanda, y eso les aliviaba un poco el mal trago de las pestilencias a las que se enfrentaban a diario. Nariz y boca bien tapadas, pero la vista despejada. Había restos de una hoguera, defecaciones… Al mover las primeras cajas, salieron en desbandada un buen puñado de enormes cucarachas. Las ratas no se dejaban ver, pero se oían sus carreras en la distancia y sus excrementos estaban desperdigados aquí y allá, sobre todas las cosas.

—Mire, padre —le llamó el chico mostrándole una pierna ortopédica.

—Llévala al carro —contestó él—, el viejo Jones tal vez pueda aprovecharla.

Binder siguió rebuscando entre los restos de aquel naufragio. Polvo y astillas salían a su encuentro. Unas cajas en las que se indicaba que procedían de «La India» le inte-resaron especialmente. Se trataba de un país que hacía pensar en sedas, piedras preciosas, resinas aromáticas, lujo… En su interior encontró unas piezas de tela, juraría que de seda, de hermosos colores. Estaban algo carcomidas por las polillas, además de muy sucias, pero Maggie era una buena costurera, seguro que sacaría algo hermoso de ellas. Las apartó a un lado, en el montón de lo que podía aprovecharse. También, procedente de «La India», había una caja llena de unas barritas alargadas, muy finas, que desprendían un peculiar olor. Siguió rebuscando durante varias horas sin hallar nada más digno de mención. Y así durante el resto del día.

Fue a la mañana siguiente cuando hizo un hallazgo que creyó que podía ser importante. Se trataba de una caja de madera, del tamaño de un hombre. Los sellos del exterior indicaban que venía de El Cairo. Llamó a Flyn para que le ayudara a moverla.

—¡Eh, chico! Deja todo eso y ven aquí.

Había leído en la prensa muchas cosas sobre El Cairo, estaba en Egipto, tierra de faraones, decían. En los últimos tiempos se había

puesto muy de moda entre las clases pudientes del país todo lo que tenía que ver con aquel sitio. A lo mejor tenía suerte y dentro de aquella caja había objetos valiosos, antigüedades sacadas del país ilegalmente, o simples imitaciones. Daba igual, seguro que fuese lo que fuese podría sacarle partido.

Los dos hombres arrastraron la caja para llevarla a la parte del almacén que había quedado un poco despejada. Pesaba muchísimo, pero, conforme la movían, Binder hubiera jurado que se hacía más ligera. La dejaron en el suelo y echó mano al martillo de orejas que llevaba en el bolsillo de atrás de su pantalón de trabajo; una de esas prendas que había inventado aquel americano que tenía nombre de compositor de valses, y que compró a muy buen precio a un viajante. Con la parte de atrás del mar-tillo, curvada y en forma de uve, hizo palanca en la tapa. Cuando, al fin, todos los clavos saltaron y pudieron levan-tarla, los dos hombres se quedaron impresionados al ver lo que contenía.

Nunca en su vida habían visto algo tan bello ni tan exótico. Era un ataúd con forma humana que sobre la tapa reproducía la imagen de una mujer. Seguro que podría sacar un excelente precio por él porque era una verdadera maravilla. Pensando en aquella estupenda posibilidad, a Binder se le olvidó hasta lo mucho que le dolía la astilla de madera que se había clavado en la palma de la mano al intentar abrir la caja que lo contenía. Cuando notó el pequeño aguijonazo, se llevó la mano a la boca y se lamió la diminuta herida. Pero no le dio más importancia e intentó que Flyn no se diera cuenta. Le tenía dicho que no manipulara los trastos sin guantes para que no le ocurrieran cosas como aquella y, como no había predicado con el ejemplo, tampoco iba a darle ocasión de pillarlo en falta.

La pieza era magnífica, desde luego. Hubiera deseado salir inmediatamente de allí para llevarla a algún experto que certificara su valor. Pero creyó que no era una buena idea sacarla a la vista de todos y decidió esperar a que fuera de noche para evitar posibles susceptibilidades. «Pueden tirarlo todo al mar», le había dicho el responsable, pero ante algo tan magnífico nunca se sabía y no quería poner a prueba la codicia ajena. Así es que la cubrió con una manta vieja que había por allí tirada y siguió trabajando.

Aquel día los Binder alargaron su jornada de trabajo. Salir más tarde significaba encontrar a menos gente y eso suponía minimizar los riesgos. Cierto, que aquello no perte-necía a nadie, pero estaba seguro de que las autoridades del puerto lo reclamarían alegando que estaba dentro de sus instalaciones y que, por tanto, les pertenecía. Toda cautela era poca. Al cogerla para subirla al carro, la enorme y pesada caja pareció tornarse aún más ligera que cuando intentaron moverla dentro del almacén. Era como si ella misma se hubiera impulsado para

facilitar el ascenso; y aunque tal cosa no podía ser posible, parecía que estuviese deseando salir de allí. Una vez dentro del carro, la cubrieron con mantas y le colocaron algunas cosas encima. Hecho lo cual, salieron del puerto intentando saludar a los vigilantes, que ya les conocían, con la mayor naturalidad posible. A Flyn, el sudor le perlaba la frente y a su padre se le había resecado la boca. Por suerte estaba demasiado oscuro para que se les notara.

El camino a casa se les hizo eterno, era como si todas las miradas estuvieran puestas en ellos. El siguiente paso, no menos complicado, era enfrentarse a Maggie y a su rígida moral.

—¡Ni hablar! Esa cosa no va a quedarse en casa. ¿Pero no te das cuenta del mal ejemplo que les estás dando a tus hijos?

La pequeña Doris miraba desde detrás de las faldas de su madre. Flyn se había ido a lavar, tenía hambre y aquello no iba con él.

—Tonterías, mujer. Esto no es de nadie. Lleva en ese almacén ni se sabe cuánto tiempo, y nadie lo ha reclamado. Me dijeron que lanzara al mar todo lo que encontrara, por tanto, no están interesados en ello. Así que es mío.

—No están interesados porque ni siquiera saben que existe.

—Y nosotros no se lo vamos a decir.

—Esa cosa no va a entrar en mi casa.

—Te podrás comprar un vestido nuevo.

—¿Y unos zapatos? —preguntó Maggie.

—Y hasta un frasco de perfume, si nos sale bien la operación.

—Pero, ¿quién te va a comprar eso? ¿Quién va a querer un ataúd viejo?

—Lo exótico está de moda, reina mía. Y esta caja viene de Egipto, Maggie. ¡De Egipto, nada menos!

—Como si quiere venir de Oriente, Sam; tú no conoces a nadie que pueda comprar algo así.

—No, pero encontraré un comprador, ya verás como sí. Y ahora sácame esta astilla que tengo en la mano que me escuece una barbaridad.

—Vaya, parece que se te ha infectado. Otra vez se te ha olvidado ponerte los guantes, ¡si es que no aprendes! Luego querrás que Flyn te haga caso cuando le dices que nunca coja nada sin ponérselos. ¡Pero cómo nos va a salir el chico con el mal ejemplo que le das!

Maggie puso agua a calentar y le echó un poco de sal. Luego acercó la punta de su aguja de coser al fuego para desinfectarla. Binder metió la mano en el agua caliente, para que la piel se reblandeciera y su mujer pudiera sacar la maldita astilla. No era gran cosa, pero salió acompañada de un buen chorro de pus amarillento. La operación le llevó apenas un minuto, estaba acostumbrada a hacerla. Le echó un poco de whisky y luego lió un trozo de sábana vieja

alrededor de la herida. Samuel se sentó en la vieja mecedora de madera mientras su mujer y su hija preparaban la mesa. Tras la cena, el hombre se fue a la taberna. Quería ojear los diarios que John Lyster, el tabernero, tenía siempre rondando por allí. Solían ser viejos, con noticias de hacía meses, incluso años. Tal vez pudiera encontrar algo que le ayudara, tal vez algún anuncio de un anticuario, algo por lo que empezar.

Al día siguiente, por la mañana, Maggie Binder intentó despertar a su marido sin suerte. Tenía el mal vicio de beber entre semana y luego le costaba la vida hacer que se pusiera en pie y se fuera a trabajar. Flyn ya estaba sentado a la mesa tomando su tazón de gachas y su té, pero su padre aún no se había ni levantado.

—Llegaremos tarde, madre. Y nos queda todavía mucho que hacer en ese almacén.

—¡Maldito Samuel Binder! —le gritó la mujer—. O te levantas de una vez por todas o te rompo el palo de la escoba en las costillas.

La señora Binder arrancó la ropa de cama a su marido y empezó a zarandearle. Al tocar su piel, retiró la mano con un gesto de repulsión. Samuel estaba desagradablemente frío.

—Dios mío, estás helado, señor Binder. Ay, pobre marido mío, ¿estás enfermo?

Al darle la vuelta, su cara sin expresión, sus ojos como sellados y la lividez de su piel dejaron patente que algo malo le había ocurrido al cabeza de familia.

—Flyn, anda a buscar al doctor Barnnes. ¡Date prisa!

—¿Pasa algo, madre?

—Corre y no preguntes. ¡Corre te he dicho!

El doctor Barnnes solo pudo certificar la muerte de Samuel Binder. Su dictamen fue que había fallecido durante la noche a causa de una infección. La esposa confesó haberle sacado aquella astilla de la mano y haberla curado como siempre hacía. Pero parecía evidente que algo había fallado. El médico examinó la herida y, por su aspecto, determinó que había sido la vía de acceso de las bacterias que, probablemente, habían entrado en el sistema circulatorio, de ahí su rápida propagación. Resultaba extraño que la puerta de entrada de la infección fuera aquella diminuta herida y más aún la velocidad a la que se había extendido. Pero todo apuntaba en esa dirección. Barnnes quiso saber con qué se había causado la herida, de dónde procedía la astilla mortal. Interrogó a la reciente viuda que le remitió a su hijo. Flyn, en principio reticente, acabó contándoselo todo.

Al galeno le picó la curiosidad, aquella historia, y le pidió al muchacho que le mostrara el «ataúd antiguo» del que le hablaba. Flyn le condujo hasta el cobertizo donde habían dejado el carro la noche anterior. Ni siquiera lo habían descargado. Cuando levantaron la tapa

de madera, John Barnnes se quedó boquiabierto.

—¿De dónde lo habéis sacado? —preguntó sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—Lo encontramos en el almacén que estamos limpiando. —Y después de un largo y cauteloso silencio continuó—: Nos dijeron que arrojáramos al mar todo su contenido… pero esto nos pareció tan bonito que no pudimos deshacernos de él.

—Y valioso… —murmuró el médico entre dientes.

—Pero pensábamos devolverlo… —se excusó el chico.

—… no se preocupe, joven… Cualquiera en su caso hubiera hecho lo mismo. Le creo, no pasa nada… Para evitarles más molestias, ahora que van a tener que preparar el entierro de su padre, ya me encargaré yo de devolverlo en nombre de su familia.

—No… —titubeó el muchacho unos instantes—. Mejor no diga nada de nosotros.

—Como prefiera, por supuesto, así se hará.

Pero, evidentemente, John Barnnes no tenía intención de devolver el objeto. Sus conocimientos sobre arte e historia eran algo escasos, pero estaba seguro de que se trataba de un sarcófago antropomorfo egipcio. No podía saber de qué dinastía, mucho menos determinar su valor, pero estaba convencido de que rápidamente encontraría a más de un comprador interesado en él. En eso pensaba cuando apa-reció la viuda para preguntarle cuánto le debía por sus servicios. Al ver a la compungida familia volvió de sus cábalas al mundo real. Estuvo tentado de pasarle una nota con sus honorarios habituales, certificar una muerte también tenía un precio, a eso había que añadir el desplazamiento, la visita… Pero, teniendo en cuenta que se llevaba la antigualla, creyó que, por esta vez, lo podía dejar pasar. La pobre Maggie se deshizo en agradecimientos y Barnnes se la quitó de encima como pudo, con bastante dificultad. Luego le pidió al joven Binder que le ayudara a cargar la caja en su carruaje y se fue de allí dándoles un apresurado pésame.

28

Charles Fabergen era un buen amigo del doctor Barnnes, además de un reputado anticuario muy conocido en Londres. Los miembros de la nobleza inglesa se dirigían a su establecimiento para pedirle que les consiguiera cosas «especiales», que les ayudaran a marcar la diferencia, que les hicieran origi-nales a los ojos de sus importantes amigos. Algunos pagaban cualquier precio por convertirse en la comidilla de toda la ciudad, si de hacer morir de envidia a los demás se trataba. También acudían a él los nuevos ricos para comprar cualquier cosa que les aconsejara, cuanto más cara, mejor; en general, objetos con los que decorar sus grandes y desangeladas mansiones desprovistas de legados familiares de valor. Creían que poseer era sinónimo de ser, aunque es un hecho que la clase no la dan las pertenencias, ni siquiera la posición o el dinero.

Su tienda estaba en Chadwick St., en el West End, cerca de la abadía de Westminster. Hacia allí puso rumbo el médico, aquel día, tras certificar la muerte de Samuel Binder. Fabergen recibió a su amigo con alegría y no poca sorpresa.

—No es que no me alegre de verte, John, ¿pero qué demonios haces aquí? ¿Acaso te has perdido? —le dijo, sonriendo.

—Para nada, querido Charles, he venido única y exclusivamente a verte. Tengo algo que te va a encantar.

—¿Algún cachivache de tu familia?

—Algo muchísimo mejor, una verdadera maravilla, pero tienes que verlo. Tenía que enseñártelo porque, de lo contrario, no me hubieras creído. ¿Puedo entrar el coche en tu almacén? Es que prefiero ser discreto…

—Por supuesto, pero, por Dios, dime ya de qué se trata, acaba con tanto misterio.

—No se puede explicar con palabras. Es mucho mejor que lo veas, entonces me entenderás.

Barnnes condujo su carruaje al almacén que había en la parte trasera del edificio. Fabergen se apresuró a seguirle. Una vez más, cuando la tapa de la caja de madera se abrió y apareció el bello rostro de AmenRa, unos ojos sorprendidos y maravillados la estaban observando.

—¡Dios mío! ¿Esto es auténtico?

—Me gustaría decirte que sí, pero, en realidad, no tengo ni idea. He venido hasta aquí esperando que me saques de dudas. No olvides que el experto eres tú.

Después de observarlo durante un buen rato, Fabergen creyó poder asegurarle a su amigo que, ciertamente, se trataba de una pieza auténtica. Ayudado de una lupa, el anticuario admiró detenidamente la policromía de la tapa.

—Es una pieza magnífica. ¿De dónde la has sacado?

—Digamos que es un pago en especias por mis servicios.

—Pues a juzgar por el valor de este sarcófago, debes de haber hecho un excelente servicio, como mínimo le has salvado la vida a un ejército entero.

—No creas —dijo con socarronería—, simplemente he tenido que certificar una muerte.

—Y te pagan con un ataúd, qué irónico.

—¿Tienes idea de cuánto puede valer?

—No estoy muy seguro. Dependerá de la dinastía a la que pertenezca y del interés del comprador. De cualquier manera, una pequeña fortuna.

Los ojos de Barnnes brillaron a la luz de la codicia.

—Tal vez, tú conozcas a alguien interesado en que-dárselo.

—Probablemente. Pero me tendrás que dar unos días para averiguarlo.

—Tómate el tiempo que necesites, no hay problema. No te negaré que me muero de impaciencia, pero entiendo que este tipo de cosas llevan su tiempo.

Fabergen llamó a dos de sus ayudantes. Entre los cuatro, a duras penas, pudieron mover la pesada pieza. Una vez en el suelo, los hombres rompieron la caja de basta madera que la cubría y pudieron contemplar aquella obra de arte en todo su esplendor.

—Es una verdadera maravilla —exclamó Fabergen—. Seguramente, el interior también estará trabajado.

—¡Abrámosla, a ver cómo es por dentro! ¿No te apetece? —sugirió Barnnes.

Claro que le apetecía, tanto como a él. Estaba deseando ver la policromía del interior y si guardaba alguna otra sorpresa dentro. Hicieron palanca y, cuando la tapa del sarcófago se levantó, salió de su interior un nuevo halo que parecía proceder de las entrañas de la tierra, de su propio estómago. En aquel instante, se hizo un silencio sepulcral y la quietud de la muerte se apoderó del espacio en el que se hallaban. Los pájaros dejaron de cantar en el exterior. Las ratas cesaron de roer entre las paredes de aquel recinto. Los cuatro hombres se quedaron petrificados. El rostro cubierto de vendas carcomidas y de inmundicias parecía observarlos con una mirada más profunda y ancestral que la noche de los tiempos. Sintieron que las resecas pupilas de la momia, que hacía siglos que permanecían ciegas bajo aquellos ungüentos y vendajes de lino, habían traspasado la barrera

del polvo y del tiempo para clavarse con ira sobre ellos. Tal vez les estaba recriminando que perturbaran su sueño eterno.

—¡Por Dios —exclamó Barnnes—, qué asco!

—¿Asco? —respondió Fabergen, cuando finalmente pudo recuperarse del impacto que había sufrido—. ¡Es una momia egipcia! Estás ante una verdadera momia egipcia, ¿y no se te ocurre decir otra cosa que «qué asco»?

—Será todo lo auténtica y todo lo egipcia que tú quieras, pero ese olor es nauseabundo, peor que el que sale de los estómagos de los cadáveres cuando los abro para hacer el examen post-mortem.

—¿Sabes que este asco, como tú la llamas, podría tener más de tres mil años de antigüedad?

—¿Tanto?

—Tanto.

—Caramba, eso es mucho.

—Creo que le van a salir muchos novios.

—*¿¿¿…???*

—Té con momias.

29

Con la llegada del cristianismo y la conquista árabe en el año 641 d. C., el Egipto faraónico se había sumido en el olvido, parecía haber vuelto a la oscuridad imperante en la noche de los tiempos. La arena había cubierto los vestigios de una de las civilizaciones más sorprendentes de la historia de la humanidad, pero la realidad posterior vendría a demostrar que la había cubierto para preservarla, no para hacerla desaparecer para siempre. Desde que, a comienzos del siglo XVIII, Egipto había sido redescubierto, todo lo egipcio había irrumpido en Occidente con una fuerza inusitada y todo lo referente al país del Nilo causaba sensación. Lo exótico estaba de moda y eran muchos los que deseaban poseer un poco de misterio del Antiguo Egipto. Las momias, por encima de todo, ejercían un poder de atracción increíble, puesto que evocaban la vida eterna, el más allá, la vida después de la muerte.

Tanto era el interés que generaban que, por aquel tiempo, se puso de moda algo tan sacrílego como el desvendado de momias en público. Personas pudientes organizaban reu-niones en las que el plato fuerte era el desvendado de una momia. Las veladas de té y momias reunían a lo más granado de la sociedad londinense. Fabergen había asistido a uno de aquellos actos en los que, entre boquiabiertos y horrorizados, los asistentes contemplaban cómo dos «expertos» le arrancaban las vendas a un cadáver reseco y acartonado. Lo cierto era que el espectáculo resultaba bastante desagradable, pero todos querían ser invitados y tomaban asiento en las primeras filas para poder verlo mejor, no querían perderse ni un solo detalle. En alguna ocasión, incluso, había podido verse cómo algún finísimo caballero o alguna remilgada dama se hacían con un pedazo de venda o de carne seca olvidadas, y se las guardaban, disimuladamente, como recuerdo.

El té con momias no tenía nada de científico y sí mucho de morboso y de atentado contra el patrimonio histórico y la memoria de un país, secuela lógica del colonialismo atroz. Eso, sin contar con otras cuestiones morales como el haber comprado el botín del expolio de una tumba, algo del todo ilegal, y osar hacer un espectáculo de la profanación de un cuerpo. Pero nadie pensaba en aquello mientras sorbía una infusión o masticaba una deliciosa galleta de mantequilla. Querían conocer más de cerca las costumbres de aquellos bárbaros. Los cuerpos resecos de las momias, sus vendajes cubiertos de pedazos de maderas perfumadas y especias, podridos por el paso del tiempo, levantaban verdaderas pasiones. Y, desde la indefensión de la muerte,

aquellos ojos sin vida miraban desolados el presente. Nada le importaba a los espectadores el mal olor o la molesta picazón que producía el milenario polvo. Lo único importante era estar allí y poder contarlo después a sus amistades. Con un poco de suerte, entre las vendas aparecería alguno de los muchos amuletos con los que cubrían los egipcios a sus muertos para protegerlos de los peligros del más allá. Los murmullos de admiración inundarían la sala y el anfitrión quedaría más que encantado.

En cuanto al encargo que le había hecho su amigo, Fabergen se debatía entre sus escrúpulos profesionales, los de persona que valora y respeta los objetos antiguos, y sus deseos de hacer negocio. Sabía que podía sacar un buen precio por el sarcófago y uno, mucho mejor, por la momia. Mientras se estiraba las puntas de su tupido bigote, le daba un repaso a su agenda de clientes. Los Abbot habían celebrado un té con momia hacía casi un año, tal vez estarían interesados en repetir la experiencia. Cris Cather era un gran amante del arte oriental, y tal vez quisiera añadir el sarcófago a su magnífica colección. Y luego estaba Albert Quinn. Le había conocido en la última reunión en la que habían desnudado a una de aquellas pobres momias. Era un caballero de cuarenta y tantos años con aspecto de tener posibles y, sin duda, debía de tenerlos si lo habían invitado. Recordó que se había mostrado horrorizado por el bochornoso espectáculo que estaba contemplando.

—Disculpe mi sinceridad, pero me parece un verdadero sacrilegio lo que acaban de hacer —le dijo al anfitrión, Lord Hamon, antes de marcharse apresuradamente y muy indignado.

—Pero, Albert, amigo mío, se trata de un gran acontecimiento científico… Además, ¿qué saben de sacrilegios esos incivilizados egipcios? —le respondió Hamon, mientras intentaba detenerlo.

—¿Incivilizados ellos?

Sí, Albert Quinn era su hombre. Recordaba perfectamente su indignación, su cara de sufrimiento al ver cómo cortaban los vendajes, rasgaban la piel reseca y rompían los huesos al manipular el cuerpo, su rostro horrorizado mientras llevaban a cabo aquel ritual bárbaro que llamaban desvestir a la momia. Seguro que estaría interesado en aquella joya. Él sería su primera opción. John le había dado carta blanca en las negociaciones porque confiaba plenamente en él. Su amistad de muchos años lo merecía. Solo le había pedido una cosa: que sacara el mejor precio posible, a cambio le cedería el veinticinco por ciento del total de la transacción. Fabergen hizo unas llamadas para localizar a Quinn. Supo entonces que era el dueño de una de las empresas de transporte más importantes del país a la que había accedido gracias a su matrimonio con la única hija del fallecido Ernest Rothschild. Al otro lado de la línea, le contestó una mujer.

—Residencia de los señores Quinn, dígame, ¿en qué puedo

ayudarle?

Debía de ser la doncella, o el ama de llaves.

—Buenos días. ¿Podría hablar con el señor Quinn?

—¿Quién pregunta por él, si es tan amable?

—Mi nombre es Charles Fabergen, soy anticuario. ¿Puede decirle que deseo hablarle de algo que podría ser de su interés?

—Discúlpeme un instante, no cuelgue.

Transcurridos apenas unos minutos:

—¿Señor Fabergen?

—Sí, sigo aquí, dígame.

—El señor me pide que le diga que, en estos momentos, no puede atenderle, pero que si le deja su número se pondrá en contacto él mismo con usted.

Un día después por la tarde, Albert Quinn y el anti-cuario se citaron para hablar del sarcófago. Fabergen eligió como punto de encuentro el Egyptian Hall, en Piccadilly Circus. La fachada de la sede del museo de historia natural era lo suficientemente evocadora de lo que se traía entre manos como para dejar pasar la ocasión de encontrarse allí con su posible cliente. Delante de las dos enormes columnas con sus capiteles en forma de papiro y bajo la atenta mirada de las estatuas de Isis y Osiris, que los contemplaban desde la primera planta, el anticuario vio llegar el carruaje del que descendió Quinn.

—¿Lo de citarnos aquí es una broma?

—En absoluto, señor Quinn. Simplemente me pareció una buena idea, para ambientar un poco el tema que nos ha hecho encontrarnos, ya sabe.

Quinn no acababa de ver claro aquel asunto. No entendía que Fabergen le citara en un sitio tan concurrido en vez de hacerle ir hasta su tienda.

—Verá, señor Fabergen, soy una persona muy ocupada y le agradecería mucho que no diera más rodeos. ¿Qué es eso tan interesante que desea mostrarme?

—Disculpe, señor Quinn, no era mi intención molestarle ni incomodarle, mucho menos robarle parte de su tiempo. Verá, tengo un objeto muy valioso que podría interesarle…

—Eso ya me lo dijo la primera vez que hablamos —insis-tió Quinn, impaciente y un poco molesto.

—Cierto. Y como está aquí, me atrevo a suponer que deseará ver el objeto en cuestión.

—Supone bien.

—Si no le importa, tendrá que acompañarme a un lugar más discreto.

—¿Y por qué no me ha citado directamente en ese lugar?

—Es que no quiero correr riesgos innecesarios.

—Mire, señor Fabergen, no me gusta nada el rumbo que está tomando este asunto. Me pregunto por qué no me ha citado directamente en su establecimiento o ha venido a verme a mi casa. Empieza a aburrirme tanto secretismo. Me hace pensar que se trata de algo ilegal.

—Es mucho más que eso, amigo mío. Acompáñeme y lo entenderá todo.

No sin ciertas reticencias, Albert Quinn dio orden a su cochero de que volviera a recogerlo en el mismo sitio transcurrida una hora y se dejó conducir a un viejo almacén situado en una callejuela perdida entre el entramado de calles del West End londinense. El sitio era lúgubre, estaba lleno de inmundicias y, consecuentemente, olía espantosamente mal. Casi en penumbras, se adentraron en el lugar hasta un rincón en el que había un bulto alargado, cubierto con una manta. El anticuario alzó la ropa que lo cubría y le enseñó a Quinn el misterioso tesoro. La cara del hombre se iluminó al verlo.

—Lo encontramos abandonado en un almacén del puerto de Liverpool, no tiene dueño.

—Todas las cosas lo tienen.

—Cierto, pero dilucidar quién es el propietario de esta maravilla sería harto complicado, por no decir imposible. A juzgar por los sellos que había en la caja que lo contenía, este sarcófago llegó a Inglaterra procedente de El Cairo hace casi diez años. Coincidirá conmigo en que su dueño no ha tenido mucho interés en recuperarlo durante todo ese tiempo.

—En cualquier caso, esta pieza tan valiosa debe de haber salido de Egipto de manera cuanto menos irregular.

—Como comprenderá me es imposible saberlo. El caso es que su actual propietario quiere venderla. Su intención es sacar la momia del sarcófago y…

—¿Contiene la momia?

—Sí, puede que hubiera tenido que empezar por ahí, disculpe de nuevo. El cuerpo está intacto y en tan perfecto estado, como la caja de madera que lo contiene. Coincidirá conmigo en que sería una aberración que la momia fuera vendida a algún desaprensivo y acabara amenizando una de esas frívolas veladas de té y momias.

—Dios no permita tal sacrilegio…

—Comprenderá entonces que deje a un lado mis obliga-ciones de hombre honrado y me arriesgue a incumplir la ley, solo para evitar que eso suceda. Quienes amamos la historia y los vestigios que nos lega, en ocasiones, tenemos que estar por encima de ciertas cosas si queremos preservar ese legado.

Una vez hecha esa aclaración y conforme iba digiriendo aquello, fueron desapareciendo todas las reticencias del millonario, que se

mostró totalmente de acuerdo con las premisas de Fabergen. Albert Quinn era un hombre de origen humilde que se había hecho a sí mismo. Si bien era cierto que le había caído del cielo una fortuna al casarse con Laura Rothschild, la heredera de uno de los mayores imperios del transporte surgidos al amparo de la revolución industrial. Pero no era, como muchos pensaban, un cazafortunas ni un arribista, todo lo contrario. Había conocido a Laura y se había enamorado perdidamente de ella, pero nunca llegó a imaginar que acabaría siendo su esposa. Aun así, luchó con todas sus fuerzas para merecerla y eso le llevó a amasar una pequeña fortuna con la compra y venta de propiedades. Todo lo demás fue cosa del destino que quiso que Laura, inexplicablemente para él, le correspondiera y que el señor Rothschild muriera en un desgraciado accidente.

Albert Quinn amaba el arte. Para él representaba la máxima expresión de la sensibilidad y la esencia humanas, lo más refinado que el hombre había sido capaz de crear. Era por eso que se había empeñado en conocerlo y poseerlo. La fase de conocimiento la había ido alimentando antes de convertirse en un hombre acaudalado. Para alguien como él, que no había recibido una educación ni tenía títulos académicos, poseer obras de arte se había convertido en su verdadero patrimonio, uno de los más preciados, por encima del dinero u otras propiedades. La de Egipto, Grecia y Roma eran sus culturas favoritas, aunque tampoco le hacía feos a cualquier pieza que tuviera un mínimo de cien años de antigüedad. Ni en el mejor de sus sueños podría haber imaginado poseer un sarcófago como aquel. Y, por si no era suficiente, también iba a poseer una momia. Antes de cerrar el trato con Fabergen, ya estaba pensando en acondicionar una parte de su biblioteca para que albergara aquella joya.

—De acuerdo —dijo, al oír el elevado precio que le proponía el anticuario sin regatear ni una libra—, si le parece bien, mañana por la mañana nos reuniremos de nuevo frente al Egyptian Hall y nos conducirá a mí y a mi cochero hasta aquí para que podamos llevarnos el sarcófago. Traeré el dinero.

Así lo hicieron. Veinticuatro horas más tarde, el sarcófago de AmenRa entraba en el jardín de la inmensa propiedad de los Quinn y cuatro miembros del servicio lo trasladaban a su biblioteca. El joven millonario no había querido levantar la tapa del hermoso ataúd antes de hallarse en compañía de su esposa, a la que deseaba hacer partícipe del evento. Tan pronto como la señora Quinn oyó llegar el carruaje de su esposo, corrió a su encuentro. Estaba emocionada. El arte siempre había sido para ella algo habitual, cotidiano y al alcance. Había convivido desde niña con los retratos que su abuela paterna les había encargado a Sir William Beecheney o al gran John Constable.

—¡Pero si Constable era paisajista! —arguyó Albert, durante una

de sus primeras visitas a la mansión de los Rothschild; cuando su prometida, conocedora de su interés por el arte, le mostró algunos cuadros, entre ellos los retratos de tan ilustres pintores.

—Sí, querido, pero eso fue a partir de 1820. Al principio de su carrera, que fue cuando lo conoció la abuela Margaret, era un excelente retratista.

Al lado de Albert, Laura Rothschild se había dejado llevar por la pasión de su esposo a fuerza de compartir con él sus inquietudes y de disfrutar de cada uno de los hallazgos que atesoraba en su atestada biblioteca. La noticia de su última adquisición la había emocionado y esperaba su llegada con verdadera impaciencia. El corazón se le aceleraba, a cada paso que daba, descendiendo por las escaleras para llegar a la entrada de la casa. Su esposo estaba tremendamente ilusionado con la momia desde el día en que Fabergen le mostró el sarcófago. Pero le había prometido a Laura que se esperaría a verla hasta que estuvieran juntos para poder compartir el gran momento los dos. El momento había llegado.

Laura besó a su marido en los labios nada más verle, algo que nunca solía hacer delante del servicio o de extraños. Estaba inusualmente excitada. Intentó levantar la tela que cubría el sarcófago, pero Albert le dio una palmadita en la delicada mano mientras bromeaba con ella.

—Mala, más que mala. Es usted tremendamente traviesa, señora Quinn.

—Oh, vamos, Albert, déjame verlo.

—La paciencia es una virtud, querida, y hasta hoy te había creído una mujer virtuosa.

—Vamos, Albert, no me hagas sufrir más. Muéstramela, por favor…

—Ya queda poco, ángel mío, espera un instante hasta que la suban a la biblioteca.

Los cuatro sirvientes depositaron el bulto en medio de la biblioteca. Albert esperó a que salieran de la estancia y entonces lo destapó. La policromía de aquella pieza de madera pareció iluminarse, o tal vez no era más que la luz de los ojos que la miraban y que la hacía brillar.

—¡Es una maravilla! —exclamó Laura con la voz temblorosa por la emoción—. Oh, Albert, querido, es una verdadera preciosidad. Parece muy antiguo.

—Sí que es una preciosidad, lo más maravilloso que nunca he comprado. No me cansaría de mirarlo. Fabergen, el anticuario, me ha dicho que puede tener más de tres mil años.

—¡Oh, Dios mío! ¿Lo dices en serio? —Y sin esperar respuesta exclamó—. ¡Tres mil años!

—Mañana mismo me pondré en contacto con algún experto que pueda orientarme.

—Excelente idea, querido. ¿Y la momia?

Los grandes ojos de AmenRa refulgían enmarcados en negro a la luz de la tarde que declinaba y se colaba tímidamente por la ventana.

—¿Quieres que abramos el sarcófago?

—Menuda pregunta, Albert: llevo queriendo hacerlo desde que me dijiste que la habías comprado. Me muero de impaciencia.

—Pues no esperemos más. Yo también lo estoy deseando.

Entre los dos, y con no pocas dificultades, consiguieron desencajar la tapa. Laura situada en los pies y Albert en la cabeza, al unísono, hicieron fuerza y la levantaron. Se habían prometido el uno al otro abrir los ojos a la vez. Dejarían la cubierta en el suelo, Albert caminando hacia su derecha y Laura hacia su izquierda, con los ojos cerrados. Volverían a la posición original y entonces, tras contar hasta tres, mirarían los dos al unísono.

Una, dos, tres… Cuatro párpados se alzaron para dar luz a cuatro pupilas que alumbraron dos miradas que se quedaron exangües en el mismo instante en el que vieron la luz. El olor a podredumbre se había extendido por toda la casa. Laura Quinn dejó escapar un ahogado grito de espanto. Albert se estremeció al sentir cómo el frío y la quietud de la muerte salían del sarcófago para preñar de malos presagios cada rincón de su hogar.

—Por Dios, Albert, no me había imaginado que pudiera ser tan terrible. Tienes que llevarte esto de aquí. Ese olor es insoportable.

—Descuida, querida, mañana mismo encargaré que le fabriquen una urna a medida.

—Preferiría no tener que verla.

—Descuida, le volveré a poner la tapa al sarcófago y ya nunca más la levantaré.

—Y, mientras tanto, llévatela de aquí. Toda la casa huele a moho.

—No te preocupes, querida, ahora mismo ordenaré que la lleven a la casa del jardín.

Y, mientras AmenRa era transportada a la caseta del jardín, a unos cuantos kilómetros de allí, un par de rateros entraban en la tienda de un conocido anticuario londinense. Quiso la fatal casualidad que, justo en el instante en que el hombre se disponía a pagar a un cliente lo acordado por una importante transacción, entraran en su establecimiento un par de ladronzuelos de poca monta. Tras un forcejeo por el dinero que estaban manejando y que los delincuentes se querían llevar, brilló la hoja de un cuchillo, sonó un disparo… y dos hombres murieron en el trance. A la mañana siguiente, la noticia llegaba a los diarios locales en la sección de sucesos: el doctor John Barnnes y el anticuario Charles Fabergen habían aparecido muertos en

la tienda del último. Barnnes presentaba varias heridas de arma blanca. A Fabergen le habían disparado en el pecho. El establecimiento estaba revuelto, se habían llevado el dinero de la caja y, seguramente, algún que otro objeto de valor. Hasta que no se hiciera el consiguiente inventario sería imposible saberlo, e incluso así las conclusiones no serían del todo fiables. La sociedad londinense se estremeció ante aquella terrible noticia.

30

Las brumas envolvieron los parajes que rodeaban la mansión de los Quinn, situada en las afueras de Londres. No se trataba de una niebla propiamente dicha, más bien eran jirones de materia gaseosa gris que se movían como espectros por su extenso jardín. A eso, había que añadir que la temperatura había bajado unos grados en aquella zona y que no se oía ningún ruido animal en las inmediaciones de la casa. Ni las aves, ni los insectos, ni los pequeños mamíferos que merodeaban por el lugar se dejaban oír. Una quietud sobre-natural se había apoderado de todo el perímetro de la propiedad, que comprara a principios de siglo el abuelo de Laura.

El olor a podredumbre no había desaparecido, ni siquiera cuando el sarcófago y la momia fueron introducidos en una urna de cristal. A través de ella, Albert solía contemplar el rostro de AmenRa, el de la AmenRa de madera. Cuando lo hacía, no podía evitar recordar el nefasto momento en el que la había mirado a la cara, sin máscaras de por medio. Le costaba creer que el legajo de trapos sucios que había visto, en algún momento de otro tiempo hubiera podido ser el cuerpo de una hermosa princesa. Sin embargo, eso era lo que le había dicho el experto egiptólogo al que había contratado para averiguar más sobre su reciente adquisición.

Jason Pettigrew había llamado a la puerta de la gran casa, una mañana, temprano. Llegó envuelto en su capa de paño gris y protegido del frío con su sombrero hongo. Se lo sacó para saludar. Su aspecto afable no estaba exento de cierta aura siniestra que emanaba, con toda probabilidad, de su mirada. Aunque puede que solo fueran imaginaciones del matrimonio Quinn, que andaba algo desquiciado desde la llegada de su nueva y misteriosa inquilina.

La presencia de AmenRa en la casa de los Quinn y su ubicación definitiva en la biblioteca de Albert había coincidido, además, con una serie de extraños acontecimientos. Laura insistía en que estaban directamente relacionados con la momia mientras que su marido los calificaba de simples casualidades. La señora Quinn achacaba la aparición de determinados insectos, difícilmente visibles, a la llegada del cadáver, aunque su marido se empeñaba en restarle importancia y en separar una cosa de la otra: era imposible que ningún bicho pudiera salir de dentro de aquella urna.

—Los oigo continuamente, Albert. Son negros y pequeños, se esconden en la oscuridad y cuando enciendo la luz, desaparecen.

—Tonterías, querida. No hay nada de eso. La casa está

completamente limpia de todo tipo de indeseables criaturas. En todo caso, se tratará de alguna cucaracha, aunque, francamente, lo dudo. Sabes que Mary tiene encargo expreso de no dejar un bicho viviente por persistente que sea. Y sabes tan bien como yo que nunca descuida sus obligaciones.

—Están ahí, aunque no los veamos, estoy convencida, agazapados en la oscuridad.

—Vamos, vamos, querida; no tienes de qué preocuparte —le decía Quinn a su esposa en tono condescendiente, mientras le daba unas palmaditas en la espalda.

Pettigrew se pasó casi veinticuatro horas seguidas ence-rrado en la biblioteca estudiando el cuerpo de AmenRa. En su cuaderno copió alguno de los jeroglíficos que cubrían la parte delantera de la cubierta del sarcófago. Apenas entró en la estancia, se puso sus diminutas gafas con montura de alambre del todo necesarias para su creciente miopía. Las había sacado de su funda de piel de serpiente y no volvieron a ella hasta que dio por finalizado el examen.

—Que nadie me moleste —ordenó, mientras cerraba la gran puerta de roble que flanqueaba la entrada a aquel templo del saber.

Nadie se atrevió a molestarle. Pasó casi un día entero con todas sus horas de luz y oscuridad encerrado allí dentro, escudriñando cada milímetro de las inscripciones policromas que cubrían la madera. Mientras tanto, en el exterior, Albert Quinn esperaba impaciente como si estuviera asistiendo a un parto, más inquieto incluso que el día en el que su mujer alumbró a sus dos hijos gemelos. En no pocas ocasiones sintió la tentación de llamar a la puerta o, mejor aún, de abrirse paso sin más; al fin y al cabo, estaba en su casa. Pero desistió, finalmente no se atrevió a hacerlo por miedo a importunar al egiptólogo y que este se indignara y no le informara de lo que había descubierto o, peor aún, que le denunciara al servicio de antigüedades egipcio. Aunque esto último seguramente hubiera sido del todo infructuoso, ya que aquella institución carecía de jurisdicción en Inglaterra.

Cuando, finalmente, la puerta se abrió, apareció un Jason Pettigrew con aspecto cansado y bastante desaliñado. Los faldones de la camisa le salían de dentro de los pantalones y el chaleco lucía enormes manchas negras de origen desconocido.

—¿Me podrían dar un vaso de agua? —pidió.

—Por supuesto —contestó Quinn, mientras hacía gestos a la sirvienta para que atendiera a su invitado—. Disculpe que no le haya ofrecido nada en todo este tiempo, pero como ordenó que no le molestáramos no nos hemos atrevido a importunarlo.

—No se preocupe, han hecho bien. Cuando me pongo a trabajar, entro en una especie de trance del que no suelo salir hasta que no he acabado con lo que me ocupa. Y me cambia el humor, no se puede

imaginar cuánto. Me torno huraño y, en ocasiones, irascible.

—¿Ha descubierto algo?

—Se trata de una dama, como ya imaginaba, una princesa y sacerdotisa de Amón. Aquí habla del reinado de Amenhotep IV. ¿Ve? —dijo, señalando una especie de cartucho dentro del cuál había una inscripción—. Aquí, dentro, está el nombre del faraón. Si mi memoria no me falla, vivió en torno al año 1370 antes de Cristo, dentro del periodo que conocemos como Imperio Nuevo.

—Entonces es muy antiguo —fue lo único que acertó a decir Quinn.

—Desde luego, y su valor es incalculable. El nombre de la momia era AmenRa, princesa AmenRa.

—Vaya, qué estupendo. Es un nombre precioso, desde luego.

—Hay algo más, señor Quinn —Pettigrew hizo una pausa algo dramática.

—Usted dirá, profesor.

—He encontrado esto —le tendió la mano, mostrándole un pequeño papiro.

Quinn lo tomó con cara de entusiasmo, lo miró ilusionado y rápidamente fijó sus ojos en el egiptólogo para averiguar qué tenía que contarle.

—Este papiro estaba en el interior… sobre el pecho de la momia. Lo habían puesto entre las vendas, probablemente los embalsamadores. Dice así: —Pettigrew tomó su cuaderno y lo abrió por la página en la que había apuntado la trascripción—: «Despierta de tu postración y la mirada de tus ojos aniquilará a todo el que ose interrumpir tu sueño eterno».

Hubo un silencio cargado de preguntas, de expectación y de miedo. Laura acababa de levantarse y había subido, en aquel preciso instante, a la biblioteca. Cuando su mirada se cruzó con la de Pettigrew se desvaneció. Rápidamente acudieron a socorrerla los dos hombres. Quinn llamó a la doncella para pedirle un frasco de sales. Cuando Laura Quinn recuperó la conciencia, lo primero que vio fue el rostro inexpresivo de Jason Pettigrew. Al saberla despierta, enseguida, se le acercó su marido que estaba llenando una copa con agua.

—¿Estás bien, querida?

—Eso que leíais…

—Nada importante, un papiro que el profesor Pettigrew halló en la momia.

—¿Nada importante? ¿Cómo puedes decir eso? Lo he oído todo, era una maldición.

—Sí, señora mía, era una maldición egipcia en toda regla.

Albert Quinn miró al hombre con cara de reproche. Si Laura estaba poco entusiasmada con la idea de tener aquel cadáver en su casa,

menos lo iba a estar ahora que sabía que había llegado acompañada de una maldición.

—¡Quiero que esa cosa salga ahora mismo de mi casa!

—Por favor, querida, no te alteres. Lo hablaremos cuando el señor Pettigrew se haya ido.

—No hay nada de qué hablar. Desde que esa momia llegó a esta casa, no han dejado de pasar cosas extrañas. ¡Quiero que la saques de aquí ahora mismo! No pienso poner en peligro la vida de mis hijos.

—No hay de qué preocuparse, señora Quinn, no se trata más que de fórmulas que se inventaban para ahuyentar a los ladrones de tumbas de la época. Esto no va con los hombres de ciencia o los amantes del arte, como su esposo, estoy seguro de que no afecta a quienes pretendemos preservar este patrimonio tan importante.

—Lo siento, señor Pettigrew, pero no creo que un espíritu vengador sea capaz de hacer distinciones.

—Vamos, querida, no me dirás a estas alturas que te has vuelto supersticiosa.

—¿Supersticiosa? ¿Le has hablado al señor Pettigrew de las cosas que han pasado desde que esos despojos llega-ron a nuestra casa?

—Ya te he dicho que no han sido más que desafortunadas casualidades.

—¿Casualidades? ¿Un corsé que oprime hasta casi asfixiar a su dueña es una casualidad? ¿Una serpiente de una especie extranjera aparece en la cuna de tu hija y crees que es una casualidad? Y luego están esos bichos…

—¿A qué bichos se refiere? —interrogó el egiptólogo.

—Laura cree que hay unos insectos negros que la acosan en las sombras. Dice que los oye, que hay como un rumor de insectos que se mueven por toda la casa cuando llega la noche.

—Interesante… —dijo Pettigrew, pensativo.

—¿Qué es interesante? —preguntó el señor Quinn.

—Existen en el Antiguo Egipto leyendas que hablan de escarabajos protectores. Cuentan que las momias puestas bajo su protección no podrán ser violentadas. Pero eso son solo leyendas, claro.

Albert Quinn palideció de pronto. ¿Y si en el fondo no eran solo leyendas? ¿Y si se trataba de algo más que de una superstición? Jason Pettigrew abandonó la casa de los Quinn, no sin antes haber cobrado sus suculentos honorarios. Allí quedó el acaudalado matrimonio discutiendo sobre el destino de la momia. Mientras la esposa deseaba deshacerse del cuerpo momificado de AmenRa, el marido no quería por nada del mundo separarse de la princesa egipcia, sacerdotisa del Imperio Nuevo.

Pero no tardó demasiado en cambiar de opinión. Tras conocer la leyenda de los escarabajos y saber de la existencia del papiro en el que

estaba escrita la maldición de AmenRa, Quinn empezó a sentir también una extraña presencia que le acechaba en cada uno de los rincones de su casa. A veces, también a él le parecía sentir el rumor de miles de patitas y de élitros que se agitaban en la oscuridad. Aun así, desechaba la idea, diciéndose a sí mismo que se había dejado influir por los delirios de su esposa y las historias del egiptólogo. Hasta el día en el que, de manera injustificada, se incendió la biblio-teca de su mansión. La cosa podría haber sido mucho más grave, la casa entera podía haber ardido, pero, solo ardío la biblioteca; todo su contenido quedó reducido a cenizas. Todo, menos el sarcófago y la momia.

—Ha sido la urna, que lo ha protegido.

—Tonterías, Albert —le replicó Laura—, estoy segura de que el vidrio hubiera estallado o se hubiera derretido con las altas temperaturas, o que una viga del techo o un mueble lo podían haber aplastado. Pero nada, ni un rasguño. Solo una capa de cenizas por encima. ¿No quieres ver que esto no es normal?

No, no lo era.

Laura Quinn era una mujer devota, temerosa de Dios. Para ella la muerte era la continuación de la vida en el Reino de los Cielos. No sabía demasiado sobre los rituales mortuorios de los antiguos egipcios ni sobre sus creencias de ultratumba. Lo que sí sabía era que perturbar el sueño de los muertos, fueran cuales fuesen las creencias del muerto o del que le perturbaba, no podía traer nada bueno consigo. Sí, es cierto que se había dejado llevar por el entusiasmo al principio, pero, pensándolo fríamente, por muy distintos de ellos que fueran los egipcios, violar una tumba y sacar a un difunto de su reposo eterno acabaría teniendo consecuencias, y estaba convencida de que ninguna iba a ser buena.

El primer domingo después del incendio, como cada domingo por la mañana, la familia Quinn se preparaba para ir a misa. La niñera había vestido a los gemelos para la ocasión. Los niños parecían dos bellos querubines con sus ropas de domingo, sus caritas de porcelana recién lavadas y sus rubios cabellos peinados con el peine de plata que antes había pertenecido a su madre. Laura Quinn sintió miedo al mirarlos. Era tanta su felicidad, que a veces le daba un pellizco en el corazón ser consciente de ella. Esas veces en las que el saberse digna de envidia le hacía temer algún tipo de castigo a tanta felicidad. Aquella mañana, aún sensible por los últimos acontecimientos, sintió esa punzada en el pecho. Quiso sacársela de encima, pero acabó instalándosele en el estómago. Era un extraño nudo imposible de deshacer que le causaba un tremendo desasosiego.

No le dijo nada sobre sus pesares a Albert. Estaba enfadada con él. No entendía su obsesión por la momia. Desde que la había traído a casa, pasaba más tiempo con ella que con su mujer y sus hijos. No le

había creído ni una sola vez cuando le explicaba las cosas extrañas que habían empezado a pasar desde que el sarcófago y su contenido habían entrado por la puerta de su propiedad. El episodio del corsé a punto estuvo de costarle la vida. La doncella había tenido que cortar las cintas, a la desesperada, porque no dejaban de apretar sin que nadie las manipulara. Fue horrible, pero él se limitó a quitarle importancia a lo que había pasado. Ni aun después de saber que existía una maldición había pensado en desha-cerse de aquel amasijo de vendas apolilladas y carne reseca.

Laura se puso su sombrero y salió con los dos pequeños, uno de cada mano. Albert la esperaba en el carruaje con una sonrisa de felicidad en el rostro. Pero ella no le devolvió el gesto. Se limitó a respirar profundamente, alzar el cuello, orgullosa; y mirar para otro lado. No podía perdonarle su falta de responsabilidad al poner en juego la vida de sus hijos. Apenas tomaron asiento, Albert dio orden al cochero de emprender la marcha. Los caballos comenzaron su alegre trote que, poco a poco, fue convirtiéndose en frenético galope cuando aún no habían dejado atrás los límites de la propiedad. Josh, cayó del pescante dejando las riendas a merced del aire. Los niños comenzaron a llorar. Laura gritó asustada. Albert intentaba ponerse en pie para acercarse al asiento del conductor y hacerse con el control de los caballos, pero la violenta carrera que habían emprendido se lo impedía.

Cuando finalmente consiguió su propósito, una sacudida lo sacó del carro. Mientras rodaba por el suelo, una frase se le repetía en la cabeza: «Despierta de tu postración y la mirada de tus ojos aniquilará a todo el que ose interrumpir tu sueño eterno». ¿Cómo había podido ignorarla? Cuando se puso en pie, apenas le alcanzó para ver los últimos metros del trayecto del carruaje. Los caballos se asustaron con algo, se encabritaron y el cubículo de los pasajeros acabó dando una vuelta de campana. Costaba explicarse de manera racional cómo había sucedido. Albert tuvo la sensación de que alguna fuerza sobrenatural lo empujó desde el corazón de la tierra y lo había hecho volar por los aires. La misma fuerza maléfica de la que se habían asustado los animales.

Aquel episodio nefasto e inexplicable se saldó con contusiones varias, abrasiones y algún que otro hueso roto. Nada irremediable. Nada, excepto el cuello de Josh, que acabó roto contra uno de los setos del jardín de la mansión de sus señores. También sirvió para que Albert recuperara la cordura y decidiera deshacerse de la momia de AmenRa. Le dolió verla partir, pero nunca se hubiese perdonado de haberle pasado algo fatal a Laura o a los niños.

31

Albert Quinn descendió de su carruaje. Ahora era Peter, hijo del difunto Josh, el que les servía como cochero. Cada vez que lo miraba, le venía a la mente el trágico episodio en el que su padre había perdido la vida. Era como un recorda-torio andante a perpetuidad de su inconsciencia, una especie de justicia poética, la más dura de las penitencias. Tras lo ocurrido, se había visto obligado a intentar compensar a la familia del difunto, dándole, entre otras cosas, el puesto de su padre al chico. Era demasiado joven y poco diestro, la verdad, pero Albert se sentía responsable de la muerte del patriarca de la familia y necesitaba hacer todo lo que estuviera en su mano por ellos para sentirse mejor. Desde el fatídico día, le resultaba imposible mirar a los ojos a la pobre viuda o al huérfano sin sentir que algo se le quebraba por dentro.

Estaban en el distrito de Bloomsbury, la hermosa zona residencial entre Euston Road y Holborn. Quinn le dio orden al chico de que esperara por allí. Tenía cita con el director del Museo Británico, Sir Edward Maunde Thompson, y no sabía cuánto tiempo le podía demorar aquel encuentro. Tras despedirse, encaminó sus pasos hacia el gran edificio en el que se guardaban algunos de los más preciados tesoros de la historia del paso del hombre sobre la tierra. Quinn sentía verdadera reverencia por aquel sitio. Lo había visi-tado en más de una ocasión, aunque ya hacía bastante tiempo de la última vez, y llevaba años estudiándolo en la distancia, incluso poseía algunos de sus muchos catálogos que habían ido publicándose periódicamente desde el año 1808.

La colección, que había dado origen a la institución, fue legada al Estado británico por el médico y naturalista Sir Hans Sloane. A lo largo de su vida, Sloane había acumulado más de ochenta mil objetos que habían seguido aumentando en número desde prácticamente el mismo instante en que llegaron a convertirse en un museo. La antigua sede en la Casa Montague, una construcción señorial del siglo XVI, pronto se había revelado insuficiente para albergarla y, por ese motivo, se había construido el actual edificio, mucho más grande que el primitivo emplazamiento.

Antes de subir las escaleras de la entrada, Quinn permaneció unos segundos frente a la fachada, contemplando aquella grandiosidad en todo su esplendor. El edificio era de estilo neoclásico a imitación de las construcciones de la Antigua Grecia. La parte exterior estaba rodeada de nume-rosas columnas jónicas con su fuste estriado y el

capitel con volutas. Ocho hileras de tres de estos pilares flanqueaban la entrada. La magnificencia del edificio era equiparable a lo que atesoraba en su interior. A Quinn le hizo pensar en el Partenón. Sobre las columnas, lucía el frontón que West-macott había esculpido en forma de una helénica alegoría del desarrollo de las civilizaciones. Hermoso y evocador. El hombre surgiendo de la piedra como un ser ignorante. El ángel sosteniendo la llama del conocimiento. Arquitectura, escultura, pintura, ciencia, geometría, drama, música y poesía. Los hombres sabios dominando al mundo y a todas sus criaturas. Albert Quinn se sintió algo intimidado. La primera vez que había estado en ese lugar, no hubiera podido ni imaginar que acabaría teniendo una audiencia con su director. Era increíble comprobar de qué manera el dinero podía cambiarlo absolutamente todo.

Sir Edward le recibió tan pronto como su secretario le anunció que había llegado. Era un lugar fantástico. La espera se le hizo más corta de lo que, en realidad, había sido puesto que la pasó abstraído en la contemplación de los bellos ob-jetos que contenía el museo.

—Encantado de conocerle, señor Quinn —dijo el director, tendiéndole la mano—. Todo un honor recibirle en nuestro museo.

Thompson era un hombre alto, elegante. La barba y el bigote canosos le conferían un aire honorable, igual que su carísimo traje, algo intrínseco a su condición de caballero. En este tipo de trances, Albert Quinn solía sentirse fuera de lugar, pequeño e insignificante. Estaba convencido de que los únicos méritos que ostentaba en esta vida eran el ser muy trabajador y el haber heredado una enorme fortuna. Y no estaba muy seguro de que eso fuera suficiente para ser recibido por la puerta principal de cualquier casa o despacho, pero lo cierto era que con aquellas credenciales nunca había tenido problemas. Desde que se había casado con Laura Rothschild, ninguna puerta se cerraba ante él. Eso era lo que siempre había deseado, para eso había peleado, pero conseguirlo de esa manera le hacía sentirse inseguro. Los demás podían pensar que vivía de los réditos que le otorgaban el apellido y el dinero de su esposa, no de sus propios logros, y eso era algo que odiaba.

—Buenos días, Sir Edward —dijo.

—¿Le gustaría tomar algo?

—No, gracias, acabo de desayunar.

—Tome asiento, por favor. O, si lo prefiere, podemos charlar mientras vemos las instalaciones.

—Sería estupendo, pero me gustaría despachar este asunto con la mayor celeridad posible. Y con la mayor discreción, también.

—Por supuesto, no hay ningún problema. Como usted desee. Le escucho.

—Verá, sir Edward, quisiera hacer una donación al museo.

La cara de Thompson se iluminó y sus labios se arquea-ron en el origen de una sonrisa, apenas perceptible por lo disimulada. Le costó verdaderos esfuerzos frenarla para no delatar, demasiado a las claras, su entusiasmo.

—Es usted muy generoso, señor Quinn. Debe saber que nuestro fondo de obras de arte y antigüedades es muy costoso de mantener y se nutre del altruismo y la buena disposición de personas como usted.

Quinn hizo un leve gesto de agradecimiento con la cabeza y prosiguió.

—Hay algo que debo explicarle sobre las características de la donación…

—Deduzco, entonces, que no se trata de una aportación económica —respondió Thompson, intentando disimular su decepción.

—No, señor, no lo es; deduce, usted, bien. En realidad, se trata de un valioso objeto que tiene una truculenta historia a sus espaldas.

—Me gustaría conocerla.

—Tal vez, si la conoce no desee quedarse con él…

—Creo que me arriesgaré, señor Quinn, me gusta dema-siado saber.

Albert Quinn respiró hondo y se armó de valor para contarle al director del Museo Británico la historia de AmenRa. Un anticuario se la había vendido para rescatarla de la profanación total de su cuerpo en una de aquellas fiestas en las que se desnudaba a una momia mientras se departía alegremente con una taza de té en las manos y unas galletitas. Le confesó también que, pese a que había sido encontrada en estado de abandono en un almacén del puerto de Liverpool, no podía asegurarle que hubiese salido legalmente de su país de origen. Quinn hizo una pausa. No sabía si también debía contarle a Thompson la historia de la maldición. Apenas fueron unos segundos de duda, el tiempo que su honestidad le exigió hacer lo correcto.

—Y, finalmente, tal vez le parezca ridículo lo que voy a decirle, pero no viviría tranquilo si no le contase un pequeño pero importante detalle: sobre la momia pesa una terrible maldición. —Thompson no mudó el gesto—. Una maldi-ción que caerá sobre todo aquel que ose profanar el descanso eterno de AmenRa.

—Con todo el respeto, señor Quinn: no existen las maldiciones. Los egipcios fueron una raza extraordinaria. Se encontraban en posesión de algunos secretos que muchos siglos después no hemos sido capaces de desentrañar. Aún no somos capaces de entender la cultura egipcia en su tota-lidad, tal vez nunca lleguemos a entenderla. Menos aún nos hallamos en condiciones de comprender, ni siquiera superficialmente, sus conceptos sobre el misticismo. Pero, de otro lado, está la racionalidad. Quienes trabajamos bajo este techo somos hombres de

ciencia y no nos dejamos amedrentar por este tipo de cosas. Las maldiciones de las tumbas egipcias van dirigidas a los ladrones y saqueadores que se cebaban con las necrópolis de la época, solo servían para asustarlos. El pueblo era inculto e ignorante y creía en estas cosas. Y, en cualquier caso, nosotros no violamos sepul-cros, nosotros guardamos su contenido para que no se ma-logre, para preservarlo y conservar la memoria de aquellos a los que pertenecieron.

—Sí, desde luego, la suya es una gran labor. En cuanto a la maldición, yo pensaba igual que usted, me parecía que eran cuentos de viejas. Pero debe saber que han pasado cosas… podríamos decir que «extrañas» alrededor de la momia de la princesa AmenRa. Es por ello que me veo en la necesidad de deshacerme de ella.

—En nombre del Museo Británico quiero agradecerle la confianza que deposita en nuestra institución al con-vertirnos en custodios de este valioso legado de tiempos pasados. Sepa que cuidaremos de él como lo haría usted mismo —Thompson evitó hacer cualquier tipo de referencia a la supuesta maldición.

—No se me ocurre nadie mejor en quien confiar, que ustedes.

—Lo deja en buenas manos, le doy mi palabra. No lo lamentará, estoy seguro.

—Si le parece bien, esta misma tarde le traeré el sar-cófago.

32

Zachary Adams había conseguido un puesto de vigilante nocturno en el Museo Británico gracias a su tío Nelson, que trabajaba allí en el servicio de limpieza desde hacía varios años. El trabajo era cómodo y el sueldo bastante bueno. Lo único malo era el horario, pero, como no tenía mujer ni hijos esperándole, se lo podía permitir. Al menos durante unos años, luego ya vería. La primera noche en el museo tuvo un poco de miedo. Había otros vigilantes durante esas horas, pero andaban deambulando por las salas que les habían asignado, así que no se cruzaban a menudo. A Zackary le resultaba curioso contemplar todos aquellos objetos tan antiguos y valiosos, paseaba entre ellos imaginando que le pertenecían, que era un rico coleccionista de arte; así, el tiempo, pasaba más rápido. De otra manera, la semioscuridad que reinaba en todo el edificio, los miles de sonidos que escapaban de todos los rincones, pese al silencio, o el miedo a que alguno de aquellos cadáveres cobrara vida le hacían imaginar cosas extrañas.

A Zackary le habían destinado al departamento del Antiguo Egipto. Allí, entre estatuas, objetos de uso cotidiano de los habitantes del valle del Nilo, máscaras mortuorias, sarcófagos y momias; en más de un momento había sentido terror. Un terror infundado según Peter Sailor, uno de los vigilantes que más tiempo llevaba en el puesto y que se movía cerca de donde se encontraban las estatuas del Par-tenón de Atenas, que habían salido de Grecia a principios de siglo. Eso iba explicando Sailor a cualquiera que quisiera escucharle para hacerse el interesante, para demostrar que sabía qué era lo que custodiaba en las horas durante las que la oscuridad se apoderaba de todo. Al principio de trabajar allí, le creía un erudito, pero poco a poco se fue dando cuenta de que muchas de las cosas que presumía saber, en realidad, las había leído en las etiquetas que había en cada pieza y algunas se las había inventado.

También él empezó a aprender cosas. No es que tuviera demasiado interés en saber qué era todo aquello, al menos no más que si hubiera hecho el mismo trabajo en un teatro o una zapatería. Pero eran demasiadas las horas que se pasaba rondando de arriba abajo sin más compañía que las estatuas y los otros objetos. Leía hoy algo aquí, mañana algo allá. Y, aunque dicen que el saber no ocupa lugar, al menos sí que llenaba sus tiempos muertos y sus soledades. Sailor siempre le decía que esas cosas impresionaban mucho a las chicas, y nunca estaba de más asegurar la jugada. Cuando tuviera tiempo para salir con chicas estaba seguro de que las iba a impresionar. Esa noche,

al entrar en la sala de los sarcófagos y las momias, notó algo distinto. Algunas habían sido recolocadas para dejar sitio a una nueva inquilina: una princesa. La caja de muertos recién llegada era bonita, estaba pintada con figuritas de colores y el rostro, que se suponía que era el del muerto, dejaba ver a una mujer bastante hermosa. Debía de haber sido una chica muy guapa. Las egipcias eran muy presumidas, aunque en realidad ¿no lo eran todas las mujeres? También eran muy sensuales, vestían prendas transparentes y lucían exóticos maquillajes, lo había visto en las pinturas de las otras salas. Zachary miraba fijamente el rostro de AmenRa, obnubilado por su belleza, cuando tuvo la sensación de que había parpadeado. Abrió los ojos exageradamente y se alejó de ella. Volvió a acercarse, movió la cabeza repetidamente, como negando, y se dijo a sí mismo que no podía ser. No, claro que no, se lo estaba imaginando.

A partir de ese momento, empezó a sentirse observado mientras hacía su trabajo. No podía recordar con seguridad si había sido ese mismo día o algún otro después, pero empezaron a perseguirlo unos bichos oscuros. Nunca los había visto, más bien se trataba de una intuición, pero sabía que estaban allí. Los oía, cada vez con más insistencia, pare-cían cuchichear. Se escondían en la oscuridad y cuando los enfocaba con la lámpara de mano desaparecían, aunque los seguía oyendo. Los oía susurrando en los rincones, siguiéndole en su ruta por el museo. Lo comentó con otros compañeros, pero ninguno de ellos había visto u oído nada, debía de ser cosa de su imaginación, le dijo Sailor. Ya no volvió a insistir por miedo a que se rieran de él.

Una madrugada, cuando apenas faltaban unas horas para que el museo abriera a las visitas, acabando así su turno de trabajo, alguien le llamó. Oyó su nombre claramente, pronunciado por una voz femenina dulce pero enérgica. La voz entró en su cabeza, se metió dentro de él, y lo fue conduciendo hasta la sala de las momias. Allí estaba la princesa. No, ella no, su sarcófago. Pero las manos de madera que sobresalían del pecho eran de carne y hueso. Unas manos delicadas de largos dedos. Y la piel era blanca. La voz le llamaba, las manos también le invitaban a acercarse. Zachary se dejó llevar por sus deseos y, lo que deseaba en aquel momento era acercarse a la mujer, tocarla, estar cerca de ella.

—¡Adams! ¿Te has dormido?

Aquella otra voz, de hombre esta vez, le sacó de su trance con su tono jocoso. Volvió en sí, le llamaban. Allí no había nadie, solo las momias y los sarcófagos de siempre. Y también el otro sarcófago, el de AmenRa, la última donación hecha al museo por un mecenas desconocido.

—¿Te quieres quedar a dormir aquí, Adams? —era Sailor, que venía a buscarlo. Cada mañana salían juntos y se iban charlando a

casa. Tomaban un té por el camino y Sailor compraba la prensa del día.

—Tienes mala cara hoy, muchacho. Te veo pálido.

—No te vas a creer lo que me ha pasado.

Adams le explicó a su compañero lo que le ocurría desde hacía un tiempo. El otro le miraba escéptico mientras le escuchaba hablar con una sonrisa en los labios. A conti-nuación, le narró lo que acababa de ocurrirle. Fue entonces cuando el otro vigilante prorrumpió en carcajadas.

—¿Te has vuelto loco, chico?

—No te creas que no lo he pensado —respondió el joven con sinceridad.

—Necesitas un descanso. No cuentes por ahí estas barbaridades o te despedirán. Van a creer que empinas el codo, y eso en nuestro trabajo no es nada bueno.

—Pero si no bebo, ni siquiera un vaso de vino comiendo. Tú lo sabes, no pruebo el alcohol.

—Sí, pero el director no te conoce, y si se entera de que vas contando lo que me acabas de contar va a creer que pasas las noches dándole a la botella en vez de hacer tu trabajo.

Los dos hombres salieron del museo atravesando salas y bajando escaleras. Adams mantenía que lo que acababa de ver había sido muy real. Sailor trataba de quitárselo de la cabeza con argumentos varios. A sus espaldas, una corriente de aire viciado procedente de tiempos pretéritos se abría paso por los corredores del Museo Británico. Un olor a moho y a podrido se colaba por las rendijas de las ventanas envuelto por las brumas del Támesis. Esa mañana, los malos presagios se apoderaron de la City. Una mujer vertió cianuro por primera vez en el té de su marido. Un niño pegó a su hermano recién nacido que dormía en la cuna. Un juez firmó una sentencia que sabía injusta. Jirones de maldad sobrevolaban la ciudad.

Unas horas después, por la tarde, cuando las puertas del museo se cerraron, llegaron, como siempre, las mujeres de la limpieza. Al igual que los vigilantes, ellas también tenían asignadas sus zonas. La habitación de las momias había sido hasta ahora el territorio de Mary O'Connor, la más joven. Era la parte del museo que menos simpatías despertaba entre aquel grupo de mujeres. Las momias les daban bastante grima, así es que tenían por costumbre endosárselas a la última que llegaba. Y, ahora, la última ya no era Mary, había dejado de serlo el día en que Judy Smith fue contratada después de que Harriet Clark se jubilara. Ahora el «cementerio» era para ella.

—Tienes que ser cuidadosa —le dijo su predecesora—, a las cajas, pásales un plumero, a las momias ni eso. Son los profesores quienes se encargan de su mantenimiento. No las toques.

—¿Ni el plumero? Esas cosas están sucias con ganas, al final, vamos a coger todos una infección.

—Tú no las toques, hazme caso. Aquí hay cosas verdade-ramente importantes. No las toques, ¿me has oído? —insistió Mary.

—Vale, vale, ya te he oído. No soy sorda ni tonta.

—Pues lo pareces. No pienses, limítate a obedecer. Limpia el suelo y las ventanas a fondo, el resto apenas rozarlo. Quedas advertida, ya lo sabes.

Judy Smith era una joven rechoncha. Sus carnes rosadas le daban el aspecto saludable de un lechón. También su cara tenía algo de porcino. Su nariz respingona, sus mofletes hinchados y sus pequeños ojos negros le conferían un aspecto entre afable y cómico. La chica se movía ligera pese a su orondez y era dispuesta y muy limpia. Demasiado limpia. En poco tiempo tuvo listas las ventanas, trasparentes como el rocío de la mañana. También el suelo quedó para comer sopas en él. Antes de barrer había pasado el plumero a aquellas cajas de muertos tan raras. Y aún así le sobró tiempo. Fue por eso que decidió pasarles el plumero también a las momias. Estaban tan sucias, la porquería estaba tan incrustada en aquellos trapos que nadie lo iba a notar, pero ella tenía que hacerlo. Su manía compulsiva por la limpieza se lo estaba demandando a gritos.

En un arranque de apasionada pulcritud empezó a pasarle el plumero a todas las momias. Iban a quedar estupendas, estaba convencida. Su sala iba a ser la más limpia de todo el museo, con diferencia. Nunca venía mal hacer méritos, más cuando se acaba de llegar a un sitio. Las posibilidades de ascenso en un lugar como aquel eran muy escasas, así que había que buscarse la vida para empezar a destacar. Uno tras otro, los cuerpos momificados, hacía miles de años, soportaron estoicamente el cosquilleo de las plumas de avestruz. Aquella maniobra estaba levantando mucho polvo, por lo que abrió la ventana. Después, tendría que pasar de nuevo la escoba. Pero estaba segura de que le iba a dar tiempo.

Llegó al espacio en el que estaba el sarcófago de la princesa AmenRa. Aquel ya lo había limpiado. Pero algo llamó poderosamente su atención. Esta vez no fue la belleza de la caja mortuoria, fue algo diferente, inmaterial. La necesidad perentoria de hacerse con su contenido, de poseerlo, de perderse dentro de él. Imbuida de una fuerza extraordinaria, previsible dada su corpulencia, quitó la tapa del sarcófago. Lo que vio bajo la madera pintada le revolvió el estómago. El olor a humedad casi la mareó.

—¡Por Dios, qué asco! ¿A quién se le puede ocurrir guardar algo así? —dijo en voz alta—. Los científicos están locos, todos locos. Con la de porquerías que debe de tener esto.

Tras decir estas palabras, Judy pasó el plumero con fuerza por

encima del rostro de la momia. Las plumas de avestruz se deslizaron arriba y abajo enérgicamente sobre las vendas de lino del rostro de AmenRa. El cuerpo reseco por las arenas del tiempo se estremeció bajo los vendajes. Una ira infinita y reconcentrada se asomó a las cuencas vacías de esos ojos que habían dejado de ver la luz hacía siglos. La boca precintada con vendas, ceremonialmente abierta ante la tumba en el momento del enterramiento, comenzó a ejercer un extraño poder de succión sobre la limpiadora. Primero, sus labios se pegaron a la boca de lino y Judy tuvo la sensación de haber mordido un trozo de tierra mojada, de esa que se nutre de los cadáveres de insectos, aves y pequeños mamíferos en los bosques húmedos. Y luego sintió que todo su interior quería salírsele por la boca, que regurgitaba el corazón, los intestinos, el estómago…

—¿Pero qué demonios está usted haciendo? —La jefa de limpiadoras, la señora Murray, acababa de entrar en la sala.

Judy Smith yacía en el suelo, como derrengada, porque la fuerza que la absorbía había remitido. Cuando se recompuso no sabía muy bien dónde estaba ni qué le había pasado. Tardó un rato en recuperarse, en volver en sí. La señora Murray no la creyó cuando le contó lo que le había ocurrido. Ignoró la sarta de explicaciones sin sentido que intentaba hacerle creer. La joven fregona sentía la boca pastosa, llagada, y el sabor era el de la tierra que hay en las raíces de las plantas, una tierra que hubiera sido abonada con cuerpos muertos, en la que se estuvieran retorciendo aún los cadá-veres en descomposición. Inmediatamente después de aquel incidente, fue puesta de patitas en la calle. Se le pagó un día de sueldo y se le pidió que no volviera más.

Judy, de nuevo desempleada, se dirigió de vuelta a su casa cabizbaja, aún desconcertada ante lo que acababa de sucederle. Había visto el rostro de la muerte, o eso le había parecido. Se había asomado al abismo a través de los límites de aquel cuerpo podrido. Y seguía viva. Al salir del barrio de Bloomsbury, en una calleja alejada, una vieja le pidió una moneda. Judy se paró a rebuscar en su bolsa. Encontró un par de peniques y se los dio.

—Dios te lo pague, hija mía.

Mientras Judy Smith se despedía de la anciana, con una sonrisa, no vio el coche de caballos que se le venía encima. El cochero andaba distraído espantando unas moscas y tampoco la vio. La joven cayó muerta en el acto. Una de las ruedas de atrás seccionó su cabeza que salió despedida. El corte fue limpio, apenas habían quedado unas venas sangrantes en el lugar en el que debería haber estado el cuerpo. La cabeza de Judy llegó rodando hasta la entrada de una alcantarilla, decenas de escarabajos agazapados contemplaron su sonrisa congelada en una especie de mueca macabra.

La muerte de Judy Smith hubiera pasado por un triste accidente de no haber sido por los hechos que sucedieron los días posteriores a su muerte. Las noches en la «Sala Egipcia del Museo Británico» se volvieron ruidosas y muy intranquilas. Zachary Adams pidió ser relevado de su puesto, argumentando problemas de salud. El encargado de la contratación de personal, Edward Murphy, le concedió su solicitud. Le dio una semana de descanso para que se recu-perara. No percibiría su sueldo, pero le guardarían el puesto hasta la vuelta. En su lugar entró, temporalmente, Jeremy Brooks, un hombre entrado en la cuarentena que llevaba más de un año desempleado. Había sido casi una obra de caridad darle aquel trabajo. Era un hombre mayor y el largo periodo de inactividad le había pasado factura. Pero Murphy pensó que se apañarían con él durante una semana.

Aquellos fueron los siete días más largos de la vida de Jeremy Brooks. Desde la primera noche, cuando apenas llevaba media hora haciendo su ronda, empezó a escuchar ruidos, gritos y una especie de sollozos. Aunque estaba casi paralizado por el pánico, pensando que se trataba de ladrones, consiguió llegar al sitio del que creía que provenían los ruidos. Fue muy sigiloso, tal vez porque apenas podía moverse. Una vez allí, comprobó que no había nadie. Entonces se recuperó del susto y siguió buscando, pero no descubrió nada, no había nada ni nadie por allí. Así, noche tras noche, durante los primeros cinco días hasta que descubrió que los sonidos procedían del sarcófago de AmenRa. Aquí y allá se fueron sucediendo los hechos extraños, las presencias inasibles que los empleados nocturnos notaban y los incesantes ruidos macabros que destilaba aquella caja, presumiblemente a causa de su contenido.

Las empleadas de limpieza y los vigilantes decidieron hablar con el señor Murphy de lo que estaba ocurriendo en el museo. Tanto unas como otros se negaron a seguir haciendo su trabajo hasta que el sarcófago y la momia que contenía abandonaran el edificio. Cada uno de los presentes contó sus experiencias en la Sala Egipcia y, como por arte del efecto dominó, unas historias hicieron surgir otras y otras, y cada vez fueron más. La muerte de Judy fue incluida dentro del paquete y alguien recordó también el incidente acaecido el día que el sarcófago llegó al museo cuando uno de los hombres que lo transportaba resbaló en las escaleras y se cayó rompiéndose una pierna.

—Tonterías, Murphy, eso son tonterías —dijo Sir Edward, al acabar de escuchar a su encargado de personal.

—Puede ser lo que usted quiera, señor, pero se niegan a volver a trabajar hasta que la momia no abandone el museo.

—Dígales que perderán su empleo —replicó, con una furia más

poderosa que la de cualquier maldición.

—Tampoco yo creo en maldiciones, señor, pero si ellos no hacen su trabajo se nos va a complicar mucho el nuestro. Me han dicho que hablarán con el resto de empleados y que les avisarán de que esa momia está maldita. Cuando los demás lo sepan, nadie querrá quedarse. Eso, por no mencionar que cuando los rumores se extiendan nuestros visitantes tampoco van a querer arriesgarse a entrar en un lugar sobre el que pesa una maldición. ¿Quién va a querer poner en riesgo su vida?

—¿Pero qué está diciendo, señor Murphy? Nadie ha muerto ni va a morir en mi museo. Nadie. ¿Me ha oído? ¡Nadie! Pero, tampoco nadie va a decirme lo que tengo que hacer en él.

Aquel día, pocas horas después de abrirse el museo, la cubierta del sarcófago de AmenRa cayó sobre uno de los visitantes que estaban contemplando las momias y los sarcófagos de la Sala Egipcia. La víctima fue un niño de apenas nueve años de edad que recibió tal impacto que quedó inconsciente en el acto y, pasadas unas horas, murió. Encerrado en su despacho, mientras intentaba frenar las repercusiones, de todo tipo, que aquel hecho podía generar, Edward Maunde Thompson, releyó el papiro que le entregó Albert Quinn el día que la momia de AmenRa llegó al museo. «Despierta de tu postración y la mirada de tus ojos aniquilará a todo el que ose interrumpir tu sueño eterno». ¿Estaría él entre ellos? ¿Habría posado la muerte su mirada en él? Una vez más, se resistió a creer en leyendas de mal agüero, no existían las maldiciones, no había que temer a los muertos sino a los vivos. Aun así, ordenó que la momia fuera trasladada a los sótanos del museo hasta que decidieran lo que iba a hacerse con ella. Por la noche, la planta subterránea del Museo Británico se llenó de sonidos de muerte y de un fuerte olor a fosa y a podredumbre.

33

Esa bocanada pestilente a fosa y podredumbre fue la que recibió a Alexander Bryan cuando se abrió la puerta del sótano, apenas veinticuatro horas después, aunque él solo escuchó un silencio sepulcral y húmedo. El fotógrafo y periodista de The Daily Telegraph Courier había sabido del desafortunado incidente en el British Museum y estaba decidido a dar la noticia. Le costó un poco conseguir tener acceso a la momia supuestamente maldita, pero nada le resultaba imposible a un profesional de su larga experiencia, a un hombre de recursos como él. En general, unas libras dejadas caer acertadamente aquí y allá podían abrir muchas puertas, incluida la de aquel sótano en las catacumbas de uno de los museos más importantes del mundo.

Bryan se vistió con ropa prestada, un mono de trabajo igual al que vestían algunos empleados del museo, y accedió al edificio acompañando a uno de los encargados de mante-nimiento. El hombre, que no quiso darle su nombre para evitarse problemas en caso de que los descubrieran, tenía las llaves de todas las puertas, también de las subterráneas. Fue él quien le abrió la entrada al Inframundo, una especie de paraíso para arqueólogos, ladrones, anticuarios y coleccionistas de arte; un almacén atiborrado de objetos comprados legal o ilegalmente y muchas veces rapiñados y expoliados en sus países de origen, que permanecían allí acumulando polvo. Se alegaba que el fin justifica los medios cuando se trataba de evitar su deterioro, la pérdida definitiva. Había que garantizar la conservación del patrimonio para pre-servar el legado histórico que heredarían las generaciones venideras.

Costaba pensar en cualquier cosa aspirando aquellos aires pestilentes. La humedad del sitio no debía de ser demasiado buena para las momias. El olor a moho se podía casi masticar, era denso y persistente. Bryan pensó que entrar allí iba a ser del todo insalubre, solo esperaba no infectarse de nada raro. Caminar entre las sombras de aque-lla especie de mausoleo del pasado le resultó excitante. Los claroscuros que resultaban de proyectar las lámparas de mano contra los objetos parecían conferirles movimiento.

—No suelo venir por aquí, me da escalofríos este sitio.

—Pero con una buena propina todo resulta más llevadero —dijo el periodista entre dientes.

—¿Disculpe?

—No, nada, pensaba en voz alta. Decía que huele a mil demonios

aquí.

Por suerte, lo que buscaban no estaba demasiado escondido. Aún no había dado tiempo a que lo arrinconaran, o a que el polvo y las telarañas construyeran a su alrededor una espesa capa de seda y mugre. A Bryan le sobrecogió la belleza del rostro de mujer que había pintado en el sarcófago de madera.

—Aquí la tiene, amigo, la momia maldita.

—¿Y cómo dice que ocurrieron los hechos?

—Yo no estaba cuando pasó, pero me han contado que la tapa de madera se liberó sola y cayó sobre un chiquillo que estaba viendo las momias con su madre.

—Dios santo, qué desgracia.

—Desde luego, pero era algo que ya se veía venir.

—¿Tan mal están las instalaciones? ¿Quiere decir que hubo algún tipo de negligencia?

—No, no, en absoluto, yo soy una de las personas encar-gadas de cuidar todos los detalles para que las instalaciones estén en perfecto estado. Es la maldición de la momia la que se oculta detrás de todo esto.

—¿Una maldición? ¿Lo dice en serio?

—Por supuesto, nunca se me ocurriría bromear con algo así. Esta momia ha dejado una estela de muertes y accidentes a su paso.

—¿Le importaría contarme todo lo que sabe mientras le tomo una fotografía?

—Por supuesto que no, me refiero a que no me importa, faltaría más. Le explico…

El empleado de mantenimiento comenzó a desgranar, una tras otra, las secuelas de la maldición, poniendo aquí y quitando allá mientras enfocaba su lámpara de mano al rostro de AmenRa. Alexander Bryan no creía ni una palabra de lo que le estaba contando, pero le pareció una historia más que interesante para explicarle a sus lectores. Sacó su flamante Eastman y, fotómetro en mano, empezó a preparar la toma. La luz era del todo insuficiente, así que tendría que utilizar el flash. Aquel dispositivo de luz artificial para iluminar las imágenes, estaba hecho a base de una mezcla de magnesio y clorato potásico, lo que hacía que resultara un poco caro. Pero, qué demonios, la ocasión lo merecía. La explosión provocada por la mezcla química creó un pequeño amanecer en el corazón de las tinieblas. Tanto el empleado del museo como Bryan quedaron deslumbrados por tan repentina y excesiva claridad y tuvieron que hacer verdaderos esfuerzos para volver a acomodar sus pupilas a la oscuridad que reinaba allí abajo.

Una vez tomada la fotografía, los hombres salieron del sótano. Ninguno de los dos quería arriesgarse demasiado, sobre todo el

empleado del museo que, por nada del mundo, quería perder su trabajo. De regreso a la primera planta, Bryan continuó con su interrogatorio, quería conocer todos los detalles, aunque después, en su artículo, no fuera a reflejar más que unos cuantos. A la hora de informar era indispensable manejar toda la información, luego ya decidiría qué contaba y qué no. Una vez agotadas todas las preguntas y valoradas las respuestas, el fotógrafo del Telegraph se marchó. Tenía prisa por ver las fotografías. Así que, sin perder un segundo, se fue al periódico y se encerró en el laboratorio.

La oscuridad del sitio siempre le había gustado. Tenía algo de misterioso y mucho de emocionante encerrarse allí sin saber qué iba a descubrir, que le depararía la copia del negativo. Desde que descubrió el mundo de la fotografía, la emoción del momento del revelado le había parecido impagable. Las cubetas estaban listas, los líquidos preparados, el virginal papel dispuesto para el sacrificio… Cuando empezó a aparecer la imagen creyó ver algo extraño sobre el rostro de la princesa. No parecían los rasgos que un artista de hace miles de años había captado con tanta belleza y primor como él mismo había podido ver. La imagen empezó a verse cada vez más clara, más nítida. ¡No! Aquello no podía ser lo que él había fotografiado. Era el horror con mayúsculas. Una cara deforme, fantasmagórica y terrible había ocupado el sitio del rostro de facciones armoniosas de la princesa AmenRa. Alexander Bryan reculó hasta chocar contra la pared. Era horrible. Tal vez había dañado el negativo y lo que estaba viendo era simplemente un efecto óptico, cosa de su imaginación.

Esperó el tiempo necesario sin moverse de donde se encontraba. Si no había salido corriendo solo había sido para no estropear la fotografía. Las manos le temblaban y sentía el corazón acelerado en la garganta. Cuando finalmente se acercó, lo que vio le trastornó profundamente. La espantosa imagen de un diablo o un espectro, no sabría decirlo a ciencia cierta, le observaba desde el papel. Los adjetivos se quedaban cortos para definirlo. Aquel rostro era la mismísima puerta del Infierno. El vacío que asomaba a las cuencas de esos ojos hacía que quien las miraba se viera abocado al más profundo de los abismos. Sintió pánico. Se quedó inmovilizado durante largo rato, no hubiera podido precisar cuánto.

Una vez se recuperó de su indisposición, salió como pudo del laboratorio. La redacción estaba desierta, no que-daban más que las mujeres de la limpieza. No sabía qué hacer. Tenía que correr a enseñárselo a alguien, pero, ¿a quién? A esas horas de la noche, no le parecía demasiado conveniente importunar al redactor jefe ni mucho menos al director, que estarían ya durmiendo. ¿Qué debía hacer? No podía dejar la horrible fotografía a la vista de todo el mundo. Era demasiado aterradora, y no quería perturbar a nadie. Él aún se estaba

recuperando del mal trago. Tras unos momentos de indecisión, la metió dentro de un sobre y se fue a casa.

Al abrir la puerta de su habitación, un fuerte olor a repollo y otros aromas domésticos reconcentrados le dio la bienvenida. Le pareció que en la escalera olía a podrido, a tierra húmeda. Seguro que si se lo decía a la casera, la señora Cubes, acudiría solícita a remediarlo. Pero la mujer debía de estar ya durmiendo a esas horas intempestivas. Bryan sudaba. Tenía las manos frías, heladas, y se las frotaba una contra otra compulsivamente, las unió como si fuera a rezar y se llevó la punta de ambos índices a la boca. Perdido en aquel gesto, recorrió la pequeña estancia intentando decidir qué hacer.

En esa tesitura pasaron las horas. El recuerdo de la espantosa imagen no abandonaba su mente. Intentó dormir, pero el espectro de AmenRa le visitó en sueños. Apenas conseguía entrar en la inconsciencia onírica, se despertaba sobresaltado al notar en su cara un aliento acre y blando y, unos segundos antes de regresar del sueño, aún sin abrir los ojos, creía tener aquel rostro frente al suyo mirándolo amenazador. Tenía la sensación de estar siendo observado. Se levantó y comenzó a deambular por la vivienda. Mientras se movía por el cuarto, sentía unos ojos clavados en el cogote, notaba una presencia a sus espaldas. Pero al darse la vuelta no encontró a nadie, seguía estando solo. Sentía la llamada de aquel ser maligno que le pedía ser rescatado del interior del sobre en el que lo había confinado. Una voz daba vueltas en su cabeza pidiéndole que la liberara.

A eso de las cinco de la mañana, Alexander Bryan no pudo por más tiempo resistirse a la llamada y a las órde-nes de aquella cosa que lo estaba teniendo en vela. Sus ojos estaban enrojecidos por el cansancio, lucía una incipiente barba y el cabello desordenado y pegajoso por el sudor. Sin querer ya evitarlo, tomó el sobre y lo abrió. La madre de todos los miedos salió de su interior abalanzándose sobre él.

A eso de las cinco y cinco de la mañana, los huéspedes de la pensión de la señora Cubes, en el número quince de New Bond Street, se despertaron sobresaltados: un ruido seco, como un disparo, había atronado en la oscuridad. Andy Meers, que había salido de borrachera la noche anterior, ni se inmutó, porque acababa de dejarse caer medio muerto en la cama, aún flotando en su tempestad etílica. El perro de la propietaria, un relamido bichón maltés, comenzó a ladrar escandalosamente sin que nada pudieran hacer por callarlo. Ni siquiera ofreciéndole unos pedazos del exquisito paté que su dueña tenía reservado para esos momentos en los que se apoderaba de ella la gula. Pasados los primeros momentos de sobresalto y desorientación, la propietaria decidió llamar a la puerta de todos y cada uno de sus huéspedes para ver cómo estaban, incluso a la de los que ya habían asomado la nariz por el pasillo, a estos últimos para averiguar si

sabían algo sobre lo ocurrido.

Uno a uno, los clientes del inmueble fueron dando la cara de mejor o peor humor. Algunos ni siquiera habían oído el ruido, aunque eran los menos. Al llamar a la puerta marcada con el número seis, la segunda de la primera planta, la señora Cubes no halló respuesta. Volvió a insistir y el resultado fue el mismo. Estuvo tentada de hacer uso de la llave de reserva que tenía guardada, pero se abstuvo. Sabía que el señor Bryan, debido a su trabajo, en ocasiones no tenía horarios demasiado convencionales. La siguiente habi-tación era la del borrachuzo de Meers, ni siquiera se molestó en llamar a la puerta ya que supuso que estaría durmiendo la mona.

Por la mañana, los huéspedes del número quince de New Bond Street fueron bajando a desayunar, uno a uno. La patrona de la pensión les esperaba con una sonrisa matinal en los labios y las viandas preparadas sobre la mesa. Todos desayunaron menos dos. De nuevo Meers y Bryan. Pero na-die reparó en ello porque estaban perdidos en sus rutinas diarias y apenas recordaban el incidente del ruido que les había despertado de madrugada. La camarera recogió las mesas y fregó los platos. A eso de las nueve, llegó la limpia-dora y ambas mujeres se pusieron a hacer camas, barrer y fregar habitaciones. Solían empezar por la planta de arriba, la segunda.

Siempre llamaban a las puertas antes de entrar, por precaución, y luego abrían con su propia llave. Lo que vieron al entrar en la número seis no lo olvidarían mientras les quedara un soplo de vida. En el suelo, sobre la alfombra que había a los pies de la cama, yacía el cuerpo sin vida de Alexander Bryan. Las dos mujeres comenzaron a gritar presas de un ataque de pánico, histéricas. Durante unos segundos, que parecieron horas, el grito se hizo tan denso que penetró en todos los rincones de la casa, se coló por las cañerías y salió por las ventanas llegando a todos los rincones de la ciudad.

Los informes de la policía apuntaban al suicidio. Bryan se había disparado un tiro directo al corazón. Tenía en la mano una curiosa pistola harmónica Jarre, el dedo índice alrededor del gatillo y una rosa de sangre en el pecho de su camisa blanca. Nadie podía explicarse lo sucedido. No encontraron ninguna nota de despedida ni nada que pudiera aportar luz a los hechos. Cuando su familia se personó en casa de la señora Cubes para recoger sus pertenencias, lo metieron todo en cajas sin entretenerse en mirarlo y nadie abrió aquel sobre en el que viajaba la imagen del espectro de AmenRa.

Acuciado por las exigencias de sus empleados, que seguían quejándose de los ruidos extraños que procedían del sótano, Sir Edward Mande Thompson tomó la drástica decisión de deshacerse de la momia que Albert Quinn, tan amable-mente, había donado al

museo. Durante algunos días, trató de encontrarle otra solución al tema, pero aquella patraña de la maldición se había extendido entre sus trabajadores como la gangrena. Ordenó que se llevaran a cabo los prepa-rativos para el viaje, pero también se negaron a hacerlo. Nadie quería tener tratos con la momia por lo que les pudiera acarrear. Finalmente, el director se vio obligado a contratar a personal externo a la institución, personas que nada sabían de lo que había acontecido, supuestamente, a causa de aquella princesa desecada.

Dos transportistas enviados por la casa de subastas Sotheby's se presentaron en el museo a la hora convenida. Como excelentes profesionales que eran llegaron preparados para hacer su trabajo a la perfección. Eso incluía traer consigo una caja de madera para introducir en ella a la momia. Antes de cerrarla, Thompson le colocó el papiro con la maldición en el lugar en el que había sido hallado, a la altura del pecho del cadáver. Era un valioso documento, pero también una advertencia: fuera quien fuese el que comprara la momia tenía derecho a saber lo que se le venía encima. Había decidido conservar el sarcófago pese a sus muchas reticencias, era demasiado hermoso para perderlo. La caja permanecería un tiempo en el sótano hasta que ya nadie hablara de la maldición, hasta que se olvidaran de ella. AmenRa viajaba ahora hacia el número 13 de Wellington Street, donde, en unos días, sería la pieza estrella de una importante subasta.

34

Lord Canterville salió entusiasmado de la subasta. Estaba encantado con su adquisición, y había conseguido un precio muy bueno por ella. Su estancia en la ciudad no había hecho más que darle alegrías. Pero debía regresar a casa. Había pasado unas semanas atendiendo asuntos importantes en Londres y ahora tenía que volver. No podía desatender sus obligaciones dejándose atrapar por las mieles de la vida ociosa y divertida, que había estado disfrutando los últimos días en la capital. Regresaba feliz y contento, ansioso por recibir en su mansión, dentro de un par de días, el maravi-lloso lote que había adquirido. Hubiera deseado llevárselo como quien dice «puesto», pero, dadas las dimensiones del objeto en cuestión, se hacía imposible.

En cuanto llegó al hotel, ordenó a su asistente que tuviera listas las maletas. No veía el momento de volver a casa a preparar un buen recibimiento a su bella princesa momificada. Lástima que en el lote no estuviera también el sarcófago, le hubiera encantado poder tenerlo. Había visto algunos dibujos, que le mostró el especialista en antigüedades egipcias de la galleria, y se había prendado de ellos. Recibió el soplo de que aquella era una de las piezas importantes de la subasta y unos días antes se había dedicado a investigar. Había averiguado más bien poco, porque todo lo referente a esa momia rezumaba misterio. También estaba el papiro. Tal vez, aquel documento le ayudaría a descubrir algo más.

En realidad, para Lord Canterville, el arte y las antigüedades no constituían una de sus grandes pasiones. Él amaba los caballos y todo lo que tuviera que ver con ellos: cría, doma, compra-venta y las carreras en el hipódromo. Se dedicaba a la cría, y su día a día era campestre y ecuestre. Pero el día tenía muchas horas que llenar. Vivir alejado del mundanal ruido no siempre le gustaba. Comprar objetos de arte le permitía conocer a gente interesante, además de invertir su excelso patrimonio en algo que no tuviera que ver con el mundo equino. A las damas les gustaba el arte, cuanto más caro, mejor; eso también era importante.

A eso de las tres de la tarde, el carruaje puso rumbo a su mansión situada en la campiña inglesa, a unas siete millas de Ascot, en el condado de Berkshire. Aquel lugar era su particular paraíso, un rústico Edén en el que tenía todo lo necesario para ser feliz. Pero, de vez en cuando, necesitaba distracciones. Desde que lady Canterville había fallecido, en ocasiones echaba en falta algo de compañía femenina. No es que estuviera solo o aislado, bien al contrario, recibía a diario la

visita de alguno de sus convecinos y, de tanto en tanto, la del párroco o el médico, pero añoraba compañías, ¿cómo decirlo?: de «más alto nivel», más acordes con su posición social y sus gustos estéticos. Las subastas de arte y el mundo que las rodeaba le permitían ser otra persona, alguien más parecido a quien debería ser. Era un noble de provincias, un hombre de campo y eso estaba bien y era lo que más le gustaba, pero había que guardar las apariencias y alternar. Sin olvidar que aquella otra faceta suya de jugar a ser noble le divertía sobremanera.

El viaje de vuelta no era demasiado largo, apenas cua-renta kilómetros, pero detestaba el aburrimiento y para pasar el rato iba provisto de exquisitas viandas, buen vino y buena lectura. Así transcurrían todos sus viajes de ida y vuelta a la gran urbe. Pero, aunque leer le producía siempre un enorme placer, esta vez no podía concentrarse en el libro que tenía entre manos. Se trataba de uno de los dos volúmenes de los que constaba *Isis sin velo*, una obra de más de mil páginas de la prolífica Helena Blavatsky. Y no es que lo que leía no le gustara, es que le resultaba demasiado complicado todo aquello del ocultismo y la teosofía. Pero se lo debía a Helena. Había conocido a Madame Blavatsky hacía unos meses en una de sus visitas a Londres. Fue en casa de Lord Cavendish y el propio anfitrión les había presentado.

—Querido George, quiero presentarte a alguien que te va a encantar.

—No más damas hermosas sin conversación, Percy, por todos los santos, no lo soportaría —le respondió, en tono de broma.

—Esta vez no solo vas a soportarla, sino que odiarás ese reloj que marca el paso del tiempo —le dijo, señalando un opulento antesala que había en su salón—. Te aseguro que desearás detenerlo.

Madame Blavatski era hija de un coronel de origen alemán y de una aristócrata rusa. Había recibido una educación refinada y también había tenido acceso a la cultura y el conocimiento desde su infancia. A lo mejor, en eso y en su posterior interés por el esoterismo, tuvo que ver el que uno de sus abuelos hubiera sido iniciado en la masonería. Decían de ella que estaba dotada de poderes psíquicos sobrenatu-rales. George Gordon, décimo conde de Canterville, solo vio a una mujer mayor con aspecto de campesina rusa que vestía de negro. Sus enormes ojos verdes traslucían una intensa vida interior y mucha paz y sabiduría. Había viajado mucho por todo el mundo, e incluso había estado viviendo un tiempo en el Tíbet. Entre sus inusuales gestas estaba el haber sobrevivido a un naufragio y haber escapado a caballo de un marido cuarentón y aburrido, con el que se había casado a los dieciocho años, apenas tres meses después de la boda. Se podría decir que era un verdadero portento de mujer.

Pero, todo eso no lo supo George aquella primera vez, aunque, por fortuna, había habido muchas otras después. Madame Blavatsky y él habían conectado rápidamente y ella le había invitado a una conferencia suya aquella misma semana. Luego vinieron más encuentros en salones de té o en residencias privadas de amigos y conocidos comunes. A Gordon le encantaba oírla hablar, aunque no siempre entendía muy bien lo que decía. Aún se le erizaba el vello de todo el cuerpo cuando se acordaba del día en que le contó cómo había escrito *La doctrina secreta*.

—Mi querido George, el mérito de haber escrito este libro no es solo mío. Ha de saber que para poder elaborarlo he contado con la inestimable ayuda de los *mahatmas* que fueron mis instructores e iniciadores en el Tíbet. Ellos me transfirieron su conciencia a través del *tulku*.

—¿El *tulku*?

—Sí, amigo mío, se trata de un proceso de emanación de la mente, algo solo apto para iniciados. De no ser así, me hubiera sido imposible escribirlo. Habría necesitado vivir muchas vidas para poder leer todos los libros de los que en él hablo.

Sabía que su amiga tenía tantos seguidores como detractores. Eran muchos los que la creían una farsante, pero no le importaba. La llamaban impostora porque hablaba de cosas que no entendían, pero a él no le parecía ver mentiras en el fondo de su mirada, todo lo contrario. Helena le había parecido una mujer sincera siempre que se habían visto. Era por eso que quería leer sus libros, para entender de qué hablaba, y era por eso, también, que la había invitado a pasar unos días en su mansión en el campo. Se había reservado los primeros para pasarlos en su única compañía, y luego pensaba organizar algunas reuniones sociales en las que sus amigos y vecinos pudieran conocer a aquella escritora prolífica, ocultista y teósofa; leída y viajada, mujer inteligente e interesante donde las hubiera. Esperaba que, después de eso, algunos de ellos acabaran siendo mucho más cercanos a sus teorías. Y así, además de poder disfrutar de la compañía de tan ilustre dama, todos le verían a él como el hombre de mundo y gran cultura que pretendía ser.

Cuando volviera a ver a Helena, quería demostrarle que sabía de lo que hablaba, estaba dispuesto a hacer lo impo-sible por complacerla. Pensaba que no podía hacerle mejor homenaje a la fundadora de la Sociedad Teosófica que leerse sus libros. Luego, lo intentaría con *La doctrina secreta*, su obra magna, que ya le había encargado a su librero de confianza en Londres. En su próximo viaje ya se lo habría conseguido, seguro, y regresaría a casa con él bajo el brazo. De momento, este; y, luego, algunas otras obras sobre el hinduismo y el budismo, sacadas de su biblioteca para sorprender a su amiga con sus

conocimientos. Lo tenía todo pensado.

Su vuelta al hogar fue reconfortante. Aunque ya era entrada la noche y no había avisado de su llegada, Mildred, el ama de llaves, salió a recibirle en pijama junto con su esposo James, el mayordomo, y los demás miembros del servicio. Después de saludarlos a todos, y escuchar el informe que cada uno de ellos había de darle sobre las novedades acaecidas en su ausencia, Lord Canterville se retiró a sus aposentos. No tomaría nada para cenar puesto que había picado algunas chucherías durante el viaje. Podían retirarse todos. Mañana, ya atendería los asuntos pendientes y tomaría decisiones sobre algunos temas. Por hoy ya había tenido suficiente. Y así, tras quitarse la ropa llena de polvo del camino, se aseó un poco y se fue a la cama con la única compañía de Madame Blavatsky, concretamente de su libro. No pudo leer dema-siado. Cuando fue consciente de que había tenido que leer tres veces el mismo párrafo, apagó la luz y se durmió.

Dos días después de su regreso a casa, Lord Canterville recibió una entrega procedente de la galería Sotheby's de Londres. Dos hombres vestidos con monos de trabajo descar-garon un cajón de madera cuyas proporciones hacían pensar que lo que contenía en su interior era un cuerpo humano. Nadie del servicio preguntó, pese a la curiosidad que despertó el envío, y el señor tampoco solía dar demasiadas explicaciones. Por otro lado, ya estaban acostumbrados a los objetos que compraba cuando se iba de viaje, especialmente cuando iba a la capital. Tal vez fuera una armadura, un maniquí, un reloj antesala, cualquiera sabía.

Los transportistas bajaron la caja del carro y la llevaron al sitio indicado por el propietario. Lord Canterville andaba tan preocupado por la llegada de su amiga Helena Blavatsky, dentro de unas semanas, y por su necesidad de leer las mil trescientas páginas que ella había escrito, que apenas les prestó atención a los dos hombres. Le indicó a James que los acompañara al desván y firmó el albarán de entrega para testimoniar que lo había recibido. Acto seguido se dirigió a las cuadras y mandó ensillar a Hope Wins, su yegua favorita. A lomos de Hope recorrió la propiedad, saludó a sirvientes y empleados, decidió sobre un par de asuntos que necesitaban de su atención y, cuando hubo liquidado todo lo que tenía pendiente, se volvió a la casa. Pidió a Mildred que ordenara algo de comida, le daba igual el qué, y tras asearse un poco, comió lo que le habían preparado y volvió a encerrarse con Isis, esta vez en la biblioteca.

35

La mañana en que Helena Blavatsky llegó a la hacienda de Lord Canterville, brillaba el sol y el aire olía a flores y a tierra húmeda, pero apenas la dama traspasó la puerta del muro que marcaba los límites de la propiedad, pudo ver una niebla espesa que parecía cubrirlo todo. A la entrada de la mansión, la estaban esperando el ama de llaves, el mayordomo y su querido George. Le conocía desde hacía poco tiempo, pero ya le consideraba un buen amigo. Era por eso que había aceptado pasar unos días en su compañía. Estaba cansada. Los últimos tiempos habían sido duros. Aún se estaba recuperando de los daños morales que aquel aborrecible «Informe Hodgson» le había causado. La vergüenza pública de que algunos la consideraran «una de las impostoras más grandes de la historia» había tenido graves consecuencias físicas para ella, de las que aún se estaba recuperando. Si a eso le añadía el esfuerzo sobrehumano que había supuesto la redacción de *La doctrina secreta*, su último libro, no acababa de levantar cabeza; y necesitaba descansar. Quería huir de Londres, la ciu-dad que cada vez la agobiaba más. Unos días de relax y aire puro en el campo le harían mucho bien, estaba convencida.

Al pie de su carruaje, estaba esperándola, solícito, su amigo para ayudarla a bajar los dos escalones que la separaban de tierra firme. El traqueteo del viaje la había turbado y la dureza del asiento, por muchos terciopelos adamascados que lo cubrieran, le había molido todos los huesos del cuerpo.

—Querida Helena —dijo Gordon, mientras le tomaba las manos para besárselas—, no veía el momento de tenerla en mi casa.

—Mi buen amigo George, yo también ardía en deseos de llegar. El camino se me ha hecho eterno. Ya estoy mayor, querido, y no ando demasiado bien de salud.

—Pero si está estupenda. Vamos, entre en mi humilde hogar, está todo listo para recibirla. Puede descansar un rato si le apetece, y refrescarse. Estamos todos a su servicio —le dijo, señalando a los sirvientes.

—Muchas gracias, amigo mío, pero solo necesito sentarme un rato. Y un vaso de agua fresca, si no es molestia.

—Faltaría más. ¿No prefiere un poco de limonada o un té? —Blavatsky negó con la cabeza—. Mildred, por favor, dígale a Betsy que nos traiga una jarra de agua bien fría y un par de vasos al salón.

—Enseguida, señor —respondió el ama de llaves, mien-tras iba a buscar a la doncella.

Invitada y anfitrión entraron en la casa cogidos del brazo. Delante de ellos, James iba abriendo todas las puertas que encontraban en su camino. Una vez en el salón, el mayordomo se aseguró de que no le necesitaban y se retiró haciendo una ceremoniosa reverencia. Pero, pese a todas las atenciones de su amigo, Madame Blavatsky se sentía incómoda. A lo mejor era aquella niebla espesa que había nublado un día tan estupendo, la humedad le resultaba fatal para los huesos y la ponía de mal humor. Hasta sentía que le faltaba la respiración.

—Pero, cuénteme, querida, ¿qué tal por Londres?

Helena no contestó a la pregunta que le formulaba el dueño de la casa. En vez de eso, le mostró su preocupación por el mal aspecto que presentaba. Tenía ojeras, incluso algunas arrugas muy marcadas que no recordaba haber observado la última vez que se vieron.

—Tiene mala cara, querido George —le dijo, preocu-pada—. ¿Se encuentra bien?

—Estupendamente, amiga mía, solo un poco cansado. Y la culpa de ese cansancio la tiene usted.

Blavatsky abrió exageradamente los ojos y puso cara de contrariedad.

—Espero que mi visita no le esté causando ningún tipo de molestia.

—¡En absoluto! —exclamó, tras acallar una sonora carca-jada y aún con los restos de una sonrisa en los labios—. Todo lo contrario. La culpa es de su maravilloso libro. He pasado horas leyéndolo, me ha tenido completamente abducido.

—¿Ha leído mi *Isis sin velo*? ¿En serio? Menudo honor, mi apreciadísimo George, qué hermoso detalle.

—Y tengo muchas preguntas que hacerle sobre él, quiero que me lo cuente absolutamente todo. Le he reservado los primeros días para que descanse. Solo paseos, charlas, buena comida y mejor bebida; y la brisa y el sol de la campiña. ¿Qué le parece?

—Excelente plan.

—Después, cuando se haya repuesto del cansancio de Londres, organizaremos una velada teosófica, si así lo desea.

La mujer apenas tuvo fuerzas para dedicarle un gesto de asentimiento con la cabeza, por lo que lord Canterville creyó haberla contrariado. En realidad, la dama había empezado a sentir un malestar que le era desconocido. Le parecía per-cibir una extraña presencia en la casa, algo sobrenatural. En un par de ocasiones, creyó notar que alguien entraba en el salón, pero, al girarse para descubrirlo, no vio a nadie. Estaba intranquila, un sentimiento de persistente congoja empezó a nacerle en el estómago. Pese a que por nada del mundo quería alarmar a su anfitrión, el desasosiego que sentía se hizo cada vez más intenso, tanto que él acabó notándolo.

—¿Se encuentra bien, Helena? Parece algo indispuesta.

—No quería alarmarle, George, pero lo cierto es que no me siento bien.

—¿Qué le ocurre?

—No sé cómo puede tomarse lo que le voy a decir, pero no se trata de un mal físico.

—No la entiendo…

—Es algo interior, percibo una presencia sobrenatural en este lugar. Ha sido así desde el mismo instante en el que entré dentro de los límites que marcan los muros de su propiedad.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó muy excitado—. ¿Cree que podía ser Linda?

—¿Linda?

—Sí, Lady Canterville, mi esposa. Siempre he pensado que su alma se quedó atrapada entre las paredes de esta casa, que se resistió a marcharse de aquí y a dejarme solo… ¡Oh, Dios mío! Sigues aquí, nunca te has ido, siempre lo he sabido…

—No, George, dudo mucho que sea el fantasma de su esposa el que me está importunando. Percibo una negatividad que me produce angustia, algo maligno que no puedo explicar.

Lord Canterville se quedó mudo. No podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Se le pasó por la cabeza que Madame Blavatsky pudiera ser, en efecto, una farsante. Buscaba algún tipo de efecto con aquel numerito. Pero rápidamente apartó la idea de su mente.

—Vamos, la acompañaré a su habitación. Tal vez, si descansa un poco se sentirá mejor.

—Sí, le haré caso, amigo mío. Si me disculpa, me retiraré a descansar un rato.

Lord Canterville acompañó, galantemente, a su invitada; no sin antes pedir a la doncella que fuera a su habitación para correr las cortinas y abrir su cama. Mientras subían a paso lento, que era el ritmo que exigía el estado de ánimo de la mujer, esta empezó a sentirse peor por momentos; en repetidas ocasiones tuvo que pararse porque se mareaba y comenzó a respirar cada vez con mayor dificultad.

—George, cuanto más subo más siento esa ponzoña dentro, es como si ese algo estuviera esperándome arriba.

Fue en ese momento cuando Gordon cayó en la cuenta.

—¿De arriba? ¡Oh, Dios mío, espero que no!

—No le entiendo.

—Acabo de recordar que hay algo en el desván que tal vez… Pero es mejor que se lo muestre.

A duras penas, consiguió la fundadora de la Sociedad Teosófica subir las escaleras que la separaban del desván. Cada vez se le hacía

más difícil y cada vez estaba más segura de que la causa de su malestar procedía de allí, porque cuanto más se acercaba a esa parte de la casa, peor se sentía; los síntomas de su malestar empeoraban. Gordon abrió la puerta y la invitó a entrar. Rápidamente localizó lo que buscaba. Pese a que aquel sitio estaba lleno de cosas de toda índole, desde reliquias familiares hasta objetos de arte de gran valor, la caja de madera había sido colocada allí hacía apenas unas semanas y, desde entonces, nadie había vuelto a subir. Con ayuda de un atizador que había arrinconado sacó los clavos de la tapa. Un grito de pavor se escapó de la garganta de Helena Blavatsky.

—¡Una momia! —exclamó.

—Sí, querida mía, una momia egipcia. La adquirí hace unos días en una casa de subastas londinense.

En aquel instante, Madame Blavatsky cayó desvanecida al suelo. El olor a podredumbre y a moho de las más bajas capas de la tierra amenazaba con ahogarla. Cuando despertó, se hallaba recostada en el sofá del salón de Lord Canterville, mientras el propio noble le ponía paños fríos en el rostro.

—¡Tiene que deshacerse de ella! —le rogó con la voz llorosa—. George, júreme que la sacará de aquí.

—Tranquilícese, querida amiga, tranquilícese. Betsy, prepare un té para nuestra invitada.

—No quiero té, no quiero nada… Usted no lo entiende. Hay un terrible poder maligno enquistado en la envoltura material del alma de la persona que fue esa momia.

—¿De verdad cree lo que me está diciendo?

—Sus dudas me ofenden, amigo mío.

—Perdóneme, querida, por nada del mundo quisiera ofenderla. Por favor, le ruego que no me malinterprete. Entienda que esté sorprendido por lo que está ocurriendo. Yo me disponía a pasar unos días que intuía enormemente agradables en su compañía y me encuentro con este contratiempo.

—Le ruego que me perdone usted a mí, George. Ha sido muy intenso lo que he sentido, lo que aún siento. He tenido a lo largo de mi vida innumerables experiencias y crisis sobrenaturales, tantas que me han permitido adquirir un completo dominio de mis energías psíquicas. Por todo ello le puedo asegurar que lo que anida entre esas vendas sucias y carcomidas por el tiempo no es bueno. Ahora entiendo la niebla que me envolvió nada más llegar, cuando fuera de los límites de su finca hacía un tiempo formidable. Esa niebla es el espectro que proyecta la momia.

—Dios mío, no puede ser. Eso que dice es terrible. Los de la galería me hablaron de una maldición que aparecía escrita en el papiro que sostiene entre sus manos… Pero, le aseguro que estaba convencido de

que era un argumento de venta, una artimaña para atraer compradores.

—Desconozco el contenido de ese documento del que me habla, pero le aseguro que no le estoy mintiendo. Si en algo valora mi amistad y, sobre todo, si siente aprecio por su vida, saque ese cadáver de aquí cuanto antes.

36

Londres, 10 de abril de 1912

Era miércoles por la mañana y Elmer Pontiac se levantó temprano. Tenía que tomar un tren en Waterloo Station que lo llevaría hasta el puerto de Southampton, a unos cien kilómetros al sudeste de la capital. Ir cargado con aquel enorme bulto le obligaba a viajar sobrado de tiempo, debido a la lentitud y la incomodidad que suponía moverse con él. El taxi que había pedido la noche anterior en recepción llegó puntual. Cuatro empleados del hotel le ayudaron a cargar la caja de madera. Dado su tamaño tuvieron que meterla en el asiento trasero, lo que costó sudor y lágrimas, aun cuando el vehículo tenía unas medidas superiores a las habituales debido a las exigencias del cliente. El pasajero tuvo que sentarse al lado del taxista.

—Tengan mucho cuidado, por favor, contiene algo de incalculable valor.

—Descuide, señor Pontiac —le dijo el director del hotel que en aquel momento entraba en el edificio—, estos caba-lleros están entrenados en el transporte de los objetos más preciados de las damas que se hospedan en nuestro hotel. Saben que les va la vida en ello —añadió con una sonrisa.

—No lo dudo, señor Thurman, pero el objeto que guarda esa caja tiene un valor que escapa a su comprensión, nada que ver con las baratijas y fruslerías de sus clientas, se lo puedo asegurar. No quisiera que sufriera ningún daño, ¿comprende?

—Puede estar tranquilo, caballero. Fíjese si estoy seguro de estos hombres que le doy mi palabra de que, sea lo que sea lo que transportan, llegará intacto y de una pieza a su destino.

—Eso espero, por el bien de todos nosotros.

Alfred Thurman se perdió en su despacho mesándose el bigote mientras pensaba en lo tiquismiquis que solían ser la mayoría de sus clientes. Este, además, resultaba prepotente y un poco grosero. A sus espaldas, Pontiac pagó la factura, se despidió del empleado de la recepción que le estaba atendiendo y subió al vehículo. Ni siquiera tuvo que decirle la dirección al conductor que ya estaba informado de ante-mano de cuál era el destino.

—Directos a Waterloo Station, señor —confirmó el hombre. Él asintió con la cabeza.

La estación de Waterloo se encuentra en el centro de la ciudad, muy cerca del imponente Big Ben. Aquella torre de color arena, que

era el gran orgullo de los ingleses, a Pontiac no le había causado la más mínima impresión, tal vez porque venía de la inmensa Nueva York. Aunque tenía su encanto y había que reconocer que no estaba mal como atractivo turístico. A su llegada, fue el taxista el que llamó a dos mozos de estación que llevaban una carretilla para que ayudaran a Pontiac con la caja. El americano pagó buenas propinas y se dirigió al andén que le habían indicado. Le costó poco encontrarlo puesto que había unos empleados que dirigían a la gente hacia allí: ese día no se podían permitir retrasos. La mayoría de viajeros de aquel tren eran los futuros pasajeros de segunda y tercera clase del famoso Titanic, un barco que había sido botado aún no hacía un año, que ni siquiera se había estrenado en una travesía, pero del que todos tenían noticia. Se decía de él que era el más grande, rápido y lujoso del mundo. Pontiac ardía en deseos de ver aquella especie de palacio flotante del que todos hablaban. Pensaba que, tal vez, acabaría ocurriéndole como con el Big Ben, que le decepcionaría.

Tomó asiento en el vagón que le indicó el revisor al mostrarle su billete. Saludó con frialdad a sus compañeros de viaje, llevándose la mano al ala del sombrero, y se acomodó la chaqueta. Una vez en su asiento, se puso a leer un libro de poesía que llevaba en el bolsillo del gabán, *El Corsario* de Lord Byron. Sin embargo, no pudo concentrarse en la lectura a causa de los comentarios exaltados de quienes se sentaban más cerca de él, haciendo referencia a las lindezas del buque en el que, al parecer, ellos también se embarcarían. Flotaban chispas de excitación en el ambiente.

—Dicen que es el más elegante y lujoso del mundo.

—Tiene siete cubiertas de pasajeros, nada menos, y he oído decir que un ascensor en primera clase.

Se oyó un murmullo de sorpresa.

—Es un sueño poder viajar en él. Casi gastamos los ahorros de nuestra vida para viajar a Nueva York —dijo su compañera de asiento, señalando a la mujer que tenía al lado—. Mi madre siempre quiso hacer un viaje especial y cuando supimos del Titanic…

Pontiac se levantó para salir al pasillo a fumar mientras las conversaciones se convertían en un rumor de fondo. Hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida y se alejó de allí, oyendo los ecos de las historias de sus compañeros de viaje. Cualquiera diría que nunca habían viajado en barco. Claro que, aquel era el barco más lujoso, seguro y perfecto de todos los tiempos, o eso decían. Había pagado setenta y nueve libras por un pasaje de segunda clase en un camarote individual, pero viendo la diferencia que había en el precio de los billetes de esa categoría era fácil pensar en lo dife-rente que sería la gente que viajaría con él. Los pasajes de tercera apenas costaban siete libras. A lo mejor, debería haber gastado un poco más y haber viajado

en primera, pero le habían dicho que el nuevo buque de la White Star Line era tan lujoso que las habitaciones e instalaciones destinadas a segunda eran como las de primera de los demás barcos que hacían ese mismo recorrido. No le pareció necesario mayor dispendio.

Pontiac estaba inquieto. No le satisfacía en absoluto tener que dejar su valiosa mercancía en la bodega del barco. En el tren había tenido que ponerla en el vagón del equipaje, pero el trayecto era corto, otra cosa bien diferente era la larga travesía por mar, y los efectos del salitre y la humedad. Por esa razón había encargado una caja blindada, que le estaría esperando en el puerto de Southampton, en la que colocaría su reciente adquisición. Le habían dicho que aquellas cajas eran estupendas, que quedaban como selladas y nada podía entrar o salir de ellas. Y eso era lo que esperaba, porque con el precio que había pagado… Aun así, no las tenía todas consigo, la bodega no era sitio para su princesa egipcia.

Elmer Smith era un arqueólogo americano, con bastantes ínfulas, que había caído preso de la atracción por el Antiguo Egipto desde que era un niño. Estudió mucho la materia y soñó, durante más tiempo aún, con viajar al país del Nilo en busca de tesoros de la época faraónica. Pero las cosas no habían salido como él quería y nunca, en toda su vida, había puesto un pie en el país de sus sueños. La vida le había alejado de la profesión para la que se había estado prepa-rando durante muchos años. Su padre había fallecido siendo él muy joven y se había tenido que hacer cargo de la empresa familiar. Preocuparse de la fabricación de piezas de ropa distaba mucho de sus aspiraciones, pero el sustento de su familia dependía de ello.

En poco tiempo, había conseguido dirigir una empresa próspera que le había hecho ganar mucho dinero. Eso le dio nuevas alas para soñar. Pero tenía una esposa, Aileen, que no le permitía alejarse demasiado de ella, era tan celosa y posesiva que el único sitio al que no le acompañaba era a la fábrica. Ser rico le había proporcionado muchos contactos, había conocido a gente muy interesante en todo ese tiempo; hacía un par de años al flamante director del Metropolitan Museum of Art, Edward Robinson. Ed era un tipo estupendo que le había dejado colaborar con él en algunas ocasiones. Elmer se había convertido en uno de sus cazatesoros egipcios y su vida había dado un cambio de ciento ochenta grados. En cuanto entró a trabajar en el servicio de adquisiciones del museo, Smith se cambió el apellido. Pontiac era mucho más exótico y distinguido, le daba cierto aire de misterio, pensó.

Cuando Pontiac supo de la existencia de aquella momia olvidada sobre la que, según decían, pesaba una terrible maldición, no pudo resistirse a comprarla. Había viajado a Londres por varios asuntos y la ocasión le salió al paso. La momia llevaba más de diez años olvidada

en un guardamuebles. Su propietario, un viejo Lord según decían, la había metido allí para deshacerse de ella y acabar con su maldición. Pero Pontiac no creía en esos cuentos de viejas, era un tipo pragmático y del todo escéptico. Las maldi-ciones no existen. Las momias están muertas y bien muertas. Aquella, en concreto, había pasado a mejor vida hacía miles de años. Había que temer a los vivos, no a los muertos. Además, una momia luciría impresionante en las galerías de arte egipcio del Metropolitan Museum. A Robinson le iba a encantar, sin duda.

Cuando llegaron a la estación de Southampton, el gentío y las prisas lo pusieron de mal humor. La gente corría por los andenes en dirección al puerto, como poseídos por una extraña locura. Era una estupidez, porque el barco no iba a zarpar hasta que no llegaran los pasajeros de primera clase que viajarían en un tren que partiría mucho después de aquel en el que ellos habían viajado. Eran poco más de las nueve de la mañana y el pasaje de primera no se esperaba hasta pasadas las once. No entendía a qué venían tantas prisas y aquel descontrol le incomodaba. Andaba demasiada gente sin educación y sin clase por allí.

Nada más bajar de su tren, un mozo de estación se dirigió a él.

—¿Es usted el señor Pontiac?

—Sí.

—Tenemos aquí su caja. ¿Cómo se la va a llevar?

—¿Podrían conseguirme un carro?

—Por supuesto. ¿A dónde tiene que llevarla?

—Al almacén de Tom Willerm, ¿lo conoce?

—Sí, claro. Está aquí mismo.

—Pues allí es adonde la he de llevar. Luego, embarcaremos en el Titanic.

—¿Se embarca usted en el Titanic?

—Se lo acabo de decir.

—Menuda suerte. No se puede imaginar lo que yo daría por poder viajar en ese buque…

—Ni lo sé ni me interesa, se lo puedo asegurar. ¿Dónde está ese carro?

Tom Willerm era un hombre bajito y cabezón, desaliñado, de aspecto desagradable. Pero, Pontiac solo quería que le diera aquella caja que le había encargado por telegrama hacía unos días, no quería ser su amigo ni invitarlo a tomar el té en su casa, así es que le daba del todo igual.

—Aquí la tiene, tal y como me pidió. ¿Qué diablos va a meter ahí dentro? ¿Un cadáver?

A Pontiac le pareció grosero el tono con el que aquel hombre se dirigía a él, por otro lado, muy acorde con su aspecto. Por un

momento, pensó que era muy mal educado, que no era nada correcto inmiscuirse en los asuntos de un cliente al que no conocía de nada, menuda falta de discreción y de respeto. Pero en vez de decirle que se metiera en sus asuntos, le respondió con una sonrisa:

—Efectivamente.

Willerm se quedó mudo al principio, pero debió de pensar que se trataba de una broma porque enseguida soltó una sonora carcajada y dio el tema por zanjado. Pero, Pontiac no se dio por satisfecho.

—¿Serían tan amables de ayudarme a colocar el cadáver dentro de la caja?

Willerm se quedó paralizado, sin saber qué hacer, con una expresión bobalicona en el rostro y los ojos muy abiertos. Y como si aquello no le hubiera extrañado, sin dejarse inti-midar, instó a dos de sus empleados a echar una mano al arqueólogo.

—Vamos, muchachos, ayudad al caballero.

Pontiac pidió una palanca para poder levantar la tapa de la caja de madera. Cuando lo hizo, la imagen que contemplaron los presentes fue tan grotesca como espantosa. Un bulto de forma humana cubierto de sucias vendas yacía allí, como salido de la peor de las pesadillas. El gesto de espanto invadió el rostro de Willerm y sus hombres, así como el del conductor del carro que esperaba para llevar al hombre a su embarcadero.

—¡Dios mío! ¿Pero qué demonios es esa basura?

—¿Basura, dice? Por favor, señor Willerm, es usted tan rudo e ignorante como parece.

—Lo que usted diga, pero llévese esa mierda de mi almacén. Huele a demonios.

—Esa «mierda», como usted la llama, es la momia de una princesa del Antiguo Egipto.

—Como si quiere ser la de la reina madre, señor, huele a basura y su aspecto es aún más desagradable. Sáquela cuanto antes de aquí o me espantará a la clientela.

Pontiac pagó lo acordado y salió de allí murmurando improperios. Dio orden al conductor del carromato de diri-girse hacia el amarradero 44 y le pidió que le esperara. Él prefirió ir dando un paseo, durante unos cuantos días no vería más que agua por todas partes, así que le pareció una buena idea aprovechar sus últimos momentos en tierra firme. Luego, mientras caminaba mezclándose con el gentío; pasajeros y curiosos, entre ellos muchos periodistas; le pareció que no había estado del todo acertado en su decisión, pero entonces ya era un poco tarde. Cuando finalmente llegó al muelle, se abrió paso como pudo entre la multitud. Al pie de la pasarela de embarque por la que accedería al barco, se hallaba el mozo que había conducido el carro en el que viajaba su equipaje.

—Aguarde aquí unos instantes —le dijo.

—Pero, señor, no puedo demorarme demasiado, mi encargado…

Pontiac metió unos billetes en el bolsillo del muchacho.

—Si su encargado le dice algo, dele una de mis tarjetas de visita.

El chico sonrió mientras se llevaba la mano al bolsillo, emocionado, intentando notar al tacto cuánto dinero le había dado aquel hombre. Pontiac ascendió por la pasarela. Antes de desaparecer en las entrañas del Titanic, se giró para contemplar el bullicio del muelle. La cola de personas detrás de él era importante, pero no tanto como las de tercera clase. Pontiac estaba decidido a hacer lo que fuese necesario para impedir que su tesoro arqueológico viajara en las entrañas del barco. Estaba seguro de que había un lugar mejor, más seguro y privilegiado para los objetos de gran valor. Si no era así, él estaba dispuesto a meter la caja en su camarote si era necesario. Apenas unos minutos después de su acceso al buque, cinco miembros de la tripulación salieron por la puerta de embarque por la que él había desaparecido y subieron la caja de la momia al barco sin dar explicaciones.

Y mientras cientos de pasajeros de segunda y tercera clase continuaban embarcándose en el gran buque, muchos de ellos ilusionados con ese viaje hacia una vida mejor, un hombre desembarcaba indignado y se alejaba del muelle. David Blair descendió por una de las pasarelas de madera con gesto contrariado. Apenas unas horas antes de la inminente partida del barco, había recibido un telegrama urgente en el que se le anunciaba que había sido relevado de la tripulación. Sus espesas cejas pelirrojas le daban mayor empaque a su ceño fruncido. Llevaba meses soñando con ese día, incluso había estado presente en las pruebas de mar junto al capitán Smith, y ahora esta maldita contrariedad. Le decían en el telegrama que había recibido por toda explicación, que por un cambio de mando de última hora, ocupando su lugar, haría el viaje, en el buque más magnífico del mundo, Charles Lightoller. Se había cruzado con él cuando se despedía y al otro le daban la bienvenida. Aunque tenía cara de buen tipo y no era culpable de nada, Blair no pudo evitar sentir una profunda inquina hacia él. El disgusto se le pasaría, seguro, y también su animadversión por aquel pobre tipo que, al igual que él, se limitaba a cumplir órdenes.

Malditas jugarretas del destino que lo alejaban de aquella maravilla de la ingeniería, del gran coloso de los mares. Blair se giró para echar una última mirada al buque y, cabizbajo, se alejó de allí. «Este es un barco magnífico. Me siento muy decepcionado por no participar en su primer viaje», escribiría, horas después, en una postal que envió a su cuñada, justo cuando el Titanic ya había zarpado sin él a bordo.

37

Charles Lightoller se sentía feliz. Nunca había podido, siquiera, imaginar que formaría parte de la tripulación que manejaría el Titanic en su travesía inaugural, pero el destino le había hecho este regalo y pensaba disfrutarlo al máximo. Aunque eso no evitaba que le hubiera dado un poco de pena ver la cara de Blair, el hombre al que había venido a sustituir. Observó que su pálido rostro, invadido por las pecas intrínsecas a su condición de pelirrojo, había perdido más aún su color y mostraba un gesto compungido. Pero nada se podía hacer: órdenes son órdenes y había que cumplirlas.

Mientras se efectuaba el embarque de los pasajeros, horas antes de la inminente partida, Lightoller, convertido en el flamante segundo oficial del RMS Titanic, recorría el buque acompañando a William Murdoch, el primer oficial, que le mostraba el lugar en el que iba a prestar servicio durante los próximos días. El capitán E. J. Smith le había dado la bienvenida a su barco al tiempo que le expresaba su extrañeza y su contrariedad ante aquel inusitado cambio de última hora, pero no lo había cuestionado. Smith había notificado a la empresa su deseo de jubilarse tras completar aquella travesía para poder pasar más tiempo con su mujer y su hija. El segundo oficial dedujo que no quería tener problemas y que por eso callaba. Su único objetivo consistía en llevar el barco a buen puerto y, luego, se olvidaría para siempre de la vida en alta mar.

El Royal Mail Steamship Titanic era aún más mara-villoso de lo que había imaginado. Como muchos otros curiosos, Lightoller había seguido de cerca los avances en su construcción, desde que comenzó en el año 1909, apenas hacía tres. Sabía que incorporaba los últimos avances en tecnología marina, que tenía un doble fondo compuesto por un casco exterior de planchas de acero de dos centímetros y medio de grosor y otro exterior un poco menos grueso. Eso, sin mencionar que estaba dividido en quince mamparos transversales estancos. Aseguraban que el barco podría seguir a flote incluso con dos de esos compartimentos comple-tamente inundados. Eso lo convertía en una embarcación prácticamente insumergible. Era una obra de arte de la tecnología, un verdadero milagro del progreso.

Y si técnicamente era una máquina impecable, estéticamente era igual de perfecto o más: un verdadero hotel de lujo flotante. Aunque no le había dado tiempo de ver los camarotes de primera clase, que decían que eran maravi-llosos, Lightoller se podía hacer una idea de cómo debían de ser solo viendo la maravillosa escalinata de proa. El

barco tenía siete cubiertas para pasajeros, un comedor para cada clase, además de: biblioteca, gimnasio, salas de lectura y de fumadores, comedor a la carta, piscina interior, baños turcos, pista de squash, peluquería… Le costaba imaginar tanta maravilla y, aunque no lo hubiera confesado ni bajo tortura, se sentía intimidado ante aquella grandeza y semejante lujo. Algunos de los pasajeros con los que se fue cruzando parecían tan maravillados como él. Eso, por no hablar de los muchos curiosos que se habían congregado en el muelle solo para ver partir al barco, y que llevaban horas allí esperando. Lo sentía por Blair, pero estaba encantado de aquel cambio de última hora que le iba a permitir viajar en el objeto movible más grande jamás construido por el hombre.

Justo a la hora prevista, el silbato del RMS Titanic dejó oír su voz en el amarradero 44 del puerto de Southampton. Los curiosos y familiares que agitaban sus manos para despedir a los afortunados viajeros sintieron un escalofrío al oírlo, el vello de la piel se les erizó de la emoción. Las cuatro chimeneas del buque, una de ellas, un mero elemento decorativo según le había contado Murdoch; se alzaban desafiantes, majestuosas contra el cielo que parecía pintado de un azul intenso para la ocasión. El sol lucía en lo alto del firmamento alumbrando el gran día. Parecía un buen presagio. El capitán Smith, un hombre curtido por los años de vida en el mar, duro como su posición de mando requería, pero calmado y de voz suave, dio la orden de soltar amarras con determinación. Los vítores y aplausos se hicieron más intensos: el gran momento había llegado. Las cubiertas estaban llenas de pasajeros y tripulantes que no querían perderse el acontecimiento.

Aunque algunos se veían obligados a no verlo, como les ocurría a dos jóvenes aprendices que se habían embarcado en Belfast y que estaban acabando de recoger las herra-mientas y los escombros de una reparación de última hora. William Henry Campbell era el ayudante de carpintero del Titanic. A sus veintiún años se sentía el hombre más afor-tunado de la tierra por haberse podido embarcar. Soñaba, desde hacía semanas, con el día en el que vería quedarse atrás tierra firme mientras se alejaba de ella a bordo de la nave más espectacular que nadie había visto jamás. Y ahora estaba allí, con Enni Hastings Watson, que tenía quince años, y que se había embarcado con él como ayudante de electricista. Ninguno de los dos pensó jamás que se perdería precisamente aquel momento. Ambos muchachos recogían, a toda prisa, en un intento de llegar a tiempo para presenciar la partida.

—Vamos, vamos, vamos… —insistía William.

—¡Cabeza de mulo! No me pongas más nervioso que se me caen las cosas de las manos.

—No sé si eres más tonto o más lento.

Mientras se decían estas cosas, reían, pese a que perderse aquel momento les preocupaba muchísimo: ¿cómo iban a relatárselo a sus familiares y amigos con pelos y señales? Habían oído el silbato sonar tres veces. El barco se empezaba a mover arrastrado por los remolcadores justo cuando entraron en uno de los cuartos donde se guardaban las herramientas, en la parte posterior del puente de mando. El mayor estaba a cargo de las llaves, pero fue Enni el que tuvo la idea de abrir aquel otro cuarto, justo al lado, al que nunca les habían dejado entrar.

—¿Estás loco? No pienso hacerlo. Hutchinson confía en mí y no pienso hacerle quedar mal. Imagínate que nos pillan.

—No nos van a pillar. Además, Hutchinson es un engreído. ¿Qué se cree, que porque él es el carpintero ya es mejor que tú?

—No digas tonterías. Hutchinson es un buen tipo. Igual que Marsh. Dudo mucho que otro se hubiera llevado de ayudante a un niñato como tú.

—Venga, no seas cagado. No volveremos a tener otra oportunidad como esta…

William dudó un instante. Hutchinson era apenas cinco años mayor que él, pero le infundía mucho respeto. Se habían conocido trabajando en los astilleros de Harland & Wolf en Belfast y llevaban un tiempo trabajando juntos. Siempre le había tratado con respeto y amabilidad, que era mucho más de lo que solían hacer otros. Pero también era cierto que con aquello no le hacían daño a nadie. No tenían por qué pillarlos, ahora todos estaban en cubierta, y sería solo un momento. William metió la llave en la cerradura del otro compartimento ante la mirada satisfecha de Hastings.

—Venga, echamos un vistazo y nos vamos a ver cómo zarpamos.

Hastings asintió con la cabeza y empezó a mirar aquí y allá, a toquetear cosas. Una extraña caja alargada, del tamaño y la forma aproximada de una caja de muertos, le llamó la atención.

—¿Qué demonios es esto?

—Parece una caja blindada.

—¿De este tamaño? ¿Y qué puede haber dentro?

—Haya lo que haya no nos importa.

—Vamos, Willy, no seas aguafiestas. Vamos a ver lo que hay dentro.

Sin esperar el consentimiento de su amigo, Hastings abrió la caja. Mientras levantaba la tapa, un olor penetrante a podrido le sacudió por dentro.

—¡Dios! ¡Es asqueroso!

—¡Cierra eso, Hastings! Quita tus manazas de ahí. No nos interesa para nada saber lo que hay en esa caja; para nada, ¿me oyes?

Desde donde estaba, William no había visto el contenido de la caja,

pero le había parecido ver surgir de su interior una especie de masa transparente, una especie de niebla. No sabía si era real o el producto de su imaginación, pero estaba aterrorizado. Hastings no insistió más, aquella pestilencia le había dejado aturdido. Se levantó con dificultad del suelo, adonde se había arrodillado, y salió de allí prácticamente arrastrado por su compañero.

—Vamos, corre, a lo mejor aún estamos a tiempo de ver algo.

En el exterior, varios remolcadores habían empezado a retirar el buque del puerto, haciéndolo avanzar a través del río Test. Despacio al principio, aumentando poco a poco la velocidad para ayudarlo a tomar posición en el canal. Era impresionante, se veía majestuoso, tanto que las aguas pare-cían retirarse a su paso. Y lo cierto era que se retiraban a ambos lados de la embarcación, haciendo mucho ruido. En aquel momento clave de la salida, las potentes hélices en marcha y la enormidad del casco hicieron que se desplazara una gran cantidad de agua, como si de un maremoto se tratara. Por su lado de estribor se fue disipando por el río, pero, por babor se estaba quedando retenida entre el barco y los mamparos del muelle, y empezó a palparse la tensión.

En el amarradero 38, muy cerca de allí, se encontraban el Oceanic y el New York, fuera de servicio, a la espera de la llegada de carbón. La huelga de la minería, que había comenzado a principios de año, había hecho peligrar hasta la partida del Titanic. Tanta fue el agua que levantó el buque más grande, seguro y lujoso del mundo, al pasar al lado de los otros dos barcos, que se creó un vórtice que provocó una gran sacudida. Las cuerdas que sujetaban al New York se rompieron ante la mirada de pánico de quienes lo estaban viendo. Las aguas del Test se agitaban como si en su interior dos colosos se hubieran enzarzado en una lucha titánica: era Tritón luchando contra su padre Poseidón. Las respiraciones se contuvieron. Algunas damas se llevaron la mano a la boca para ahogar un grito que otras ya habían dejado escapar. Los barcos iban a colisionar sin apenas haber salido del puerto. Fue estremecedor.

Pero el intrépido y observador capitán Gale, a bordo del Vulcan, desplazó su trasbordador hasta colocarlo justo detrás del New York en una maniobra certera. Sus muchos años en la profesión le habían dotado de un instinto y una capacidad de reacción envidiables. Como si en ello le fuera la vida, a voz en grito ordenó a su tripulación que lanzara un cable a la aleta de babor del buque. Por unos instantes, su barco pareció un ballenero que luchara con aquel extraño cetáceo. De esta manera, consiguió frenar la desviación, no sin un considerable esfuerzo, y a punto estuvieron de ser arrastrados en su intento. Pero los gritos de pánico dieron paso a una ovación generalizada. Smith, en el puesto de mando del Titanic, respiró aliviado. Hubiera sido terrible

para su impo-luta reputación aquel desafortunado percance justo el primer día que su barco entraba en servicio, precisamente en la travesía con la que pensaba poner fin a su exitosa carrera. Aquel percance le hubiera convertido en el hazmerreír de la profesión, de todos los marineros que surcaran las aguas del mundo, ya fueran dulces o saladas. Era consciente de que se habían librado de una buena.

El inoportuno contratiempo se saldó con más de una hora de espera en el puerto de Southampton mientras el New York y el Oceanic eran amarrados y puestos a salvo. Pero aquella hora de retraso con respecto a la prevista no era un problema para un barco de las características del Titanic. Resultaría fácil recuperarla durante el trayecto a Cherbourg. Allí tenían que recoger más pasajeros y algunas sacas de correos. El prodigio de los mares era capaz de alcanzar una velocidad máxima de veinticuatro nudos. Con aquel barco sería capaz de remontar el retraso sin problemas y de superar otras muchas dificultades, Smith se sentía seguro de sí mismo y de su barco.

Cuando la impaciencia de los pasajeros ya empezaba a hacerse patente, también la de la multitud que esperaba en el puerto para la despedida, finalmente el Titanic puso rumbo a la primera parada de su travesía, la ciudad de Cherbourg en Francia, en la región de la Baja Normandía. El buque surcó majestuoso las aguas del canal de la Mancha, ese brazo de mar que comunica el Atlántico con el mar del Norte y que sirve de frontera líquida entre la isla de Gran Bretaña y el país galo. La suave brisa acariciaba el rostro de los pasajeros que paseaban por todas las cubiertas, sin importar que fueran de primera, segunda o tercera clase: la brisa no entiende de posición social.

En esos instantes, a mucha distancia de allí; David Blair, segundo oficial del Titanic relevado de su puesto y trasla-dado horas antes de que el barco iniciara su viaje inaugural, se daba cuenta de que en uno de los bolsillos de la chaqueta de su uniforme había una llave. En la placa que le servía de llavero podía leerse la siguiente inscripción: «Crows Nest Telephone Key». Sintió que el cielo se le caía encima cuando se dio cuenta de que había olvidado entregar a su sustituto, el primer oficial Charles Lightoller, la llave que abría el compartimento en el que se guardaban los binoculares que se utilizarían en la cofa del Titanic. Pero ya era demasiado tarde: el barco había zarpado.

38

La imagen del Titanic varado frente a la costa francesa era impresionante. La silueta del buque estrella de la White Star Line se recortaba contra el cielo suspendida sobre la línea del horizonte. Atardecía, y aquella visión se convirtió en una estampa de postal. Los pasajeros que se embarcaban en Cherbourg habían realizado un viaje de seis horas desde París a bordo del Train Transatlantique. Estaban cansados por el viaje, y la espera se les había hecho eterna. Pero ahora, a bordo del SS Nordic, el trasbordador que los llevaba hacia el buque, mientras contemplaban la impresionante silueta de aquel coloso de los mares, se sentían felices.

Eran poco más de la ocho de la noche cuando, ya insta-lados en sus camarotes a bordo del Titanic, pusieron rumbo hacia Irlanda, en donde harían su última escala antes de surcar las frías aguas del Atlántico. La noche fue extendiendo su capa de paño oscuro sobre la tierra y el agua. Y los cientos de luces, que iluminaban el mayor trasatlántico del mundo, brillaron sobre el océano como un ejército de luciérnagas.

Elmer Pontiac abandonó temprano el comedor de segunda clase que se hallaba en la cubierta D y en el que tenían cabida casi cuatrocientos comensales, según le habían infor-mado. Cuando entró en el salón, no había más que dos o tres mesas ocupadas. Enseguida, acudió a atenderle un cama-rero que tomó nota de su pedido: consomé de tapioca, de primero; cordero con salsa de menta, de segundo; y un helado de vainilla, de postre.

—¿El señor tomará café después de los postres?

—No, gracias.

Prefirió no tomarlo para no desvelarse. Ocupaba uno de los más de doscientos camarotes situados en la cubierta D, uno de dos camas con muebles de caoba y, pese a que estaba equipado con todo tipo de comodidades, mucho se temía que le iba a costar un poco dormirse. Estaba agotado, cierto, pero la excitación de aquel día le mantenía algo tenso. Ade-más, estaba preocupado por saber en qué condiciones se hallaba la pieza más frágil de su equipaje.

Acabó de cenar y comenzó a subir en busca del exterior, ya que se hallaba cinco niveles por debajo de cubierta. Subió por la gran escalinata de popa y volvió a maravillarse con su barandilla de roble tallada, con la exquisitez de las pinturas que la decoraban y, sobre todo, se volvió a reír ante la ocu-rrencia que habían tenido los decoradores al convertir aquel angelote regordete en una lámpara.

Miró hacia la cúpula de cristal y pensó que, si las luces del interior se apagaran, podría ver las estrellas.

Necesitaba salir al exterior para fumarse un cigarrillo y pasear un poco. Le apetecía sentir la brisa marina y ver la negritud nocturna del mar, de otra manera iba a seguir teniendo la sensación de no haberse embarcado nunca, tan parecido era aquel buque a un gran hotel. De paso, intentaría hablar con aquel oficial; Moody, le dijo que se llamaba; el que había aceptado acoger su «paquete» en un lugar cerca de la cabina de mando donde, le aseguró, estaría mucho más seguro.

A unos metros de allí, en otra zona del buque donde se hallaban las habitaciones de la tripulación, William Campbell y Enni Hastings no podían dormir. Hastings porque aún intentaba discernir qué era lo que había visto, y por qué aquel olor pestilente, que había salido del interior de la caja blindada, se le había metido dentro y sentía ganas de vomitar. William no conseguía pegar ojo porque su amigo no dejaba de hablarle.

—Necesito saber qué es esa cosa.

—Duérmete ya, Hastings.

—¿No sientes curiosidad? ¿Y si estamos transportando un cadáver? ¿Te gustaría ser cómplice de un asesinato?

—Pero, ¿qué diablos estás diciendo? No consta en ningún sitio que transportemos un cadáver, somos dos mil doscientos veintisiete pasajeros, y todos estamos vivos. Si hubiera algún muerto, como miembros del personal de servicio que somos, nos hubieran informado.

—¿Estás de guasa? Tú y yo somos los últimos monos de este barco. Seguro que llevamos un muerto y no nos han dicho nada.

—Duérmete ya, ¡demonios! Sea lo que sea lo que hay en esa caja no es de nuestra incumbencia. Acabarás por buscarnos un problema.

William había levantado la voz y alguien se había despertado. Lo supo cuando les mandó callar de malas maneras. Ambos muchachos guardaron silencio. William porque intentaba dormirse. Hastings porque maquinaba la manera de volver a entrar en aquel cuarto y averiguar qué demonios era la cosa pestilente que apenas había podido vislumbrar. Bajo su almohada, guardaba una pastilla del carísimo jabón Vinolia Otto, que había conseguido birlarle a una de las limpiadoras cuando iba a ponerlo en los aseos de las suites. Su madre se iba a poner muy contenta cuando se lo diera, nunca nadie le había regalado algo así.

Unos cuantos niveles por encima de ellos, dos hombres charlaban en la elegante sala de fumadores de segunda clase. Sentados en los sillones de cuero oscuro tomaban un café. Pontiac, finalmente, había cedido a la tentación. Frente a él estaba sentado el sexto oficial James Paul Moody, un joven de poco más de veinte años, alto, y de cabello y

tez claros.

—Pero siéntese, por favor, y tome algo, oficial Moody. No puedo por menos que corresponder a su amabilidad.

—Muchas gracias, señor Pontiac, pero no estaría bien. He acudido a verle porque me han dicho que había preguntado por mí. Y, de hecho, también yo tengo algo que decirle.

—Adelante, pues; usted primero, mi querido amigo.

—No, señor, usted dirá. ¿Necesita algo?

—Simplemente quería encontrar la manera de agradecerle su amabilidad —dijo, haciendo especial hincapié en lo del agradecimiento.

—En absoluto, señor, no hay nada que agradecer, inten-taba cumplir con mi deber de velar por la comodidad de todos nuestros pasajeros.

—En cualquier caso, quisiera hacer algo por usted para corresponderle.

—No es necesario. En cuanto a lo que yo tengo que decirle… Tiene que ver con su caja. Me dicen los operarios que no puede estar en el lugar en el que se halla en estos momentos, que dificulta el paso en aquella estancia y que, seguramente, mis superiores no acabarían de ver con buenos ojos que me haya tomado la libertad de tener esa iniciativa.

—¿A qué iniciativa se refiere?

—A permitir que la caja se quede en una de las estancias del barco y no en una de las bodegas como el resto de bultos.

—Ya le dije que se trata de una mercancía muy frágil, extremadamente delicada.

—A juzgar por la caja que la contiene me atrevo a pensar que ya ha tomado usted precauciones para que pueda finalizar el viaje en perfectas condiciones.

—Verá, oficial Moody, dentro de esa caja hay una momia de más de tres mil años de antigüedad.

La cara del marinero cambió de expresión. Durante unos segundos estuvo fuera de juego sin saber qué decir. Consiguió hablar titubeando.

—Si es algo tan valioso… tal vez la compañía debería reconsiderar su decisión.

—Se lo agradecería encarecidamente, señor Moody. Se trata de una reliquia muy valiosa, todo un patrimonio de la humanidad. Preservarla es preservar importantes vestigios de la historia del hombre. Es una página de la historia que no puede arrancarse, como usted comprenderá.

Moody volvió a dudar, por un segundo.

—Por nada del mundo quisiera la White Star Line causar un

perjuicio a tan noble empresa… ¿Sabe qué? Nadie tiene por qué enterarse. Dejemos las cosas tal y como están. Si alguien pregunta por el objeto en cuestión, ya le daremos la explicación pertinente en su momento.

—Un día la Historia se lo agradecerá.

Aquella palabra dicha de manera tan solemne y con mayúscula, Historia, dejó al joven impresionado. Moody decidió no comentar nada del asunto a sus superiores, aunque tampoco aceptó compensación económica alguna o de ningún otro tipo por el favor prestado. Aquella noche, el Titanic surcó las aguas tranquilas del Atlántico y sus pasajeros y tripu-lantes durmieron un sueño relajado después de un largo día de intensas emociones. La brisa del mar soplaba suave. El océano era un espejo que devolvía la imagen insondable del coloso de la ingeniería naval, fruto de los delirios de grandeza de esa criatura extraña que es el hombre.

A las once de la mañana del día 11 de abril, un jueves, el Titanic llegaba a su segundo destino. Era la última escala antes de partir hacia la ciudad de Nueva York. Una vez más, el puerto de Queenstown era demasiado pequeño para las prodigiosas dimensiones del buque, por lo que quedó anclado a unas dos millas de la costa irlandesa. Durante esa mañana, los transbordadores Ireland y América embarcaron a un buen puñado de pasajeros, sacas de correos y diversas mercancías. Quedaba un buen trecho de viaje hasta que volvieran a avistar tierra y había que abastecerse. Lucía el sol y no soplaba el viento, el día podía calificarse de perfecto. El Titanic parecía una enorme flor de loto flotando en las aguas calmas frente a la costa irlandesa.

A eso de la una y media de la tarde, cuando todos los pasajeros ya estaban a bordo y se habían cargado los víveres y todo lo demás, el capitán Smith dio orden de izar la bandera de los Estados Unidos que ondeó sinuosamente en el mástil. Mientras el Titanic se dirigía hacia aguas abiertas, se podía ver cómo la verde Irlanda iba quedando atrás, haciéndose diminuta en la distancia, como un paisaje de maqueta de tren. Por delante, una extensión infinita de agua salada, y en el horizonte un viaje y un destino de ensueño.

39

Tal y como era deseable, los dos días siguientes fueron de profunda calma, el océano parecía una balsa de aceite. Los pasajeros del RMS Titanic disfrutaron de una plácida travesía durante todo el viernes y el sábado, entregándose al ocio y la relajación. Hasta los más pobres se sentían un poco más ricos, pudiendo gozar de aquel palacio flotante y de tan estupendo viaje. El buen tiempo y la tranquilidad hacían que reinara el optimismo. Soplaba un viento suave y el mar estaba en calma. Se oían las risas de los pasajeros que participaban en los juegos que se habían organizado en las cubiertas de primera clase. Si cerrabas los ojos, podías transportarte a cualquier otro lugar, desde la Costa Azul hasta la playa de la Concha en San Sebastián, Santorini… lugares de recreo y mar. Todo eran buenos presagios.

Pero en el Atlántico Norte, aquel viento suave tan persistente había provocado que se separaran algunos icebergs de las plataformas de hielo de Groenlandia, que comenzaron a flotar a la deriva como pétalos de una flor deshojada. Cada año, entre diez y quince mil grandes icebergs o capas de hielo más pequeñas son arrastrados por la corriente hacia el sur. Pero aquellos días en el sur, las temperaturas aún eran lo suficientemente bajas como para que los bancos de hielo, empujados en esa dirección por la corriente, no se derritieran con la rapidez habitual y acabaran convertidos en sólidos fantasmas flotantes. El peligro de icebergs a la deriva se hacía inminente, aunque los pasajeros de los barcos que navegaban por la zona seguían paseando y disfrutando de la excelente travesía.

Aquella mañana, temprano, nada más levantarse, Enni y Will habían vuelto a conversar sobre la misteriosa caja y su contenido. Mientras Will insistía en olvidar el asunto, Enni se empecinaba en averiguar a toda costa qué había allí dentro guardado. Se había pasado media noche en vela, dándole vueltas al tema.

—Tal vez, podríamos intentar averiguar algo. Preguntaré a ver si alguien sabe quién es el propietario. Así podríamos dirigirnos directamente a él.

—Definitivamente te has vuelto loco, Enni Hastings. ¿Tú quieres que nos despidan?

—Vamos, Will, un poco de entretenimiento no nos va a venir mal. Tenemos por delante tres largos días de aburrimiento.

—Se te olvida que hemos venido a trabajar, Hastings.

—No nos engañemos, Will, aquí ya no hay nada más que hacer. Está todo en perfecto estado, este barco es indes-tructible y está

nuevecito del todo. No creo que tengamos que hacer ninguna reparación, seguro; al menos, en este viaje, no.

—Da igual, Hastings, no me voy a jugar el puesto por una tontería. Si molestamos a algún pasajero nos van a llamar la atención, como poco. No puedes ir por ahí preguntándole a la gente qué guarda en su equipaje como quien pide la hora. Te la estás jugando y lo sabes. Y no voy a dejar que me arrastres contigo.

Enni Hastings acabó de vestirse y asearse en silencio, mientras Campbell continuaba con su diatriba explicándole los problemas en los que se podían meter si seguía adelante con aquella estúpida obsesión. Pero no era una obsesión. Era una necesidad. Necesitaba saber qué era lo que había podido apenas intuir bajo la tapa metálica, aquello que aun sin saber qué era, le había helado la sangre. Había creído sentir el aliento del infierno en el rostro cuando entreabrió la caja. Si Campbell seguía negándose a ayudarle, no le iba a quedar más remedio que hacerlo solo, pero estaba decidido a descubrir qué se escondía en el interior de la misteriosa caja metálica. Seguro que era algo importante, porque nadie gastaría lo que vale una de esas cajas para guardar algo que no fuera valioso.

En el otro extremo del barco, Elmer Pontiac se disponía a soportar la travesía de la mejor manera posible. Ahora que sabía que la momia estaba a salvo en uno de los compartimentos del puente de mando y no en la atiborrada bodega, se había relajado y podía empezar a disfrutar del viaje. Le gustaba viajar, le gustaba el mar, pero al tercer día de verlo por todas partes empezó a resultarle un poco agobiante. Y no quería pensar, porque, si lo hacía, le invadía una especie de extraña claustrofobia acuática. Si no lo pensaba, podía imaginar que estaba en un lujoso hotel en cualquier hermosa ciudad de la vieja Europa. Por eso, se pasó el día entre el salón para fumadores y la biblioteca. Apenas había salido a tomar el aire a cubierta, y pensaba hacer exactamente lo mismo al día siguiente. Acabaría de leer su libro de poesía y le hincaría el diente a alguno más de los que había comprado en las librerías de Cecil Court Street.

Aquella tarde, mientras seguía con fluidez la rutina de la vida a bordo del Titanic, llegó el primer aviso de proximidad de icebergs. Algunos barcos, que hacían la ruta, los habían divisado y avisaban a los que sabían cercanos. El telegrafista tomó el mensaje y se lo pasó directamente al capitán Smith que lo miró circunspecto, pero, en vez de colgarlo en el puente de mando, se lo dio personalmente a Ismay que, sin darle mayor importancia, se lo guardó en uno de los bolsillos de su chaqueta. Joseph Bruce Ismay no había querido per-derse la travesía inaugural del buque estrella de la compañía en la que ostentaba el cargo de presidente. Era una costumbre que tenía desde que ocupaba aquel puesto en la White Star Line, y esta vez con

muchos más motivos. El empresario británico se dirigió a su camarote, el B-52, que estaba situado justo detrás de la gran escalinata de primera clase. Se cambió de traje para la cena y dejó el papel con el aviso en la chaqueta que se acababa de quitar. Lo había olvidado completamente y no volvió a pensar en él en toda la noche.

Campbell y Hastings pasaron gran parte del día en las cubiertas, fumando o simplemente saboreando la brisa. Les encargaron un par de trabajillos para tenerlos ocupados y el resto del tiempo lo dedicaron a vaguear por el barco, cada uno por su lado. Enni Hastings no dejó de pensar en la caja misteriosa ni un instante. Se le ocurrieron mil posibilidades en cuanto a su contenido y otras tantas sobre la manera de acceder a ella. Por su parte, Campbell buscó todas las maneras posibles de darle esquinazo a Hastings, ya que estaba convencido de que acabaría hablándole del tema. Quiso la casualidad que se encontraran en el comedor. Will intentó disimular, pero Hastings no le dejó escapar.

—¡Will! Ven aquí, anda, siéntate a mi lado.

Campbell obedeció y se dejó llevar como una oveja que va al matadero.

—Ya tengo la solución.

—¿La solución a qué?

—¡He encontrado la manera!

—Diablos, Hastings, ¿sigues con eso?

Hastings no le respondió, estaba demasiado centrado en explicarle lo que había pensado.

—Mañana, a última hora, antes de cenar que es cuando las llaves regresan a su sitio, las cogeré. Y, mientras todos ce-nan, iremos al compartimento del puente de mando a acabar la faena.

—¿Faena? ¿Qué faena? ¿Iremos? ¡Estás loco, Hastings, rematadamente loco!

—Silencio, baja la voz. ¿Quieres que se entere todo el barco?

—Me importa menos que nada que se entere todo el mundo. No cuentes conmigo, Hastings. No pienso jugarme el puesto de trabajo por una de tus locuras. De lo que hagamos en esta travesía dependerá que volvamos a embarcarnos en este o en otro barco de la compañía. Y yo quiero volver.

—Eres un cagado.

—Soy responsable. Este es un buen trabajo y no quiero perderlo.

—*Ca-ga-do* —silabeó, con sorna.

—Prefiero ser un cagado que un irresponsable penden-ciero como tú.

—¡Cagado! —insistió Hastings, sacándole la lengua a su amigo.

William Campbell se levantó de la silla muy enfadado, mientras intentaba ignorar las carantoñas que seguía haciéndole el otro

muchacho.

—¡Campbell! —le gritó Hastings mientras sonreía—. Acuérdate: mañana, después de la cena. ¡No lo olvides!

Lo mejor era ignorarle. Por nada del mundo se iba a dejar arrastrar a aquella descabellada aventura. Salió del comedor tan rápidamente como pudo, uniéndose a un grupo de otros jóvenes empleados que iban hacia las estancias del servicio, a jugar un rato a las cartas. Campbell prefirió salir al exterior a tomar el aire para ver si se le pasaba el sofoco y la indignación que acababa de causarle la actitud de Hastings, le hervía la sangre.

—Menudo idiota —pronunció, en voz alta, mientras encendía un cigarrillo.

A unos cuantos metros de allí, en una de las cubiertas de segunda clase, Elmer Pontiac lanzaba el contenido de su pipa al mar. Le causaba cierto temor mirar hacia la insondable oscuridad del océano, le asustaba la posibilidad de que la pipa cayera y se hundiera en las entrañas del inmenso mar para siempre. Pero, al mismo tiempo, le producía un secreto placer saber que podía pasar, que tanto él como su pipa podían caer al agua y desaparecer para siempre. Así de contradictoria es el alma humana. Pontiac pensó en pedirle al oficial Moody que le dejara ver la momia, pero le pareció excesivo. Qué iba a pensar aquel joven oficial, o, peor aún: ¿y si con aquel gesto se descubría la pequeña trampa que había hecho, dándole trato de favor, y le hacían bajarla a las bodegas? Sería mejor no complicar las cosas, dejarlas tal y como estaban. De todos modos, ya quedaba muy poco para llegar a Nueva York.

40

Cuando Enni Hastings consiguió abrir, al fin, la tapa de la misteriosa caja que se hallaba en el compartimento prohi-bido del puente de mando, sintió como si el aliento del infierno acabara de escupirle en la cara. Lo que vio le dejó horrorizado. Podría jurar que algo se le había roto en el interior del cerebro y que hasta los ojos se le habían empañado a causa de aquella pútrida vaharada. Fueron muchas cosas las que le pasaron por la cabeza en aquel momento. Entre ellas, las veces que su amigo Will le había pedido que lo dejara estar. Ojalá le hubiera hecho caso. Un frío intenso se apoderó de su cuerpo causándole un dolor insoportable en el pecho. Entonces, empezó a verlos. La pequeña habi-tación estaba llena de ellos. Empezó a oír un persistente bisbiseo que fue haciéndose cada vez más audible, cada vez tenía más cerca a aquellas bestias diminutas. Estaban saliendo del interior de la caja, de las cuencas vacías del cuerpo reseco… se abalanzaron sobre él.

Will Campbell, en el exterior, apoyado contra la puerta, disimulaba al tiempo que montaba guardia para que nadie descubriera que Enni estaba dentro. Al final, se había dejado convencer, ¡maldita sea! Era débil, y Hastings lo sabía. El escaso rato, desde que el otro desapareció por detrás de la puerta, había transcurrido relativamente en calma. Apenas se había dejado ver un oficial que pasó por allí en dirección al puente de mando, y que le dio las buenas noches como si tal cosa. William había creído morir. Por un segundo, cuando el hombre abrió la boca para pronunciar el saludo, creyó oír que le lanzaba toda clase de maldiciones e improperios porque había intuido lo que su amigo y él estaban haciendo. Nada más lejos de la realidad. El primer oficial Murdoch pasaba por allí en medio de su turno de vigilancia y no tenía la menor sospecha de lo que estaban haciendo los dos jóvenes. Ni siquiera reparó en él y lo saludó por pura inercia. Campbell notó un escalofrío que creyó identificar como miedo, pero pronto se dio cuenta de que aquel frío manaba del interior de la estancia que estaba custodiando.

A esas horas, Jack Phillips estaba estableciendo contacto con la estación de Cape Race para enviar los mensajes de los pasajeros que todavía tenía pendientes. Sabía que aquel era el mejor momento de la jornada puesto que el campo tele-gráfico se triplicaba por la noche. Desde el Californian, que navegaba en las mismas aguas, llegó un mensaje de aviso que le enviaba Cyril Evans:

—Oiga, jefe, estamos parados rodeados de hielo.

Pero Phillips, el telegrafista jefe del Titanic, tenía dema-siado trabajo por delante. Debía enviar cientos de telegramas de los pasajeros. Muchos eran para saludar a la familia y decir que todo andaba bien, otros, por temas de trabajo o para pedir que un carruaje o un billete de tren estuvieran esperando puntuales a alguien al llegar a su destino. Rutina, aburrida rutina que se iba acumulando durante el día y que deseaba despachar cuanto antes. Estaba cansado y quería irse a dormir.

—Cállate —telegrafió Phillips a Evans—, estoy ocupado.

Desde el Californian, Evans volvió a insistir en un par de ocasiones, lo intentó cuanto pudo, pero, tras media hora de intentos fallidos, viendo que el Titanic no dejaba de comunicar, desistió de su empeño y se fue a dormir.

Sin la llave que abría los pequeños compartimentos de los puestos de observación donde estaban guardados los binoculares, Reginald Lee y Fred Fleet, tuvieron que enca-ramarse sin ellos a su puesto de vigilancia. ¿Dónde diablos habría ido a parar la llave? Se la debía de haber llevado Blair, el segundo oficial que había sido relevado. Maldito inútil, al final iban a tener que dar las gracias por que se hubiera quedado en tierra, ya que si todo lo hacía de la misma manera hubieran estado vendidos. Desde la cofa, los dos hombres oteaban el horizonte. Era una noche sin luz de luna. Sería muy difícil percatarse de la presencia de icebergs, porque ni siquiera iban a poder ver la luz refle-jada sobre su superficie; ni el movimiento de las aguas formando un círculo de espuma al chocar contra el hielo sólido, ya que el mar estaba completamente en calma. A la sensación de total indefensión y ceguera se sumó una neblina espesa emborronando el horizonte y la temperatura que comenzó a bajar de forma inusual. En menos de dos horas habían pasado de 6,1 a 0,5 grados. Reinaba un frío glacial.

Pasada media hora de las once de aquel fatídico 13 de abril, el vigía Fleet, que estaba a punto de dar por concluido su turno, divisó la oscura silueta frente al buque.

—¡Iceberg a proa! —gritó casi ahogándose, y tocó la campana con insistencia tres veces. El refulgente coloso helado se les venía encima. Fleet sentía el corazón latiéndole en la garganta.

Alertado por Fleet, el primer oficial William Murdoch ordenó girar rápidamente a estribor. El Titanic viró lentamente, las miradas suspendidas en la duda, los corazones encogidos… Pasaron al lado del iceberg, parecía que se habían salvado. Murdoch notó un crujido bajo sus pies mientras la imponente masa de hielo se perdía en la oscuridad. En las entrañas del Titanic, Walter Belford, el panadero, veía cómo iban a parar al suelo los bollos que estaba a punto de meter en el horno. Era como si alguien hubiera pasado un dedo gigantesco contra el lateral del barco, rozándolo, como si la nave hubiera pasado

por encima de miles de piedrecitas. Algunos pasajeros, que miraron por la ventana al oír el ruido, pudieron ver cómo pasaba frente a ellos la monumental masa de hielo. El barco no había podido salvar el obstáculo, su parte inferior había impactado con él.

Murdoch ordenó parar máquinas y se hizo un silencio lleno de preguntas. Muchos repitieron el gesto incons-ciente de poner la oreja, con atención, intentando oír algo más que el ruido que había vaticinado la colisión. El capitán Smith acudió al puente de mando como una exhalación tras ser informado. En el cuarto de calderas número seis, el mar había penetrado con toda su fuerza. Las compuertas al cerrarse habían estado a punto de dejar encerrado al fogonero Fred Barret, que se encontraba allí trabajando.

Muchos pasajeros comenzaron a salir de sus camarotes para preguntar qué había ocurrido. Salían en pijama, apenas con una bata o un chal por los hombros, a la búsqueda de algún camarero que les pudiera informar. Otros llamaban haciendo sonar el timbre que había en sus alcobas, esperando que acudiera algún miembro del servicio.

—Hemos chocado con un iceberg pero no hay peligro —decían los empleados del buque al ser interrogados.

En la proa del barco, por la parte de estribor, varias toneladas de hielo habían caído sobre la cubierta. El agua, que estaba entrando en el Titanic, empezaba a colarse por debajo de las puertas de los compartimentos más baratos que se encontraban en la parte más baja de la nave. Algu-nos pasajeros, que al oír el crujido del choque se habían levantado para ver qué ocurría, se mojaron los pies cuando intentaban levantarse. También vieron unos bichos negros que parecían flotar sobre el agua.

Pese a la expectación de los primeros momentos, la tripulación del insumergible Titanic estaba tranquila, pensando que su buque era capaz de navegar con varios compartimentos inundados. Smith mandó llamar rápidamente a Thomas Andrews, el constructor del coloso de los mares. Andrews también les había acompañado en aquella primera travesía. Estaba tan orgulloso de su barco que quería que fuera perfecto, por eso, la tarde anterior, mientras lo recorría, había anotado algunas de las cosas que había que cambiar tan pronto como llegaran a puerto. En su cuaderno de notas había escrito: «Color barandilla cubierta de paseo demasiado oscuro». «Demasiados tornillos en las perchas de los cama-rotes de lujo». Pero, pese a aquellos detalles que podían corregirse, su barco era el mejor, muy superior al que Verne había imaginado en aquel libro suyo llamado *Una ciudad flo-tante*. Su Titanic era más grande y mejor que el Great Eastern de Verne y pasaría a la historia porque, además, era real.

Pero el barco real tenía un boquete de unos tres metros de longitud por casi un metro de ancho cerca de la proa. Debido a la presión del

choque, las placas del casco se habían torcido, habían saltado los remaches y se había abierto una brecha que atravesaba los primeros compartimentos estancos donde se encontraba la maquinaria, incluyendo el de la sala de calderas de proa. El mar se estaba metiendo dentro del Titanic por aquel agujero. El veredicto de Andrews fue muy claro: podían flotar con dos compartimentos inundados, con tres y hasta con cuatro, pero al haberse inundado cinco estaban sentenciados. El Titanic había empezado a hundirse y escoraba cinco grados a estribor. El buque insumergible había dejado de serlo en cuestión de segundos.

William Campbell había notado la colisión, una especie de sacudida, un roce, pero casi no percibió el impacto. Lo que le extrañó fue que cesara por completo toda la actividad en la maquinaria de la nave. El posterior ajetreo de oficiales y marineros arriba y abajo del puente de mando le obligó a alejarse de la puerta, frente a la que estaba montando guar-dia, y ocultarse.

—¡Mierda! —murmuró mientras se escondía—. Esto no podía salir bien. ¡Maldito Enni Hastings! ¡Nos vas a buscar la ruina!

Desde su escondite, oyó unos pasos que se acercaban, eran dos hombres. Reconoció la voz del capitán Smith, con su tono firme pero pausado, que hablaba con otro caballero al que no conocía.

—Nos hundimos, capitán.

Una sombra funesta se instaló ipso facto en el rostro del capitán.

—Pero eso es imposible, señor Andrews: este barco es insumergible.

—Prácticamente.

—¿Qué quiere decir «prácticamente»?

—Que estamos heridos de muerte.

Campbell sintió pánico. Hubiera querido gritar pidiendo auxilio… pero temía ser descubierto. Se mordió el labio inferior, contuvo la respiración y consiguió quedarse quieto pese a que su cuerpo deseaba huir de allí. Smith llamó a los oficiales.

—Conduzcan a todo el pasaje hacia las cubiertas y empiecen a preparar los botes salvavidas —ordenó—. Aún no está todo perdido —susurró con un brillo de esperanza en los ojos.

Andrews, con la mirada extraviada en algún punto lejano de la noche, habló como si lo hiciera al aire.

—Solo tenemos dieciséis botes salvavidas, capitán —sen-tenció.

—¿Dieciséis? ¡Pero eso es imposible! ¡En dieciséis botes no caben ni mil doscientas personas y somos más de dos mil!

—Sí… —y, tras unos momentos en los que pareció que le faltaba el aire, añadió—. Eso me temo, amigo mío. Nos queda una hora, como mucho dos, de vida.

41

La puerta se abrió y Enni Hastings salió del compartimento vedado, con el rostro pálido y demacrado y la mirada huidiza. Parecía abatido, alejado de este mundo y de sus muchas miserias. Con todo el trasiego de gente, nadie reparó en su presencia, nadie excepto Will, que seguía escondido espe-rándole y, en cuanto le vio, salió a su encuentro. Mientras le veía dirigirse hacia el exterior, observó que a sus espaldas parecían seguir sus pasos un puñado de bichos negros.

—¡Hastings! —le llamó, pero él no pareció oírle.

El capitán Smith ordenó a Boxhall, el cuarto oficial a bordo, que calculara la posición del buque para que el telegrafista enviara las señales de socorro. Mientras Phillips intentaba comunicar con otros barcos a través del telégrafo, el resto de la tripulación intentaba concentrar al pasaje en cubierta: no había nada que discutir, eran órdenes del capitán.

—¿Qué diablos ocurre?

—Nada, señor, póngase el salvavidas, es solo una forma-lidad.

—¿A estas horas de la noche? ¿Están ustedes locos?

—No, señor, disculpe las molestias. Hemos chocado con un iceberg y el capitán recomienda subir a la cubierta.

—¡Dios mío, un iceberg! ¿Y es grave?

—En absoluto, solo que este percance nos retrasará un día. No es necesario que coja su equipaje, es una comprobación rutinaria. En unos minutos volverán a sus camarotes.

Las órdenes eran embarcar en los botes a las mujeres y a los niños, primero; aunque en el bote que se empezó a arriar en estribor se dejaba subir a los hombres si no había ninguna mujer esperando. Muchas personas hacían cola frente a la oficina del sobrecargo para reclamar sus objetos de valor. El caos crecía por segundos. La creencia de que el Titanic no podía hundirse había hecho que sus constructores obviaran algunos detalles, casi todo lo referente a seguridad: no existía un plan de acción coherente, por lo que tocaba improvisar.

Elmer Pontiac salió de su camarote alertado por los avisos de los camareros. Anduvo por los pasillos intentando averiguar qué estaba ocurriendo. La inclinación del barco que se hundía por la parte de proa era más que evidente. Podían oírse los gritos histéricos de los pasajeros y se corría peligro de ser arrollado por ellos. Sonaba música de fondo: como si de un sueño se tratara, la orquesta seguía tocando. Pontiac preguntó aquí y allá, y escuchó las versiones de hombres y mujeres que corrían asustados o se peleaban por conseguir un sitio

dentro de uno de los botes salvavidas. Ante la inminencia de la tragedia, decidió recluirse en la sala de fumadores de segunda clase con un buen libro y su pipa. No se le ocurría mejor manera de pasar sus últimos momentos en este mundo.

La proa seguía hundiéndose al tiempo que la popa se iba alzando. En su butaca de piel, Pontiac aspiraba el humo del tabaco y se sumergía en un poema para no pensar. Entonces lo vio. Un pequeño escarabajo negro cayó sobre la página abierta. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, ya que solo pudo distinguirlo cuando comenzó a moverse. El hom-bre lo lanzó con el dedo. Pero cayó otro, luego otro más y otro, así hasta que el libro quedó del todo cubierto. Pontiac lo lanzó horrorizado contra el suelo, que ya comenzaba a estar inundado de agua. Vio a aquellos bichos inmundos flotando, parecía que andaban sobre las aguas, y sus carreras nerviosas le produjeron náuseas.

Los pequeños insectos le habían sacado de su ensoñación, de aquel estado de resignación en el que se había sumido tras el impacto que le había causado la noticia del inevitable naufragio. De pronto, sintió que le faltaba el aire, apenas en un instante fue consciente de que pronto estaría a merced de las aguas y sintió pánico. Los escarabajos seguían cayendo sobre él. Al principio, parecían gotas de agua, pero, en cuanto le tocaban, se transformaban. Quiso huir. Nece-sitaba escapar de aquellos bichos infectos. Pero, cuando intentó correr hacia la puerta, cayeron sobre él como una plaga bíblica. Sus gritos de terror se perdieron en las entrañas del Titanic.

En el exterior, William Campbell seguía buscando a su amigo. La inclinación del barco ya era tan grande que costaba mantenerse en pie. Una ola enorme barrió a todos los que, en ese momento, estaban en cubierta. La proa siguió hundiéndose hasta que el Titanic se levantó del agua como un dedo acusador que señalaba al cielo. Las luces seguían encendidas cuando se partió en dos, en medio de un terrible estruendo, entre la tercera y la cuarta chimenea. Parpa-dearon varias veces hasta apagarse por completo y solo quedó una lámpara de queroseno brillando en el mástil más alto. La música de la orquesta, que hasta entonces se había oído a través del griterío, cesó. Las tres hélices chorreantes de agua se dejaron ver en la noche como escualos arpo-neados.

En la distancia, aún se podían ver las luces de situación de un barco misterioso que estaba lo suficientemente cerca como para haber llegado a tiempo de salvar a los pasajeros que no podían subir a bordo de alguno de los escasos botes salvavidas. Incluso le habían lanzado bengalas de auxilio para llamar su atención. Pero el barco fantasma desapareció como tragado por la noche. Los botes, muchos con espacio en su interior para acoger pasajeros, se alejaron del buque que agonizaba. En medio de la histeria dominante, algunos se habían

lanzado a las heladas aguas sin pararse a pensar en las consecuencias. Ya solo quedaban los dos botes plegables que estaban sobre las cámaras de oficiales. También se arriaron. Los náufragos que se habían arrojado al océano trataron de alcanzarlos a nado. Las luchas entre los que estaban a bordo y los que querían subir fueron encarnizadas.

El Titanic se hundió irremisiblemente en las aguas del Atlántico Norte, arrastrando con él a muchos de los que aún permanecían a bordo y succionando en su descenso a los que quisieron huir a nado de su inevitable destino. Una bocanada de aire caliente salió a la superficie desde el buque hundido. El mejor barco del mundo, el más rápido, grande y lujoso, el insumergible Titanic descansaba ahora en el estómago del océano, frente a las costas de Terranova.

42

Pasaban unos minutos de las dos y media de la madrugada del día catorce de abril de mil novecientos doce. El mar estaba en calma. El cielo lucía vacío de nubes. En medio del silencio de las gélidas tinieblas se oían, de tanto en tanto, los apagados gritos de socorro de algunos náufragos que no habían sido arrastrados a las profundidades del océano en el vientre del Titanic. Sus voces perdían fuerza por momentos y se iban apagando. Las temperaturas eran tan bajas que, al caer al agua, morían por congelación en menos de media hora. El vapor de las respiraciones se volvía espesa bruma marina hasta que desaparecía llevándose consigo a aquellas pobres almas. Uno tras otro, los corazones helados dejaban de latir y sus propietarios se iban a reunir con su equipaje al fondo del mar. Un ballet de cuerpos sin vida se dejaba arrastrar por su propio peso hasta las profundidades.

Era imposible distinguir nada en medio de la oscuridad. La neblina impedía ver más allá de las propias narices. Aun así, pasados los primeros momentos de histeria y horror, algunos botes quisieron acercarse para ver si quedaba algún superviviente, pero ya era inútil. La tristeza de aquellos pasa-jeros a la deriva, unida a las bajas temperaturas y al miedo, los había sumido en una especie de catatonia de la que algunos deseaban no volver a salir nunca. Casi todos ellos habían dejado atrás a alguno de sus seres queridos sabiendo que iban a morir, tragándose la impotencia de no poder hacer nada para ayudarlos. Ahora solo podían esperar y rezar para que llegaran a rescatarlos. Aunque algunos reza-ban para que aquello no fuera más que un mal sueño, una terrible pesadilla fruto del mareo producido por el oleaje del océano embravecido. Pero el mar estaba en calma. De tanto en tanto, se oían los ladridos de alguno de los tres perros que habían conseguido subir a los botes salvavidas. En el bote número siete, Lady, la perrita pomerania de Elizabeth Barrett Rotschild, aullaba con desespero como si fuera consciente de la tragedia que acababa de vivir.

—Le aúlla a las almas de los ahogados que están empe-zando a subir al cielo —dijo alguien.

El silencio se apoderó de los náufragos. El impacto que había causado sobre ellos la tragedia, la tristeza, el frío, el agotamiento y la necesidad de oír el más mínimo sonido que delatara la llegada de algún buque que acudía a rescatarlos, les había sumido en una especie de trance. Transcurrió una larga y oscura hora de insondable silencio desde que el Titanic se hundiera hasta que los supervivientes pudieron

ver las luces del Carpathia y las bengalas azules que lanzaba su tripulación. Luego, los gritos de sus marineros.

—¡Ahí están los botes, capitán! ¡Los vemos! ¡Ahí están!

—¡Por fin, Dios mío, por fin!

Harold Cottam, el telegrafista del RMS Carpathia, llevó a toda prisa el mensaje de socorro del Titanic a su capitán, Arthur Roston, cuando apenas había transcurrido media hora de la madrugada del domingo. El Carpathia había partido de la ciudad de Nueva York y se dirigía a Fiume, en el Imperio Austro-Húngaro. Roston ordenó poner rumbo hacia el lugar de la tragedia pese a encontrarse a cincuenta y ocho millas al sur de la posición radiada. Para ir más deprisa, dio la orden de apagar la calefacción del buque, así los motores podrían utilizar todo el vapor disponible. Gracias a esa decisión, el barco navegó atravesando los peligrosos campos de icebergs a una velocidad superior a los diecisiete nudos, más de tres nudos por encima de lo habitual.

El esfuerzo y el riesgo habían valido la pena, aunque por desgracia no habían servido para salvar a todos los pasajeros del gran buque. Eran casi las cinco y media de la madrugada cuando la tripulación del RMS Carpathia llegaba al lugar de los hechos. Las brumas se habían enseñoreado de todo, como un lúgubre anuncio de aquel cementerio marino sobre el que se encontraban. Las embarcaciones de salvamento llevaron los botes, uno a uno, hasta el buque. Allí esperaban con mantas y alimentos calientes a los conmocionados náufragos. Algunos mostraban un cierto atisbo de alegría al subir al Carpathia, agradeciendo a sus salvadores que hubieran llegado a tiempo, pero la mayoría permanecían mudos y casi inmóviles, pese a que se les aconsejaba moverse para no caer en la hipotermia.

El día ya clareaba cuando el último bote, el número doce, fue recuperado. Eran las ocho y media de la mañana cuando Charles Ligtholler, el segundo oficial del Titanic, subía al Carpathia. Era el último náufrago rescatado de la tragedia. No pudo evitar mirar hacia atrás con gran tristeza. En aquella tumba marina quedaban más de mil quinientas personas, entre ellas algunos de sus compañeros y el capitán Smith. Le recordó cuando, con voz firme y contenida, les comunicó que no había ya nada que hacer, que el barco se hundía:

—Ahora, cada hombre debe luchar por su vida. Sálvese quien pueda —les dijo a sus oficiales.

Smith iba a jubilarse cuando llegaran a Nueva York. Quería pasar más tiempo con Sarah, su mujer, y con su hija Mel. Hacía pocos días que la joven había cumplido catorce años, el dos de abril, y su padre se había perdido la celebración por estar haciendo las pruebas de mar del Titanic. Siempre fue así, desde que había nacido. Smith seguía ado-rando viajar, amaba su trabajo, pero no quería perderse más

momentos importantes de la vida de su hija. Ligtholler le recordó tranquilo y sin perder el control, la última vez que le había visto.

—Permaneceré en el barco, no hay nada más que hablar —dijo, y dando media vuelta, se dirigió al puente de mando.

El Carpathia, con los náufragos del Titanic a bordo, puso rumbo a Nueva York. Eran casi las nueve de la mañana del día quince de abril de mil novecientos doce cuando Joseph Bruce Ismay, presidente de la White Star Line, telerafiaba a las oficinas de la compañía para confirmar que el Titanic se había hundido. En el bolsillo de su chaqueta aún guardaba uno de los mensajes que el telegrafista del barco siniestrado le había hecho llegar y en el que les avisaban del peligro de témpanos de hielo en aquellas aguas.

Apenas unos días después del hundimiento del Titanic, la White Star Line fletó un buque de salvamento para explorar la zona del desastre y recuperar los cadáveres de los pasajeros desaparecidos en el hundimiento. El Mackay-Bennett zarpó desde Halifax con la penosa tarea de rescatar los cuerpos sin vida de los náufragos. Frente a las costas de Nueva Escocia, los tripulantes del barco hallaron trescientos veintiocho cadáveres. Ciento dieciséis fueron devueltos al mar porque su avanzado estado de descomposición no hacía posible la identificación.

Entre los más de doscientos fallecidos a los que se pudo poner nombre se encontraba Elmer Pontiac. El señor Pontiac pudo ser identificado gracias al reloj de bolsillo que perma-necía asido a su chaleco a través de la leontina de plata. En él había una inscripción: «Para Elmer con amor. Tuya siempre, Aileen». Vestía traje gris con camisa blanca y corbata azul. Calzaba botines marrones. No llevaba abrigo. Su cuerpo estaba lleno de pequeños agujeros, seguramente causados por algún animal marino. Los cuerpos de Ennis Hastings y Will Campbell, si fueron recuperados, nunca llegaron a identificarse. Sus sueños de futuro y sus ilusiones fueron a parar al fondo del mar del Norte junto con el barco en el que viajaban. La misteriosa caja de Pontiac, también.

43

Belinda Afroudakis pasó las casi cuatro horas que duró el vuelo, durmiendo. Tuvo un sueño intranquilo y plagado de visiones. Costas la estuvo observando en todo momento, con preocupación, poniéndole la mano en la frente a menudo para comprobar que no tenía fiebre. En más de un momento le pareció que estaba delirando entre sudores y hablando en voz alta. Cuando despertó, parecía otra persona. Su mirada resul-taba esquiva y apenas respondía con monosílabos a las preguntas de su padre.

—¿Estás bien, Bel?

—Sí.

—Te has pasado todo el viaje durmiendo, al menos has podido descansar.

—No creas.

—¿No has dormido bien?

—He soñado.

—¿Qué clase de sueños? ¿Has tenido pesadillas?

—No exactamente.

Costas no acababa de entender la actitud de su hija. Hasta donde él sabía, Bel tenía buenos despertares, aunque cabía la posibilidad de que eso hubiera cambiado en los últimos meses durante los que no se habían visto demasiado. Se sintió culpable. Siempre se sentía así con Belinda, desde que murió su madre y la matriculó en un internado al que acudía a visitarla de tanto en tanto. Al principio, el dolor era demasiado fuerte y ver a la niña, que era el vivo retrato de su madre, no hacía más que aumentarlo. Luego, empezó a ser una cuestión práctica y de responsabilidad. En aquel sitio podían cuidar de ella mucho mejor de lo que él lo hacía. Un hombre solo, demasiado embebido en su trabajo, no era el ser más adecuado para educar y cuidar a una niña tan pequeña.

El piloto anunció a través de la megafonía del avión que el viaje había acabado, les informó del tiempo y les dio la bienvenida al país. Uno de los auxiliares de vuelo entró en la cabina de pasajeros y les ayudó a recoger su equipaje. Ya en la puerta del avión les deseó una excelente estancia en la tierra de los faraones. A pie de pista, estaba esperando una furgoneta negra que iba a llevarles al barrio residencial de New Cairo City, a unos veinte kilómetros a las afueras de la capital, muy cerca de la American University in Cairo. Una de las lujosas casas de un moderno *village* sería su cuartel general durante esos días. Desde allí, se encargarían de organizar todo lo referente a los nuevos y,

esperaban, definitivos funerales de AmenRa.

Unos hombres con ropa de faena, probablemente trabajadores del aeropuerto, cargaron la caja con la momia en la parte de atrás de la espaciosa Sprinter de color azul marino con vidrios tintados. El chofer les dio la bienvenida y desapareció en el interior del coche después de cerrar la puerta, una vez que los dos pasajeros estuvieron dentro. El cristal que los sepa-raba del conductor, como en las limusinas o en algunos taxis, estaba subido. Solo podían ver la espalda del hombre y sus ojos en el retrovisor. Costas empezó a inquietarse cuando oyó que el seguro de las puertas se cerraba automáticamente.

—Pasaremos por algunos barrios que son peligrosos, señor —dijo al ver su expresión desconfiada.

Afroudakis no bajó la guardia y continuó alerta, vigilante, mientras Belinda seguía sumida en su trance. Supuso que era a causa del cansancio y las muchas emociones de los últimos días, aunque también podía ser que estuviera incubando algo. No perdía de vista la señalización de tráfico del exterior, puesto que era su única referencia. Y así fue cómo se dio cuenta de que no iban en la dirección correcta, sino que se estaban desviando y ya no seguían los carteles que indicaban dónde se encontraba la UCA, o el *village* al que se dirigían. Estaba pasando algo y lo sabía, aquello olía mal. Le habló al conductor, pero no le respondió. Picó al vidrio, golpeó repetidamente, llamándole, pero nada; el hombre no le hacía caso, ni siquiera se volvió o hizo gesto alguno. Se limitó a seguir el camino sin responderle.

Belinda se había despertado, pero seguía impasible. No mostró ningún tipo de reacción cuando vio a su padre diri-giéndose enojado a aquel tipo. Le miraba sin expresión en el rostro, como si aquello no fuera con ella. Afroudakis estalló finalmente.

—¿Pero qué diablos te pasa? —le dijo mientras la asía de los brazos y la sacudía, intentándola hacer reaccionar—. Nos están secuestrando, ¿es que no lo ves? ¡Nos están secuestrando!

Nada. Belinda siguió mostrándose totalmente apática ante la desesperación de su padre. Costas sacó el móvil del interior de su bolsa de viaje, pero cayó de sus manos a causa de un frenazo premeditado del conductor. El vidrio que los separaba bajó y aquel hombre vestido de uniforme les apuntó con una pistola.

—Deme ahora mismo ese teléfono si no quiere que le meta una bala entre las cejas. Y el suyo, también —dijo, apuntando a Belinda—. Y ahora estense quietecitos que enseguida llegamos.

Pues sí, les estaban secuestrando. Quién y por qué era lo que aún no sabían. Aunque no hacía falta ser muy listo para saber que, una vez más, tenía que ver con la momia. Aquella historia no iba a acabar nunca y Costas empezaba a deses-perarse. Se mantuvo quieto y

expectante, sentado en el asiento trasero, sin perder de vista al conductor. De tanto en tanto, lanzaba una mirada de soslayo a su hija que seguía sin reaccionar, mirando con cara de pasmada lo que sucedía. Hasta había tenido que darle él su teléfono móvil al secuestrador, porque ella parecía no haberle oído, aunque más bien daba la sensación de que no entendía lo que le estaba diciendo.

En poco más de veinte minutos, llegaron al que parecía ser su destino. Estaban frente a una enorme mansión de estilo colonial a la que accedieron tras cruzar una puerta de hierro, que les vedaba el acceso a un extenso jardín por el que paseaban varios hombres armados con rifles que llevaban perros de vigilancia. Hasta tres rottweilers y otros tantos dobermans se cruzaron con ellos hasta llegar a la puerta de la casa, que también estaba custodiada por hombres armados.

El coche se detuvo y el chofer les abrió la puerta sin decir palabra, indicándoles de malas maneras que salieran. Costas tomó de la mano a su hija y bajó apresuradamente de la furgo-neta. Uno de los hombres que les esperaban, que a diferencia de todos los demás no iba armado, les dio la bienvenida y les pidió que le siguieran. Traspasaron puertas y corredores entre cortinas de terciopelo, tapicerías adamascadas, maderas nobles y brillos dorados. Había piezas arqueológicas de gran valor aquí y allá, y de las paredes colgaban espectaculares lienzos entre los que Costas pudo adivinar un Picasso, varios Rembrandt, dos Van Gogh y otras telas de pintores más o menos conocidos. Aquel lugar era un verdadero museo.

El hombre al que seguían les pidió que se detuvieran ante una puerta de dos hojas llena de filigranas. Desapareció tras ella, permaneció dentro de la estancia durante unos minutos, y salió de allí indicándoles que entraran con un gesto ceremo-nioso de su mano derecha. Costas tiró de Belinda que miraba a su alrededor distraída. Detrás de una gran mesa de despacho de madera de roble, sentado en una silla de cuero negro, les esperaba un hombre de edad indeterminada, flanqueado por dos tipos armados.

—Bienvenidos a mi humilde morada, señor y señorita Afroudakis. Es un placer tenerles en mi casa y poderles obsequiar con mi más sincera hospitalidad.

—¿Quién es usted y por qué nos ha traído aquí?

—¿Dónde están sus modales, señor Afroudakis? ¿Le apetece tomar algo?

—¿Usted me habla de modales? ¿Su esbirro nos ha secuestrado a punta de pistola y se atreve a hablarme de modales? Le exijo que nos deje marchar inmediatamente.

—Y les dejaré marchar, señor Afroudakis, pero antes querría pagarle a su hija por sus valiosos servicios y comprobar que mi

preciada princesa está en perfectas condiciones.

—¿Es usted el propietario de la momia?

—Correcto, el legítimo propietario de la momia que ustedes han robado con la intención de llevarla a no sé dónde.

—Esa momia es un peligro. Ya han muerto seis personas por su causa, puede que más.

—Tonterías. Esa momia es mía y voy a llevarla conmigo al sitio que le tengo reservado en una de mis mansiones. No le diré en cuál de ellas para que no venga a buscarla —dijo, con una mueca en los labios que pretendía ser una sonrisa.

—¿Usted no vive aquí?

—Durante algunas temporadas al año, pero eso a usted no le importa. Ni siquiera sé qué hago hablando con usted cuando quien me interesa es la doctora.

—¿Belinda?

—Silencio, señor Afroudakis, no quiero tener que repe-tírselo.

El hombre, vestido con un batín de seda y unos pantalones de pijama de franela, se acercó a Belinda que seguía absorta en su propio mundo.

—Doctora Afroudakis, es un verdadero placer conocerla.

—¡No se atreva a tocarla! —dijo Costas, mientras se dirigía, amenazador, al hombre—. Aléjese de ella.

Uno de los matones lo tomó por el brazo retorciéndoselo en la espalda. Costas hizo un gesto para intentar desasirse, pero llegó otro de aquellos tipos y entre los dos consiguieron inmovilizarlo.

—Pórtese bien, doctor, pórtese bien o acabará lamen-tándolo.

Llamaron a la puerta, y el mismo hombre que los había llevado hasta allí entró al frente de otros seis tipos que porteaban la caja en la que viajaba AmenRa, la misma que había estado sumergida en el fondo del Atlántico. El rostro de Belinda experimentó un leve cambio que solo Costas pudo percibir porque la estaba mirando. Su expresión de embeleso desapareció. Sus ojos estaban muy abiertos y sus rasgos empe-zaron a ser confusos. Algo extraño le estaba pasando. Afroudakis hubiera jurado que aquella no era su hija.

—¿Dónde quiere que lo dejemos, señor Mezza?

—Inútil —le espetó, Mezza; montando en cólera y estre-llando su mano derecha contra la cara del hombre—. ¡Os dije que no mencionarais mi nombre! Ahora tendré que matarlos.

44

—Y ahora, doctora Afroudakis, dígame todo lo que ha averiguado sobre ella —dijo Mezza, señalando a la momia.

—¿Por qué eligió a Belinda, señor Mezza?

—¿A qué viene esto ahora, profesor?

Costas intentaba ganar tiempo, pero aquel tipo no estaba por la labor.

—No voy a darle explicaciones, nunca las doy, no es mi estilo. —Y, de nuevo, dirigiéndose a Belinda—: Por las buenas o por las malas, doctora, usted elige.

Belinda seguía muda, con los ojos clavados en el hombre.

—Le advierto que tengo métodos muy eficaces para hacer que le entren ganas de contármelo todo.

—¿La está amenazando?

—Por supuesto que la estoy amenazando.

—Lo que contiene esa caja es la momia de AmenRa, una sacerdotisa de Atón que vivió en el Antiguo Egipto, bajo el reinado de Akhenaton, Amenhotep IV, el rey hereje.

—¿La momia del Titanic?

—La caja que la contiene estuvo sumergida en el mismo lugar que el trasatlántico, sí.

—¡Lo sabía! ¡Ella es el pasajero dos mil doscientos veintiocho! ¡Es un verdadero tesoro, una reliquia!

Las listas de pasajeros del Titanic no siempre coincidían en cuanto a número de pasajeros, por lo que era difícil decir cuántos muertos había causado el famoso naufragio. Una de las versiones más extendidas era la de que el buque había zarpado desde Queenstown, su última parada, con dos mil doscientas veintisiete personas a bordo, entre tripulación y pasaje. La leyenda de AmenRa, la momia del Titanic, la seña-laba como el misterioso pasajero dos mil doscientos veintiocho.

—¿Me permite una pregunta, señor Mezza?

—Hágala. La respuesta se irá con usted al infierno…

—¿Cómo consiguió, usted, la momia?

—Mercado negro de antigüedades, pensé que su pregunta sería un poco más difícil, me decepciona usted.

—¿De objetos procedentes del Titanic?

—¿Y por qué no?

—No es fácil acceder a la zona si no se tiene… un batis-cafo, por poner solo un ejemplo.

—Existe un grupo de personas muy organizadas que se dedica a sacar restos del mítico naufragio para venderlos a los coleccionistas. Se asombraría del precio que pueden llegar a alcanzar en el mercado.

—¿Sabe que ha muerto mucha gente desde que AmenRa llegó a manos de mi hija?

—¿Cinco o seis personas le parecen mucha gente?

—Una sola muerte me parecería demasiado.

—Nada es demasiado si se trata de poseer algo tan valioso.

—¿En serio?

—No me diga que a usted no se lo parece.

—Sí, claro, pero yo soy arqueólogo.

—¿Y eso hace que su interés sea más loable que el mío?

Costas guardó silencio. Al final, tal y como él había intuido, la causa de todos aquellos males no era más que la codicia.

—¿Y por qué Belinda?

—John Piggleton me dijo que ustedes eran los mejores. Pero usted, profesor Afroudakis, es mucho más recto y menos manipulable que su hija. Piggleton no le apreciaba demasiado. Además, ella es débil. La juventud la hace vulnerable. Y ahora, si no le importa, no es usted la persona con la que me interesa hablar.

Mezza se dirigió hacia Belinda, que no había pronunciado ni una sola palabra en todo aquel rato. La interrogó, pero no obtuvo respuesta. Quería conocer detalles, que le entregara todos los documentos de su investigación, el informe con las conclusiones, todo. Necesitaba tener la confirmación de lo que acababa de decirle Costas, las pruebas de que aquel amasijo de vendas viejas y carne reseca era la famosa momia del Titanic, un mito que se hacía realidad, aunque muchos creían que su existencia no era más que una leyenda.

—La momia está maldita.

—Sí, y yo soy Elisabeth Taylor.

—Le estoy hablando muy en serio, señor Mezza.

—Eso no son más que cuentos de viejas y usted lo sabe. El Titanic se hundió a causa de la incompetencia de un montón de estúpidos que se creyeron fuertes y poderosos, lo mismo le ocurrió a Hitler en Rusia: la naturaleza pudo con ellos. Así de simple.

—Es mucho más complicado que eso…

—¡Bueno, basta! —interrumpió Mezza—. No quiero oír ni una sola estupidez más. Ni una más, ¿me ha oído, insolente cretino?

Afroudakis guardó silencio, sabía que tenían las horas contadas. Pero, tal vez, podría conseguir que dejaran marchar a Belinda. Tenía que haber algo que él pudiera ofrecerle a Mezza a cambio de la vida de su hija, algo con lo que negociar. ¿Pero qué?

—Estoy esperando, señorita Afroudakis, y no me gusta esperar. Le advierto que soy de naturaleza impaciente —insistió.

Cuando Costas miró a su hija, vio en sus ojos una mirada extraña. Sus pupilas se clavaron en las de Mezza y su rostro adquirió una expresión de odio infinito. Respiró profundamente, cerró los ojos, y un silencio sepulcral mató todos los sonidos de aquel momento. Los esbirros de Mezza se miraron extrañados. Un mal presagio se cernía sobre ellos. De pronto, se empezó a oír un tenue bisbiseo que poco a poco se fue haciendo más potente, tanto que llegó a taladrar los tímpanos de los presentes. Sin saber cómo, la sala se empezó a llenar de escarabajos negros, salían de todas partes. Una verdadera plaga bíblica estaba invadiendo el salón.

Los insectos formaban beligerantes hordas que comenzaron a atacar a los hombres del anfitrión. Nada podían hacer contra ellos ni sus armas ni sus perros adiestrados que, pese a que lucharon con todas sus fuerzas, en muy poco tiempo estuvieron completamente cubiertos de coleópteros que los devoraban sin tregua. Mientras su jefe los veía acercarse con pánico y verdadera repulsión, Costas observaba boquiabierto.

Belinda avanzó hacia Mezza, aún con aquella terrible mirada que se había instalado en sus ojos. Lo tomó del cuello y lo levantó en volandas.

—Belinda, por todos los dioses, ¿qué estás haciendo?

Las piernas de Mezza colgaban y se movían como si fueran las de una marioneta. Su rostro se puso azul y sus ojos parecían querer abandonar las órbitas de tan abiertos como estaban. Costas corrió hacia su hija, y la tomó por el brazo que estaba estrangulando a aquel hombre mientras le hablaba.

—Déjale, Belinda, por favor. No merece la pena. Suéltale, hazlo por mí.

Pero Belinda seguía apretando y Mezza cada vez estaba más morado y más quieto.

—Belinda, cariño, no lo hagas. ¡Suéltale!

El rostro de Belinda cambió y pareció recuperar su estado normal. El brazo le flaqueó y Mezza cayó al suelo. En ese momento, cientos de escarabajos se abalanzaron sobre él cubriéndolo por completo. El mafioso desapareció bajo sus fauces entre atroces convulsiones y gritos de dolor. La mu-chacha lo miraba horrorizada mientras se retorcía a sus pies, incapaz de reaccionar. Se abrieron las puertas y entraron unos cuantos matones que intentaban socorrer a su jefe, pero ya todo fue inútil.

En ese momento, dio comienzo una desbandada generalizada de hombres que huían llevándose con ellos todo lo que podían arrastrar. Los cuadros fueron arrancados de las paredes, rodaron jarrones de porcelana y copas romanas de vidrio. En medio de la debacle generalizada, de la devastadora orgía de pillaje, los escarabajos

desaparecieron de la misma manera que habían aparecido, dejando tras de sí un sangriento rastro de muerte. Tal vez, había sido la maldición de la momia, aunque nunca lo sabrían.

45

Un velero surcaba las aguas del Nilo, el gran Hapi, padre de los dioses. A bordo viajaba AmenRa acompañada de todo su cortejo funerario. Muchos siglos antes, ya había hecho el mismo viaje en dirección a *Ta Set Neferu*, el lugar de la Belleza, actual Valle de las Reinas pero, inexplicablemente, había acabado sumergida en las gélidas aguas del Atlántico Norte. Ahora, los Afroudakis pretendían dar descanso eterno a la sacerdotisa de Atón, su tumba debía permanecer oculta por siempre jamás para que la maldición que protegía a la momia quedara enterrada con ella. Por eso no era posible ni recomen-dable enterrarla en el perímetro de la importante necrópolis, yacimiento arqueológico por excelencia y lugar de peregrinaje turístico de primer orden. Nadie debía saber dónde reposaban los restos de la princesa egipcia, por el bien de la humanidad.

Costas Afroudakis se había encargado de todos los prepara-tivos con la ayuda de Pierre Lemoine, reputado egiptólogo y amigo de confianza. Les acompañaban también la esposa del francés, Lucile, y su compañera de expediciones, la también egiptóloga Magalie Girardon. La idea era reproducir los ritua-les necesarios para que AmenRa viajara definitivamente al Bello Occidente y su *ka* atormentado dejara de vagar sin rumbo, como había hecho hasta ahora en su afán de consumar una venganza que había perdurado a través de los siglos. Costas oficiaría como sacerdote lector, *Hery-Hebet*, mientras que Pierre y Belinda se alternarían en diferentes papeles nece-sarios para llevar a cabo el ritual. Lucile y Magalie serían las plañideras y las representantes de las diosas Isis y Neftis en la tierra.

Partiendo de la base de que en su día, allá por el 1350 antes de Cristo, se había momificado a la sacerdotisa siguiendo el protocolo mágico, los tres arqueólogos habían comenzado un ritual que no acabaría hasta dejar a la difunta en su tumba sellada para toda la eternidad. Los egipcios, probablemente más que ningún otro pueblo de la Antigüedad, habían creído en la existencia de una vida después de la muerte, y también creían en la magia como medio para superar todos los peligros que acechaban al difunto antes de llegar a los Campos de Juncos. El *Libro para salir a la Luz del día*, rebautizado por un erudito como *Libro de los Muertos*, era la guía que debían seguir para que el fallecido pudiera sobrevivir a la muerte. Su espíritu había abandonado la materia y penetraba en las regio-nes de la luz. Pero, en el caso de AmenRa, había quedado atrapado, suspendido en un

espacio intermedio entre la luz y la oscuridad, y había que ayudarla a seguir su tránsito hacia el Más Allá. Privar a un individuo de sus funerales equivalía, para los antiguos egipcios, a permitir que sus restos «fueran dados a la tierra donde ni se ve ni se percibe». Era la muerte definitiva.

La brisa de la mañana jugueteaba con el cabello de los cinco participantes de aquel inusual cortejo. Era muy temprano y la sensación de quietud del paisaje apenas se veía perturbada por el leve viento matinal. La momia había sido preparada para la ocasión. La habían cubierto con la típica red de cerámica azul verdosa y habían colocado sobre ella un esca-rabeo alado. Se había conjurado a los seres que comen carne, siguiendo la letanía del capítulo treinta y seis del *Libro de los Muertos* y, después, la habían colocado dentro de un sarcófago de madera policromada, a semejanza de los que se usaban en el Imperio Nuevo, con una imagen de la diosa Isis desple-gando sus alas para proteger a la difunta. A modo de máscara mortuoria, Belinda colocó sobre su rostro una copia del hermoso dibujo de AmenRa que Mahmoud había hecho la noche antes de morir.

Viajaba con ellos, también, un ajuar funerario que incluía unos vasos canopos con la imagen de los cuatro hijos de Horus que contenían exvotos que representaban los pulmones, el estómago, el hígado y los intestinos de la difunta. También había un buen número de *ushebtys*, figuritas mágicas cuya misión era ayudar a su propietaria en los ingratos trabajos que debía acometer en la otra vida; como, por ejemplo, trabajar en los campos de Osiris. Algunos objetos, comprados al azar en un mercadillo cairota de reproducciones de piezas históricas, y algo de comida completaban el equipaje que se llevaba AmenRa al otro mundo. Las ofrendas, que consistían en sacrificar animales vivos, concretamente dos toros: el del Sur y el del Norte, dos gacelas y un ánade; habían sido sustituidas por representaciones en arcilla de dichos animales, además de las partes de su anatomía necesarias para los ri-tuales. La pata y el corazón del toro del Sur representaban al toro generador y potente, la fuerza física y espiritual, y serían ofrecidos a la difunta en un determinado momento de la ceremonia.

Al llegar a la otra orilla, Adrastos Livanos les estaba espe-rando. Una vez más, había puesto todos los medios necesarios para que la operación pudiera llevarse a cabo sin problemas. Su imponente Mercedes negro con los vidrios tintados brillaba a la luz de los primeros rayos del sol. Atón les saludaba en el comienzo de su recorrido, era un buen presagio. En vez del trineo que se usaba en el Antiguo Egipto para trasladar el sarcófago hasta su última morada, usarían, como transporte, una furgoneta. Belinda vertió agua y leche en su camino como parte del ritual.

Los cinco miembros del cortejo subieron al vehículo que se colocó detrás del coche de Livanos, que era el que iba a marcar el camino. Y así se perdieron por inhóspitos senderos de arena alejados de la civilización, siguiendo una ruta que transcurrió a través de varios poblados abandonados, de los restos de una antigua cantera y en medio de la total deso-lación. Cuando el Mercedes se detuvo, supieron que por fin habían llegado. Los hombres del magnate griego habían prepa-rado un sepulcro excavado en la tierra. Era muy rústico, pero serviría. Costas y Pierre se adentraron en la única cámara y continuaron con los ritos. Estaba a punto de iniciarse el ritual de la Apertura de la Boca, cuyo origen se remonta a la noche de los tiempos, y por el que AmenRa recuperaría la vista y la respiración, la capacidad de alimentarse y el resto de sus funciones vitales. AmenRa despertaría del sueño de la muerte, lo cual no parecía ser demasiado prometedor, si se tomaba de forma literal, teniendo en cuenta su trayectoria; aunque su espíritu atormentado no había dado señales de actividad desde que finalizó el episodio en la mansión de Mezza.

Salmodias, llantos de las plañideras, música de sistros, aroma a incienso y un silencio sobrecogedor. Belinda ejerciendo de *Erpa*, el hijo que sucede al difunto en sus cargos y posición social… Costas pronunció en voz alta:

—*«¡Que seas renovado, oh, Señor. Que sean regenerados tu vigor y tu juventud. Despierta a mi voz y revive a mi conjuro. Ven a mi conjuro. Yo soy tu hijo muy amado. ¡Sé renovado, que tu cuerpo viva, que tus huesos se encajen y tus miembros sean firmes!».*

Se hicieron las ofrendas y se ungüentó el sarcófago con los siete aceites olorosos sagrados: el del festival, el de cedro, el *Sefet*, el *Nejemet*, el *Tuat*, el *Hekenu* y el *Tekenu*. Después se pintaron sus ojos con kohl verde y negro. Ahora sí, el ritual de la transferencia de la vida había culminado. A continuación, hicieron libaciones de agua y leche, depositaron el sarcófago en el interior de la cámara dentro de otro sarcófago mayor de piedra, lo cerraron, y el séquito abandonó la tumba caminando de espaldas y borrando sus huellas con escobas de hojas de palma.

El aire seguía preñado de aromas y el sol ya brillaba con toda su fuerza en el firmamento. La salmodia de fórmulas mágicas del *Libro para salir a la luz del día* había cesado. Todos los presentes permanecieron en silencio, estaban cansados y no sabían qué más debían hacer salvo esperar. Todo aquel ritual y el miedo a lo que pudiera ocurrir los habían extenuado.

Belinda notó un potente olor a tierra mojada, a charca estancada, a humedad. Respiró hondo con insistencia, de manera compulsiva, para convencerse de que no lo estaba imaginando. Una última inhalación quedó a medias, suspen-dida por el terror que sintió al ver que la

arena del desierto empezaba a girar en forma de pequeño tornado. AmenRa no se había ido, aquella pantomima no había dado resultado. La arqueóloga estaba cansada, acababa de ser consciente de que jamás podría huir de la sacerdotisa y su odio. El rencor se había enquistado en su interior y nada podría salvarla. Cayó de rodillas al suelo, agotada y emocionalmente hundida. Desde allí pudo ver cómo aquel tornado comenzaba a adquirir la forma de la sacerdotisa egipcia. Costas y los franceses corrieron hacia los coches, pero ella permaneció allí, oyendo a su padre llamarla. Se sentía derrotada, ella ganaba. No quería seguir luchando contra algo que se escapaba a su entendimiento.

AmenRa se materializó ante ellos, tocó el amuleto que Belinda llevaba al cuello, el ojo de Horus, que su padre le había regalado cuando era niña. Los ojos de la mujer se quedaron clavados en su mano, temiendo que fuera a herirla. Entonces, el espectro de la momia dejó caer a sus pies una cruz *Anj* de la vida, luego volvió a ser arena y desapareció engullida por las rendijas que quedaban en el montón de piedra con el que habían ocultado su tumba una vez cerrada y sellada.

Durante unos segundos, nadie se movió ni se atrevió a hablar. Ahora, AmenRa caminaba hacia la *Duat*, las regiones del inframundo, donde su espíritu viajaría atravesando puertas, superando peligros, sometiéndose a diferentes pruebas, reco-rriendo los caminos que habrían de llevarla hacia las regiones de la luz. Tal vez, su alma no sería capaz de superar el juicio al que la someterían los dioses; tal vez, la balanza en el juicio de su alma delatara que había un poderoso lado oscuro en ella. Si su corazón no conseguía ser tan ligero como la pluma de *Maat*, acabaría devorado por *Am-Mit*, la diosa con cabeza de cocodrilo, patas de león y cuerpo de hipopótamo; y AmenRa sufriría así su segunda muerte, la definitiva. O tal vez no.

Mientras el cortejo funerario se alejaba del sepulcro de AmenRa y parecía que el día definitivamente despertaba, Belinda Afroudakis se encomendó a todos los dioses del panteón egipcio para que este fuera el final.

Torredembarra, 25 de abril de 2014

Fin

Agradecimientos

A Sara Amantegui, que me recomendó el mejor libro sobre la historia del Titanic y todos sus secretos.

A Elena Montesinos y Frantic Hetfield, porque me echaron una mano con un par de datos.

A todos los miembros de la Colla Castellera Xiquets de Torredembarra, porque han sido el reverso de la solitaria vida de la escritora en los últimos dos años.

A toda mi fauna, mi familia animal, por su compañía en las diferentes etapas de escritura, reescritura y edición de este libro. Max, Puça, Gominola, Lulis, Momo, Green, Tyrion y Lucifer; gracias por tanto.